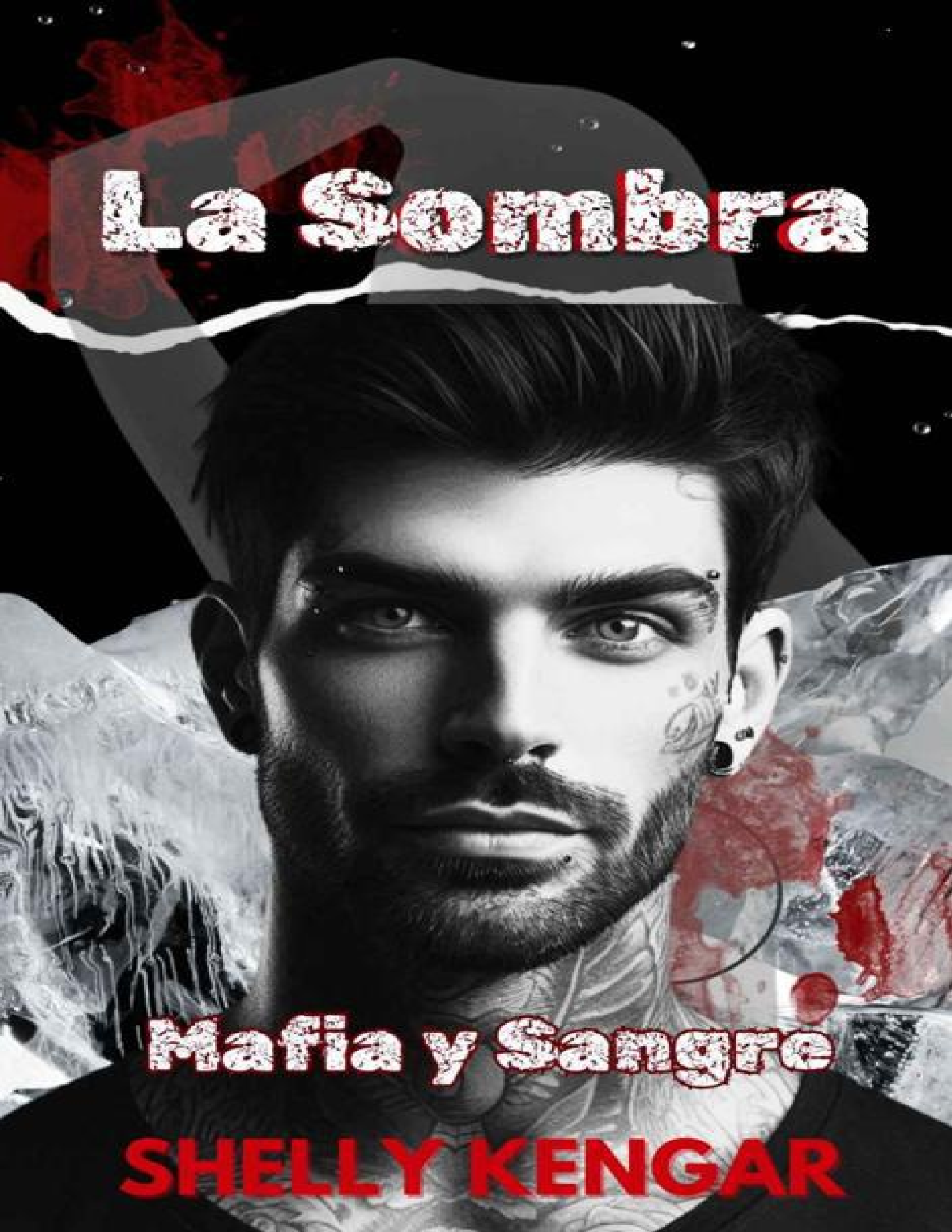

La Sombra
Mafia y Sangre
SHELLY KENGAR

Contents

La Sombra
Nota de la autora
Sinopsis
Información de la serie Mafia y Sangre
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Epílogo
Agradecimientos
Adelanto de La Reina Negra
Todos los libros de la Serie

La Sombra

Serie Mafia y Sangre IV

Shelly Kengar

Copyright © 2025 por Shellykengar Publishing Ltd.

Contacto: Shellykengar@gmail.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Kengar, Shelly

La Sombra: Dark Romance la Mafia (Mafia y Sangre 4)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Nota de la autora

Querido/ a lector/ a:

¡Gracias por elegir mi libro! ¡Que te interese significa mucho para mí!

Antes de adentrarte en las páginas de esta libro, es importante que sepas que lo que estás a punto de leer puede desafiar tus límites emocionales. Esta no es una historia de amor convencional; es un romance oscuro de mafia, un viaje que te llevará a los rincones más oscuros.

Los personajes que encontrarás son amorales, navegando en un mar de sombras donde la moralidad se gris. Por favor, tenlo presente antes de sumergirte en esta oscura narrativa.

Sinopsis

La Sombra es el electrizante cuarto libro de la exitosa serie Mafia y Sangre, donde el peligro y la pasión se entrelazan en cada página.

Damyan Sokolov ha sido desterrado a Varsovia por su hermano, Akim. Consumido por el amor no correspondido hacia Yasu Shinoda, Damyan se hunde en la oscuridad, alimentando su odio hacia Akim. Mientras las organizaciones criminales disfrutan de una frágil tregua, un nuevo líder emerge en la Tríada, reavivando la guerra entre mafias.

Kat, impulsada por su odio hacia Andreas Rossi, se infiltra en las filas de los Maotang, donde su destino choca con el de Damyan. La química entre ellos es instantánea, pero Kat oculta secretos peligrosos que podrían destruirlos.

¿Podrán Damyan y Kat vencer la oscuridad que amenaza con consumirlos?

¿Terminará el enfrentamiento entre las mafias?

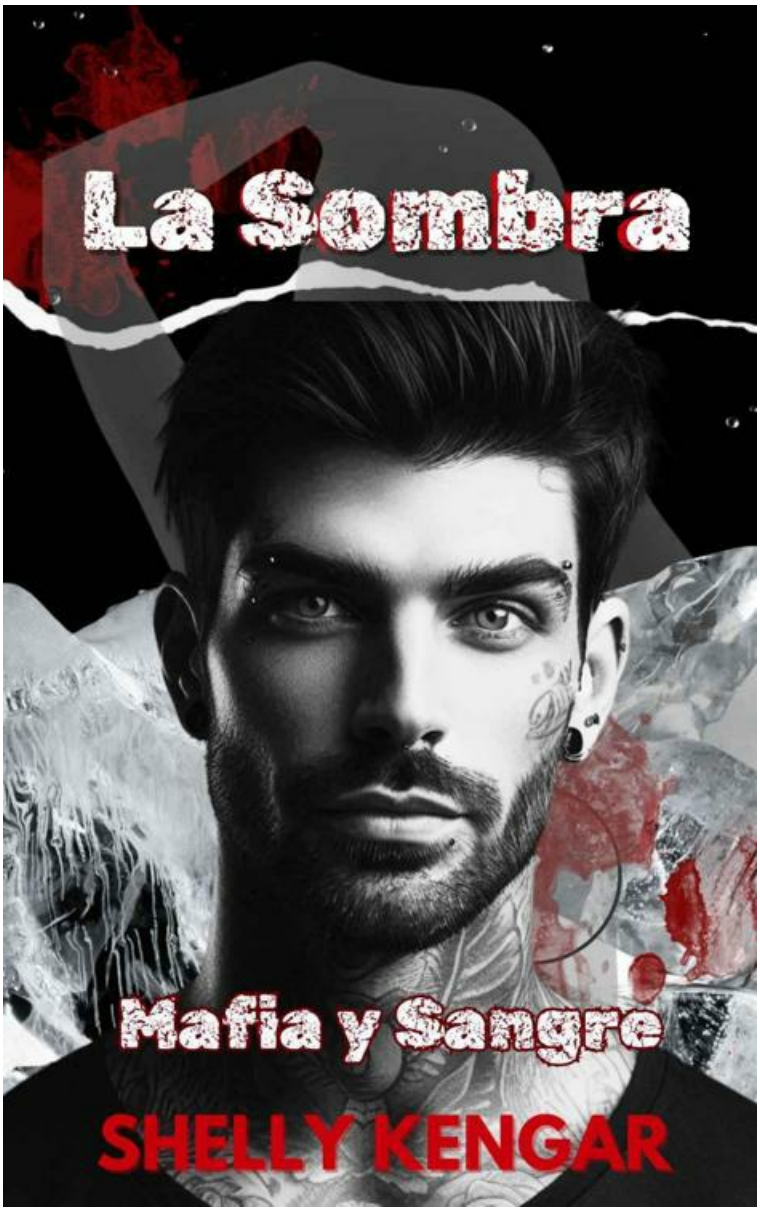
Sumérgete en La Sombra y descubre si el amor puede sobrevivir en un mundo gobernado por la venganza y la traición.

Información de la serie Mafia y Sangre

La serie nació con El Rey en Sombras, el primer libro de mafia romance. En esta historia te adentro en la mafia japonesa, la yakuza, en un escenario ejemplar como Tokio y con dos personajes ardientes que además son hermanastros. Después llegó Muerte al capo y me enamoré de Andreas Rossi y una Lera que parecía la princesa de la bratva perfecta, aunque esconde un carácter fuerte que junto a Andreas aflora más a menudo de lo que ella misma desea. A continuación, cree al Lobo y a Yasu Shinoda que es un personaje dulce que, aunque tiene su personalidad, es perfecta para un salvaje neandertal como Akim Sokolov. Después de esta historia confieso que eché de menos a una mujer guerrera, empoderada, independiente (porque son mis favoritas).

AVISO, en La sombra encontraréis a Kat una mujer de armas tomar que es la pareja perfecta para La sombra, Damyan Sokolov.

La Sombra en psicología significa dualidad, razón por la cual elegí este título para la cuarta entrega de Mafia y Sangre. Damyan Sokolov es un personaje que en el Lobo desarrolla una dualidad, arqueando su personalidad jovial y despreocupada hacia el lado oscuro del desamor, la envidia y la rivalidad. Su lucha interna entre el amor y el odio que le profesa a su hermano lo empujan a agriar su carácter, a vivir en la amargura de anhelar algo que es imposible.



Prólogo

El humo de las chimeneas surca el cielo escondiendo a las estrellas. El frío cala mis huesos mientras me arrebujo en el abrigo. He quedado con uno de mis informadores en un callejón en el corazón del centro industrial.

Cualquiera que se fijara en mí, apreciaría a una mujer caminando sola por las calles.

La vida me había enseñado que el hecho de que me subestimaran era un arma a mi favor. La lista de personas que me habían subestimado y ahora criaban malvas era extensa para mis veintitrés años.

Me adentro en los callejones de las fábricas que componen el polígono hasta llegar al número 54, lugar de encuentro con mi informador.

Lo encuentro fumando, nervioso, dando pasos de un lado para otro.

—Hits —pronuncio al tiempo que el hombre ataviado con un gorro de lana hasta las orejas y un abrigo de cuadros escoceses, que no pasa por su mejor momento, me mira.

—Chica… —titubea, hace tiempo que me conoce y me teme.

—¿Qué es lo que tienes para mí?

—El italiano sigue preparando filas. Los Maotang, están reclutando gente en su ejército.

—Dime algo que no sepa.

—Nikov, está tramando su venganza, quiere centrarse en los hermanos Sokolov porque son los más allegados de Rossi.

Esa información es importante para mí, si quiero llegar al capo italiano deberé infiltrarme en las filas de los Sokolov.

—Está bien, aquí tienes tu pago —le digo lanzándole una bolsa llena de dinero.

—No contestaré en un tiempo —pronuncia antes de marcharme.

Arqueo una de mis cejas de forma interrogante.

—Las cosas están demasiado caldeadas, no quiero morir.

Ni siquiera pierdo el tiempo en convencerlo, aunque mi intuición me dice que hay algo que no me cuenta. Salgo del callejón, dejándolo atrás, sumida en mis propios pensamientos.

Tan solo he avanzado unos metros cuando percibo que no estoy sola. Alguien se echa sobre mi espalda colocando el filo de una navaja en mi cuello.

—No te muevas, zorra.

A continuación, de entre las sombras emergen cuatro tipos vestidos de negro.

—¿Quién eres? —pregunta uno de ellos dando un paso hacia delante

Los repaso con mis ojos, fijándome en los tatuajes que lucen en sus dedos.

—Unos me llaman muerte, otros simplemente, chica— profiero con un tono frío.

El tipo se ríe en mi cara ante mi contestación

—Yo creo que te pega más cotilla, haces demasiadas preguntas —asevera acercándose a mí.

Son cinco contra mí y, como era de esperar, me han subestimado.

Con disimulo agarro entre mis dedos, uno de mis cuchillos ocultos en mi abrigo. Con impulso clavo mi arma en el costado del hombre que me tiene sujeta detrás en el sitio exacto entre sus costillas. Percibo cómo la hoja filosa que rozaba mi cuello cae al suelo, y antes que toque el suelo, lanzo mi brazo al tipo que permanece de pie frente a mí, hundiendo mi puñal en su pecho sin que pueda reaccionar.

De entre las sombras un encapuchado emerge liquidando a los tres restantes.

En unos minutos el asfalto está cubierto de cuerpos inertes.

El hombre con sudadera negra baja su capucha y me dedica una mirada crítica.

—Tienes un imán para los problemas, Kat —exclama meneando la cabeza.

—Lo sé, pero hace nuestra existencia excitante — comento guiñándole un ojo.

—Limpiemos esto si no queremos problemas. —anuncia Vin.

Vin y yo crecimos juntos, entrenamos juntos, y lloramos juntos. Primero cuando sus padres, que, trabajaban en mi casa, murieron en un aparatoso accidente de tráfico y después cuando mi padre hacía ver que no existía. Mi progenitor nunca quiso una princesa, tan solo un heredero, pero el destino es un grandísimo hijo de perra y le envió una chica. Desde el minuto cero me desestimó, aunque reconozco que no me faltó de nada material.

Con los años me esforcé para hacerme visible ante él, sin éxito, hasta que un día a hurtadillas escuché una conversación.

Mi padre estaba ebrio y Héctor, su mano derecha, lo cuidaba.

—Lo odio, como jamás pensé que odiaría a nadie. Lo detesto porque Andreas Rossi debió ser

mi hijo, mi legado, y no lo fue. No descansaré hasta verlo bajo tierra, como al maldito gusano de su padre que me arrebató todo.

—¿Y a ella no la odias?

Héctor hizo la pregunta con tiento.

—Por mucho que lo he intentado, no.

—Deberías descansar, jefe. Además, tienes tu propio legado.

—Uno que no pedí.

Por aquella época yo solo tenía diez años y mi propio padre me rompió el corazón. No dejé de luchar, de entrenar, de convertirme en la mujer que hoy soy. Y juré que yo misma mataría con mis manos a Andreas Rossi.

—Kat, vamos —apremia.

—Voy —digo, abandonando mis recuerdos.

Ayudo a Vin a lanzar los cadáveres en unos contenedores para que los encuentren o no, pero para entonces ya estaremos lejos.

—¿Y ahora qué? —pregunta mi amigo.

—Ahora rumbo a Varsovia —anuncio y él me mira extrañado.

—¿Y eso?

—Vamos a formar parte de los Maotang —anuncio con seguridad.

Nuestros pasos se pierden en la oscuridad de la ciudad de Tirana, nuestro territorio. Aquí crecimos y aquí nos convertimos en uno de los tentáculos de la mafia, aunque Vin y yo logramos hacernos un lugar manteniendo un perfil bajo para que la organización no detectara nuestros movimientos y así actuar por libre. No soy ninguna ingenua, no me engaño, sé perfectamente que mi padre está al tanto de algunas de mis actividades y, por alguna razón, que desconozco, lo permite.

—Y, ¿qué excusa le vamos a dar a tu padre? —pregunta Vin.

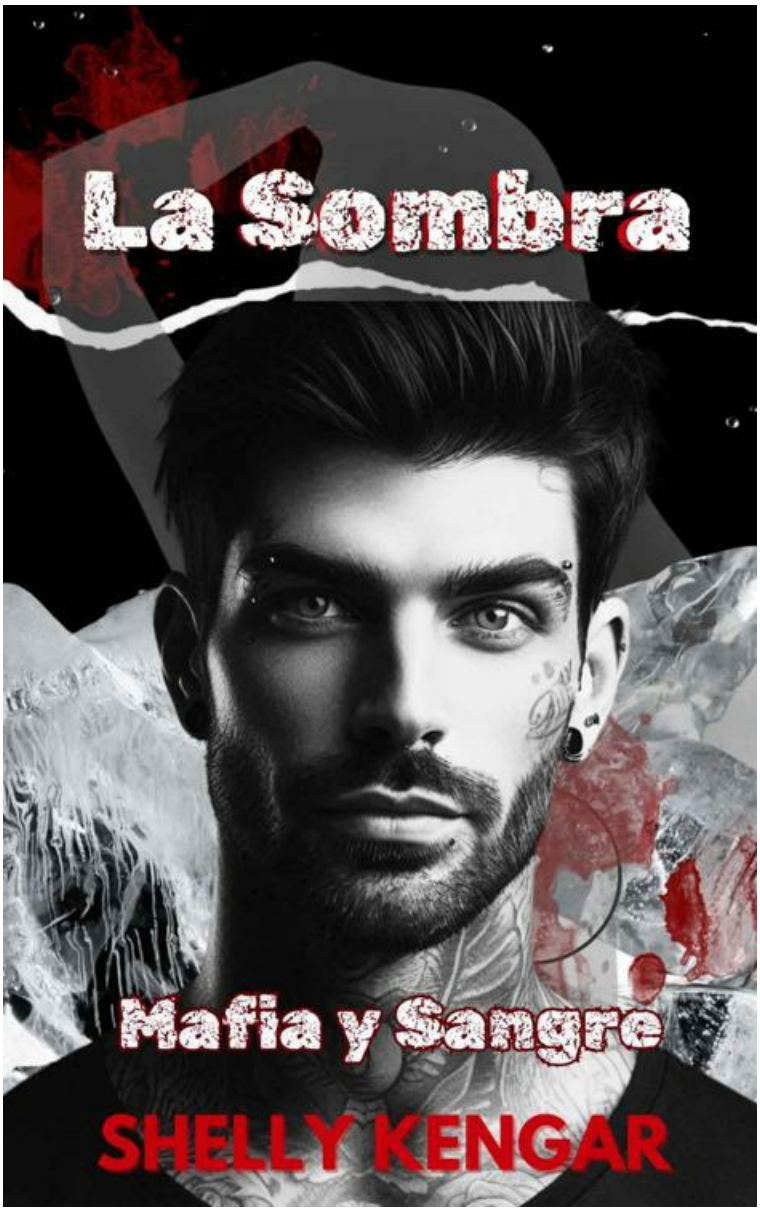
—Mi padre le da igual donde vaya mientras no lo moleste. De todas formas, informaré a Héctor de que voy a hacer un curso de informática avanzada en Varsovia y por supuesto tú vendrás conmigo —relato, mi excusa perfecta.

Nos metemos en el viejo *Mustang* de Vin y ponemos rumbo a la mansión. Hace tiempo intenté independizarme, pero por primera vez en mi vida a mi padre no le gustó mi decisión, además de que no se lo tomó en serio. En aquella época, albergué la esperanza de que por algún acto divino le importara, a pesar de su pasotismo de siempre.

—No serás un blanco para mis enemigos, así que vivirás aquí como siempre.

Esas fueron sus palabras exactas y no encontré preocupación, sino un atentado contra su dignidad. Él jamás me ha reconocido como su legado, aunque lo soy, pero de cara al resto de sus socios hace ver que le importo.

De nuevo mi corazón endurecido por años se vio afectado.



Capítulo 1

Damyan Sokolov

Respiro y me empapo del olor a lluvia, desde pequeño es una de las cosas que me proporcionan algo de paz. Cuando creces sin ser amado, recordando que eres poco más que un despojo, aprendes a disfrutar de los pequeños detalles.

Mi infancia es un cúmulo de recuerdos en los que no deseo profundizar, los mantengo a buen recaudo bajo llave en un recóndito lugar de mi mente. Tengo miedo de que, si algún día llega la hora de abrirlos, mi cordura pase a mejor vida. A veces el leve susurro de la voz de mi padre se cuela en mis pesadillas y pierdo la noción del tiempo entrando en un episodio psicótico del que

cada vez me resulta más difícil salir. Hace seis meses mi hermano me dejó en Varsovia, aquí los Maotang tienen una sede, para reunir a los hombres y actuar desde aquí, mientras él lo hace desde Praga junto a su compañera Yasu.

Un leve dolor en mi corazón se instala al evocar la imagen de la joven Shinoda. Para mi desgracia me enamoré como un tonto de ella. Por primera vez en mi vida, ansíe quedarme con una mujer, una que calentaba mi alma. Pero el destino es un bufón cruel que trabajó para que Yasu se enamorara de Akim y en la actualidad están juntos, además ella espera un hijo de él.

Mi sobrina.

Mi hermano hizo bien en alejarme para que lidiara con mis sentimientos, porque de lo contrario hubiera hecho una tontería.

Odio a mi hermano y lo amo en igual medida, por tener la suerte de quedarse con ella, que pudre mi alma a marchas forzadas.

Siempre me he sentido como una sombra a su alrededor, es la suerte o el castigo, según como se mire, de tener un hermano demasiado bueno en todo.

Camino por las calles de Varsovia, ajusto el cuello de mi abrigo y meto las manos en los bolsillos. Voy en dirección al club del que nos hicimos cargo meses atrás, pero es un día frío y lluvioso, prefiero caminar. Sé que mis hombres me siguen de lejos desde el coche del que bajé unos metros atrás. Soy una sombra, pero no idiota. Seguimos en guerra, aunque la tríada no ha dado señales de vida desde que Akim mató a su líder seis meses atrás. Los rumores en los suburbios dicen que el hermano y el primo del difunto Zuang se están peleando por la toma de poder. Por otro lado, la bratva también parece tener problemas internos que no han trascendido hasta la fecha desde la muerte del tío Pavel.

A pesar de la tranquilidad que se pueda respirar, hemos aprendido a no bajar la guardia. Tanto Akim como Andreas coinciden en que están preparando algo, por lo que nos obligan a mantenernos alerta.

Atravieso las puertas de Krasnyy nuestro local en el centro de Varsovia, y dirijo mis pasos hacia la oficina que tengo en el piso superior.

En un rato tengo una reunión con Zacarys Ferguson, de la mafia irlandesa. Yo sigo buscando apoyos, son las directrices marcadas por mi hermano y las cumplo a rajatabla. Además de gestionar el centro de adiestramiento de las nuevas incorporaciones a Los Maotang.

Cuando la bratva dirigida por el idiota de Nikov atacó la mansión, muchos de nuestros activos cayeron, así que Akim y Kublain organizaron todo para que en Varsovia tuviéramos un centro de entrenamiento para preparar nuevos asesinos que deben jurar lealtad a los Maotang.

Una de las camareras, Kris, creo que se llama, se acerca a mí para ayudarme a deshacerme de mi abrigo y me trae un vaso con mi bebida favorita, el vodka.

Desde joven me acostumbré a beber, Akim es un bebedor experto de Vodka y yo seguí sus pasos como siempre, siguiendo el anhelo de ser como el hermano que admiraba y veneraba.

«¡Que lejos quedan aquellos días y esas aspiraciones! Ahora solo queda un alma podrida, un humor amargo y una sombra»

«La sombra del Lobo, Damyan Sokolov».

Entro en el despacho que tengo en el local y allí me encuentro con Kai Kan, es hermano de Kublain y durante los últimos meses, se ha convertido en mi hombre de confianza. He descubierto que trabajar con él resulta muy sencillo y se ha convertido en algo más que un subordinado. Sentado con una de sus piernas cruzadas sobre su rodilla, y un puro entre sus dientes, se encuentra mi cita de esta noche, Zacarys Ferguson, líder de uno de los clanes irlandeses. Su cabello pelirrojo delata su procedencia. Ocupo mi sitio detrás del amplio escritorio

ante el escrutinio de los dos guardaespaldas que lo acompañan.

—Sokolov —Saluda extrayendo el humo en círculos de su boca—. Tenía muchas ganas de conocerte.

Odio el olor de los puros, me recuerda demasiado a mi hermano consiguiendo agriarme mucho el humor.

—Ferguson, creo que te equivocas de hermano —apunto con acritud.

—No creo. Al Lobo su fama le precede, pero debo reconocer que en estos últimos tiempos te has convertido en alguien respetado y a la vez temido. — Reconoce regalándome los oídos.

Atrás he dejado mi carácter jovial, del que durante años he hecho gala en las negociaciones, ahora no queda rastro de aquel hombre que siempre veía un aló de esperanza y un punto positivo en las cosas.

—Deja de alabar y vamos al grano Ferguson —proclamo con un tono regio que sorprende a mi invitado, aunque lo disimula tras su rostro.

—Tú necesitas mi apoyo, aunque la guerra parece atravesar una tregua —aprecia vanagloriarse de su buen tono.

—"Teme a las aguas mansas", dice el proverbio antiguo, así que no subestimes a nuestros enemigos, Ferguson —proclamo con un tono frío.

—Bueno, sí, estoy de acuerdo. Mi apoyo a cambio de protección para mi mercancía. Tengo varios cargamentos para entregar en Tokio. Mis clientes están nerviosos por la intervención de las rutas, así que necesito darles garantías.

Coloco una de mis manos en mi mandíbula y valoro la propuesta de Ferguson, no me pilla de improvisto, contaba con que esto más que un acierto fuera un trueque, el pelirrojo es conocido por ser un trilero.

—De acuerdo, entrega a Kai los planos de la ruta y los Maotang haremos el resto —pronuncio y la sonrisa satisfecha de Ferguson sella el trato.

Solo en mi despacho jugueteo con el vaso de licor entre mis dedos, rememorando la persona que fui y en la que me he convertido.

La puerta sea abre y Alyssa aparece ataviada con su uniforme de bailarina, sujetador con pedrería del cual cuelgan flecos multicolores y una braguita a juego que no deja nada a la imaginación. El brillo en su mirada me advierte de que ha venido a relajarme como todas las noches desde que me hice cargo del local. Reconozco que su belleza podría eclipsar a cualquier mujer, lástima que a quien debería hacer sombra no puede.

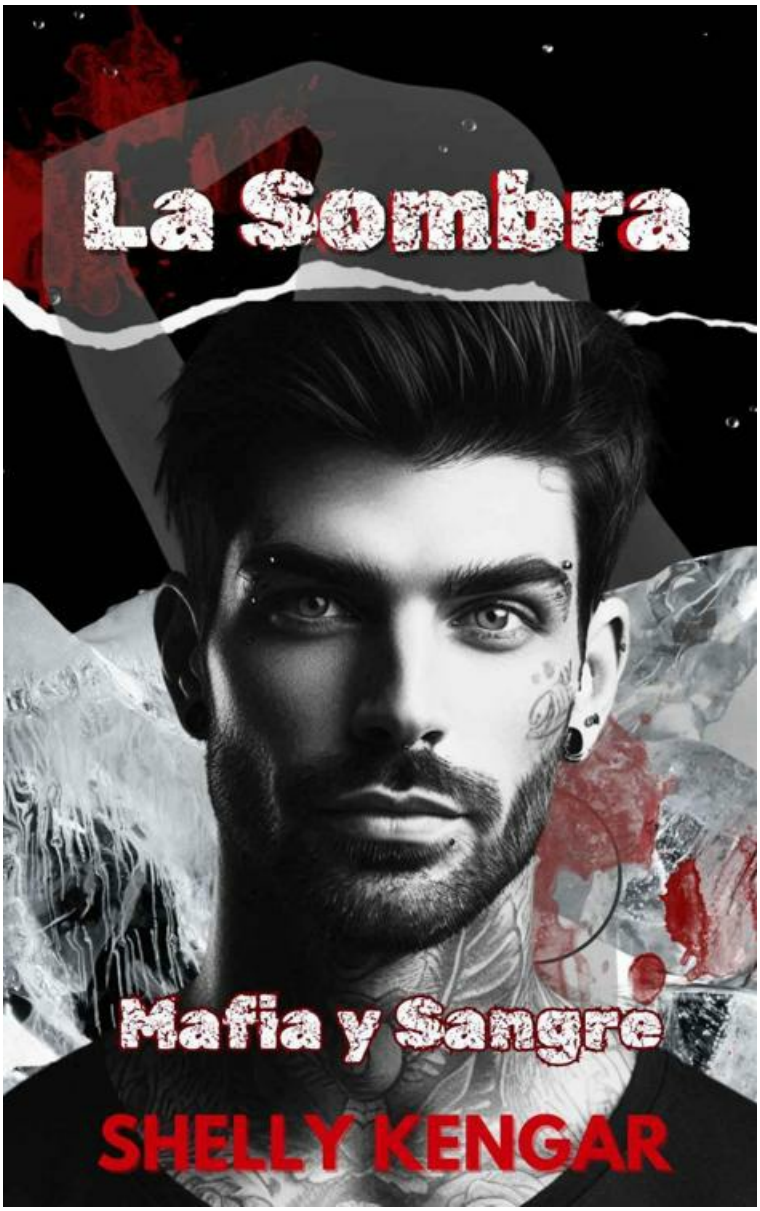
«Yasu», susurra mi mente evocando a la mujer de mi hermano.

Mis dedos se vuelven blancos apretando el vaso con fuerza ante la jugarreta de mi mente por evocar lo que no debo.

—Hola, jefe, vengo a relajarte —exclama pasando la punta de su lengua por mis labios.

«Maldición, nadie podría rechazar una invitación de ese tipo».

Sonrío de lado sin que el gesto llegue a mis ojos que la repasan con atención.



Capítulo 2

Kat

La primera vez que veo al pequeño de los Sokolov, él ni siquiera me dedica un vistazo; sin embargo, experimento una extraña emoción y una atracción desorbitada que hace que mis ojos no se despeguen de él.

Vin y yo llevamos una semana en el centro de entrenamiento de Los Maotang en Varsovia. Reconozco que entramos por los pelos porque el tipo que hacía la criba era reticente a que una mujer formara parte de los asesinos Maotang, pero la verborrea de Vin logró convencerlo. Enseguida nos asignaron habitaciones en la casa y nos facilitaron lo necesario para entrenar. Vin se asustó un poco cuando irrumpimos por primera vez en la sala de entrenamientos, porque los hombres sangraban como cerdos. Mi amigo es bueno con los cuchillos, pero un poco aprensivo.

—Eh, los nuevos, aquí— dice un hombre no mucho mayor que yo, con una larga trenza de cabello colgando en su espalda y unos ojos demasiado azules para mirarlo directamente.

—Nombres— exige.

—Kat

—Vincent.

—Al ring —nos ordena.

Nos colocamos en fila esperando nuestro turno cuando lo veo. Aparece con su abrigo y el cuello del mismo alzado, tapando parte de su nuca. Es alto, muy alto. Si estuviera cerca de él, seguramente me taparía con su cuerpo, delgado y fuerte. No puedo apartar mis ojos de él mientras habla con el tipo de la trenza y entonces, al girarse, obtengo una pequeña visión de sus ojos, grises, muy grises y tristes, muy tristes. Algo se encoge en mi pecho y mi corazón golpea mis costillas. Sacudo la cabeza aturdida para desenfocarme de él, que, mientras, se larga sin ni siquiera echar un vistazo al ring.

Vin me propina un codazo sacándome de mi ensimismamiento.

—Te toca.

Adelanto pisando la tarima del ring, frente a mí, un tipo que me dobla en tamaño y volumen. La sonrisa de suficiencia en su rostro dice mucho a mi favor. Separo mis pies y alzo mis brazos adoptando posición de guardia alta, mis manos tapan parcialmente mi rostro protegiendo mi cabeza y parte de mi torso. Mi contrincante sonríe regalándome una visión asquerosa de sus podridos dientes, eleva su mano para hacerme el gesto de que ataque y lo ignoro. Por el rabillo del ojo observo como el resto de los hombres que permanecían entrenando se agrupan alrededor del ring, curiosos por el combate. Cansado de esperar mi ataque, decide abalanzarse sobre mí, lanzando un gancho con uno de sus brazos de forma circular, efectuando un ángulo de 90 grados. Yo me apresuro con rapidez a efectuar una esquiva bajando mi cabeza para que no consiga golpearme, flexiono mi cuerpo hacia abajo y adelanto uno de mis pies para golpear uno de sus tobillos. Mi acción logra que pierda el equilibrio y se balancea hacia atrás dando pasos cortos para mantenerse en pie.

—Zorra —sisea mi contrincante una vez recuperado y vuelve al ataque golpeando con fuerza para arrinconarme.

Adopto posición de bloqueo absorbiendo los golpes con mis puños, ejerciendo fuerza con mis piernas para que no consiga mover mucho mi cuerpo. Teniendo en cuenta que su peso dobla el mío, es una acción arriesgada.

Diviso una abertura entre sus brazos y golpeo entre sus costillas con precisión para que refrene su ataque. Da varios pasos atrás y pone distancia, gesto que agradezco ganando un poco de tiempo.

Las personas que rodean el ring jalean a mi contrincante y este profiere un grito de guerra junto a una mirada asesina para de nuevo pasar a modo ataque. La rapidez y mi agilidad son mi baza para poder inclinar la balanza a mi favor. Se abalanza sobre mí de nuevo, lo esquivo colocándome a su espalda, golpeó con la punta de mi pie sus dos corvas y cae hacia delante como un muñeco enorme. Me sitúo a su espalda y rodeo con mis brazos su cuello.

El tipo de la trenza que ha estado observando la pelea desde el principio sube al ring, cuenta hasta diez y da por finalizado el combate. Solo entonces libero a mi contrincante y camino directa hacia donde me espera Vin con una sonrisa de orgullo en su cara.

El resto de los compañeros se dispersan y regresan a sus entrenamientos. Bajo del ring junto a mi amigo para dirigirnos también a la zona de los sacos de boxeo.

—Chica— escucho a mi espalda y me giro para comprobar que el hombre de la trenza es el

que me ha llamado.

—Bien hecho—me felicita a su manera.

—Gracias—. Me limitó a decir.

«Una vez más queda comprobado que no es bueno subestimarme».

—Le diste una buena lección, *Katwoman*— susurra Vin, sonriente.

Mi mejor amigo es mi mejor fan, sonrío levemente sin dejar de observar cómo soy el punto de mira del resto de compañeros. Creo que mi victoria me ha proporcionado que me miren con cierto respeto, lo que me viene bien.

—Concéntrate, no pierdas de vista lo que hemos venido a hacer aquí— amonesto golpeando su brazo con mi mano.

—Sí, pero reconoce que has ganado puntos con esta magnífica victoria— recalca.

—Sí, pero también me he ganado un enemigo, así que no entiendo por qué te muestras tan orgulloso —Vin tiende de a fantasear; sin embargo, yo he aprendido a no tomar los acontecimientos a la ligera. Cualquier acción va seguida de cerca de una reacción. Ganar al tipo de los dientes podridos, me ha proclamado como alguien a quien temer, pero también estoy completamente segura de que mi contrincante no olvidará su derrota.

—El tipo de la trenza es Kai Kan, el segundo al mando después de Sokolov— comunica mi amigo en voz baja para que solo pueda escucharlo yo.

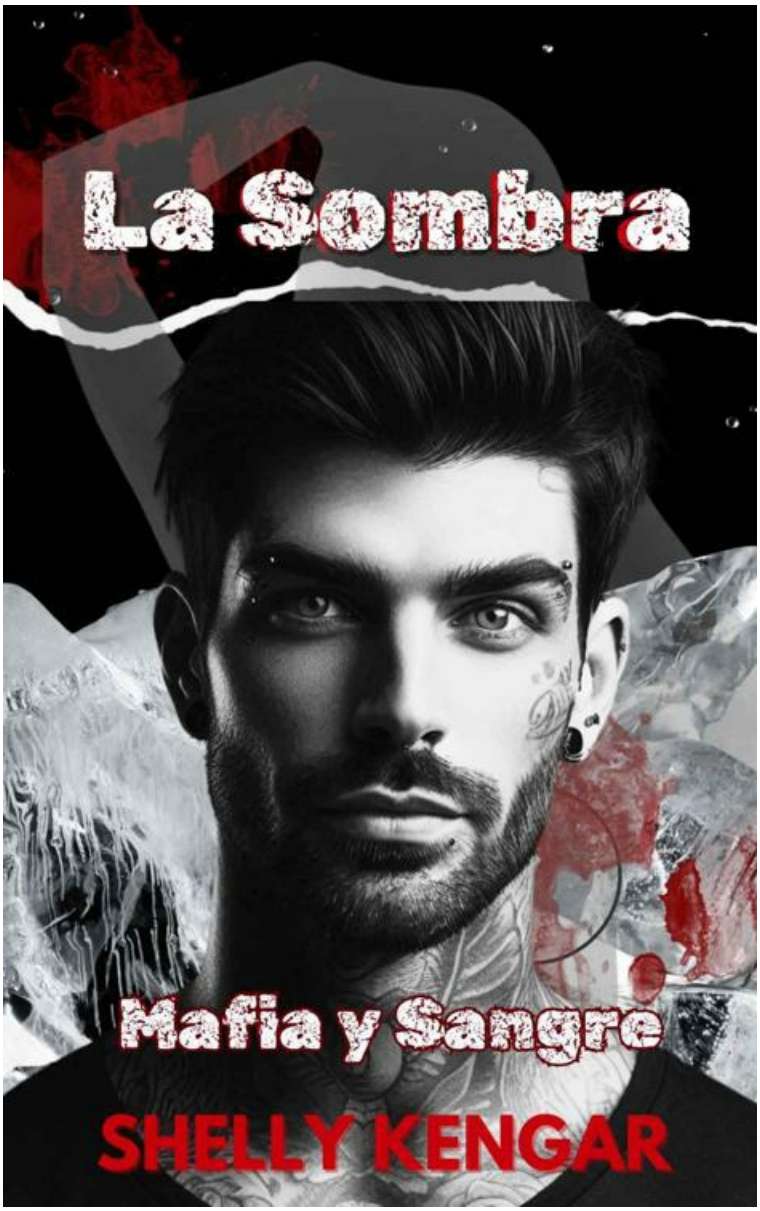
—¿Qué tan cercano es a Sokolov? —pregunto sin apartar la vista del frente.

—El más cercano, dicen. Damyan Sokolov aterrizó en Varsovia hace seis meses, y los que lo conocían con anterioridad susurran que algo cambió en él. Ha pasado de ser un tipo inmaduro y relajado a un amargado de cuidado. Nadie sabe la razón. Las malas lenguas hablan de una gran pelea entre los hermanos Sokolov y el Lobo. Akim Sokolov es un tipo muy peligroso; su crueldad lo precede. —Vin explica toda la información recabada plantando la semilla de la curiosidad en mí.

El hombre que vi antes, estoy segura de que es Damyan Sokolov, las fotos que había visto de él con anterioridad lo certifican, aunque reconozco que se ve cambiado.

—Trata de averiguar qué pasó entre los hermanos. Necesitamos la máxima información— recuerdo a Vin.

—A sus órdenes, jefe— se burla mi amigo.



Capítulo 3

Damyan Sokolov

Las nubes estaban de regreso, últimamente, siempre llueve en esta ciudad, no es algo que me desagrade, por el contrario, disfruto de este tiempo. Quizás porque mi humor se parece demasiado a las acolchadas nubes cargadas de tormenta que adornan el cielo. Salgo de mi habitación sin camiseta, a pesar de la época del año. El frío nunca ha sido un impedimento para mí, la sensación de la brisa helada chocando con mis pectorales resulta satisfactoria.

Atravieso la sala de la casa y salgo por la parte trasera, camino un rato hasta encontrar mi lugar. Coloco a conciencia la cinta blanca sobre mis puños, enfundándolos y lanzo el primer golpe sobre el árbol centenario frente al que estoy. Así comienzo mi entrenamiento diario lejos de la sala donde el resto entrenan.

«Prefiero la soledad».

Realizo series de diez y tomo aire para continuar. La sangre mancha las bandas de mis puños maltratados por la basta corteza del árbol al que estoy aporreando, descargando mi frustración. No me detengo porque el malestar que tengo en mi alma no remite, por el contrario, va ganando terreno cada día un poco más. Por las noches me embarga la preocupación, porque si no logro remitir esta oscuridad que poco a poco se está comiendo mi alma me convertiré en una sombra gris y taciturna con ansias de sangre.

Escucho unos pasos detrás de mí que no logran que me detenga.

—Damyan —La voz de Kai suena a mi espalda.

—¿Qué sucede? — pregunto siguiendo con los golpes.

—He enviado a diez de nuestros hombres para escoltar el convoy de Ferguson, hablé con Kublain, él se encargará de avisar a Fudo Shinoda. —comunica.

Me limito a asentir con un leve movimiento de mi cabeza sin detener mi entrenamiento. Pasa un momento de silencio extremo y Kai permanece de pie a mi espalda. Durante estos meses he aprendido a leerlo en sus mutismos.

—¿Algo más?

—Tenemos una mujer en nuestras filas.

Por un segundo detengo mis golpes sobre la corteza del árbol.

—Eso es nuevo— profiero y continúo.

—Depende de cómo se mire— confiesa al fin.

Detengo mi entrenamiento para girarme y mirarlo directamente.

—Kai, si va a crear problemas, deshazte de ella —ajusto las vendas de mis manos, prestando especial atención al rostro de mi hombre de confianza.

—Problemas ya ha creado, venció a Asthor y no creo que él deje la cosa ahí —comunica impasible.

Si la mujer venció a uno de nuestros mejores activos, debe ser buena. Es extraño encontrar en nuestro mundo una mujer que se pueda equiparar a un hombre en técnicas de lucha.

Por una ráfaga de tiempo experimento cierta curiosidad, aunque desaparece rápido.

—Vigila a Asthor de cerca, no quiero problemas en nuestras filas, suficiente, tenemos con los de fuera —abordo desenrollando las vendas de mis manos, fijo mis ojos en las pequeñas heridas que adornan mis nudillos. El dolor es leve y ayuda a mantener a raya la oscuridad que poco a poco me está consumiendo por dentro.

—Ya he puesto vigilancia a la chica y su amigo también— informa Kai.

—¿Amigo? — pregunto con curiosidad.

—Sí, llegó a alistarse con él, son más o menos de la misma edad —aporta Kai.

—Está bien, mantenme informado— le pido y solo entonces es cuando Kai se gira y se marcha dejándome de nuevo solo con mis demonios.

Después del entrenamiento regreso a la casa, me doy una ducha y unto un ungüento para los pequeños cortes que lucen mis nudillos. El sonido del móvil me distrae de mi tarea. Alargo mi mano sobre la cama para cogerlo.

—Sí —contesto a sabiendas de la voz que escucharé al otro lado.

—Damyan, ¿cómo vas?

—Bien, entretenido. Ferguson ha aceptado unirse —informo, aunque sé que mi hermano ya maneja esa información.

—Buen trabajo con Ferguson, hermano —por primera vez El Lobo me felicita, en vez de reprenderme lo que me extraña de la misma forma que me molesta.

— ¿Sabemos algo de tríada? —pregunto ignorando sus felicitaciones.

—Al parecer la tríada ya tiene un nuevo líder. Es un primo lejano del difunto Li Zuang, su nombre aún no se conoce. Se están reagrupando. — comunica Akim.

—Y, ¿la bratva? Y ¿Nikov?

—La bratva hermética ni siquiera Rossi sabe nada, y de Nikov tampoco. El silencio es lo peor.

—Sí, estoy de acuerdo.

— ¿Cómo van los reclutamientos?

—Bien, ya tenemos los mismos activos que antes e incluso más.

—Perfecto. —hay una pausa. —Damyan la mansión ya está reconstruida, daremos una fiesta en breve, estás invitado.

«No pienso ir, no puedo ir, no soy capaz de ver a Yasu embarazada y feliz al lado de Akim».

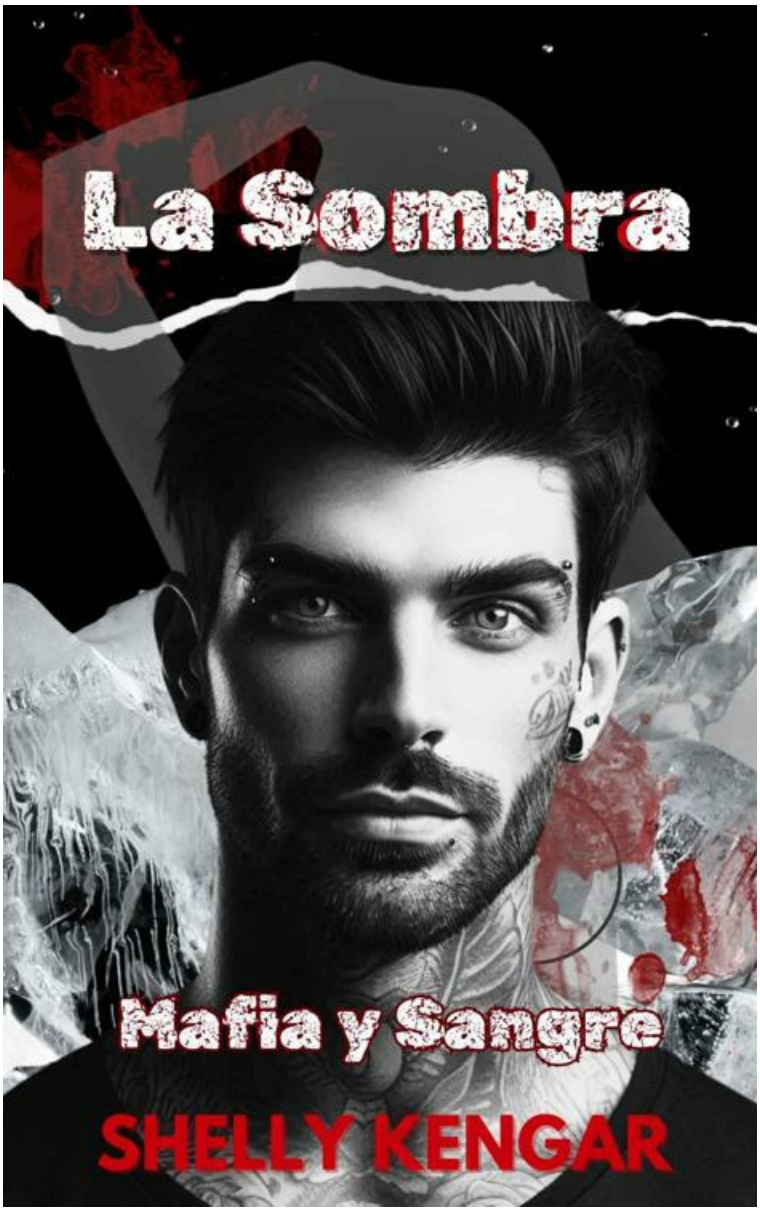
—Lo pensaré— contesto.

—Está bien— dice mi hermano y sé que sabe que no voy a ir.

Cuelgo y lanzo el teléfono contra la pared en un brote de ira intensa destrozando el aparato. Es eso o destrozar la cabeza de alguien.

Termino de vestirme para proseguir con la mañana. Esta noche celebro una fiesta en la casa donde están invitados varios de los jefes de las organizaciones pequeñas de Varsovia. También acudirán Lazar Venim y algunos de sus socios.

Bajo a la cocina y como algo de lo que ha preparado Nina, la cocinera, suele dejarme *tuppers* en la nevera, ya conoce que no tengo horario para sentarme a comer, en ocasiones me olvido hasta de esa función vital. Agarro una de las botellas de vodka y me encierro en mi despacho, no sin antes enviar un correo electrónico a Kai desde mi laptop para que me consiga un móvil nuevo. Kai no hace preguntas, ya está acostumbrado a que destroce el teléfono una vez en semana. Cada vez que al arrogante de mi hermano se le ocurre llamarme. Porque para mi desgracia solo el timbre de su voz me molesta, despierta mi odio insano y me recuerda que él tiene lo que yo ansío.



Capítulo 4

Kat

Aprieto la mandíbula cuando el capullo de Asthor me empuja ligeramente justo en el momento en el que Kai Kan nos reúne en fila para darnos alguna información. Lo aniquilo con la mirada y Vin agarra mi antebrazo para calmarme.

—Este idiota me está buscando— siseo flojo para que solo mi amigo me escuche.

—*Keep calm, Katwoman*— profiere Vin pegando su boca a mi oreja.

Centro mi atención en Kai y observo como no me quita los ojos de encima ni a mí ni a Vin, así que pongo un poco de espacio entre mi amigo y yo.

—Hoy tenemos trabajo, damos una fiesta en la casa principal, necesitamos seguridad extra, así que no la caguéis— informa Kai y en la última palabra centra la atención en mí.

«Joder, ya me tiene entre ceja y ceja»

Kai acaba de dar instrucciones y yo me quedo rezagada con Vin.

—Es mi oportunidad— susurro sin apartar la mirada de Kai para que nadie sospeche de mí.

—Estás loca, no inventes Kat. Vamos vigilamos y punto. Las miradas que te dedica el jefe no me gustan, además, el bruto ese que tumbaste no te quita los ojos de encima tampoco.

—Necesito que con tus encantos me hagas un favor— me miro las uñas mientras hablo como técnica de despiste.

—¡Joder! —masculla Vin.

—Tenéis que ser puntuales— grita Kai—, y, bajo ningún concepto los invitados deben ir armados, deben dejar sus armas fuera. No estamos tratando con gente de poca monda, sino de altos cargos— recuerda Kai antes de irse.

—Conozco esa mirada y no me gusta nada— advierte Vin.

Nos preparamos para la fiestecita, a regañadientes Vin ha conseguido que una de las chicas que sirven en la casa de Sokolov coloque la bolsa que le he entregado en uno de los lavabos de la primera planta. Nuestra posición es a pie de escalera en el recibidor, cortando el acceso de todos al ala de las habitaciones. Vin y yo uno a cada lado de la barandilla empuñando un arma automática, revisamos la gente que accede a la fiesta, los que son cacheados para requisar sus armas por Zor y Punk, dos de nuestros compañeros. Por suerte, dientes podridos de Asthor le ha tocado la zona exterior del recinto, por lo que no debo vigilarlo de momento. Ese tipo me la tiene jurada desde que lo tumbé en el ring.

Es mi oportunidad, albergo la esperanza de que Andreas Rossi haga acto de presencia esta noche, por eso mi plan no puede fallar. Cuando baja la afluencia de entradas, le dedico una mirada cómplice a Vin y me escabullo con disimulo escaleras arriba. Accedo al baño donde la chica que ha engatusado mi amigo ha dejado la bolsa debajo del lavamanos. La abro y saco un vestido negro, sobrio, elegante, justo lo que necesito para colarme en el salón sin llamar mucho la atención. Guardo mi uniforme en la misma bolsa, me coloco una peluca rubia larga que cae por la espalda descubierta del vestido y saco unas lentillas de color marrón para tapar el color de mis ojos. El verde intenso de mis iris es fácil de recordar, por eso opto por cambiarlo. Me planto unos tacones plateados y salgo del baño después de maquillarme en exceso. Bajo las escaleras comprobando que solo Vin puede verme y al pasar por su lado le guiño un ojo ante su cara de horror.

Accedo sin contratiempos al salón.

La fiesta parece todo un éxito, mafiosos, con mujeres exuberantes de brazo, parlotean mientras sujetan en sus dedos copas de champaña. Reviso con avidez cada rincón en busca de mi objetivo, pero no tengo suerte. A pesar de haber memorizado su rostro durante años a través de fotos. Camino hacia una barra donde sirven bebidas.

—Un vodka —solicito al barman.

—¿Una bebida demasiado fuerte para ti, no crees?

Una voz ronca, con toques tétricos, se cuela en mis oídos y me giro hacia la derecha para enfrentar al dueño de esa voz que resulta tan amenazante como sexy. Por primera vez casi me atraganto con mis propias palabras que se niegan a salir de mi garganta.

Frente a mí, el hombre más sensual con el que me haya tropezado, su cabello despeinado lo dota de cierto salvajismo y sus ojos grises como el humo de un habano pellizcan el alma.

«Joder, ¿qué me pasa?», regaña mi mente.

«No puedo dejar de mirarlo como una tonta».

—El vodka nunca es demasiado fuerte —profiero acercando el vaso a mis labios.

El tipo no despeja sus ojos de mis movimientos e incluso se atreve a echarme un vistazo de arriba abajo con descaro. Me dedica una sonrisa suave después de su escrutinio y vuelve a su bebida. Por alguna razón su actitud es como si me hubiera descartado y despierta cierto enfado en mi ego.

Mi intuición me susurra su identidad porque es el mismo hombre que vi hablando con Kai. Si no me equivoco, tengo a mi lado al pequeño de los Sokolov.

—Sonya— digo captando de nuevo su atención.

—¿Estás sola? —Arquea sus cejas— ¿Con quién has venido? — indaga ganándose en parte mi admiración porque no resulta un hombre que se ciegue por una mujer bonita.

«Pero me intriga. Y me molesta porque sé bien el efecto que causo en los hombres».

—No suelo dar detalles de mi vida a desconocidos— suelto de manera altiva y como él me giro para seguir apoyada en la barra, imitando su desaire anterior. Por el rabillo del ojo divido un fugaz destello de diversión e interés que provoca que me felicite mentalmente.

Se gira a cámara lenta y un aroma a madera y sándalo inunda mis sentidos. Este hombre no solo tiene un físico que encoge hasta los dedos de los pies, sino que huele de maravilla.

Damyan Sokolov se presenta al fin y, despejando todas mis incógnitas.

«¡Lo sabía!», vitorea mi mente.

—Encantada, señor Sokolov— digo y acompaño mis palabras con el gesto de extender mi mano para que omite mi gesto.

Pero ese mismo instante lo aborda otro individuo que le iguala en altura, pero es mucho más. A su lado, una chica con la piel de porcelana y un vestido rosa que conjunta con su pelo. Ella me dedica una mirada amable.

—¡Damyan, llevo toda la noche buscándote! —exclama el recién llegado

—Lazar, me alegra verte.

—Tenemos que hablar— el tipo ni siquiera me ha determinado.

Damyan asiente y se gira hacia mí, inclina su cabeza pegando su boca a mi oreja y susurra

—No te escondas mucho, mi diosa del vodka, enseguida vuelvo.

Se marcha y yo me quedo como una tonta, mirando cómo su espalda desaparece entre el resto de los invitados

«Céntrate, Kat», regaña mi mente para que deje el estado catatónico y me concentre en lo que he venido a hacer aquí.

Decido entre mezclarme con el resto de los invitados para averiguar si mi objetivo ha hecho acto de presencia. A lo lejos diviso a Kai y cambio mi trayectoria porque, aunque mi disfraz es muy bueno, no quiero arriesgarme. Nuestro instructor es un lince muy audaz, por lo que prefiero no ponerme en su punto de mira.

He recorrido todo el salón y ni rastro de Andreas. Suelto, decepcionada, un bufido porque mi plan ha fracasado.

Ya no tengo nada que hacer aquí, así que me escabullo para salir del salón, asegurándome de que nadie se encuentra en el recibidor, tan solo Vin. Mi amigo me guiña un ojo como señal para que avance escaleras arriba. Levanto mi vestido para poder subir más rápido. Casi he alcanzado la puerta del baño, donde he dejado mis cosas, cuando percibo una mano sobre mi boca y soy arrastrada hacia una de las habitaciones colindantes.

No forcejeo.

No me resisto.

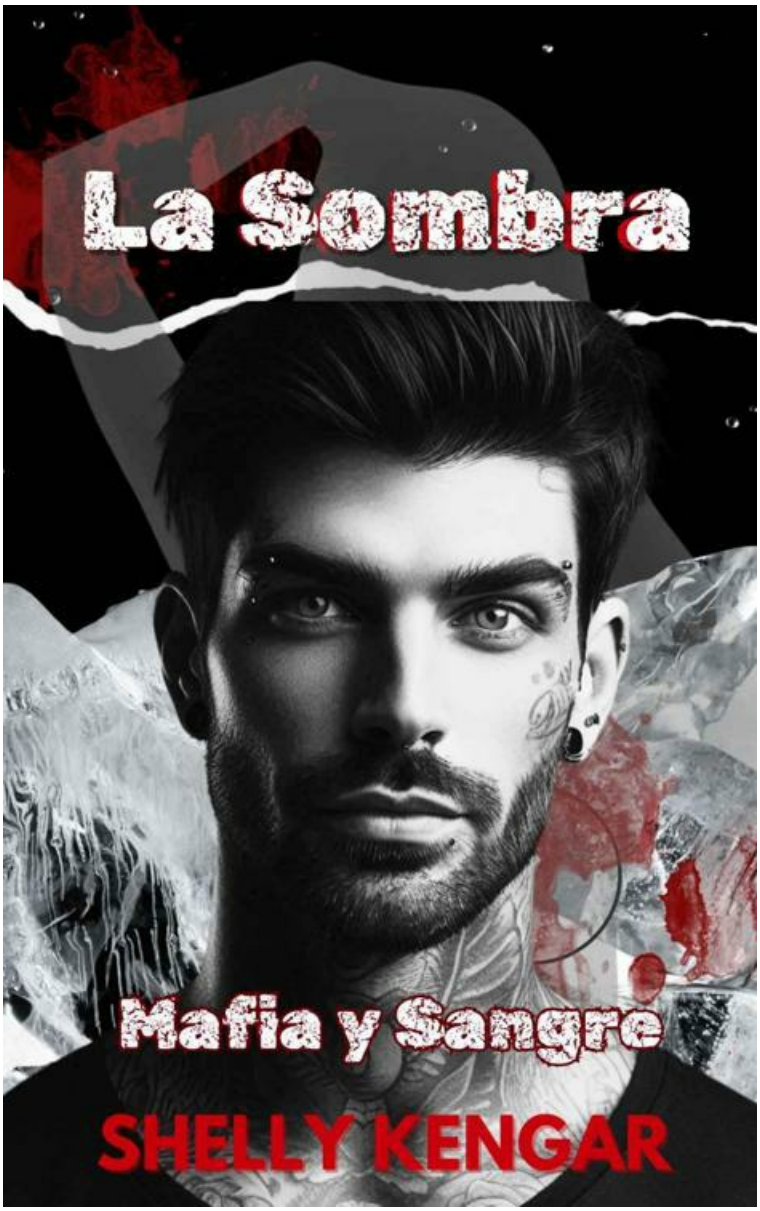
Pero oponer resistencia solo desencadenaría en un escándalo que no me interesa.

Una vez dentro de la habitación todo está oscuro.

«Sándalo y madera», repite mi mente.

La mano que tapa mi boca se retira y, no grito, mantengo mi cuerpo pegado a su pecho y espero.

—¿Qué haces escabulléndote por mi casa? — interroga Damyan y para mi martirio personal sus manos permanecen sobre mis caderas.



Capítulo 5

Damyan Sokolov

Salgo de mi despacho después de una conversación con Lazar Venim el líder de la muti (mafia búlgara) que me deja un mal sabor de boca. Reconozco que Lazar tiene mucha más experiencia que yo en según qué cosas, pero reprenderme por enviar a mis hombres, según él, a una muerte segura, escoltando el cargamento de Ferguson, ha logrado crisparme. Así que, en vez de regresar al salón, decido refrescarme en uno de los baños de la zona este en la primera planta.

Al salir, mis ojos la ven, corriendo escaleras arriba con una actitud sospechosa. Es la misma mujer con la que he coincidido en el salón.

«Intriga».

Después de muchos meses sin experimentar otras sensaciones que fueran, desespero, hastío,

desinterés por todo, que la rubia de sinuosas curvas captara mi atención con su afilada lengua era como un golpe de aire fresco. Decido actuar y la sigo, esperando el momento adecuado para agarrarla por la espalda, colocando una de mis manos sobre su boca y me meto en una de las habitaciones.

La oscuridad reina en la estancia y con suavidad retiro mi mano de su boca, colocándola junto al otro sobre sus caderas.

—¿Qué haces escabulléndote por mi casa?

Bajo las yemas de mis dedos percibo cierto temblor que logra excitarme, pillándome desprevenido.

¿Cuántos meses hace que ninguna mujer consigue excitarme?

—Necesitaba ir al baño, y el de abajo estaba saturado — replica con rapidez, con ese ingenio que posee y que ya vislumbré en el salón.

—Eres rápida, diosa— alabo divertido—, pero no me convences. ¿Con quién has venido? — insisto porque con anterioridad evitó mi pregunta y ahora albergo más curiosidad que antes.

Se gira sobre mis manos, colocándose frente a frente. A pesar de la oscuridad, la leve luz de la luna que entra por la ventana consigue que mis ojos recorran las líneas de su rostro.

Las rubias nunca fueron mi tipo. Lo extraño es que esta rubia en particular despierta cierto deseo en mí. Sus ojos son extraños, marrones, pero claros, con pequeñas motas verdes que luchan por salir tras su iris.

—¿Siempre abordas a las mujeres que acabas de conocer en mitad de la oscuridad? — cuestiona sin responder a mi pregunta, evadiendo deliberadamente brindar respuestas.

Su voz melosa, con un deje en su acento que camufla a la perfección, resulta como un canto de sirena capaz de obnubilar a cualquier hombre, no a mí, no al hombre que soy ahora.

—Evitas contestar, diosa, despertando mis sospechas —acuso y presiono mis dedos en su cintura, inmovilizándola con determinación, sin presionar mucho para no lastimarla.

Se remueve bajo mi agarre, sin conseguir que afloje. De improvisto pasa una de sus manos por mi nuca y acaricia la piel con sus delgados dedos. Su poder de seducción es bueno, lástima que sea de hielo.

Centro mis ojos en sus carnosos y rojos labios que me llaman cuál luz de un faro a un pesquero perdido en el mar. Resisto.

—No tengo nada que ocultar— susurra sin dejar sus caricias que poco a poco van despertando cierto fuego en mi interior, sorprendiéndome.

Dominado por mis instintos que ella ha provocado, la giro con rapidez pegando su trasero a mi pelvis para que note la dureza que empieza a despuntar.

—¿Qué buscas, diosa? —insisto pegando mi boca a su oreja. Su aroma dulzón inunda mis fosas nasales.

Todo en esta mujer resulta atrayente, exhuma lujuria por cada curva de su cuerpo y su mirada peligrosa azota a mi libido, alimentando las ganas de comérmela entera.

Acerco mi boca a su cuello y lamo con la punta de mi lengua, sin dejar de presionar con mi erección su trasero mientras mis manos acarician su vientre.

—No busco nada…

Mis dedos se cuelan por la abertura de su vestido para tocar el triángulo de seda húmedo de sus bragas

—¿Nada? Tus bragas no dicen lo mismo, Diosa—mascullo pegado a su boca

Ella se limita a gemir y a mover su trasero contra mi erección, lo que casi me vuelve loco.

—Voy a arrancarte a polvos, señorita, la información que necesito— advierto y casi he

alcanzado sus labios con las puntas de mis dedos cuando el puto teléfono suena de manera insistente.

«¡Joder!», sisea mi mente.

El sonido es tan estridente, qué frustrado suelto a mi diosa para cogerlo.

—No te muevas, será solo un minuto —le digo y ella se limita a asentir.

Le doy la espalda caminando hacia la ventana y descuelgo.

—Sí— contesto con un gruñido.

—¿Dónde estás? —inquiere Kai.

—¿Qué cojones pasa? —paso una de mis manos por mi cabello.

—El cargamento de Ferguson ha sido atacado, han masacrado a nuestros hombres y a los suyos —informa Kai y la información me golpea como un martillo de hierro sobre mi cabeza.

Las reclamaciones de Lazar hacen eco en mi mente, crispando mis nervios. Me advirtió de que era una idea nefasta y yo preferí escudarme en mi soberbia. Ahora estamos en un lío de un par de cojones que no traerá nada bueno.

—Damyan, ¿sigues ahí? —pregunta Kai, preocupado por mi silencio.

—Sí, bajo enseguida, quiero detalles de todo— exijo colgando.

Expulso el aire con fuerza y me giro para enfrentar a mi diosa; sin embargo, la rubia ha desaparecido como el humo. Reconozco que no me sorprende, mi diosa es una mujer misteriosa y con recursos. Ahora no es el momento de perseguirla, tengo problemas mayores sobre mis hombros como para ir detrás de una mujer.

Permanezco horas reunido con Kai, en las que se nos ha unido Lazar para determinar la mejor manera de abordar el ataque que hemos sufrido. Ferguson ya está volando hacia Varsovia. En unas horas se reunirá con nosotros.

De momento desconocemos la identidad de los atacantes, solo ha trascendido que fueron emboscados en la frontera con China, una veintena de bajas y el cargamento desaparecido. Un panorama desalentador para Ferguson y para nuestra recién estrenada alianza. Atravieso el umbral de mi dormitorio y propino una patada a una de las mesas auxiliares que cae sin compasión.

—¡Maldita sea! — profiero dejando fluir mi ira.

Esta maldita guerra es demasiado enrevesada, cuando la calma invade las calles es para detonar en un nuevo golpe y lo peor es no saber quién es el atacante.

Inspiro, hondo, entretanto me deshago de mi ropa. Necesito una ducha de agua fría, no solo porque estoy que echo humo, sino que aún tengo las secuelas de mi encontronazo con la diosa de ojos color avellana. El flujo de agua cae sobre mi nuca bañando mi espalda, apoyo mis manos en la pared e inclino mi cabeza en un intento de dejar mi mente en blanco.

El cerebro humano traiciona, porque una imagen se cuela en mi cabeza, despertando de nuevo a mi polla que se alza enhiesta al evocar las sinuosas curvas de la desconocida. Fuerzo a mi mente a desterrar dicha imagen sin éxito, una de mis manos actúa por libre y rodea mi erección. Aprieto mi dureza desde la corona y a continuación muevo mi mano ascendiendo y descendiendo, aumentando la velocidad al son de la imagen que evoca sin remedio mi mente. Me deleito de nuevo en la sensación del cuerpo de mi diosa pegado al mío, hasta que, a regañadientes, sin poder evitarlo, me derramo sobre mi mano más molesto que saciado.

Por primera vez en meses me he masturbado pensando en otra mujer que no sea Yasu Shinoda.

— ¡Mierda! —siseo con mi voz consumida por la cólera.

Realmente, algo está mal conmigo. Llevo meses idolatrando, anhelando, ansiando a la mujer

de mi hermano, asimismo ahora me obsesiono con una maldita desconocida. Alguien que con toda seguridad no volveré a ver jamás.

Agarro una toalla y la enrollo alrededor de mis caderas; con otra, seco los mechones mojados de mi cabello que caen sobre mi frente. Localizo mi teléfono sobre la cama y realizo la llamada que llevo horas retrasando.

—*Brat (hermano)*

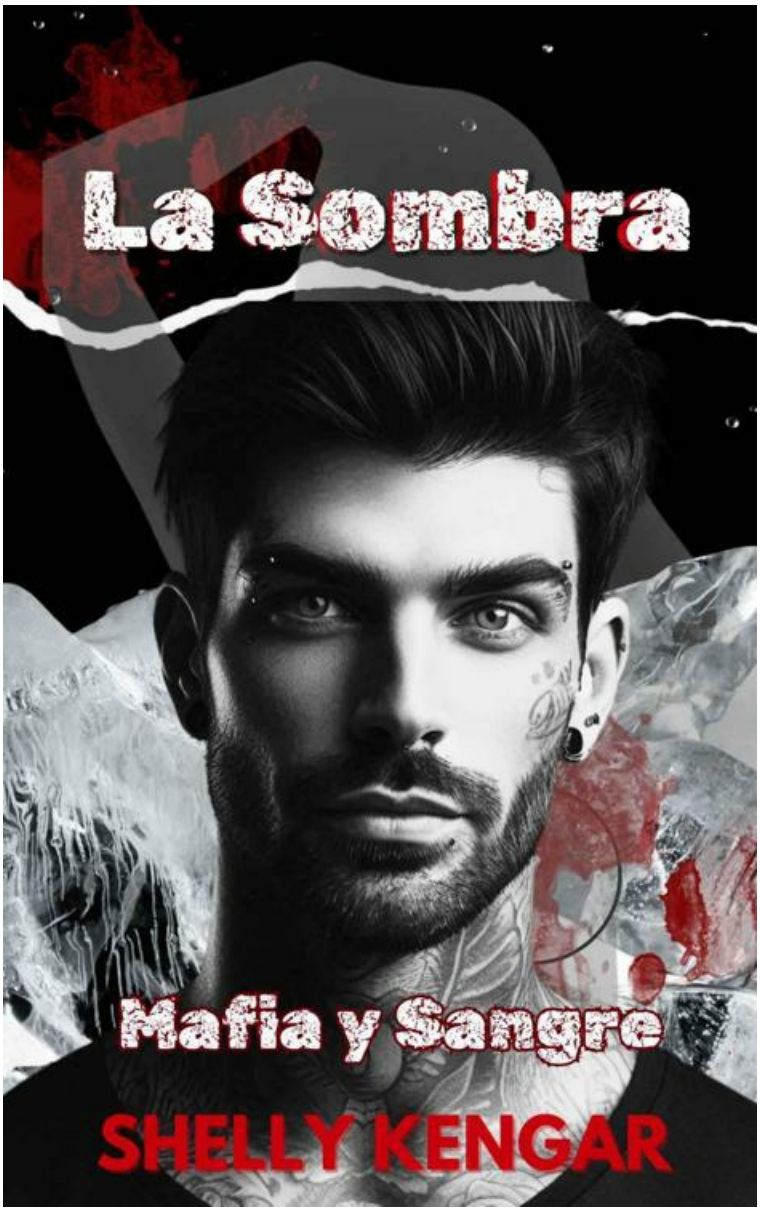
—Akim, tenemos problemas— expreso abordando con decisión la situación. Con mi hermano es mejor ir directo al grano.

— Lo sé, Lazar me lo ha explicado— comunica.

No me sorprende que Lazar Venim se haya ido de la lengua, es muy amigo de Akim y ya me esperaba este movimiento por su parte.

—Tengo a Kublain trabajando para averiguar quién o quiénes son los responsables. Ajusta la seguridad en el palacete y mantén a todos preparados para entrar en combate.

—Perfecto, así lo haré— acato, porque de momento es lo único que podemos hacer.



Capítulo 6

Kat

Desde que nos infiltramos en los Maotang dormimos en la sede, en el piso debajo de la sala de entrenamientos, esta ha sido habilitada para los miembros. No obstante, Vin y yo tenemos un apartamento en el centro de Varsovia al que vamos de vez en cuando.

No conseguí cerrar los ojos desde que la maldita fiesta acabó de forma abrupta. Casi echaron a los invitados a patadas. Kai nos pidió que cerráramos filas y estuviéramos atentos mientras Damyan Sokolov se reunió con varios hombres en su despacho.

Pasó por mi lado y ni me miró lo que desató un torbellino de sentimientos encontrados. Porque ese hombre había estado a punto de masturbarme minutos antes en una habitación oscura.

«¿Por qué demonios no lo noqueaste?». Reclama mi conciencia.

Ese interrogante me ha acompañado toda la noche, generando el insomnio del que he sido víctima.

—Buenos días, Kat —exclama Vin cuando nos encontramos en los pasillos.

—Buenos días. — Saludo con voz desprovista de entusiasmo.

—Das asco, Kat es como si no hubieras dormido —aprecia mi amigo.

—Quizás porque no he dormido —rebato, molesta, frunciendo los labios en un mohín.

—Pues has elegido un mal día para lucir así. Hoy es el día en el que oficialmente entraremos a formar parte de los Maotang. Juramento y tatuaje.

—¡Joder!, lo había olvidado —bufo con rabia.

Desayunamos, aunque mi estómago se ha declarado en huelga y no me entra ni la punta de un alfiler, lo que extraña mucho a Vin. Mi amigo me conoce bien y sabe que tengo un apetito igual a diez hombres, a pesar de que mi constitución me lo agradece manteniendo mi figura delgada.

—Hoy sí que estás, rara, Kat— aprecia preocupado.

—La falta de horas de sueño me tienen desganada— justifico mintiendo. Por nada del mundo soy capaz de explicarle a Vin mi ardiente encuentro con Sokolov, solo pensarlo, experimento el calor del rubor subiendo por mi cuello.

Nos preparamos para entrar en la sala de entrenamiento donde tendrá lugar la ceremonia de iniciación a los Maotang. Entramos y me gano una mirada asesina por parte de Asthor quien coloca uno de sus dedos sobre su garganta haciendo el gesto de matarme.

«Sigue soñando», vocea mi mente.

Kai nos indica que nos vayamos colocando en fila mientras el tatuador permanece a su lado. Soy una enamorada de los tattoos, pero siempre y cuando sean de libre elección, este es autoimpuesto.

Enderezo mi espalda y percibo cómo los músculos de todo mi cuerpo se tensan al ver cómo Damyan Sokolov atraviesa la entrada haciendo honor con su imponente presencia. Noto ese leve cosquilleo que es la antesala de lo que está por suceder. Trago saliva para deshacer el nudo que tengo atorado en la garganta. En las distancias cortas, Damyan Sokolov es mucho más impactante. Anoche pude comprobarlo y en butaca preferente. Es la tercera vez que lo veo desde que aterricé en Varsovia.

Viste casual, con unos jeans oscuros y una camiseta negra de algodón que tapa sus brazos. Lo examino embobada, sin pensar en el resto de las personas que nos rodean. Por primera vez en toda mi vida, creo que camuflarme para asistir a la fiesta de anoche fue un error garrafal. Porque mi cuerpo experimenta el cosquilleo molesto al recordar cómo me aprisionó con su cuerpo, su aroma envolviéndome en una atmósfera de anhelo encendiendo mi cuerpo.

Vin me propina un codazo que me hace despertar al momento.

—Despierta que te estás poniendo en evidencia —masculla mi amigo.

El tatuador llega a mi posición y agarra mi antebrazo para empezar con su tarea de marcarme como si fuera una res. La dichosa marca consiste en una daga enroscada por una serpiente de dos cabezas.

«¡Menuda *cutrada*!», exclama mi mente.

Una madeja de nervios insanos se enreda en mis entrañas a ver cómo el mismísimo Damyan Sokolov se coloca justo al lado del tatuador.

«¡Por Dios, que se largue!», suplico en mi cabeza.

Su aroma tan característico a madera y sándalo penetra en mi nariz y una ola de calor se adueña de mi cuerpo mientras sus ojos grises siguen clavados en la aguja que perfora mi piel.

—No te muevas— regaña el tatuador al notar ciertos espasmos en mi brazo.

Damyan eleva su cabeza y sus ojos se cruzan con los míos.

¡Joder!, ¡joder!, ¡joder!

Mantengo su mirada a pesar del torbellino nervioso que domina cada fibra de mi cuerpo. Rezo en silencio para que no consiga reconocerme, me repito a mí misma que es imposible, porque mi caracterización era demasiado buena para que ni tan solo sospeche haberme visto antes.

—¿Nombre? —La pregunta llega a mis oídos por casualidad, sacándome del estado de ensimismamiento por el que atravieso.

«Su voz, ronca, sensual, de esas que prometen palabras calientes bajo las sábanas». «Céntrate, Kat», advierte mi consciencia.

—Kat —digo y emito un leve carraspeo.

Damyan arquea una ceja.

—Kat, ¿apellido, muchacha? —insiste sin apartar sus ojos de mí, logrando que mis nervios bailoteen como si estuvieran en la Samba de Brasil.

—Kat, simplemente.

Su semblante denota escepticismo; sin embargo, lo deja estar, para mi tranquilidad mental y continúa caminando hacia el resto de los miembros.

El tatuador acaba su trabajo y lo mismo, pasa al siguiente.

Estoy tentada a soltar un suspiro, aunque considero que resultaría demasiado evidente mi estado de ánimo ante tantos ojos curiosos.

—Colocaos en formación circular— ordena Kai, una vez que todos los miembros tienen su tatuaje.

Nos movemos y obedecemos sus órdenes; en el interior del círculo se colocan Kai y Damyan Sokolov.

—El segundo y último paso para formar parte de nuestra organización— expresa, Kai—, el juramento que nos convierte en Maotang.

Mi corazón se acelera, latiendo en un eco de fervor a la espera de que Kan, empiece a recitar las palabras que no siento, pero debo pronunciar para continuar infiltrada en Los Maotang.

—Juro lealtad irrevocable a la causa, poniendo mi existencia en sus firmes manos. Prometo ofrendar mi vida, si es preciso, para enaltecer el nombre de esta organización hasta los confines del honor. Que mi servicio y mi sacrificio alimenten su grandeza y que el viento lleve nuestras hazañas a oídos lejanos. Mi destino se entrelaza con los Maotang y en su senda hallaré mi propósito.

Repetimos todos al unísono y nuestras voces resuenan en la enorme sala de entrenamiento. Al finalizar, deshacemos la formación circular.

—Ahora pertenecéis a Los Maotang, espero que vuestro destino sea largo y fructífero en nuestras filas —proclama Damyan como punto final a esta pantomima que es digna de una película de romanos.

—¿Qué puñetas has hecho ahí dentro? —aborda Vin enfadado cuando cada cual vuelve a sus cosas y la ceremonia se da por acabada.

—¿A qué te refieres? —pregunto haciéndome la inocente.

—Kat, creo que estar aquí no es una buena idea. Desde anoche actúas demasiado raro.

Los reproches de mi amigo son honestos porque tiene más razón que un santo al reprenderme. Sin embargo, no puedo explicar mi comportamiento sin exponerme a mi amigo de forma que nunca he hecho. Porque confesarle a Vin lo mucho que me afecta, Damyan Sokolov sería firmar el final de mis planes. Conozco bien a Vin y no permitiría que nuestra infiltración prosiguiera manejando ese dato.

«Debo resistir lo que inspira en mi cuerpo el pequeño de los Sokolov». Repito una y otra vez en mi mente.

—Vin tranquilízate —le digo y coloco mi mano sobre su brazo para transmitirle calma mientras atravesamos los pasillos que llevan a las habitaciones.

—Hoy iremos a nuestro apartamento —propongo— y antes podemos tomar algo, al menos tener el resto del día libre tiene que servir para algo.

Casi he convencido a Vin, cuando Asthor y dos de sus fieles amigos nos cortan el paso.

—Por fin nos vemos las caras, zorra— proclama Asthor con sus lechosos ojos inyectados en sangre, hundidos en mí con sarna.

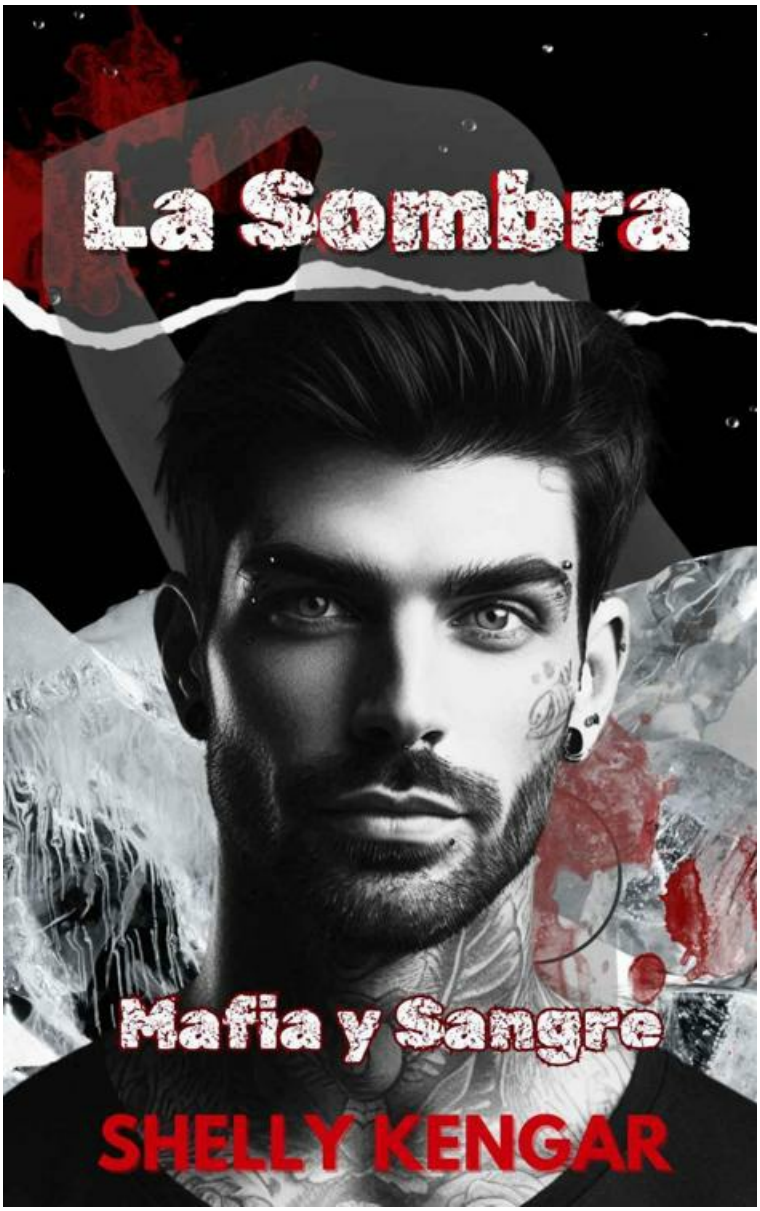
—Apártate, estamos en el mismo bando— aconsejo. Aunque mi posición es alerta, no me fio de este matón de tres al cuarto.

Los hombres siempre digieren mal ser vencidos por una mujer y Asthor es un claro caso de ello.

Asthor se limita a sonreír con sus dientes podridos.

«Alguien le ha dicho a este tipo que no tiene una sonrisa para presumir», me digo mentalmente.

Sus compañeros inician la pelea abalanzándose contra Vin para inmovilizarlo, sin contar que mi amigo es bueno en el cuerpo a cuerpo. Los tres se enzarzan en un forcejeo cayendo al suelo justo a mi lado.



Capítulo 7

Damyan Sokolov

La ceremonia ha finalizado y los integrantes tienen el día libre hasta mañana a primera hora. Me retiro a mi despacho para hacer un par de llamadas. Kai me sigue.

Tomo asiento detrás del escritorio de roble y coloco mis pies sobre el mismo, entretanto trasteo mi móvil. Kai se sienta frente a mí.

—¿La viste? —pregunta.

Primero le dedico una mirada desconcertada porque no sé a quién demonios se refiere y luego caigo en la cuenta. La joven nerviosa con mirada esmeralda que vi antes, la integrante de los Maotang.

—Sí, no imaginaba que fuera tan joven— observo sin apartar la vista del móvil.

—Veintitrés, si no mintió en el formulario de inscripción. —comunica Kai.

—Bueno, la verdad es que es bonita, algo que no juega a su favor en nuestras filas de hombres, pero si tiene destreza en habilidad, por mí se puede quedar— expreso con desgana.

Confieso que no vi mucho de la joven, tan solo el color de sus ojos que primero me impactó y poco más. Mi mente no está abierta a fijarme en mujeres.

«¡Pero sí, en Diosas!», aborda mi consciencia.

Dos golpes fuertes en la puerta provocan que baje los pies del escritorio y que mire con extrañeza.

—Adelante— profiero frunciendo el ceño.

Uno de nuestros hombres de rango medio aparece tras la puerta.

—Comandante, Kan, tenemos problemas. Asthor está ahora mismo atacando a la joven —informa.

Kai se levanta abruptamente y se apresura a seguir a su hombre, yo lo imito, más que nada por curiosidad. No suelo inmiscuirme en altercados con nuestros miembros, porque es tarea de Kai, pero si la mujer está involucrada creo que puede ser excitante comprobar cómo la chica se defiende de Asthor.

Al llegar a los pasillos que conducen a los dormitorios de los integrantes de los Maotang, la escena que nos encontramos es bastante descompensada. Dos de los compañeros de Asthor pelean con un chico en el suelo que, por lo que observo, les está dando bastante guerra. Por otro lado, la chica, justo, está con los puños alzados para defenderse del ataque de Asthor. El hombre aún no se ha percatado de nuestra presencia. Kai se adelanta para detener la pelea y yo lo sujeto por el brazo, haciéndole un movimiento negativo con la cabeza.

«Estoy ansioso por ver a la mujer en acción».

Asthor se abalanza contra la chica emitiendo un grito de guerra y la joven espera hasta tenerlo suficientemente cerca, se inclina hacia abajo en cuclillas y con unas de sus piernas golpe la espinilla de mi hombre provocando que se tambalee levanta para asestarle un golpe debajo de la barbilla con uno de sus puños y retirarse, pero calcula mal y Asthor la sujeta por la garganta rodeándola con una de sus manos ante la sorpresa de ella.

Atento al próximo movimiento de la joven, espero sin dejar que mis hombres intervengan.

La chica utiliza una de sus piernas balanceándola con impulso y golpea justo a Asthor en la parte baja de su buche engrandecido. Asthor la suelta para inclinarse por el dolor y ella aprovecha para subirse sobre su espalda, cruzando sus brazos sobre su cuello, cortándole el flujo de aire.

Reconozco que es todo un espectáculo verla en acción, hacerse con el control de la pelea cuando sus capacidades físicas son inferiores a las de Asthor es toda una gozada.

Suelto a Kai y con la mirada le indico que pare la pelea antes de que lamentemos alguna baja.

—¿Qué está pasando aquí? —grita Kai, furioso.

Entretanto, el resto de los hombres se aproximan para quitar a los dos tipos que mantienen al chico en el suelo.

Asthor nos mira con la cabeza agachada mientras masajea con sus manos su garganta dolorida por la llave que la joven le ha propinado.

Mis ojos examinan a la mujer, su actitud es altiva, el orgullo le brota por cada poro de su piel. Varios mechones se le han soltado de su estirada cola y su mirada ávida nos revisa a todos con minuciosa atención.

«Todo un descubrimiento, ¡sí, señor!», me digo.

—Señor, yo— empieza Asthor a defenderse.

—Nos atacaron a traición, comandante —habla el joven que hasta hace unos segundos aún permanecían en el suelo.

Debe ser el chico con el que llegó la mujer, Kat, creo que dijo que se llamaba.

—Kat —se dirige Kai elevando sus cejas interrogantes frente a la chica.

—Empezaron ellos, señor. Nosotros solo intentamos defendernos— explica con una calma pasmosa.

Si no fuera por esos mechones sueltos de su peinado, nadie diría que acaba de vencer a un tipo de noventa kilos.

—Retírense, todos menos Asthor —ordena Kai con autoridad.

Kat y su compañero desaparecen por el pasillo bajo nuestra atenta mirada.

—Asthor, dos días de calabozo por instigador— anuncia Kai y Asthor asiente sin rechistar, asumiendo la consecuencia de sus actos.

De nuevo solos, Kai se gira hacia mí.

—¿Has disfrutado del espectáculo? — pregunta con sarcasmo.

—Un poco— digo y las comisuras de mi boca se estiran en una suave sonrisa —Quiero a esa chica en mi equipo de seguridad personal— lanzo ante la sorpresa de Kai.

—Te ha impactado —asevera —pero te advierto que por lo poco que observado no es demasiado obediente.

—Tendrá que serlo— ratifico largándome de nuevo a mi despacho.

Últimamente, mis reacciones consiguen sorprenderme hasta a mí mismo. Solicitar que Kat forme parte de mi séquito de seguridad es algo que días atrás ni siquiera hubiera valorado. Pero por alguna extraña razón la quiero cerca, quizás porque en el fondo todo en esa chica de ojos verdes grita a sospecha.

«¿Por qué querría una joven entrar a los Maotang?»

Su aspecto dista mucho de ser una chica de la calle, piel tersa, buen aspecto, manos cuidadas… Nada en ella la encasilla como una huérfana de la calle. Saco el teléfono del bolsillo trasero de mis pantalones y marco el número de Kublain.

—Hombre, dichosos los oídos que me permiten escuchar tu voz— se mofa.

Kublain es mucho mayor que yo y durante años ejerció como mi mentor, aunque reconozco que desde que me abandonaron en Varsovia he pasado bastante de él.

—Pareces un viejo quejica— pincho.

—Y tu un niño malcriado— rebate.

—Al grano, Kublain. Akim me dijo que estáis investigando el altercado con el cargamento de Ferguson. Quiero estar informado porque el maldito irlandés llegará mañana como el demonio y necesito estar preparado.

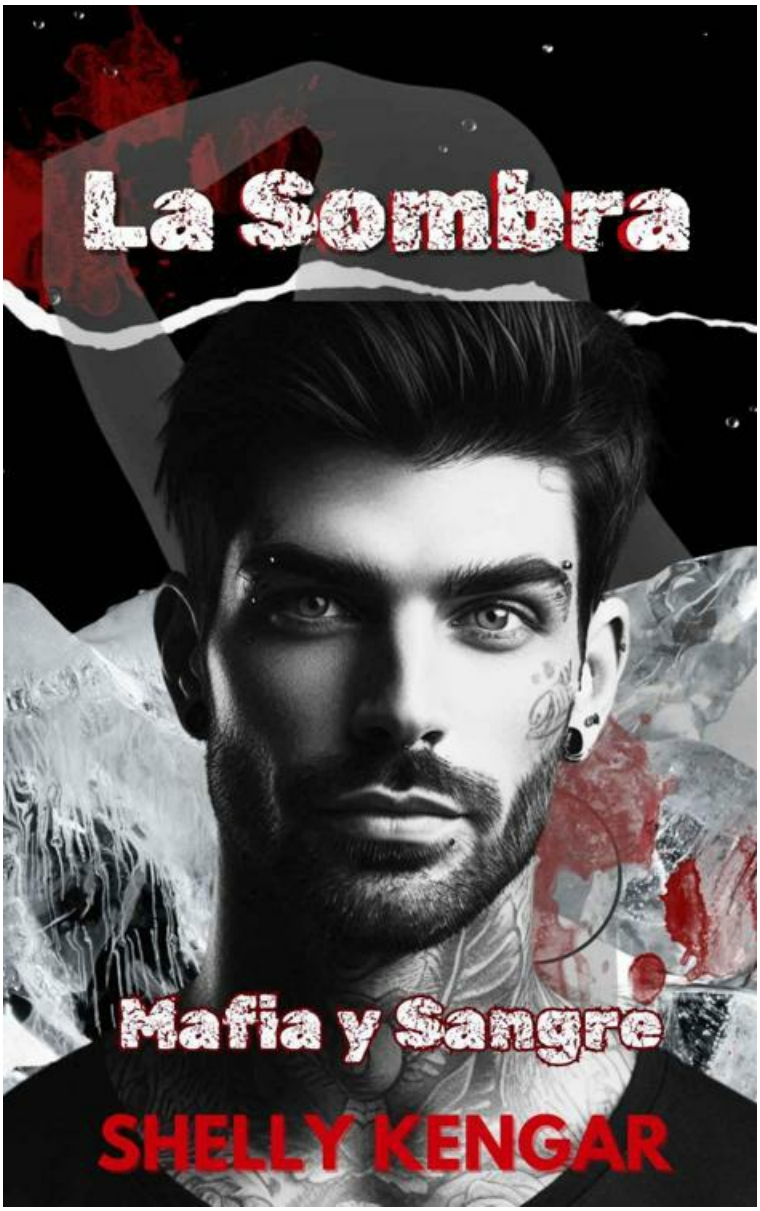
—Ahora mismo estoy en la zona del suceso recopilando pruebas, aún no tengo las concluyentes, pero todo apunta a la tríada —informa Kublain.

—Lo que significa que ya tienen un líder que los organice y los gestione para perpetuar sus ataques, ¿no?

—Sí, eso parece, aunque no ha trascendido la identidad de este— afirma Kublain.

—Bueno, cualquier novedad llámame— solicito.

Al colgar reflexiono sobre los nuevos datos que poseo, es demasiado sospechoso que los miembros de la tríada no hayan proclamado a su líder con bombo y platillo después de la muerte de Zuang. Resulta demasiado inquietante.



Capítulo 8

Kat

Cierro los ojos al salir de la ducha, mi mente evoca el altercado con el capullo de Asthor. Ese tipo no se rinde, la verdad, pero al menos el comandante nos dejó salir de rositas. Lo peor del momento fue que Damyan Sokolov disfrutara de la escena. El miedo se apoderó de mí y bajé la guardia proporcionándole la oportunidad a Asthor de encadenar su mano en mi garganta.

Un lapsus que casi me cuesta que Asthor alias, “dientes podridos” me tumbara definitivamente.

Reconozco que es mucho más cómodo dormir y asearnos en nuestro apartamento. Salgo y me enfundo en un vestido verde oscuro que llega hasta mitad de mis muslos. Le he prometido a Vin que saldríamos a celebrar nuestra especie de graduación de Los Maotang.

—¡Guau! Estás que rompes— exclama mi amigo repantigado en el sofá del salón.

—Vin, cámbiate que nos largamos a quemar la noche. —animo.

Salimos de casa y tomamos un taxi hasta el club de moda, Krasnyy. Entramos sin dificultades y abriéndonos paso entre la multitud hasta llegar a la barra. Vin se inclina para pedir las bebidas y yo me quedo a su lado, dejándome llevar por el ritmo de la música que provoca que mi cuerpo se balancee mientras Vin espera. Ha pasado demasiado tiempo desde que disfrutamos de una noche así.

De repente, se acerca un chico de cabello oscuro y ojos negros; sus rasgos orientales llaman mi atención. Lleva jeans negros y una camiseta que deja al descubierto sus brazos tatuados, y la tinta se asoma por el cuello de su prenda. Toma una de mis manos y me invita a seguirlo a la pista.

«¿Por qué no?», pienso.

—Espera, un momento— le pido, acercándome a su oreja. Él asiente.

Toco a Vin en la espalda para avisarle que me voy a bailar. En medio de la pista empezamos a bailar manteniendo cierta distancia. El chico es atractivo, y cuando me sorprende mirándolo descaradamente, una suave sonrisa se dibuja en su rostro. Muevo mis caderas de manera sensual y él acerca una mano a mi cintura; no lo detengo. Esta noche quiero disfrutar, olvidarme de quién soy realmente, tan solo bailar y compartir un momento con alguien sin pensar en nada más.

Se inclina hacia mí y susurra en mi oído:

—Vamos a un lugar más tranquilo para charlar.

Dudo unos segundos, giro mi cabeza en busca de Vin y lo veo divertido conversando con dos chicas, lo que me deja libre para aceptar la proposición. Asiento y el chico entrelaza sus dedos con los míos para llevarme a la zona de los reservados Vip.

El área de reservados se eleva ligeramente sobre la pista. Cruzamos la multitud y nos acomodamos en uno de los semi-habitáculos, sentándonos en los sofás de cuero negro. De repente, siento la garganta seca. El desconocido se sienta a mi lado, rozando su pierna con la mía, y un escalofrío me recorre.

Una camarera vestida con un conjunto de cuero, se acerca.

—¿Qué quieres? — pregunta mi acompañante.

—Vodka— respondo, notando una chispa de sorpresa en sus oscuros ojos. Se inclina para hablarme al oído, ya que, a pesar de que estamos un poco apartados del bullicio, la música sigue siendo demasiado alta.

—¿Tu nombre? — pregunta y su voz suena demasiado seductora.

Sonrío antes de contestar.

—Kat.

—Som —responde él.

—¿Vienes mucho por aquí? —se interesa.

—La verdad no, es mi primera vez —digo justo cuando la chica deja las bebidas sobre la mesa.

Está a punto de continuar cuando recibe un mensaje en su teléfono. Alza un dedo pidiéndome un momento en silencio y se levanta para alejarse un poco.

Me llevo el vaso a mis labios, distraída, y mi mirada se pierde a mi derecha, en el resto de los reservados. Casi me atraganto cuando mis ojos se encuentran con unos ardientes ojos grises que me observan con intensidad.

«Lo que me faltaba», pienso en silencio al reconocer a Damyan.

Sobre sus piernas está sentada una mujer rubia, vestida con poca ropa, rodeados por personal

de seguridad. Por un momento la mujer traviesa que hay en mí toma el control. Alzo mi vaso a modo de brindis y sonrió con malicia.

Él me mira, sosteniendo su bebida, siguiendo mi juego.

De regreso, Som se interpone en nuestra trayectoria y decido ignorarlo.

«No es bueno jugar con fuego», me advierto.

—¿Por dónde íbamos, flor de loto? —pregunta, torciendo la boca en una sensual sonrisa.

Reconozco que Som me gusta, es guapo, atento, aunque si me conociera un poco no me llamaría flor de loto, tengo poco de delicada.

—Nos acabamos de presentar —apunto, jugueteando con mi vaso que sostengo entre mis dedos.

—¡Eres preciosa! — exclama posando una de sus manos sobre mi muslo desnudo, pillándome por sorpresa.

«¡Joder!, no debería desaprovechar la oportunidad.» «Porque llevo demasiado tiempo sin sexo y pasa factura.»

Por impulso, sin pensar demasiado, tomo la iniciativa y me monto sobre él a horcajadas, paso mis manos por su nuca, centrándome en sus negros ojos.

—No te gusta perder el tiempo, eso me gusta, porque a mí tampoco— profiere colocando sus manos en mi trasero.

Su boca se acerca a la mía y saca la punta de su lengua lamiendo mi labio inferior. Soy de iniciativa, siempre que he querido algo, me he lanzado a por ello. Me abalanzo sobre su boca para adentrarnos en un beso voraz donde nuestras lenguas se inspeccionan en una batalla por la conquista.

Debería estar sumida en el deseo y en el ardor; sin embargo, mi mente me traiciona. La maldita evoca cierto momento, donde me puse más caliente que un motor nuclear y el hombre ni siquiera necesitó besarme.

Odio recordar el encuentro con Damyan Sokolov, porque actúa como una ducha de agua fría sobre mi libido.

Som, acaricia mis nalgas por debajo de la tela de mi vestido, localizando la tira de mi tanga de la cual estira de forma juguetona.

Me obligo a concentrarme en el beso, convenciéndome de que esto es lo que quiero, pero cada vez estoy más fría. Parezco un globo desinflándose. Sumida en mis propios pensamientos, en busca de una excusa para deshacerme de Som, porque mi traicionera cabeza ha enfriado cualquier posibilidad de sexo esta noche, doy un pequeño bote al escuchar un sonoro carraspeo.

Me apresuro a abandonar las piernas de Som y sentarme de nuevo a su lado y no sobre él mientras me coloco bien el corto vestido. Frente a nosotros, uno de los Maotang, lo conozco y él a mí, aunque su rango es superior al mío.

—¿Qué sucede? — pregunta, Som desconcertado.

—Kat, el jefe quiere verte. Te espera en su despacho— informa el tipo.

«¡Mierda, joder!», maldigo en mi mente y me resulta imposible no mirar hacia el reservado donde hace un rato se encontraba Damyan Sokolov para verlo vacío.

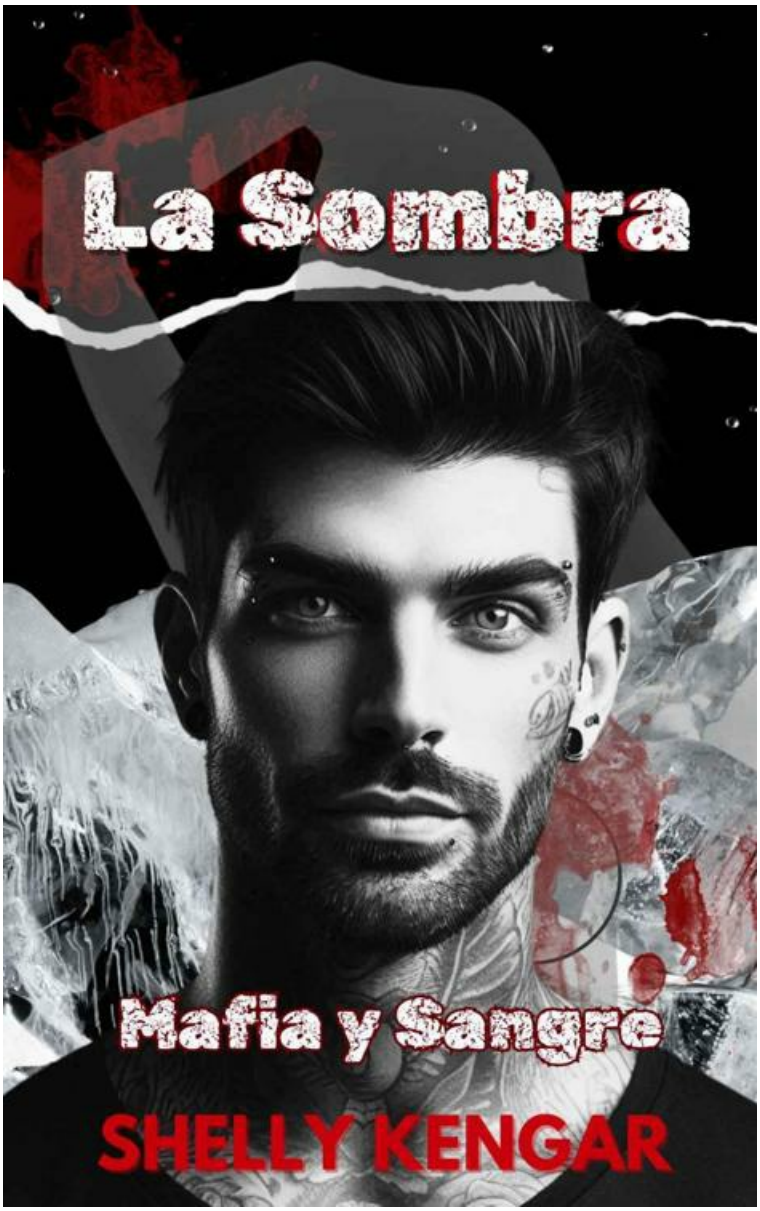
—¿Todo bien, flor de loto? —se interesa Som.

—Sí, no tardaré mucho, discúlpame —digo, levantándome para seguir al tipo que espera que lo acompañe.

Ahora tengo que pensar una excusa o treta para escabullirme, por nada del mundo me apetece encontrarme con Sokolov.

«A saber, qué quiere el muy desgraciado».

—Primero tú —me indica el hombretón con mirada escéptica.
«Ostras, creo que me va a ser un poco difícil escaquearme».



Capítulo 9

Damyan Sokolov

Tomo la botella de vodka del mueble bar y la empino sobre mi boca. Definitivamente, mi parte irracional y oscura ha tomado el control. Me pregunto cómo he pasado de disfrutar de un momento relajado en la zona VIP con una Alyssa dispuesta a desplegar todos sus encantos para relajarme. Justo lo que necesitaba después de un ajetreado día, a estar ahora mismo esperando. Todo se ha torcido porque ahora estoy en mi despacho como león enjaulado esperando a la que será la nueva integrante de mi séquito de seguridad.

«¡No me entiendo ni yo!».

Simplemente, puedo decir que una enajenación mental se ha apoderado de mí cuando la he visto alzar su vaso en mi dirección en un brindis imaginario a modo de provocación.

«Esa mujer no sabe con quién se está metiendo».

Y, de repente, una chispa de deseo me ha atravesado como un rayo en medio de mi oscuridad.

«¡Joder!, ¿qué demonios me está ocurriendo?»

He pasado de no interesarme por ninguna mujer, a sentir una intensa atracción por dos en apenas dos días, tan distintas entre sí. Mi diosa desaparecida y Kat, la chica que aspira a convertirse en asesina de los Maotang.

Tomo la botella de vodka del mueble bar y la empinó sobre mi boca para después dejarla sobre el escritorio con más ímpetu de lo normal, y me siento en el sillón, sumido en mis pensamientos.

La puerta se abre y uno de mis hombres acompaña a Kat.

Luce un semblante mudado de expresión, tan solo un ceño fruncido al mirarme. Entra y detrás de ella se cierra la puerta. Ahora que la tengo delante, reconozco que interrumpirla ha sido un error.

No poseo ninguna excusa de peso porque hoy es su día de fiesta para hacer lo que le dé la gana. Sin embargo, cuando la he visto subirse a horcajadas sobre su ligue y meterle la lengua hasta la campanilla, una furia desconcertante se ha apoderado de mí y reconozco avergonzado que también me ha puesto cachondo.

«Me la ha puesto dura, muy dura».

Logrando que los niveles de excitación y enfado estuvieran a la a par.

—Kat— Saludo sin levantarme, aunque mis ojos la devoran sin poder remediarlo

—Sokolov, ¿a qué debo el placer? —Las notas sarcásticas se notan en su voz y aprieto los puños.

—A partir de mañana formarás parte de mi séquito personal de seguridad— profiero ocultando cualquier resto de emoción en mi tono.

La sorpresa y el desconcierto atraviesan su rostro y no lo oculta.

—Gracias, jefe.

La palabra “jefe” en sus rojos y acolchados labios vuelve a ponérmela dura. Me remuevo incómodo en mi sillón intentando disimular.

No ha sido muy buena idea llamarla a mi despacho, porque lo único que estoy consiguiendo es ponerme cachondo al máximo y reunir todas mis fuerzas para lograr reprimirme. Porque la mujer trabaja para mí, forma parte de los Maotang y no puedo inclinarla sobre el escritorio y follarla hasta que grite mi nombre, tal como ahora mismo mi mente enferma me está sugiriendo.

Sacudo mi cabeza para desterrar esa caliente imagen de mi cabeza.

—Estoy agradecida —empieza y coloca sus manos sobre el escritorio, brindándome una sugerente vista de su escote que provoca que trague grueso —, pero creo que ha elegido un momento pésimo para comunicármelo

«¡Joder, maldita provocadora!»

Si las cosas fueran diferentes, le pondría el culo rojo a cachetadas para luego lamerlo a conciencia. De nuevo mi mente me juega malas pasadas. Porque esta mujer lleva la palabra malicia dibujada en su frente, incita y se divierte, puedo verlo en su rostro satisfecho.

Me levanto e imito su posición y nuestros rostros quedan demasiado cerca, pero sin tocarse.

—Siento haberte arruinado el ligue —profiero entre dientes y me dejo envolver en su aroma a vainilla que se cuela por mi nariz, evocando a otra mujer otro momento.

—Tranquilo, seguro que encuentro solución —exclama con una sonrisa malvada. A pesar de la carga sexual de la cual se ha impregnado el ambiente, ninguno hace ningún movimiento. Continuamos estando demasiado cerca. Tan solo si recortara los centímetros que nos separan

devoraría esa boca hecha para pecar; sin embargo, me impongo no moverme.

—Kat, no suelo mezclar negocios con placer, espero que lo agradezcas si no saldrías de aquí bien satisfecha.

—Una verdadera lástima, jefe.

«¡La madre que la parió!». Exclama mi mente.

Al instante endereza su cuerpo ante mi mirada exhaustiva, se da media vuelta y, con un balanceo exagerado de sus caderas enfundadas en ese vestido que poco deja a la imaginación, se aleja hacia la puerta.

Me tiene como un motor de reacción ardiendo, con mi polla endurecida chocando con mis pantalones para que haga lo que cada fibra de mi cuerpo anhela: follármela.

«¡Joder, esta mujer me va a matar!».

Abandona mi despacho sin girar su cabeza para echarme un último vistazo. Acción que me resulta demasiado molesta, aprieto mis puños para no gritarle cualquier soez. Pero en el fondo necesito perderla de vista y recuperar el control de mis instintos.

«Derrocha altivez»

Y su actitud provoca que mi cabeza evoque la imagen de mi misteriosa diosa. La actitud de ambas mujeres es muy parecida a pesar de sus diferencias físicas.

Un ligero eco de sospecha intenta abrirse hueco en mi mente cuando la puerta se abre de nuevo.

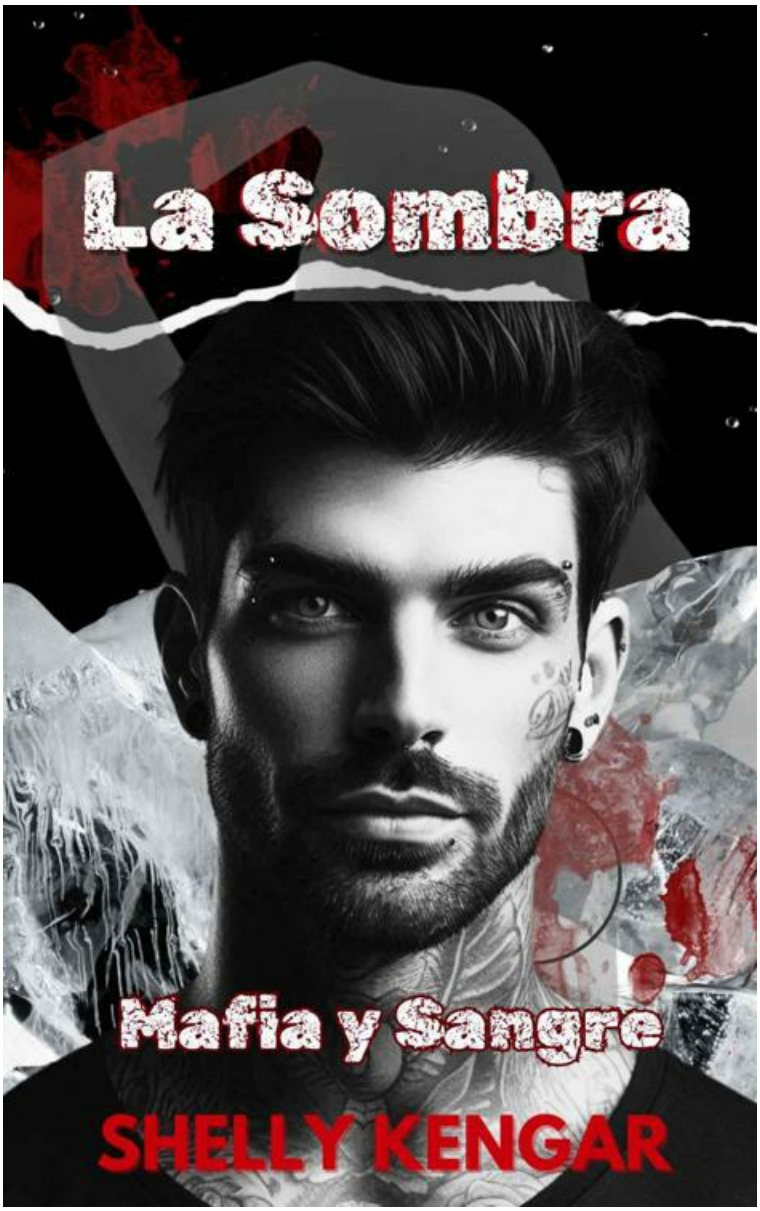
—Buenas noches, jefe —Saluda Alyssa cerrando la puerta detrás de ella

Y aunque no es a ella a quien deseo, necesito que alguien me ayude a deshacerme de este puto empalme que me ha provocado la traviesa y maléfica Kat.

Alyssa sabe bien su papel y lo interpreta a la perfección. Elimina la distancia que nos separa, se arrodilla frente a mí y sus manos van directas a la pletina de mi pantalón.

Inclino la cabeza hacia atrás, cuando sus labios rodean mi miembro y disfruto evocando cierta mujer que me ha puesto como un candil.

He aprendido a conformarme con lo que tengo a mano porque lo que quiero no lo puedo obtener; sin embargo, en esta ocasión me está resultando más frustrante que otras veces.



Capítulo 10

Kat

Salgo del despacho de Damyan Sokolov echando humo por las orejas, porque la actitud de mi jefe me saca literalmente de quicio. Provocador, indeciso, mandón hasta la saciedad y un capullo con mayúsculas. Que el Krasnyy es propiedad de Sokolov es algo que no debería haberme escapado. Antes de pisar este club tendría que haber manejado esa información, para así ahorrarme este maldito numerito. Para colmo de males, a partir de mañana lo voy a tener bien cerca. Formar parte de su séquito personal de seguridad es una gran oportunidad para mis planes; sin embargo, es un suplicio esta maldita atracción que provoca Damyan en mí. Reviso el ambiente y no hay ni rastro de mi ligue, lo que me cabrea porque adiós a mi oportunidad de sexo loco y sin compromiso de esta noche. Busco a Vin hasta localizarlo bien entretenido con dos

chicas bailoteando. Su mirada se cruza con la mía y se acerca.

—¿Qué sucede, Kat? —se interesa.

—Me voy a casa, cogeré un taxi, quédate si quieres —le digo.

—Sí, todo está bien, no hay problema. Si no me voy contigo —se ofrece Vin.

—Estoy un poco cansada, nada que no se repare durmiendo a pata suelta —le comento guiñándole un ojo.

Abandono el local y cojo un taxi para volver a nuestro apartamento. Después de una ducha rápida, me coloco mi pijama y me dejo caer sobre el colchón para dormir.

A la mañana siguiente me despierto temprano, porque si queremos llegar a tiempo a la casa de Los Maotang necesitamos madrugar. Me enfundo mis pantalones de cuero negro y mi camiseta, que será mi vestimenta diaria. Recojo mi cabello en una tensa cola de caballo y enfundo mis puñales en la cinta que rodea uno de mis muslos. Después de una noche en la que dormir ha brillado por su ausencia, porque me he pasado más tiempo contando las grietas del techo que con los párpados cerrados.

Abandono mi dormitorio para encontrarme con un Vin medio dormido a medio vestir preparando café.

—Buenos días— exclamo arqueando una ceja.

—Recuérdame que la próxima vez me retire cuando tú de la fiesta— se queja llenando dos tazas de humeante café.

—No parecías muy disgustado anoche —provoco con una sonrisa por encima del borde la taza que coloco entre mis labios.

—Soy demasiado facilón, no sé cómo decirle que no a dos mujeres —suelta encogiendo los hombros con desinterés.

Sonrío ante la actitud de mi amigo, siempre tan despreocupado.

—Vamos, si no llegaremos tarde— apremio dejando la taza sobre la encimera.

Salimos del apartamento rumbo a la casa, decidimos movernos en taxi como mejor opción. Al llegar accedemos a la sala de entrenamientos diez minutos antes de la hora indicada. Kai Kan se encuentra de pie mientras el resto nos colocamos en fila. Nos revisa con su mirada de halcón justo antes de comenzar a hablar.

—Bueno, ya no sois cadetes, ahora empieza el trabajo duro. Cada jefe de grupo os indicará cuáles son vuestras misiones.

Los jefes se acercan y van seleccionando personal. Cuando uno de ellos elige a Vin mi amigo me dedica una mirada de preocupación.

Sí, no le he dicho que voy a ser parte de la guardia de Sokolov he preferido mantenerlo al margen.

Lo miro e intento transmitirle calma.

—Kat, tú conmigo —ordena Kai y yo obedezco.

Me preparo, aunque desconozco con qué voy a encontrarme. Accedemos al ala norte de la casa y el silencio acompaña a nuestras pisadas. Kai se detiene y paro a tiempo evitando darme de bruces con la espalda del comandante. Se gira para clavar sus ojos en mí.

No sé si pretende intimidarme o no, pero elevo mi barbilla de manera altiva.

—Formarás parte del equipo de seguridad de Damyan, respondes a las órdenes de Víctor que enseguida te lo presentaré.

Me limitó a asentir con un gesto de cabeza.

La puerta detrás de Kai se abre y el que supongo es el tal Viktor sale. Es casi tan alto como el comandante, aunque a diferencia de él luce el pelo rasurado y es rubio.

—Viktor, ella es Kat la nueva incorporación —informa Kai.

—¡Estupendo! —emite el tipo extendiendo la mano que estrecho con cortesía.

Kai se retira y me deja en compañía de Viktor, quien me presenta al resto del equipo. Lo extraño es que de los nuevos solo yo he sido seleccionada para la guardia personal de Sokolov.

—Kat, prepárate que a las diez saldremos escoltando a Sokolov al centro de la ciudad.

—Entendido —contesto colocándome un chaleco antibalas y decido llevar una *makarov*.

Soy más de cuchillos que de armas de fuego, pero Viktor nos ha recomendado ir amados. Al parecer, Sokolov tiene un encuentro de alto riesgo. Cuando acabo de prepararme, Viktor me informa que lo acompañe y accedemos al despacho de Damyan.

«¡Joder!», exclama mi mente al verlo. Aunque procuro colocar mi máscara de indiferencia sobre mi rostro.

Está para comérselo allí, sentado detrás del escritorio, exhuma peligro. Además, esa pose taciturna, como si en realidad hubiera vivido más de una vida y le fastidiara el solo hecho de respirar. Damyan Sokolov resulta un misterio y como tal despierta en mí demasiada curiosidad.

La atracción es innegable razón de la cual me costará trabajar tan cerca de él. Formar parte de su séquito de seguridad me beneficia, pero a nivel personal me perjudica.

—Señor, ya estamos listos —profiere Viktor parado frente a Damyan.

Damyan abandona su atención de la laptop que tiene sobre su escritorio y clava su mirada plateada en nosotros. Mi estómago se encoge ante la expectación.

«Este hombre te eriza la piel solo con mirarte. ¡Qué no hará tocándote!». Destierro mis pensamientos con rapidez para mantener la compostura, al parecer mi mente va por libre.

—Esperarme en los vehículos— ordena con esa voz gruesa, con autoridad, que a mí me provoca que piense en cosas que no debo.

Viktor pasa delante de mí para acatar la orden y yo me giro para seguirlo. Percibo los ojos de Damyan clavados en mi espalda, aunque puede que sea solo una sensación mía, prefiero obviarlo.

Una vez en el exterior subimos a los vehículos blindados, repartiéndonos en varios.

—Kat, tú viajarás con el jefe —informa Viktor y maldigo en silencio mi puta suerte.

«Necesito sexo, duro, de una noche, sin compromiso. Deshacerme de esta calentura para lograr conseguir mantener la compostura con la proximidad de Damyan Sokolov».

Damyan Sokolov entra al coche como el soberbio capullo exultante de poder que se cree. Se coloca a mi lado dejando la distancia perfecta para que nuestros cuerpos no se toquen. Por el rabillo del ojo lo miro, viste un traje, por primera vez desde que lo conozco, ha abandonado su estilo casual para enfundarse en una vestimenta de ejecutivo.

El recorrido hasta el centro de la ciudad transcurre sin ningún altercado. Los vehículos se sumergen en el aparcamiento subterráneo del edificio de oficinas donde, según me ha informado Viktor, los Sokolov tienen su negocio de inversiones. Así es como lavan el dinero que obtienen de sus negocios ilícitos, como venta de armas, locales de alternes y, venta de droga. Mantengo la espalda recta pegada al asiento, la mirada fija al frente sin titubear, resistiendo la tentación de desviar mis ojos a mi izquierda donde él se encuentra.

Por suerte, mis compañeros bajan de los dos vehículos que van delante del nuestro, asegurando el perímetro desde las plazas del aparcamiento hasta los ascensores que dan acceso al edificio. Viktor alza su mano en señal para que podamos bajarnos. Salgo y me coloco en mi posición al lado de Sokolov igual que mis compañeros, por un instante mi brazo roza el suyo y un escalofrío recorre mi espalda. Alzo mi mirada y se cruza con la suya entornada. Por lo que he podido comprobar, el resto de mis compañeros son veteranos; ningún cadete o recién admitido

como yo forma parte de este equipo. Las puertas del ascensor se abren y un grupo de hombres suben primero. Esperamos a que Viktor reciba las indicaciones de que es seguro subir y los siguientes somos nosotros.

De nuevo voy al lado de Sokolov, pero esta vez la situación se vuelve más incómoda porque su olor, tan personal, a madera y menta, se cuela en mi nariz. Me remuevo inquieta, ganándome una fulminante mirada por parte de Damyan.

Aprieto mis labios y muerdo mi lengua para no soltarle cuatro improperios, que es lo que me apetece realmente.

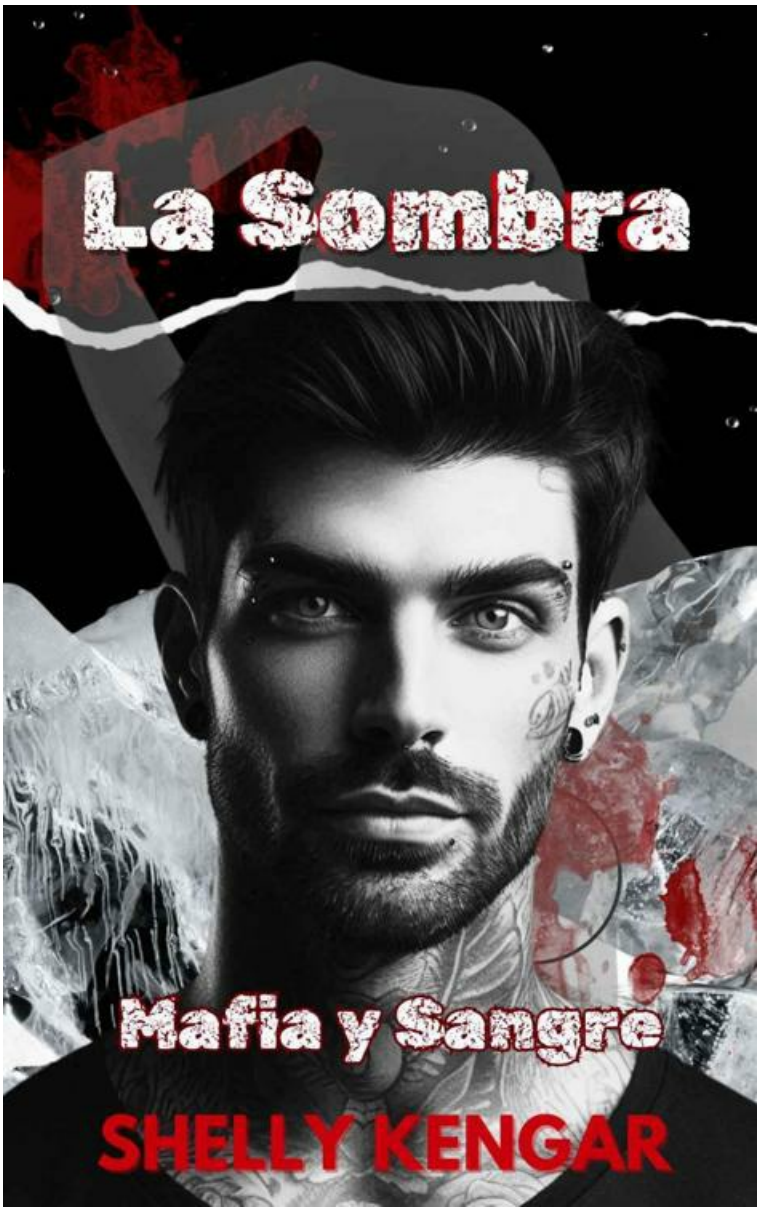
Al llegar al piso donde se encuentran las oficinas, Viktor organiza al resto de los hombres para que se queden. Solo nosotros entramos con Sokolov. En el interior de la sala hay hombres armados y un pelirrojo con ojos claros que aplasta la colilla de su cigarro con sarna en un cenicero.

Imito a mis compañeros y me muevo detrás de la mesa oval. Preparados para cubrir la espalda del jefe. Oteo la estancia memorizando las posiciones de los ocupantes de la sala y entonces lo veo.

Casi me atraganto al reconocer a mi ligue de anoche como miembro de seguridad de pelirrojo.

«¡Maldición!», sisea mi mente.

Som me guiña un ojo cómplice y me siento incómoda por si alguien logra verlo.



Capítulo 11

Damyan

La impotencia y la furia se mezclan mientras caminamos hacia los ascensores que dan acceso a las oficinas donde me está esperando Ferguson.

«¿Por qué me dejé llevar por mis impulsos al colocar a Kat en mi equipo de seguridad personal?»

«Esa mujer enciende un anhelo que creía muerto».

Entramos a la sala de juntas y veo un Ferguson con ceño fruncido que apaga con inquina el cigarrillo en el cenicero. Por la impresión que tengo, solo le falta echar humo por la nariz como un toro embravecido. Observo la sala, por el rabillo del ojo compruebo que mis hombres se posicionan y Kat con ellos mientras yo sigo frente a Ferguson. Elevo mis ojos y lo veo, un guiño,

una sonrisa.

Giro mi cabeza y percibo la incomodidad de Kat lo que desata un cabreo de tres pares de huevos.

«¿Qué cojones está haciendo este idiota tonteando con alguien de mi equipo?»

Aprieto los puños e inspiró por la nariz con fuerza.

De repente, Ferguson elige el peor momento para ponerse en pie y alzar las manos mientras vocea.

—¡Maldita sea, Sokolov! Nos jodieron, he perdido a mis hombres y la mercancía. Nunca debí confiar en ti.

Bracea como un energúmeno frente a mis narices y creo que estoy a un segundo de encañonarlo sin compasión con mi *makarov*.

El idiota de Ferguson está haciendo honor a su fama de indómito. Echo mi mano a la espalda y él me imita segundos después de adivinar mi intención, entonces los cristales de la vidriera que tenemos justo delante de nosotros se rompen en mil pedazos y empiezan a aparecer hombres vestidos totalmente de negro armados que se descuelgan de los arneses.

La rápida reacción de mis hombres que disparan ayuda a que la situación no se descontrole. Yo no me quedo atrás y disparo derribando a uno de los asaltantes. Ferguson grita y dispara al unísono.

La puerta se abre justo a mi espalda y giro para comprobar de quién se trata, por suerte es Viktor. Mi pequeño desliz me pone al descubierto y noto cómo Kat salta justo para actuar como escudo delante de mí y empuña su pistola disparando al tipo que me apuntaba.

—Rápido, salgamos, ordena Viktor.

Reviso la estancia y, de momento, todos los asaltantes yacen en el suelo. Ferguson y dos hombres nos siguen; salimos escoltados por mi equipo de seguridad. Kat camina delante de mí con el arma en la mano y los sentidos alerta.

«Esta mujer cada día me sorprende más».

Su destreza con las armas es equiparable a las de mis mejores hombres.

—Evitaremos los ascensores —índica, Viktor.

—Estáis locos, son veinte pisos —refunfuña Ferguson.

—Son las escaleras o morir enlatados.

Ni siquiera me tomo la molestia de mirarlo prosigo, andando alerta a cualquier movimiento extraño. Viktor abre la puerta que da acceso a las escaleras y empezamos a bajar. Habla por el comunicador que lleva en la oreja, supongo que con los hombres que nos esperan en el aparcamiento.

Bajar no resulta difícil y lo extraño es que no encontramos a nadie en nuestro camino.

Viktor alza la mano para que nos detengamos antes de abrir la puerta que da paso al aparcamiento subterráneo. Escucho las detonaciones.

Viktor coge a dos de los hombres que nos acompañan y se dispone a salir para dar apoyo al resto que nos esperan en los vehículos.

Viktor se detiene y me mira.

—¿Cuántos son? —pregunto.

—Más de diez, jefe —responde y puedo ver en sus ojos que sabe que saldrá a una acción casi suicida.

—Joder, nos van a acorralar como ratas —emite Ferguson y se gana una mirada asesina por mi parte.

—Debemos salir todos— anuncio —, es la única manera de tener una oportunidad

—Jefe, no lo pondremos en peligro —se ratifica Viktor.

—Ferguson ordena a tus hombres que colaboren con los míos, si quieres salir sin un rasguño —exijo.

—Cuenta con ello, Sokolov —contesta entre dientes.

Nos preparamos sacando las armas; Kat permanece a mi lado.

Antes de salir, me acerco con disimulo y le susurro pegado a su oreja.

—No te separes mí.

Se gira y me mira con los ojos abiertos de par en par.

—No olvides que mi trabajo es protegerte, no a la inversa —contesta de forma airada.

Porque no hay tiempo si no le demostraría lo mucho que me molesta que replique a cada frase que le digo.

Viktor da indicaciones a todos y abre la puerta con cuidado. avanzamos colocándonos entre los vehículos mientras justo delante de nuestros vehículos los hombres de negro disparan a mis hombres sin piedad.

«¡Putos chinos!», masculla mi mente.

Sus vestimentas negras con el rostro cubierto y el manejo de las artes marciales los delata. De nuevo, la tríada parece que está en activo.

Me protejo detrás de un Suv negro y, por suerte, Kat no se separa de mí, pero tampoco el idiota que le ha guiñado un ojo también se pega a nosotros igual que una lapa y, por supuesto, el pelirrojo cabronazo de Ferguson.

Viktor dispara para dar apoyo a los pocos de los nuestros que quedan en pie y comienza la fiesta. Su detonación es el pistoletazo de salida para que todos nosotros disparemos y así poder ganar ventaja sobre los agresores.

La acción se desarrolla en segundos, pero por suerte conseguimos eliminar a todos. Salimos de nuestras posiciones y nos acercamos a las furgonetas. Varios de mi equipo están muertos en el suelo y también algunos heridos.

—Rápido, a los vehículos— ordena Viktor.

Casi he alcanzado la furgoneta cuando una patada en la espalda casi provoca que caiga de bruces. Kat actúa rápido, gira sobre sus talones y el brillo de la hoja de su puñal acompaña el gesto de su mano para eliminar la amenaza a mi espalda. Su agilidad y tamaño son la ventaja que necesita y, con un movimiento fluido, logra hundir la hoja afilada en el estómago del enemigo.

No hay tiempo que perder, con el corazón palpitando, desbocado, víctima de la adrenalina, salto al interior del vehículo. Kat se desliza a mi lado y el motor ruge, poniéndose en marcha dirección a casa.

La emboscada en nuestro territorio me molesta, porque las medidas de seguridad eran extremas y, aun así, los chinos las han burlado, consiguiendo ponernos contra las cuerdas. Paso una de mis manos sobre mi cabello y aprieto con fuerza las mandíbulas. La guerra se ha reactivado y ahora toca mover fichas.

Al llegar a casa, salto del coche y atravieso la entrada con paso firme, ordeno a Maya que prepare habitaciones para todos. Lo más seguro en este momento es que Ferguson y sus hombres se queden aquí, porque el ataque que acabamos de recibir no solo iba dirigido a mí, de eso estoy seguro.

—Sokolov, ¿explícame cómo han podido atacarnos con tanta facilidad? —exige Ferguson dejando caer su cuerpo sobre mi sofá.

Sirvo vodka en dos vasos y le ofrezco uno, el cual acepta, a pesar de que su humor es como el de un demonio saltando sobre las brasas del infierno.

Kai llega en dos minutos para estar presente en la conversación. Mi segundo no confía en mis dotes de persuasión.

—Sé lo mismo que tú, Ferguson— contesto antes de vaciar el contenido del vaso de un solo trago.

—¡No me toques los huevos, Sokolov! Primero pierdo todo el puto cargamento y matan a mis hombres y ahora por poco pongo un pie en cementerio. — Su tono sospechoso no me gusta, porque percibo demasiada desconfianza.

—Ferguson, la tríada, es la responsable del ataque de hoy, lo que indica que con total seguridad también fueron ellos quienes interceptaron el cargamento— explico y relleno de nuevo el vaso de vodka.

—¿Y ahora qué hacemos? Ilumíname— suelta y su sarcasmo empieza a colmar la poca paciencia que me queda.

—Te quedarás aquí, de momento es el sitio más seguro, mientras que organizamos— expongo.

—Menudo plan —se queja

El deseo de romperle el cuello se instala en mi mente cegando mi visión. Kai adivina mi próximo movimiento cuando doy un paso adelante para desquitar mi pésimo humor en la cara de idiota del irlandés. Kai coloca una de sus manos en mi hombro y frena mi impulso.

—Dos días, Sokolov es lo que te voy a dar. Quiero hablar con el Lobo y con Rossi no me fio de ti— pronuncia levantándose de forma airada.

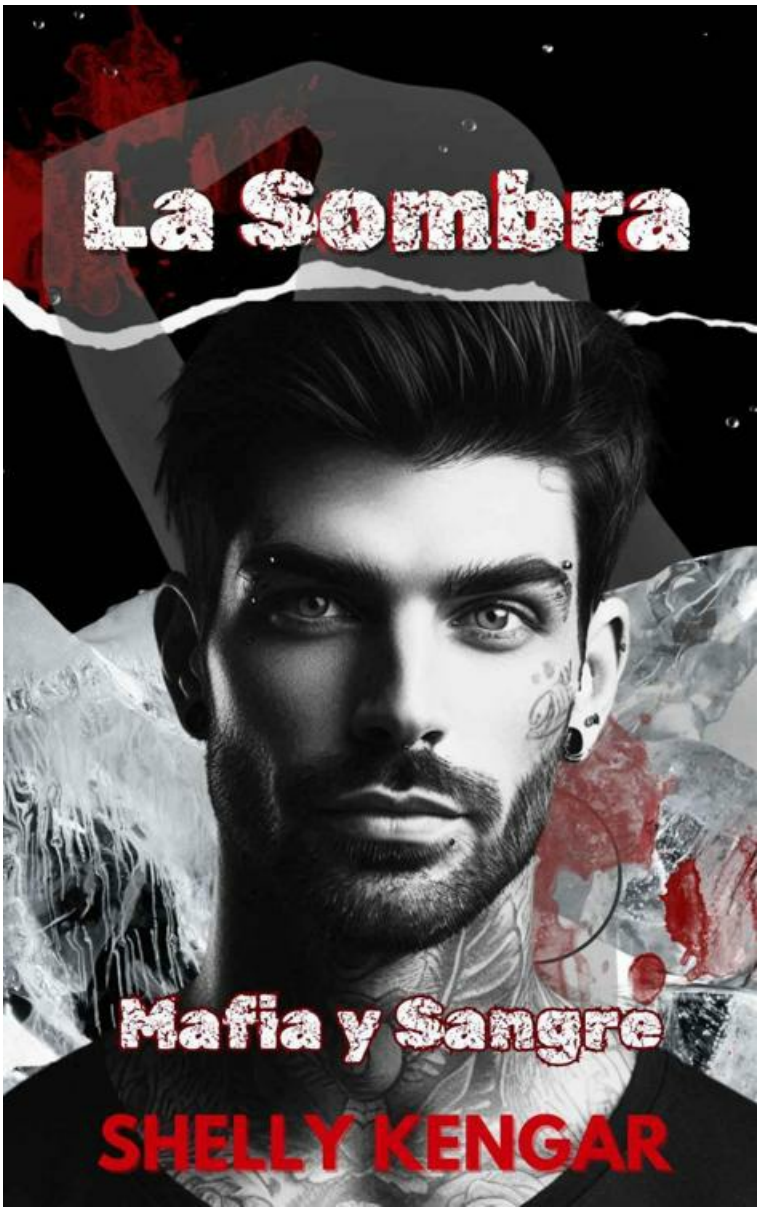
«¡Capullo de los huevos!», siseo en mi mente.

Abandono el salón detrás de Ferguson echando humo adoptando complejo de chimenea. Me entretengo un poco a causa de Kai que me retiene.

—Damyan, tienes que controlar tu carácter si no quieres causar más problemas de los que tenemos— regaña mi segundo.

—Ferguson es un hijo de puta que me saca de quicio.

—Contrólate— es lo único que dice Kai.



Capítulo 12

Kat

Viktor nos da tiempo para asearnos y descansar en cuanto llegamos a la casa. Justo estoy por salir pitando hacia mi habitación cuando soy interceptada a mitad de trayectoria.

—¡Qué casualidad, flor de loto! —exclama Som, parado delante de mí.

Mi rostro es frío y mantengo el ceño fruncido porque aún no se me olvida su numerito de ligón de tres al cuarto en la sala de conferencias. Su imprudencia puede costarnos mucho a ambos

«¡Maldita mi suerte!», expreso, demasiado molesta.

—No te enfades, preciosa. La verdad es que se me partió el corazón la otra noche cuando desapareciste. —comenta colocando una mano en su pecho de forma teatral.

—Como no te pierdas, voy a ser yo quien te parta otra cosa —gruño porque mi paciencia está

al límite de detonación.

—Venga, Kat, solo bromeaba— se excusa.

—Eres demasiado imprudente, el guiño delante de todos estando de servicio te lo podrías haber ahorrado— recrimino colocando mis manos sobre mi cintura a modo de jarra.

—Lo siento, flor de loto, es que al verte no podía creer que me sonriera tanto la suerte —se justifica.

Reconozco que Son en el fondo resulta gracioso y, ¿por qué no?, también halagador. A lo mejor, no he perdido la oportunidad de deshacerme de la frustración sexual que provoca cierto mando idiota con ojos de puma y mirada de cazador.

—¡Eres imposible! —profiero y en esta ocasión le dejo ver mi sonrisa.

—¿Nos vemos más tarde? —propone.

—Tal vez —respondo con actitud misteriosa y paso por su lado, aunque antes de sobrepasar su posición veo cómo se tensa y su mirada se alza detrás de mí.

Me giro para comprobar qué o quién lo alterado y mis ojos se cruzan con mi herida diaria, Damyan Sokolov. Acaba de salir de la sala detrás de Ferguson.

Solo con ver el gris oscurecido de sus pupilas, mi instinto dispara todas mis alarmas, así que continúo andando para esfumarme en silencio.

—Ey, chica —La voz del pelirrojo me detiene.

—Sí—me giro para ver qué quiere.

Se acerca y me repasa con intención de arriba abajo.

—Eres buena, me interesaría contratarte —profiere, pillándome fuera de juego.

—¿Perdón? —pregunto sin saber muy bien para qué me quiere contestarme.

—Ferguson, abordar a mi personal en mi propia casa no es algo, vaya a permitirte —interrumpe Damyan acercándose.

El pelirrojo, alza una ceja.

—Es un soldado, solo quería sugerir que se uniera a mis filas —se justifica.

—Los miembros de los Maotang realizan un juramento de lealtad, por lo que no se despiden ni se marcha —interrumpe Kai haciéndose cargo de la situación.

Porque la tensión entre el pelirrojo y Sokolov puede cortarse con un cuchillo. Tengo la sensación de que Damyan le va a saltar a su yugular igual que un depredador.

—Bueno, disculpa —dice Ferguson dirigiéndose a mí.

Asiento y retomo mi camino hacia la habitación.

—¡Kat!

«Otra puñetera interrupción. ¡Joder!»

—Sí, jefe —contesto y el desafío está impreso en mi mirada.

—¡A mi despacho! —ordena y camina sin comprobar si lo sigo o no.

«¡Capullo arrogante, que se cree un Dios!»

Camino con paso firme, evitando por todos los medios no hundir mis ojos en su espalda, aún viste de traje, aunque los restos de polvo se difuminan en su americana, son las secuelas del altercado que acabamos de protagonizar.

Entra a su despacho y lo sigo, se coloca detrás del escritorio y sus ojos me fulminan.

«Este hombre es demasiado intenso en todas sus acciones, mirando, gritando, dando órdenes a diestro y siniestro».

—Cierra la puerta —ruge, sí, su voz suena como el gruñido de un depredador.

—Lo siento, pero no —profiero firme, sin titubear, sin apartar la mirada.

—Eres mi jefe, pero no mi dueño y estoy harta de las formas que utilizas conmigo.

—¿Me estás desafiando, Kat? —interroga arqueado una de sus cejas.

No respondo y no me entiendo por qué Damyan es un controlador huraño pagado de sí mismo. Si muestro una sola grieta, me arrasará como un tsunami.

—¿No? A ver si lo entiendo, te doy una orden y no obedeces, pero según tú no me desafías. Explícamelo porque no lo comprendo —su voz acaba de subir dos o tres tonos de volumen.

—Me niego a cerrar la puerta, solo eso. Dime lo que tengas que decirme, jefe, para que pueda largarme —exijo y la vena que salta en su cuello parece un saltador de pértiga.

Se mueve y permanezco quieta, sin perderlo de vista. Rodea mi cuerpo y va directo a cerrar la puerta con un sonoro golpe.

—Kat, estás jugando con fuego. Te creía más lista —crítica acechando a mi alrededor cuál depredador ante su presa.

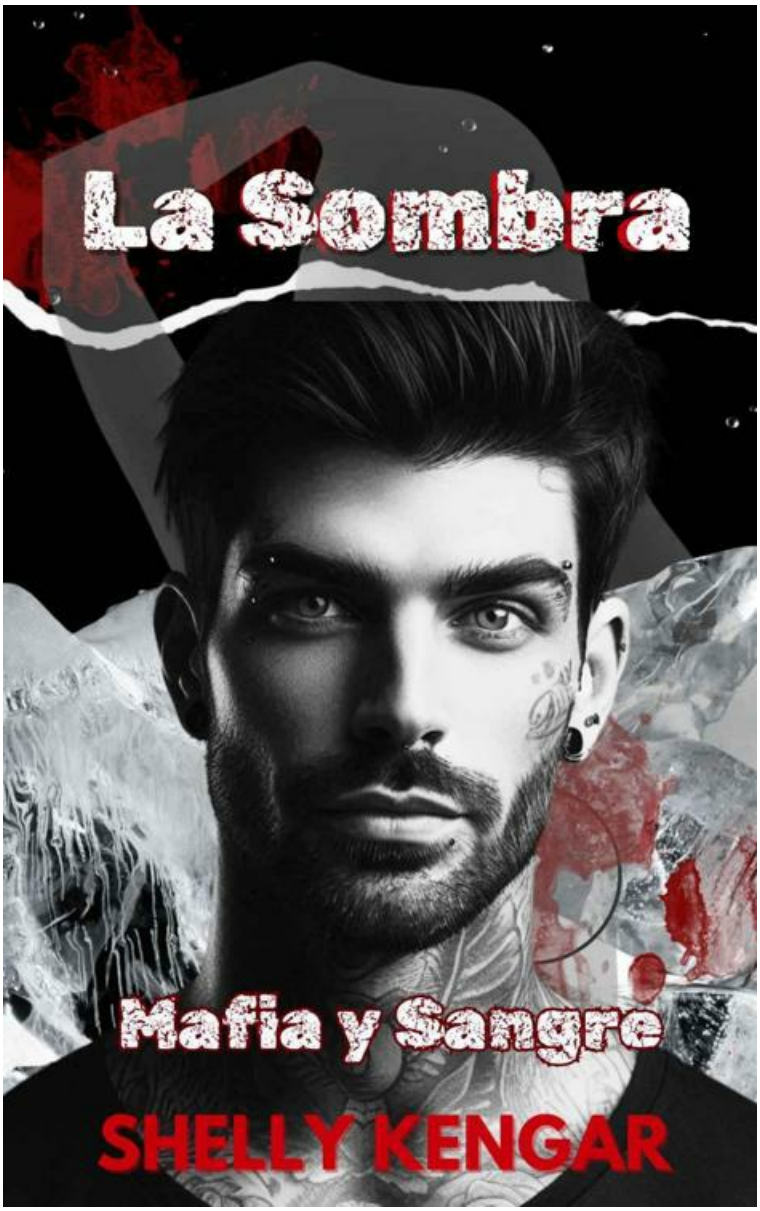
—Solo hago mi trabajo —inquiero sin mirarlo con la cabeza alta.

—Tu trabajo es obedecerme —recuerda.

—Y protegerte… —inquiero sin dejarme amedrentar.

Su olor, ese aroma a menta y madera, se cuela de forma traicionera por mi nariz y de repente hace demasiado calor en este puto despacho. Logro sentir su proximidad, sus pectorales casi rozan mi espalda y aguanto de forma estoica al límite de mis fuerzas. Porque su aura envolvente enciende mi ADN de forma inexplicable y mi mente empieza a jugar con imágenes demasiado ardientes para sofocar el repentino sofoco del que estoy siendo víctima.

«¿Qué tiene este hombre que provoca la imperiosa necesidad de arrodillarme ante él como la sumisa que jamás he sido?»



Capítulo 13

Damyan

El eco de mi voz interior repite una y mil veces que tener a Kat en mi círculo de seguridad es un error, una de las consecuencias estratosféricas. Porque está programada para alterar mi deseo carnal, como ninguna otra mujer ha conseguido en mis veintisiete años.

El deseo de inclinarla sobre mi escritorio de espaldas a mí y atravesarla con mi polla nubla mi sentido común, este que vocifera que es mi empleada, mi subordinada, que mezclar placer con deber siempre resulta un graso error.

Ignoro las advertencias de mi consciencia y pego mi pecho a su espalda, colocando mis manos en su vientre y aprieto, encajando su trasero a mi erección.

«Placer, puro y duro, placer, solo con sentir el modo en que el cuerpo encaja con el mío, casi me está enloqueciendo».

—Estás cruzando la línea, jefe —advierte y su voz ya no suena tan altiva, por el contrario, percibo cierto jadeo que activa el júbilo en mi pecho.

—Kat, has jugado sucio. Has tonteado con uno de los hombres de Ferguson en mis narices. No es que me importe con quién te revuelcas, pero estás de servicio, ¡joder! —Las mentiras salen de mi boca sin control mientras una de mis manos acaricia la cinturilla de su pantalón barajando la idea de meterme dentro.

El cuerpo de Kat se tensa ante mis acusaciones.

—Por tus acciones no parece que no te importe, jefe —provoca e intenta separarse de mi agarre, pero no se lo permito.

—No me importa —me ratifico.

«Sucio, mentiroso», insulta mi propia mente.

—Así que, según tú, puedo follarme a quien quiera, ¿no?

De nuevo su frase está formulada para tentarme, resisto, aunque casi dejo emerger mi estado de furia intensa al escuchar decir “puedo follarme a quien quiera”. La imagen de Kat retozando con el idiota de esta misma mañana aborda mi mente y casi se detiene mi corazón. Muerdo mi lengua para no rugir como el animal salvaje y territorial que ahora mismo me siento.

—Exacto —mascullo y mi cara se acerca a su cuello, impregnándome de su aroma avainillado.

—¿Delante de ti? —Añade.

He caído en su juego, o el mío, ya ni siquiera soy consciente de quién lo ha empezado. Pero la ira descomunal que se desata en mí al escuchar preguntar si puede follarse al alguien delante de mí se suelta, desencadenando que mi sentido común se vaya directo a la basura.

—¡Joder! —rujo y la empujo hacia el escritorio inclinándola sobre la hoja de nogal.

¡Me importa una mierda si está cómoda o no!, porque en lo único que pienso en este momento de locura transitoria es en atravesarla con mi polla sin piedad. Manipulo el botón de sus pantalones y arrastro con ellos hasta sus pantorrillas.

Mis ojos se hipnotizan con el hilo negro que esconde entre sus cachetes y jugueteo con él retorciéndolo con uno de mis dedos hasta que estiro fuerte para hacerlo desaparecer.

Un gemido sale de su garganta y es el mejor sonido que he escuchado en toda mi vida.

—No has contestado a mi pregunta, jefe.

«¡Provocadora!, hechicera, me va a volver loco».

—Voy a responderte en un minuto, fierecilla —anuncio bajando la cremallera de mis pantalones y desenfundar mi miembro erecto que salta de la emoción ante la perspectiva.

El tatuaje que luce en su parte lumbar no pasa desapercibido pese a encontrarme nublado por el ansioso deseo. Una frase en cursiva atraviesa la zona.

“*Yo misma puedo bajarme la luna*”.

«¡Dios, esta mujer a cada momento resulta un misterio más grande!».

No espero mucho más, ni siquiera compruebo lo mojada que está, porque las ganas me pueden como si fuera el primer polvo de un adolescente. Sujeto la corona de mi polla y acaricio su entrada con la punta, arrancándole otro gemido.

Ese ruego que fluye de su garganta es la señal de salida para sumergirme en su interior con una fuerte acometida.

Sus paredes enfundan mi miembro, tensándose alrededor como si estuvieran creadas para él, lo que dispara todas mis terminaciones nerviosas que se despuntan ante el gusto de sentirme en mi lugar soñado.

Segundos después salgo solo para coger impulso y volver a empeñar con fuerza, agarrándome a uno de sus hombros y la otra mano en su cintura. Empiezo mis movimientos sincronizados que desatan la banda sonora que sale de su boca y me nubla más si eso es posible.

—¡Más fuerte! —grita y yo obedezco.

Porque follar a Kat está resultando la mejor experiencia sexual de mi vida y la voy a disfrutar antes de que me envuelva la sensación de culpabilidad y arrepentimiento.

La piel se me eriza y continúo mis embestidas, percibo cómo su vagina se tensa aún más previa el orgasmo que está por llegar. Sumergirme entre sus piernas no ha sido la mejor idea, pero sí el mejor método de placer, porque follarla es elegir el mejor plato gourmet de una carta y deleitarse con cada explosión de sabores en tu boca. Las palpitaciones de mi miembro aumentan previo al final del recorrido. Un último embate, salvaje y bruto, libera el calor que recorre mis venas embraveciendo mi acelerado corazón. Kat grita nublada por el placer que acaba de tocar y segundos después la sigo en mi liberación extrema. Después de la ola salvaje de satisfacción y anhelo que acaba de arrasar con mi cerebro y con mi consciencia, permanezco en su interior obnubilado por el placer que acabo de experimentar.

Salgo de su interior y lo primero que cruza mi mente es:

«Soy un idiota de manual»

Primero, porque me la he follado sin protección, sin barreras, piel con piel.

Segundo, he roto mi regla en la olla, no metas la polla…

Y tercero, estoy jodido porque quiero volver a follármela.

Sacudo mi cabeza intentando deshacerme de todas las contrariedades que inundan mi mente mientras me coloco los pantalones.

Esquivo con hincapié la acción de mirarla como el cobarde que ahora mismo me siento.

Kat recupera mejor la compostura que yo. Porque en segundos vuelve a acomodarse el pantalón y a no ser por el leve rubor en sus mejillas, nadie diría que acaba de tener un orgasmo con mi polla apuntalándola.

—Esto no va a volver a pasar, jefe— se apresura a anunciar, mostrando cierta frialdad en sus facciones.

«Hija de…», mi mente se detiene ante el insulto.

—Por supuesto —contesto invicto, adoptando la misma pose de hombre de hielo que ella.

—Eliminada la tensión sexual, espero que bajes el nivel en tratarme diferente al resto del equipo —reclama y pasa airosa por mi lado abandonando mi despacho sin mirar atrás.

—¡Joder, me cago en la puta madre que la parió! —grito agarrando el pisapapeles de encima del escritorio para estrellarlo contra el mueble bar.

Tocarla ha sido el mayor error, lo sé, lo reconozco porque ahora mismo sé que se siente demasiado bien estando entre sus piernas.

—¿Qué puñetas me sucede? —me pregunto demasiado confuso, cegado por el cabreo.

Parezco un huracán al salir del despacho rumbo a mi dormitorio. Opto por una ducha para deshacerme de esta sensación de ansiedad que oprime mi pecho. Por desgracia no surte efecto. Con pantalón de algodón y descalzo abandonó la casa, sin preocuparme de calibrar descalzo hasta el árbol donde realizó mis entrenamientos diarios.

La oscuridad amenaza con comerme vivo, por lo que lo único que puedo hacer es golpear la corteza del árbol con mis puños desnudos hasta que la sangre tiñe mis nudillos.

No sé cuánto tiempo ha trascurrido desde que comencé a vapulear el tronco, pero percibo una presencia a mi espalda. Como siempre, Kai sabe dónde encontrarme.

—¡Estás loco! —exclama desprovisto de emoción —, cualquier día vas a morir congelado.

Detengo los golpes y le dedicó una sonrisa torcida.

—De algo tengo que morir.

—Ferguson se aburre —anuncia.

—Pues que se compre un perro —suelto hastiado. El puto irlandés me está tocando demasiado los huevos.

Kai menea la cabeza ante mi respuesta.

—Quiere ir al club —informa Kai—, ya le he dicho que salir de aquí es exponer su seguridad.

—Capullo imprudente —siseo.

—Pero está bajo nuestra responsabilidad —recuerda Kai, actuando como la perfecta voz de la consciencia.

«¡Joder!»

—Llama a Alyssa que traiga gente y que organice una fiesta en el sótano. Traeremos el puto club ante las narices de Ferguson.

—Bien, espero que se conforme.

—Es lo único que hay si no quiere convertirse en un fiambre —abordo.

La casa antes de que mi hermano la comprara había sido de un proxeneta que celebraba subastas en el sótano de esta, el cual lo mantenía acondicionado para celebrar así fiestecitas. Así que Alyssa solo tendría que traer gente y bebida.

— Kai —lo detengo antes de irse—, a nuestros hombres puedes darle la noche libre a la mayoría que se despejen también en la fiestecita.

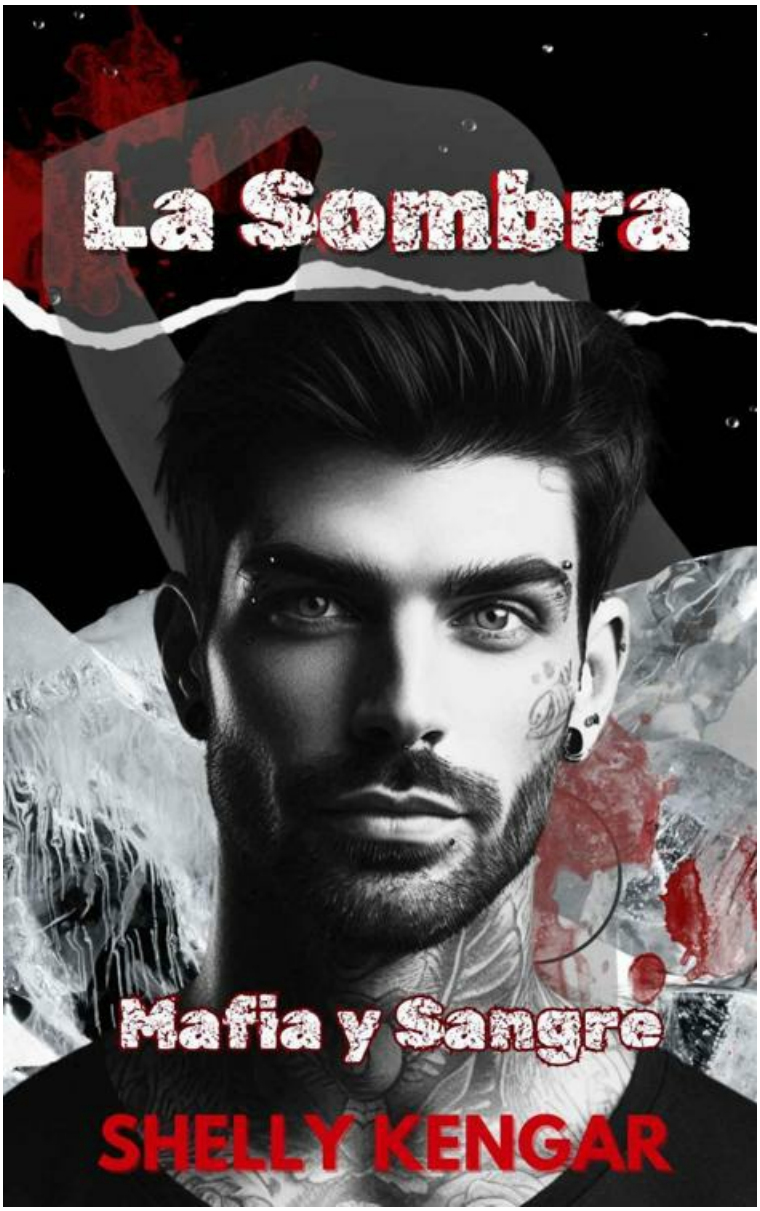
—Bien.

Continuo con los golpes de nuevo en mi sitio, el dolor no calma la oscuridad de mi alma. Bloqueo mi mente para no pensar en la escena de mi despacho con Kat, porque ha sido el detonante de que la amargura que cargo en mi alma resurja a mismísimo de ave fénix.

Preciso encontrar algo de paz, reflexionar porque tengo demasiados frentes abiertos. Por un lado, mi hermano y Rossi ya han avisado de su inminente visita tras el ataque de la tríada y, por otro, el problema con Kat.

Porque por mucho que la mujer haya proclamado su intención de ignorarnos, qué dicho de paso me ha sentado como una patada en los huevos, no confío en mí mismo para cumplir con esa norma que la muy hechicera ha lanzado sin emoción ninguna.

Definitivamente, esta mujer araña mi ego.



Capítulo 14

Kat

Salgo del despacho de mi jefe y suelto el aire que no sabía que había retenido.

La temperatura de mi cuerpo no acompaña a que me tranquilice.

«¡Joder, lo que me faltaba! «Un aquí te pillo, aquí te mato con Damyan Sokolov que me ha dejado con ganas de más».

«Esto no es bueno, nada bueno».

—Kat, ¡maldita sea!, llevo horas buscándote —Vin me intercepta justo saliendo de la zona del despacho de Sokolov. Por suerte, creo que no me ha visto.

—Acabo de llegar, hemos tenido una mañana movidita —explico y caminamos juntos hacia los dormitorios.

—Sí, lo he escuchado, el resto de los compañeros no habla de otra cosa. Al parecer, la tríada vuelve a las andadas con sus ataques —comunica nervioso.

—Bueno, la guerra sigue latente, eso ya lo sabíamos —asevero—. Así que nada nuevo. Lo único que aún se desconoce es la identidad del nuevo líder de los chinos, y resulta demasiado raro.

—Kat, deberíamos abortar, misión, regresar —Vin baja el tono de voz mirando a ambos lados para que nadie nos escuche.

—¡Estás loco! Ahora, más que nunca, estamos cerca de acabar con esto —gruño entre dientes lanzándole una mirada crítica.

Vin siempre es el prudente de los dos, aunque eso significa que si fuera por él ni siquiera hubiésemos abandonado Tirana.

—Kat, los rumores dicen que los líderes de la *societas* se reunirán en breve aquí en Varsovia. ¿Sabes lo que significa eso? —aborda preocupado en exceso.

—Sí, que tendré la oportunidad de cumplir con mi promesa.

—¡Estás loca, Kat! Asesinar a uno de los líderes aquí sería un suicidio. —Aletea sus manos de forma inquieta.

—Vin, quieres ser más positivo. Te ahogas en un vaso de agua. Cuando llegue el momento tendré un plan de ataque y de huida, por supuesto— aseguro.

—¿Olvidas que tu padre también es miembro de la *Societas?* — interroga con alarmismo

—No lo he olvidado. Y ahora déjame porque necesito una ducha, apesto —sentencio, abriendo la puerta de mi dormitorio y lo dejo allí pasmado.

La *Societas*, es como denominaron a la alianza entre las organizaciones que promovió Andreas Rossi cuando estalló la guerra. En ese pacto se encuentran muchos de los principales clanes del mundo que brindan su apoyo al puto Rossi de los cojones, entre ellos los hermanos Sokolov, los griegos, incluso la yakuza, y por supuesto mi padre. El capo italiano está en lo alto de la pirámide de poder de la alianza, él dicta las normas junto al hermano mayor de los Sokolov. Razón por la que infiltrarse en las filas de los Maotang era mi carta dorada para propiciar la oportunidad de tener cerca Andreas Rossi y con ello la oportunidad de eliminarlo. Ahora la posibilidad se ve cerca, demasiado.

Dejo que el agua recorra mi espalda y apoyo mis manos sobre la pared de la ducha, sin poder evitarlo, mi mente rememora lo que acabo de hacer.

«Follar con Damyan».

Gruño porque, a pesar del placer, de las embestidas salvajes que me han transportado a un orgasmo rápido e intenso, mi cuerpo se ha quedado con ganas de más.

«¿Cómo será que me bese?»

«¿Qué se sentirá que te mire a los ojos mientras te embiste?»

Sacudo mi cabeza para deshacerme de esas estúpidas preguntas que a lo único que contribuyen es a que esta atracción insana se arraigue demasiado a mi alma. Me visto con mi uniforme de trabajo, pantalones negros y top deportivo, añado una chupa de cuero negro y recojo mi melena en una estirada cola de caballo. Mi turno empieza en diez minutos. Kai se encargó de informarme que, al parecer, esta noche la esplendorosa mansión de los Maotang se va a convertir en un club nocturno a petición del líder de la mafia irlandesa.

Por lo poco que he comprobado, Zacarys Ferguson es un capullo arrogante, de cuidado, e imprudente.

Salgo de mi dormitorio y me reúno con Viktor en el recibidor.

—Bueno, chicos —me dirige una mirada de soslayo—, y chica, hoy tenemos trabajo, intentar

que la fiestecita del sótano no acabe con sangre de por medio.

—Nosotros trabajando mientras otros disfrutan —expresa mi compañero Yago, que justamente está a mi lado.

—Yago, ya sabes cómo funcionan las cosas, somos la seguridad personal del jefe. —reprende Viktor con determinación.

Entonces lo veo, parece un demonio malvado al salir del infierno. Atraviesa el recibidor, descalzo, exhibiendo su magnífico torso trabajado y esculpido en tinta. Luce tan solo un pantalón de chándal y va dejando un reguero de sangre a su paso. Me fijo bien y frunzo el ceño, intrigada.

«Tiene los nudillos destrozados».

Cabizbajo, sin ni siquiera determinarnos, pasa por nuestro lado, y se enfila a los escalones de la escalera central y desaparece sin más.

Damyan Sokolov es como un jeroglífico, imposible de leer, y poco ayuda la atracción desmesurada que despierta en mí. Reconozco el peligro en cuanto lo vislumbro y mi situación es demasiado peligrosa. Desvío la mirada intentando que ninguno de mis compañeros se percate de que lo estoy observando con la boca abierta, igual que una tonta obnubilada mostrando cierta adoración.

—Vamos abajo, revisemos los preparativos— insta Viktor.

Los sigo y, antes de bajar el primer peldaño de las escaleras que supongo nos dan acceso al sótano, mis ojos se cruzan con los de mi comandante. Kai permanece en un rincón con los brazos cruzados sobre su pecho sin apartar su atención. Hace un gesto con su cabeza, en silencio, para indicarme que me acerque y obedezco.

Cierto nerviosismo se instala en mí, porque no sé cuánto tiempo lleva ahí. Desconozco si ha visto cómo miraba a mi jefe, lo que me preocupa. Mi comandante no es fácil de engañar, porque su actitud de lince al acecho está 24 horas activa.

—Señor— digo, parándome frente a él.

—Kat, quiero felicitarte por tu actuación de hoy. Viktor me ha explicado que tu destreza y compromisos son dignos de Los Maotang. — alaba y tenso mis músculos, porque estoy segura de que es él ante sala de una reprimenda.

—Gracias— contesto, mantengo mi actitud expectante.

—Eres la primera mujer en nuestras filas— ya empieza con el aporte negativo —, por lo tanto, los hombres deben aclimatarse, aprender a trabajar con un igual a pesar de las diferencias. Razón por la cual tu comportamiento debe ser ejemplar.

—Perdón, comandante, ¿pretende darme un discurso feminista o machista? —pregunto antes de reprender a mi lengua viperina que le resulta imposible no rebatir.

Kai arquea una ceja y entorna sus ojos al unísono.

—Kat, no pretendo inculcarte ningún discurso, tan solo quiero evitar problemas —se defiende.

—Problemas siempre habrá, discúlpame si no soy tan optimista como tú. Llevo años luchando contra hombres que me subestiman por nacer mujer, en ocasiones es un castigo, pero otras veces es la ventaja que necesito para salir vencedora. — Ya está ahí, esa es mi yo guerrera, concisa, firme y tajante.

—De acuerdo, confiaré en tu bien tino para lidiar con los posibles conflictos que puedan surgir —asiente al fin.

—Gracias.

Me giro para regresar hacia las escaleras y acceder al sótano.

—Kat, otra cosa. Damyan Sokolov.

Tan solo el simple hecho que evoque el nombre de mi jefe consigue que se me erice la piel.

—¿Qué sucede con él? —interrogo sorprendida de que lo saque a colocación.

—El jefe, es peligroso, demasiado, así que te recomiendo que mantengas las distancias.

«¡Mierda!, me ha visto, ahora estoy segura».

—Pertenezco a su seguridad personal, no entiendo a qué distancia te refieres — contesto haciéndome la ingenua.

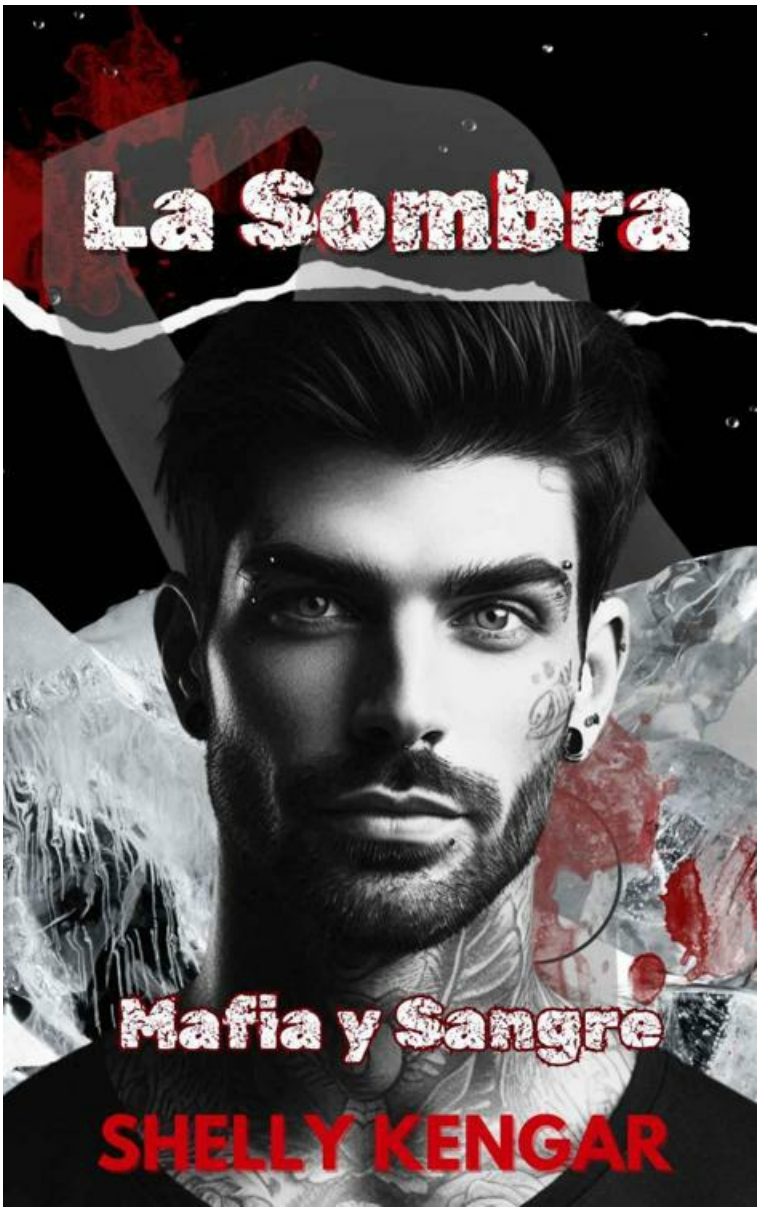
El brillo en sus pupilas me indica que no se lo traga.

—Kat, no me subestimes, sé perfectamente lo que acabo de ver. Lo miras como si fuera un Dios, y siento informarte que Damyan Sokolov no tiene nada de divino, más bien de infierno — expresa apretando las mandíbulas.

—Disculpa, comandante, creo que te has confundido, admiración con devoción. —Miento como una bellaca, rezando en silencio para que se lo trague.

Duda unos minutos hasta que responde.

—Está bien, espero que así sea.



Capítulo 15

Damyan

Apago la alarma del móvil antes de que suene, lo programé tres horas para conseguir descansar para prepararme para la noche que me espera, sin embargo, resultó imposible. Por mucho que lo he intentado, no he conseguido pegar ojo. Reconozco que el dolor de mis nudillos no ha ayudado en la tarea de conciliar el sueño. Autolesionarme es algo habitual en mi vida, aunque durante unos años mantuve el hábito a raya, pero llegó Yasu y este sentimiento que me embarga cada vez que pienso en ella. Y ella se enamoró de un monstruo, de un diablo salvaje que arrasó con cualquier oportunidad de que me amara. Ahora la amargura se mezcla con el odio que le profeso a mi hermano por poseer lo que yo anhelo.

Infligirme dolor empezó cuando mi padre, el peor monstruo de todos, comenzó a meterse en

mi habitación con tan solo diez años. Destierro las imágenes que se confabulan en mi mente de aquellos años; no necesito más combustible para que la oscuridad de mi alma arrase, con los pequeños resquicios del Damyan estable que me quedan.

Aparto la sábana y me voy directo a la ducha. No hay nada mejor que una ducha fría para despejarse.

Aprovecho la hora que me queda para bajar en solitario a la cocina y saquear la nevera, paso de una cena formal con el hijo de perra de Ferguson. Envío un mensaje a Kai para que despliegue sus dotes de perfecto anfitrión mientras yo devoro un sándwich de pollo y lechuga. Pienso escabullirme en cuanto acabe de comer en mi dormitorio y salir solo para acudir al club improvisado que se está preparando en el sótano de la casa.

—¿Desde cuándo te escaqueas de tus responsabilidades?

El tono sarcástico de Kai es algo nuevo; mi comandante siempre intenta mantener su perfil sin emociones.

Lo enfrento y sonrío, torciendo mi boca en una mueca que resulta un pelín infantil. Ahora mismo experimento la sensación de ser atrapado en una travesía como un niño.

—Desde que tengo que aguantar a un capullo demasiado pagado de sí mismo y además pelirrojo —profiero encogiendo mis hombros.

Kai está apoyado en el marco de la puerta con sus brazos cruzados sobre su pecho.

—Ese capullo está bajo nuestra protección— recuerda mi comandante.

—Para mi desgracia— musito con odio impreso en mis palabras.

—Damyan, juro que ver resquicios del hombre que fuiste, me alegra, pero no puedo evitar preguntarme cuál es el detonante— expresa demasiado pensativo.

Descolocado y confuso son los adjetivos adecuados para describir mi rostro ante su afirmación.

—Kai, no seas idiota, el Damyan que una vez fui murió. Murió el día en que mi hermano me arrebató la oportunidad de tener lo que deseaba— proclamo con dureza, percibiendo de nuevo la desazón de la oscuridad que lucha en mi interior por tomar el control.

—Lo que tú digas, jefe —descruza sus brazos—, pero ya ha pasado algún tiempo para superar a esa mujer, y deshacerte de ese odio por el Lobo.

—No quiero tus consejos— promulgo alzando la voz.

—Damyan, eres joven e inteligente, quedarte anclado en el pasado, solo envenena tu alma. Llevas meses caminando como una sombra, sumido en tu oscuridad, lesionándote y entrenando hasta la extenuación. ¿Qué te ha aportado esa actitud? —Se da media vuelta, dispuesto a marcharse.

—¿Ahora te gusta supervisar mis actuaciones? — reprocho inundando la cocina con mi potente voz.

—Damyan, siempre estaré, si en algún momento tienes la necesidad de desahogarte —finaliza y niega con la cabeza.

—Kai, no me toques los huevos, y deja que yo haga lo que considero. No necesito un puto consejero— voceo alzando las manos, cabreado. Suelto la mitad del sándwich sobre la encimera de la cocina, porque de repente me ha abandonado el apetito.

—Entendido, jefe— asiente Kai abandonando la cocina.

Atravieso mi dormitorio tirándome sobre el colchón al tiempo de emitir un gruñido frustrado. La conversación con Kai ha agriado mi humor y las ansias de destrozar todo a mi paso se abren camino entre mi alma y mi mente.

«Jodido, Kai, ¿quién se cree para juzgarme?»

Reconozco que tiene razón con respecto a este maldito desamor que me pudre por dentro. La imagen de Yasu aparece en mi mente y al segundo es reemplazada por la de Kat.

Gruño y sacudo la cabeza en un intento de deshacerme de las imágenes que mi traicionera mente se empeña en evocar.

Mi teléfono suena y suspiro aliviado.

—Sí.

—Damyan, ¿cómo va todo con Ferguson? —pregunta Kublain.

—¡Como una mierda! — exclamo—. El tipo es un gilipollas y además imprudente.

La carcajada de Kublain inunda la línea telefónica.

—Tranquilo, chico— odio cuando me trata como un niño, tan solo es cinco años mayor que yo —La tríada está al acecho, mi informante me ha indicado que quieren tu cabeza y la de Ferguson, para empezar.

—Que vengan, no les tengo miedo— anuncio apretando las mandíbulas con fuerza.

—Tranquilo, lobito. Si ellos son listos, nosotros más, Akim y Rossi están trabajando en ello— informa.

Pensé que mi hermano no tenía tiempo para nada, que no fuera su futura mujer y el nacimiento de su hija.

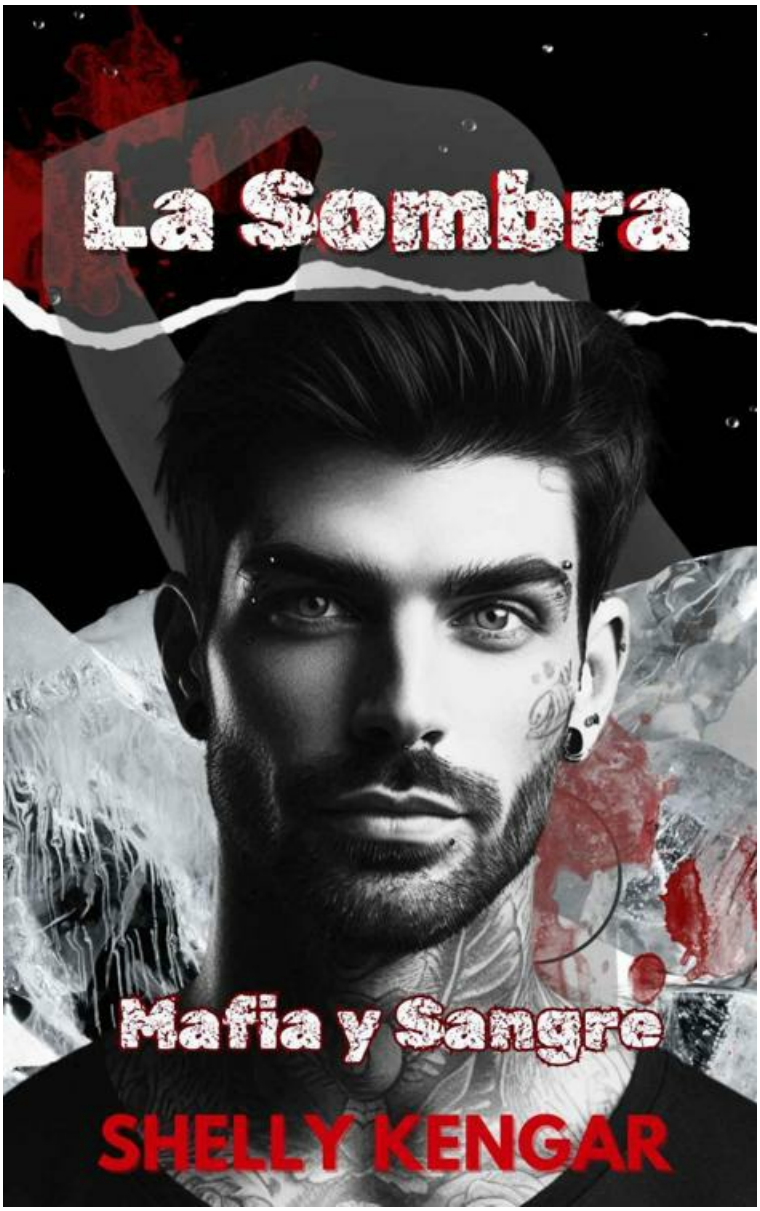
—Tengo a Ferguson enjaulado en mi casa y no creo que pase mucho tiempo antes de que le pegue un tiro —anuncio y soy sincero, el tipo es como un grano en mi culo.

—En tres días, estaremos en Varsovia. ¿Podrás aguantarte las ganas de matarlo? —pregunta con sarcasmo.

Cuelgo y reflexiono en la información que Kublain me ha facilitado, la tríada enfocada en mi cabeza, no me preocupa tanto como debería, porque voy a darles guerra.

El motivo por el que Ferguson y yo somos los objetivos es lo único que se me escapa. Somos eslabones pequeños, lo lógico sería atacar a mi primo o a mi hermano o incluso al tipo odioso que se cree superior, Illya Rumicov, el Albanés.

Miro mi reloj y considero vestirme para asistir a la fiestecita del sótano, con suerte podré desahogar mis frustraciones en Alyssa. Ella siempre logra calmarme con sus atenciones y deshacerme de la picazón que aún siento presente en cada fibra de mi cuerpo por la hechicera venenosa de Kat.



Capítulo 16

Kat

Accedo al sótano y observo el revuelo preparando todo, han recreado barras de bar e incluso un pequeño escenario donde supongo actuarán bailarinas y *strippers.* Viktor y mis compañeros están ayudando con las cajas de *vodka* y *whisky*, al fondo diviso a una mujer, que al parecer es la que da las directrices. Su melena de color rubio platino destaca entre la oscuridad y las luces de discoteca que cuelgan del techo que aportan reflejos plateados a sus mechones. Camino hacia la mujer.

—¿En qué puedo ayudar? —me ofrezco.

Ella se gira para mirarme de arriba abajo y al acabar su escrutinio, una sonrisa adorna su rostro.

«Es guapa, lo reconozco».

—Hola, tú debes ser el miembro femenino de los Maotang. ¡Guau, es un gusto conocerte, chica! Me encanta que estos asesinos despiadados y retrógrados hayan aceptado a una mujer en sus filas.

Sonrío ante sus palabras de apoyo.

—Soy Alyssa Kan —se presenta ofreciendo su mano para que la estreche.

—Kat— contesto aceptando su mano.

—Encantada, preciosa. Bueno, tus compañeros están detrás de la barra, aunque no hay mucho que hacer ya, casi empezamos— informa mirándose su reloj de muñeca.

—De acuerdo— expreso mostrando mi lado amable.

Esta mujer despierta en mi buena onda, no como en otras ocasiones, porque confieso que las mujeres no han sido mis grandes amigas durante mi vida, por eso mi mejor amigo es Vin.

Por el rabillo del ojo lo veo y está demasiado cerca para escaquearme, así que opto por quedarme parada frente a Alyssa.

Se para a nuestro lado y ni siquiera me mira; más bien me da la ignorada del siglo. aprieto mis puños con fuerza. Odio que siempre luzca tan apetecible, viste con unos jeans negros con roturas en la parte de las rodillas y una camiseta de algodón con cuello de pico que deja entrever la tinta de sus tatuajes. El piercing que luce en una de sus cejas centellea en mitad de la oscuridad. Simplemente, como un dulce exquisito listo para saborear.

La humedad se instala entre mis piernas mientras lo miro.

—Hola, jefe —Saluda Alyssa sonriente.

La mirada penetrante que Damyan Sokolov le dedica consigue ponerme enferma de náuseas agitando mis tripas. Se inclina con suavidad y devora los labios de la rubia sin compasión. Contemplar ese salvaje beso frente a mis narices provoca estragos en mi cabeza y en mi libido. La disyuntiva entre arrancarle la puta cabeza frente a todos o separarlo de la rubia para ocupar yo su lugar, tensa cada músculo de mi cuerpo.

«¿Qué cojones me pasa con este hombre? Estoy al borde de cometer una locura».

«Soy fan de la locura».

Damyan corta el beso y aprovecha el momento para hundir sus grises ojos en mi cara. Veo un brillo extremo de malicia reluciendo en ellos y casi salto a su yugular como una fiera.

«Cálmate, Kat», mi consciencia entra en escena para frenar la descomunal ira que corretea por mis venas, igual que lava líquida.

Se larga y suspiro en silencio sin moverme.

Alyssa exhibe una sonrisa tonta en su cara, aunque también percibo cierto desconcierto.

—¡Ufff, qué hombre! —exclama guiñándome un ojo.

—Lástima que su carácter de mierda estropee su sex-appeal —emito mi juicio sin poder retener mi malévola lengua.

—Bueno, no siempre tuvo ese carácter de mierda —aboga Alyssa defendiéndolo.

Mis cejas se arquean ante su afirmación.

—El desamor lo contaminó. Damyan Sokolov era el tipo más alegre, el rey de cualquier fiesta, hasta que las garras de un amor imposible estrujaron su corazón para convertirlo en un tipo egoísta, taciturno y amargado, caminando entre sus propios demonios —explica Alyssa.

Me sorprende que ella hable del desamor de Sokolov de forma tan liviana; por lo que he visto, mantienen algún tipo de relación. Si yo fuera ella, odiaría anhelar a un hombre que llora a cada instante por otra que no puede tener.

«Capullo arrogante, idiota». Mi mente musita varios adjetivos dedicados a mi jefe mientras me

acerco a Viktor.

Se encuentra en una zona apartada donde hay unos sillones en forma de semicírculo que ocupan el innombrable de mi jefe y al pelirrojo imprudente. Este último no pierde el tiempo, sobre su regazo luce dos chicas esculturales ligeras de ropa.

A mitad de camino, Vin me intercepta.

—*Katwoman.* ¿Qué sucede?

—Nada —contesto y pestañeo, descolocada por la pregunta.

—Nadie lo diría, parece como si de un momento a otro fueras a arrancarle la cabeza a alguien —expresa Vin ofreciéndome su bebida.

—Estoy de servicio —declino y alzo una de mis manos frente a su cara.

—Te toca trabajar, ¡mierda, Kat, la fiesta promete! —sonríe Vin.

—No descontroles, recuerda que estamos aquí con un objetivo —recuerdo a mi díscolo amigo.

—Sí, jefa, tranquila —se mofa desapareciendo de mi vista ante mi mirada asesina.

Con una respiración profunda continúo y me coloco al lado de Viktor para ejercer mi trabajo. Evito mirar al idiota de Sokolov que ya está sentado cómodamente en el sillón con un vaso de Vodka en la mano.

Desvío mis ojos hacia Som que también está de servicio. Él me mira también, pero en esta ocasión evita cualquier guiño o sonrisa.

«Ha aprendido la lección».

—¡Ey!, chica, siéntate con nosotros —profiere Ferguson. Tardo en percatarme de que se dirige a mí.

—Señor, ella está de servicio —expresa, Viktor, para evitar que la situación se descontrole.

—Vamos, Sokolov, eres un negrero, deja a la joven que nos deleite con su compañía —Insiste el pelirrojo que parece que ha perdido el sentido común. Da unos golpes sobre el asiento a su lado y me mira con insistencia.

Ni me inmutó, permanezco quieta como una estatua.

Damyan da un largo sorbo a su bebida e ignora a Ferguson.

—Sokolov, qué malo tiene que dejes que la chica que me entretenga. Yo también puedo ser una obligación en el desempeño de su trabajo —profiere carcajeándose de su propio ingenio enfermo.

«Imprudente idiota, se merece un cuchillo en su lengua».

Damyan se levanta y lo fulmina con su mirada, pero no le responde. Se gira y le hace un gesto a Viktor.

—Kat, sígueme —ordena mi superior.

«¿¡Pero qué mierda ahora!?»

Obedezco, a pesar de mis ganas de poner en su sitio al pelirrojo sobreexcitado. Momentos después paro ante las luces brillantes mientras camino detrás de Viktor que me saca de la sala principal llevándome a un pasillo lateral, por cierto, bastante iluminado, lo que agradezco en silencio.

—Kat, será mejor que permanezcas aquí hasta que se calme el ambiente —recomienda Viktor y percibo cierto apuro en su rostro

La rabia sube por mi esófago, instalando un nudo en mi garganta.

«Odio estos comportamientos condescendientes ante las actitudes machistas como las de Ferguson».

Asiento sin decir una palabra, y cuando Viktor se larga, no puedo evitar golpear la pared con mi bota.

—¡Hijo de perra!

—Flor de loto.

«¡El que faltaba!», vocea mi mente.

La mirada furiosa no lo amedrenta; en definitiva, Som, es un loco o un imprudente de altas dimensiones.

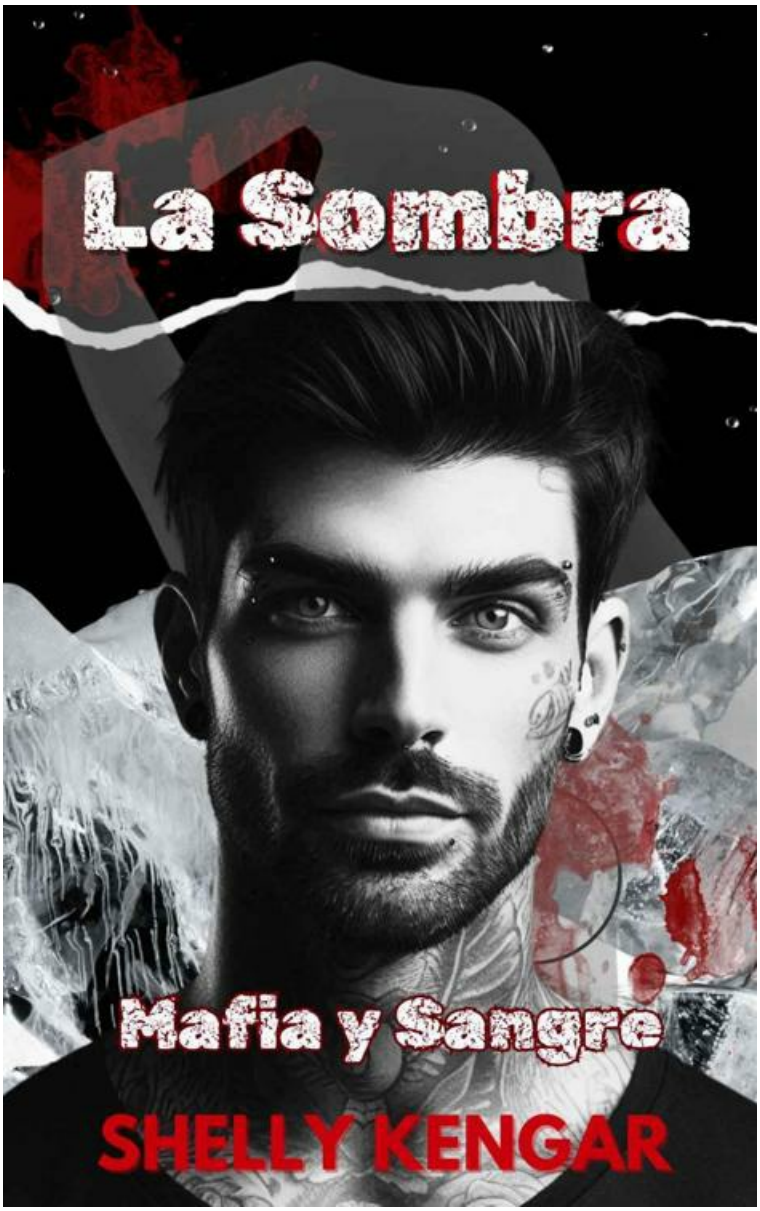
—¿Qué cojones haces aquí? — interrogo mostrando todo el cabreo que cargo.

—Calma, Kat, solo quería saber si estás bien —da un paso hacia delante para acortar la distancia que nos separa.

—¡No me jodas!, Som trabajas para ese machito retrógrado que me ha humillado —reprocho alzando la voz.

—Kat, que mi jefe sea un capullo, no quiere decir que yo lo sea. Ese es un juicio muy infantil por tu parte —otro paso más y casi lo tengo pegado a mi nariz.

«Me va a besar», avisa mi mente.



Capítulo 17

Damyan

Deambulo por el sótano porque necesito alejarme del maldito pelirrojo. Por un momento he estado a punto de arrancarle la cabeza. Ha humillado expresamente a Kat, con alevosía y premeditación. Por suerte, en el último minuto he logrado contener mis instintos asesinos, si no en estos momentos estaríamos asistiendo a un baño de sangre entre los dos clanes. Busco a Alyssa, pero está ocupada en la barra, así que camino sin rumbo aparente. Ahora mismo me fumaría un cigarrillo, pero lo dejé hace meses.

«¡Joder!», mascullo entre dientes.

Mis pasos me llevan de forma involuntaria hacia uno de los accesos laterales del sótano y salgo al pasillo para encontrarme con una escena que agita mi furia catapultando a mi corazón en

un pálpito maniaco que golpea de modo frenético mi pecho.

Frente a mí, se desarrolla una escena demasiado romántica que me golpea como un puñetazo en mi estómago. Kat está con el soldado de Ferguson, uno frente a otro demasiado cerca para estar hablando. Él inclina con suavidad la cabeza y sus intenciones de besarla son claras.

Respiro hondo y mi mente maquina la mejor manera de interrumpir el momento, porque la rabia me ciega y no permite que me dé media vuelta y los deje con sus amoríos.

«Maldita sea, la hechicera me ha tocado algo que creía muerto, porque odio verla tan cerca de otro hombre. ¿Qué puñetas me pasa?»

Aplaudo de manera exagerada, delatando mi presencia. Kat se apresura a dar un paso atrás mientras el tipo tan solo gira su cabeza para ver de quién se trata.

—Encantadora escena— profiero con todo el sarcasmo que poseo.

El silencio se adueña del pasillo y la mirada furiosa de mi venenosa hechicera no me pasa desapercibida.

—Siento interrumpir, pero estáis trabajando, así que dejar para más tarde los arrumacos —el tono irónico está explícito.

Ninguno de los dos reacciona y el idiota ni siquiera se aparta.

—Lárgate. Con. Tú. Jefe. Ya— mascullo con la mandíbula apretada.

Él mira a Kat y está asiente de forma dulce. Lo que me toca las narices mucho más, entonces es cuando el tipo decide largarse, por fin.

Mi mente calibra mi próximo movimiento; de momento, el idiota ya ha salido de escena, lo que transmite algo de sosiego al batiburrillo de emociones que asolan mi alma. Por encima de esta gran bola de contradicciones que soy ahora mismo, prevalecen las ganas, las ganas de volver a tocarla.

«Ella está fuera de los límites», aguijonea mi mente antes de que mis pasos tomen la iniciativa y recogen la distancia que nos separa.

—Alto ahí —vocea Kat alzando las manos.

Sus ojos verdes, más verdes que un prado recién regado, son hipnóticos y las pequeñas llamas de; ira o quizás deseo, me atraen.

«La luz siempre tienta a la oscuridad».

— ¿Tienes miedo, fierecilla? —provoco estirando las comisuras de mi boca en una pícara sonrisa.

—¿Miedo? ¡Estás loco! Eres tú quien debería tener miedo, porque ahora mismo tengo muchas ganas de rebanar tu terso cuello con la hoja de mi puñal— amenaza, pero para nada suena creíble.

Sacudo mi cabeza, divertido, aunque no me he movido.

—Yo también te tengo ganas —pestañea desconcertada—, ganas de follarte hasta que olvides tu nombre.

El silencio que prosigue a mi proclamación se torna denso y por una vez acabo de dejar a la venenosa Kat sin palabras, con la boca abierta. Esa boca que me invita a adelantar dos pasos para agarrar sus caderas con fuerza, aprovechando su desconcierto, y devorar sus labios que me llaman de igual forma que el canto de una hechicera sirena.

Hace mucho que no beso, sin contar a Alyssa minutos antes, pero tan solo lo hice para demostrar a Kat que hay más mujeres en mi vida. Un acto infantil nacido de mi impulsividad que aún intento descifrar.

«Iluso», vocea mi consciencia.

Pero no sirve de nada demostrar lo que mi maldito libido, traicionero, no acepta. En estos

momentos no hay otra mujer que ansíe entre mis brazos más que a Kat la fierecilla.

Aplasto mi boca a lo salvaje sobre sus labios, encuentro resistencia, pero solo al principio empujo con insistencia hasta que Kat abre su boca para engullirme con el mismo apremio que mi lengua enrosca a la suya.

«¡Joder, que bien sabe!».

«¡Mierda!, Kat sabe besar, su lengua es exigente y posesiva, igualable a la mía».

He besado a muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero por alguna extraña razón besar a Kat se siente más ardiente. Su boca resulta una ambrosía maravillosa que dispara mis ganas de atravesarla con mi polla sin descanso.

Estrujó su culo y la insto a que escale a mis caderas, rodeándome con sus torneadas piernas. Calculo la distancia a pesar de mi obnubilación y pego su espalda a la pared arremetiendo con mi pelvis.

En un loco intento de recuperar el control, me separo de sus labios

—Kat, vamos a follar de una puta vez hasta que me deshaga de estas malditas ansías que te tengo —proclamo.

—Ni lo sueñes y no vuelvas a poner tu boca en mi boca si no quieres sangrar —amenaza consumida por la furia y el deseo a partes iguales.

Aturdido en un primer momento por su amenaza, me paralizo.

Esta mujer está loca. Ha pasado de corresponder a mi beso con una pasión desmedida a amenazarme.

Empuja mi pecho con sus manos y no la suelto.

—Kat, no me gustan los juegos —recalco.

— ¿Quién está jugando, jefe? —contesta sin dejar de ejercer presión sobre mis pectorales.

Su contacto a través de la ropa me quema, porque estoy ardiendo en llamas de deseo.

«Necesito follarla, ya».

Escuchamos voces en el pasillo y me apresuro a soltarla, no por voluntad propia sino porque no quiero tener que justificar una situación indecorosa cuando ni siquiera yo tengo explicación.

Las voces cada vez se encuentran más cerca y vienen acompañadas de pasos firmes.

—Kat, jefe —Saluda, Viktor.

Mi escrutinio se centra en él y no percibo atisbo de que sospeche nada.

—Viktor, he pensado que lo mejor será que nuestra soldado—re recalcó la palabra soldado a modo de provocación— se retire a su habitación, no quiero problemas con el irlandés, no con sus hombres.

—Sí, señor, totalmente de acuerdo.

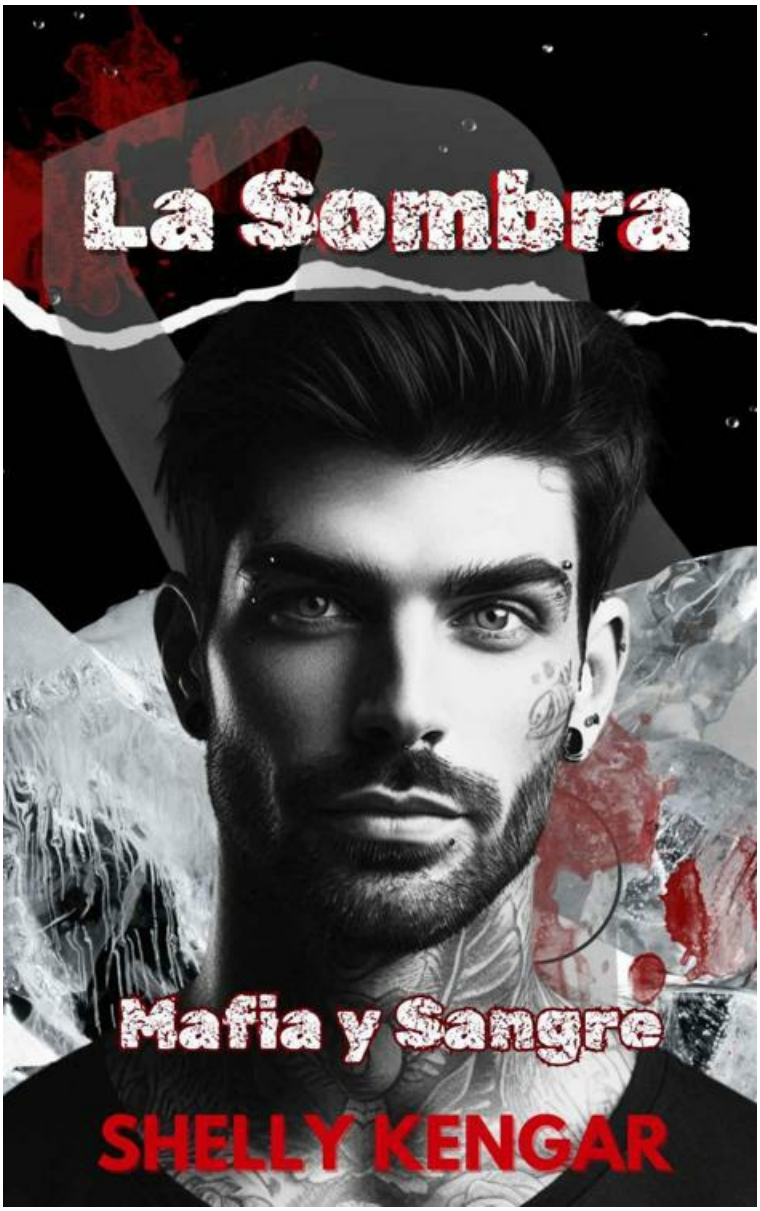
Me giro hacia Kat que por su expresión creo que en cualquier momento va a empezar a echar humo y le guiño un ojo sin que nadie pueda verme de forma traviesa.

«Idiota», leo en sus labios y le doy la espalda marchándome con un dolor de huevos titánico.

«¡Mierda!»

Regreso a la zona del meollo y observo cómo mis hombres están disfrutando del espectáculo de las bailarinas sobre el escenario. Oteo en busca de Alyssa, quizás después de todo pueda descargar mi frustración.

La veo enfrascada en la barra y desisto de mis intenciones. Envío un mensaje a Kai indicándole que se quede en la fiesta y vigile al puto pelirrojo. Después del éxito de mi noche, decido encerrarme en mi dormitorio con mi fiel amiga, la que nunca me falla, la más bella, la de cuello esbelto, mi botella de vodka.



Capítulo 18

Kat

Desterrada a mi habitación igual que una niña mala que ha hecho una travesura, así me siento y todo porque este mundo sigue siendo un mundo de hombres. Siempre cegados por sus deseos, pensando con la polla.

«¿Y tú?», ataca mi consciencia recordándome que he estado a punto de revolcarme de nuevo con mi jefe.

—¡Joder! —gruño en la soledad de mi dormitorio.

Debería ser un delito lucir como Damyan Sokolov, que exhuma sexo caliente por cada poro de su piel sin contar que sus ojos esconden promesas de noches ardientes entre sábanas de seda.

Mi móvil vibra sobre la cama y lo cojo.

Diez llamadas perdidas de mi padre.

—¡Hostia! —exclama.

Mi papaíto nunca llama, lleva desde que nací sin captar mi existencia, así que encontrarme llamadas en mi móvil es demasiado extraño. Decido que lo mejor será ponerme en contacto con él antes de que envíe a alguien a buscarme.

—Padre.

—Katia, ¿qué puñetas haces, que no cojas el teléfono? —reprocha gruñendo a través del teléfono.

—Lo siento— muerdo el interior de mi mejilla para no soltarle una fresca—, he estado ocupada.

—Pues desocúpate, te necesito de regreso, lo antes posible— exige con apremio.

—Pero no he acabado— rebato sin alterar mi voz.

—Me importa una puta mierda. Tengo a la tríada respirándome en la nuca y no puedo dejar un cabo suelto que puedan utilizar en mi contra. Profiere mi padre enfadado.

«¿Desde cuándo le importa un cabo suelto? Y, si, además, ese cabo soy yo».

—Ahora soy un cabo suelto, padre— interrogo aguantado mi furia.

—No me discutas, Katia, si no viene en tres días irán a buscarte, tú decides. —sentencia sin más colgando el teléfono, arrebatándome cualquier opción de rebatir a sus órdenes.

—¡Estupendo! —exclamo lanzando mi móvil sobre el colchón.

Mi padre, que lleva veintitrés años ignorándome, y ahora quiere controlarme. Se cree que soy un simple cabo suelto, joder, no sé muy bien cómo me voy a escaquear para no volver a Tirana, pero debo trazar un plan.

Escribo un mensaje a Vin para citándolo mañana a primera hora.

—Ok, *Katwoman* —responde mi amigo.

Al día siguiente no me cuesta levantarme, quizás porque apenas he podido pegar ojo. La frustración sexual hizo que me diera varias duchas de agua helada para quitarme a Sokolov de mi enfermiza e imaginativamente, y el tema de la exigencia de mi padre para que vuelva hizo el resto para que me dominara el insomnio.

Son poco más de las seis de la mañana cuando me encuentro con Vin, ambos con ropa deportiva. La cara somnolienta de mi amigo y sus negros rizos desordenados me indican que tuvo una noche loca.

—Dios, Kat, un día de estos tus madrugones van a matarme— se queja mientras empezamos nuestra carrera.

—No te quejes tanto, si no desfasaras a la primera fiesta de cambio, no estarías hecho un asco — regaño y en el fondo me divierte.

—No te vi en toda la noche, ¿tan ocupada te tuvo Sokolov? — pregunta y, aunque su interés no escondo ninguna segunda intención, aprieto mis puños ante el recuerdo del puto Sokolov.

—Me relegaron a mi habitación, el puto líder irlandés es un machista retrógrado que pidió que me sentara a su lado para entretenerlo como si fuera una simple cabaretera— me quejo sin dejar de mantener el ritmo de la carrera.

—Joder, Kat no lo sabía. Ferguson parece peligroso y además dicen que Sokolov lo detesta — comunica Vin.

—Sí, es mutuo, parece.

—Yo creo que Sokolov da más miedo que Ferguson, así que el pelirrojo debería cubrir su espalda. —confiesa Vin.

—Sí, estoy de acuerdo —aunque detesto a Damyan reconozco que percibo que es mucho más

mortífero que el irlandés.

—El problema para nosotros no es el irlandés, sino la maldita llamada de mi padre —Vin para de correr ante la mención de mi progenitor.

—No pares —ordeno—. Parece que, según mi padre, soy un cabo suelto y sus enemigos, la tríada, pueden utilizarme en su contra.

—¡Joder!, eso sí que es raro —emite Vin entornado sus negros ojos.

Mi amigo sabe tan bien como yo que para mi padre he sido siempre un lastre, alguien insignificante en sus planes, por eso es extraño que ahora mismo se preocupe porque me tomen como rehén para chantajearlo o dañarlo de alguna forma.

Llegamos a una pequeña explanada donde al fondo hay un enorme árbol y Vin se detiene para recuperar aire, yo lo imito.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta.

—Su ultimátum son tres días, así que espero que Rossi se presente aquí antes de esa fecha y así podré cumplir con lo que me he propuesto y regresar a casa con papaíto —expongo alzando mi barbilla orgullosa de mi capacidad para matar dos pájaros de un tiro.

—*Katwoman,* es oficial, estás como una puta cabra —exclama Vin sacudiendo su cabeza.

Desde donde estamos se ve la extensión de la parcela que ocupan los dominios de los Maotang; por un momento paseo mi vista por el paisaje. Al fondo, el inmenso árbol que destaca sobre el resto de sus homólogos, se dibuja una figura con el torso desnudo, entornos, los párpados para fijar la visión y averiguar de quién se trata.

—Eso es un hombre, ¿no? —interrumpe Vin al darse cuenta de dónde miro.

—Eso parece —susurro, alzo la mano para que me siga y caminamos para acercarnos y averiguar más sobre la identidad.

«¿Quién demonios estaría medio desnudo a estas horas intempestivas y a casi dos grados de temperatura?»

Casi estamos a menos de trescientos metros cuando mis ojos se quedan pegados a la visión que tenemos justo enfrente.

El torso desnudo, los omoplatos contrayéndose al compás de la tinta que decora su espalda. Ante mí, en todo su esplendor, exhumando peligro y violencia, tengo a mi punto de inflexión, Damyan Sokolov. Golpeando con sus puños desnudos la corteza de un árbol milenario.

Debería estar prohibido, Dios fue demasiado injusto otorgándole ese cuerpo hecho para tentar y ese rostro que te embelesa cual aguja de reloj hipnótico.

—¡Hostias, es el puto jefe! —sisea Vin, demasiado cerca de mi oreja, provocando que salga de mi estado de atontamiento.

—Debemos irnos— me apresuro a decir dando media vuelta. Por nada del mundo quiero que sepa que estamos aquí.

Vin me sigue y desandamos los pasos hasta llegar a la casa de nuevo.

—Kat, ¿crees que nos ha visto? —pregunta Vin, entretanto caminamos por los pasillos que llevan a nuestros dormitorios.

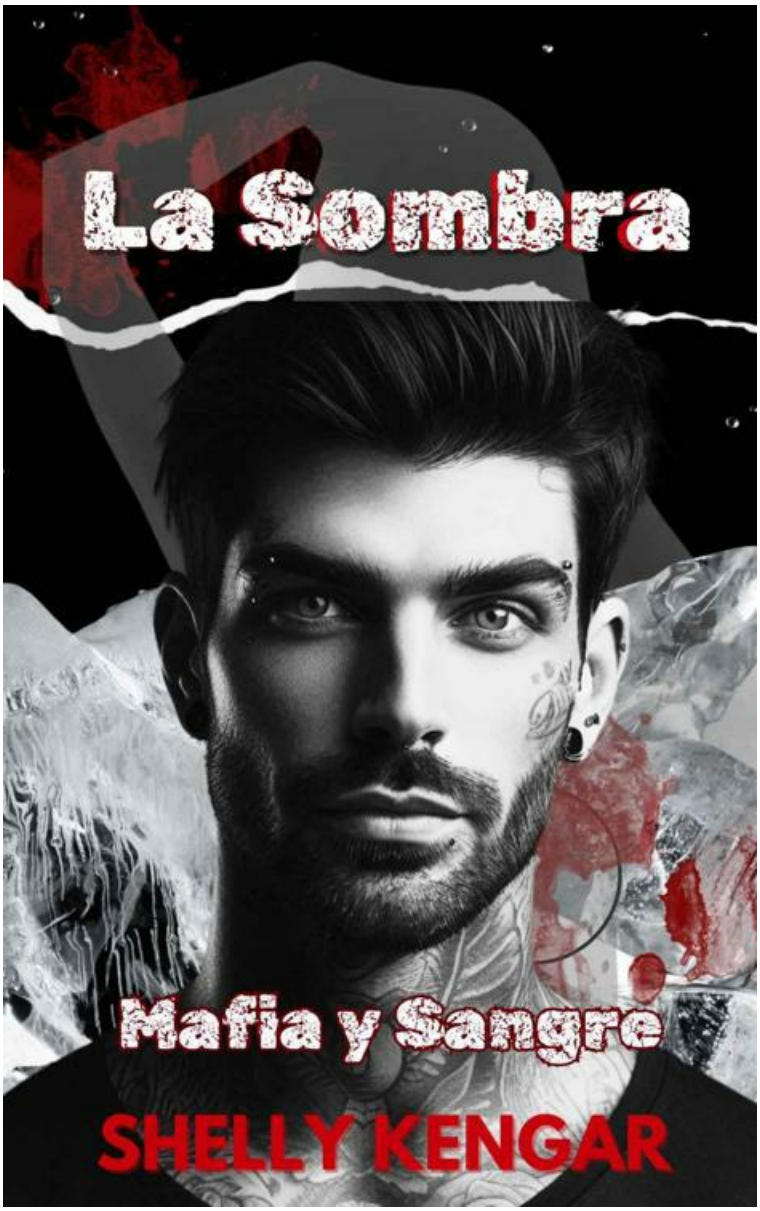
—Espero que no— confieso intentando desterrar la imagen de Damyan casi desnudo, golpeando el puto árbol.

«Joder, la saliva se acumula en mi boca solo de pensarlo».

—He visto cómo se te caía la baba mirándolo, Kat, y espero que no tomes la decisión equivocada—aconseja Vin. La preocupación se dibuja en sus pupilas.

—Vamos, Vin, por quien me tomas. Solo aprecio un buen cuerpo, nada más —me justifico.

—Eso espero.



Capítulo 19

Damyan

Cansado de seguir los parámetros de los que ni siquiera están aquí, acuerdo una reunión clandestina con alguien que posiblemente tenga más información que Kublain. Aviso a Kai y decido no llevarme a todo mi equipo de seguridad, donde voy no sería bien visto y haría saltar todas las alarmas que apareciera con diez hombres a mi espalda.

Decido llevarme a Viktor, Yago y Kat. La última es una opción puramente egoísta, porque después de pasar la noche pensando en esa zorra venenosa que me tiene duro como una roca no quiero dejarle margen para que vuelva a tontear con el personal de Ferguson. Salgo de la casa y mis hombres me siguen ambos nos metemos en uno de los Suv. Evito mirar a mi mantra personal, porque ceder a la tentación solo desembocaría en problemas.

El conductor pone rumbo a uno de los barrios más peligrosos de Varsovia, el distrito de Praga, hasta los polacos evitan sumergirse en sus calles. No es un problema para mí, Los Maotang controlan los suburbios de Varsovia, nuestra presencia durante años en esta ciudad nos ha brindado cierto control.

Kat se sienta a mi lado con la espalda recta como una estaca, firme, sin desviar ni un momento sus ojos hacia mí.

«¿Me molesta? Pues sí, porque esta mujer enloquece cada neurona de mi cerebro y a la misma vez me intriga».

Miro el reloj justo en el momento en que el vehículo se detiene justo frente a un restaurante chino. Desciendo del coche y Viktor se coloca a mi espalda también, Kat.

Atravesamos las puertas rojas con cristales ahumados del establecimiento. Dos hombres nos reciben al entrar, lucen trajes negros con camisas negras y rostros impasibles. Uno de ellos ejecuta un simple gesto para que lo sigamos con la mano. Avanzamos cruzando por las cocinas, donde los cocineros y ayudantes enfrascados en sus tareas ni tan solo elevan sus miradas para determinarnos. La sala posterior es una gran estancia donde una mesa circular está alumbrada por una luz más rojiza que amarillenta.

—Jonás, por lo que veo que tu gusto estrambótico no mejora — proclamo al hombre que me mira sonriente, permanece sentado a la mesa con un traje blanco que resalta como una gota de sangre sobre la nieve y un puro entre sus dientes.

—Damyan, amigo, siempre tan poco apreciativo.

Jonás Chen es un hijo de perra exitoso, mitad americano, mitad chino, pero con ascendencia polaca por parte de sus abuelos, se ha hecho con el control de las salas de juego en Varsovia. Bien relacionado es uno de los hombres más destacados en este submundo de criminales y mafiosos.

—Llevo tiempo preguntándome por qué no me habías hecho una visita — reclama más divertido que hastiado.

—He estado ocupado —sonrió de medio lado.

Jonás repasa a Kat de arriba abajo, y su gesto agita mis entrañas.

—Ya veo, vienes bien acompañado —expresa sin apartar su escrutinio de la mujer.

—No es una visita de cortesía. Necesito información. —exijo harto de esta conversación superflua que resulta una pérdida de tiempo.

Jonás arquea sus cejas ante mi petición que suena a exigencia.

—Siéntate —invita.

Y tomo asiento frente a él, entretanto Kat permanece de pie a mi lado.

—La chica también puede sentarse —aprecia con un gesto de su mano

—Prefiero estar de pie, gracias —contesta, regia.

—¿Tu guardaespaldas? —pregunta dirigiéndose a mí.

Asiento sin dar pie a profundizar sobre el tema.

—Habla, que necesitas —insta.

—Información sobre la tríada —abordo.

—No mantengo tratos con la tríada, ni siquiera con los *societas*. En esta guerra prefiero la neutralidad. Así que tu visita es un error— expresa y acto seguido da una calada a su puro, expulsando el aire lentamente.

—Lo sé, conozco bien tu tendencia a no mojarte— reprocho y sus ojos me fulminan.

Tratar con Jonás Chen es arriesgado, sin embargo, no le tengo miedo y la prudencia se perdió en mi lucha contra la oscuridad.

—Osado, venir a mi casa a tacharme de… ¿Cómo diría, cobarde? —provoca y a pesar de enmascarar sus emociones reales, sé que está molesto.

—Necesito un nombre, solo eso. Ni siquiera te voy a pedir que te alíes a nuestro bando. Solo quiero saber quién mierda lidera la tríada y dónde puedo encontrarlo— abordo directo sin inmutarme.

—Pides demasiado, Sokolov —toma una bocanada de aire e inclina su cabeza hacia delante — La tríada tuvo una trifurca interna, el hermano de Zuang quería el cetro de líder, pero su primo se lo arrebato— explica.

—Y su primo, ¿es? — interrogo.

—Nadie lo conoce, los rumores dicen que se crio en Estados Unidos, no existen fotos ni información detallada de él. — comunica volviendo a su posición anterior, pegando su espalda al sillón.

—¿Y el hermano de Zuang? —Me intereso, quiero saber si tengo que luchar contra un maldito o dos.

—Perdió la vida en la batalla. — confirma.

Me pongo en pie y giro sobre mi cuerpo, ante la atenta mirada de Chen y sus hombres.

—Mi visita aquí ya ha acabado. —proclamo y Kat me sigue de cerca.

La opción de sacar el resto de información de Chen a golpes cada vez me resulta más atractiva, por eso es mejor que me largue ahora antes dejarme llevar por mis ideas macabras.

—Damyan— llama Chen y mis pasos se paran en seco—, el tipo, el líder nuevo, se rumorea que es un experto en explosivos.

Pestañeo asimilando la última píldora de información lanzada por Jonás Chen.

—Volveré, Chen, y entonces me explicarás por qué aún no te he matado —proclamo antes de abandonar la estancia con paso firme.

Viktor y Kat permanecen conmigo y caminan a mi lado con actitud alerta por si alguno de los hombres de Chen decide dar un paso en falso.

Este puto mestizo sabe más de lo que dice y me toca mucho los huevos, su actitud de amo del mundo. La próxima vez me aseguraré de cortarle la puta lengua y así no hablará, pero no por decisión propia, sino por imposición de ausencia de miembro. Casi hemos alcanzado la puerta cuando una explosión, justo frente a nuestras narices, arrasa con la puerta de entrada, lanzando los cristales de esta contra nuestros cuerpos, cuáles puñales al aire. Viktor actúa con rapidez y agarra mi cuerpo y el de Kat entre sus brazos, poniendo su espalda a disposición de las afiladas dagas de cristal. La fuerza de la onda expansiva nos tumba de espalda contra el suelo y con el cuerpo de Viktor sobre los nuestros.

El pitido en mis oídos es estridente y tengo la sensación de que me estallará la cabeza. Abro los ojos y sobre mí el cuerpo de mi soldado, mis manos se colocan en la zona de mi estómago en un intento de quitarme de encima los cien kilos que me aprisionan. Mis dedos tocan algo viscoso, pero, aun así, continúan.

Puede que sea sangre, aunque no tengo tiempo de comprobarlo. Consigo mover a Viktor y apartarlo dejándolo caer a mi derecha. Compruebo su pulso y es demasiado débil.

«Joder», sisea mi mente.

La sangre es de él.

Palpo mi cuerpo en busca de heridas y no encuentro más que algún que otro rasguño en mi cara.

La nube de polvo impide que vea más allá de los escombros.

Miro a mi alrededor en busca de Kat y la encuentro a mi lado. Me aproximo con un terror

repentino que me invade. Coloco la yema de mis dedos sobre su cuello y me devuelven un golpeteo furioso.

«Bien»

La zarandeo para que abra los ojos y resulta inútil, así que arrastro su cuerpo con cuidado hacia el interior, abordando la zona donde no hizo destrozos la explosión.

Los hombres de Chen no tardan en aparecer, armados y me miran con extrañeza a su espalda el hijo de perra de Chen con su traje impoluto.

—¿Qué cojones ha pasado? —profiere desconcertado.

—Dímelo tú, cabronazo —contesto sin apartarme del cuerpo de Kat.

Si no fuera por estas ganas intensas de no separarme de ella mientras siga inconsciente, el puto mestizo estaría escupiendo sangre.

—Ayudar y comprobar los heridos —ordena Jonás Chen apretando los puños.

Sus hombres atraviesan los escombros para comprobar las víctimas.

—Sokolov, te juro que no sé nada de esto —se ratifica.

—Permíteme que lo dude— contesto, aniquilándome con mis ojos.

Más tarde acepto la ayuda de Chen, quien no lleva a una sala donde tanto Viktor como Kat son atendidos por un médico.

Mis guardaespaldas han tenido más suerte que el conductor del Suv y Yago, que han perdido su vida

—Por lo que parece, lo que estalló fue el vehículo y la explosión afectó a la entrada del restaurante.

Mi teléfono ha resistido el ataque y aviso a Kai de lo sucedido. En breve mi comandante y varios de los Maotang se presenta en el lugar.

Kat sigue inconsciente, según el médico, tiene una conmoción cerebral y un corte que ha necesitado puntos en uno de sus brazos, aun así, se ha llevado la mejor parte. Viktor ha tenido que ser trasladado a un hospital de los que tenemos en nómina. Su pronóstico es grave porque los cristales incrustados en su cuerpo han provocado una pérdida excesiva de sangre y tiene varios órganos afectados.

—Damyan, debemos irnos —pronuncia Kai.

—Sí —confirmo.

Nos trasladamos en una furgoneta blindada Kat viaja conmigo atrás, apoyada en mi regazo. Me pierdo en su rostro así inconsciente, la dulzura de su semblante sale a flote.

El día estuvo gris, he perdido a dos de mis hombres, recuesto la columna en el respaldo del vehículo e involuntariamente mis dedos apartan uno de los mechones de la mujer que yace sobre mi regazo.

Al minuto tenso mis dedos arrepentidos de mi gesto.

«¿Qué mierda me pasa con esta mujer?»

He pasado de ignorarla a no dejar de observarla. Para mi desconcierto, Kat despierta la poca luz que aún queda en mi podrida alma.

«¡Joder!», maldigo en silencio.

Al llegar al Palacete me bajo y Kai se dispone a cargar a Kat entre sus brazos. Algo que no entiendo se apodera de mí, un sentimiento de posesividad desacertado, pero inevitable

—No. La. Toques —ordeno a mi comandante que me mira extrañado.

Cargo su cuerpo entre mis brazos y al minuto experimento una sensación de sosiego por meses anhelada.

—Kat, ¿qué ha pasado? —La voz asustada del chico que siempre va junto a Kat me intercepta

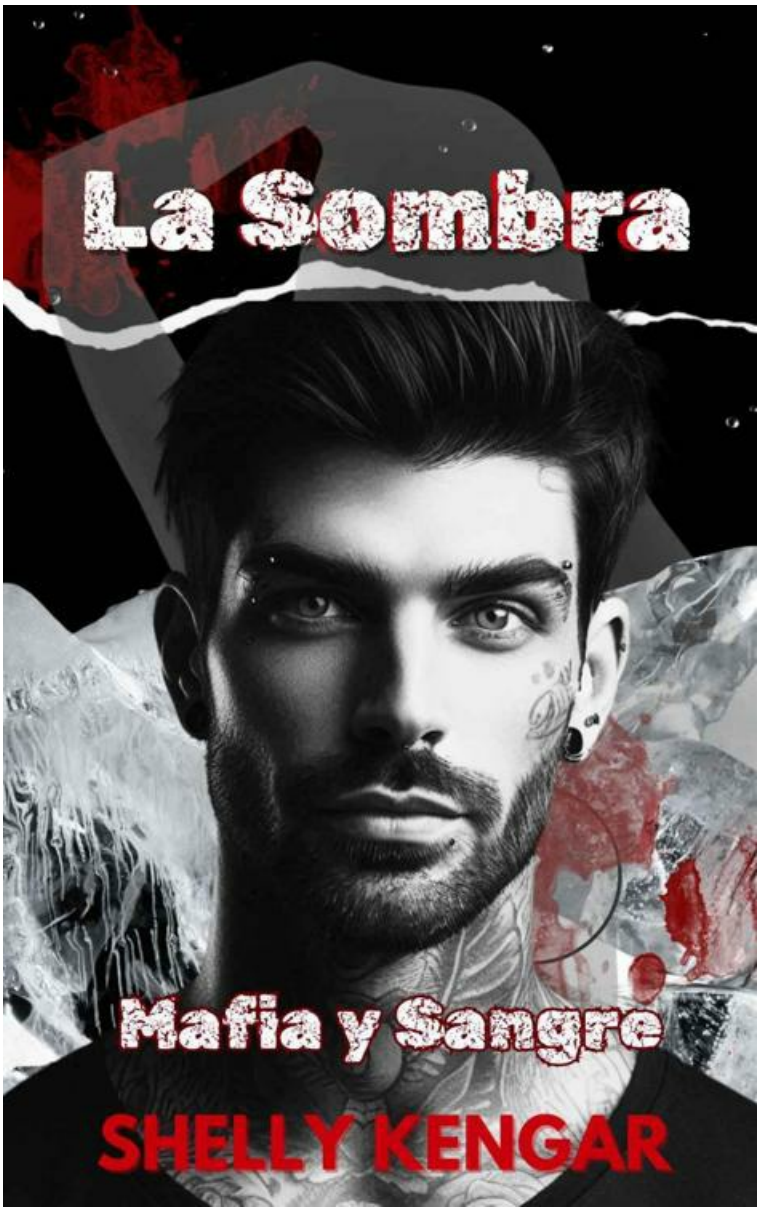
en mitad del recibidor ganándose una mirada asesina por mi parte.

—Un atentado, conmoción cerebral— informo con tono osco.

El miedo y la preocupación cruzan por su semblante.

—Está bien, yo me encargo— asegura.

—Ni lo sueñes, muchacho —proclamo ignorándolo como si fuese un maldito insecto al pie de mis botas y enfilo los escalones que llevan a mi dormitorio.



Capítulo 20

Kat

Abro los ojos a pesar de que mi cabeza palpita acompañada de un dolor punzante que me está volviendo loca. No ayuda el zumbido extremo que nace en mis oídos ejerciendo presión en mi cerebro. Despliego una ligera fuerza para incorporarme, no reconozco la habitación en la que me encuentro y a mi mente le cuesta retener cualquier tipo de pensamiento o recuerdo. El intento de sentarme instala náuseas en la boca de mi estómago, aun así, sigo con mi empeño, logrando colocar mi espalda recta apoyada en el cabezal de la cama donde estoy.

Reviso el dormitorio y definitivamente este no es mi lugar. La cama extragrande, la moqueta sobre el suelo y los muebles caros no forman parte del habitáculo que me asignaron cuando llegué al palacete.

A mi derecha una puerta abierta desde la que sale vapor, por lo que supongo que es el cuarto de baño. Mis ojos se centran en la puerta y al instante aparece mi peor pesadilla.

«¡Joder!, ¡joder!, ¡joder!»

Un Damyan delicioso, con una toalla que rodea sus caderas, dejando ver la uve que se pierde bajo ella y me tienta como el mismísimo diablo. Las gotas resbalan por su pecho entintado y de forma despreocupada él frota su cabello con una toalla mientras me mira divertido.

Solo me falta babear ante la imagen forjada en el infierno del deseo.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto y mi voz no suena con la seguridad que quisiera.

Damyan se apoya en el marco de la puerta y sonríe.

«¡Dios, no, que no lo haga! Porque si este hombre es fuego, pero siendo un capullo integral, es miel para cualquier boca cuando sonríe».

«¡Joder!».

—Hubo un atentado— comenta y sus ojos me queman —le colocaron una bomba a nuestro coche.

Pestañeo, confundida. Lo último que recuerdo es estar saliendo del restaurante del idiota con ínfulas de rey de la ciudad con el que nos habíamos reunido.

—¿Y los demás? —pregunto y el titubeo que nace del miedo a su respuesta se hace perceptible.

—Yago y Zor muertos y Viktor en estado crítico— asegura impasible.

Agradezco que su actitud haya vuelto a la insensibilidad, con esa puedo lidiar, con su encanto no.

—¿Qué hago en tu dormitorio? —insisto porque resulta demasiado desconcertante que, a pesar de mi estado, me haya traído aquí.

—El médico dijo 48 h de reposo para que la conmoción cerebral remita— informa encogiendo los hombros.

—¿Y por qué no estoy en mi puta habitación? —Odio que de vueltas y evite contestar.

—Creí que estarías más cómoda. — justifica y de nuevo se mete en el baño.

Me siento tentada en ponerme en pie e ir a buscarlo para reprenderlo por su respuesta de mierda. Lo que me faltaba es que me metiera en su dormitorio a sabiendas de todos y convertirme en la comidilla entre mis compañeros. Muevo un pie y lo coloco en el suelo, miro buscando mis botas, pero no hay rastro de ella.

«¡Maldito!»

Con sumo cuidado logro ponerme en pie. Ahora mismo me largo. Además, la ecuación, (Damyan+cama) resulta un incentivo demasiado extremo para mi libido descontrolado.

—¿Qué cojones haces? ¡Estás loca! —exclama apresurándose a sujetarme por los hombros.

—Suéltame —le propino un manotazo evitando abofetearlo, que es lo que en realidad me nace.

Me ignora y me sujeta alzándome entre sus brazos para dejarme de nuevo sobre el colchón. Para mi desgracia, su cuerpo sobre el mío evita cualquier movimiento.

«¡Hostia!»

Las aletas de su nariz se abren y percibo cómo su respiración se acelera junto a la mía, nuestros pechos se tocan. La acción desencadena un calor que sube por mis piernas y se instala en el centro de estas.

Su rostro, casi pegado al mío, se clava en mis ojos que lo devoran sin represión.

—Kat, no debes hacer movimientos bruscos— aconseja y noto cómo traga saliva con dificultad.

Hay tentaciones que te agujerean el alma, y Damyan Sokolov es una de ellas. Mi atención se centra en su boca, experimentando la imperiosa necesidad de que me bese. Cada célula de mi cuerpo grita con ese anhelo enfermo que supone desear lo que no se debe.

Percibo la erección rozando mi estómago y casi soy víctima de un corto circuito.

Inspiro una bocanada de aire que llena mi olfato de su aroma, madera y sándalo. El dolor de cabeza se intensifica, se entremezcla con el deseo imperioso de recortar la poca distancia que separa su boca de la mía y besarlo, dejarme llevar por mis ganas que van en aumento.

No puedes ceder, recuerda mi consciencia.

—Sepárate— ordeno haciendo acopio de la poca determinación que me queda.

Damyan me atraviesa con su mirada, sus ojos grises serían capaces de ver mi alma, lo cual me aterra.

Tras unos segundos, Damyan se alza separándose de mi cuerpo. Momento en el que por fin puedo respirar con algo de sosiego.

—Necesito salir de tu puto dormitorio— profiero pasando una de mis manos por mi cabello.

—No— dice arqueando sus cejas.

—Joder, jefe, no pinto nada en tu maldita cama. Las cosas no funcionan así. Trabajo para ti, pero no caliento tu cama, para eso ya tienes otras — reprocho y mi tono de voz se eleva.

—Percibo cierto tono represivo y celoso, fierecilla— provoca.

—Deja de actuar como el arrogante desalmado que te crees y ayúdame a salir de esta habitación —insisto colocando las manos sobre el colchón.

—Está bien, tú, ganas, Kat, pero dame cinco minutos que me vista. Si salgo así, tus preocupaciones de que todos piensen que calientas mi cama se harán más notables. —anuncia y se mete en el baño.

Necesito salir de aquí. La extraña sensación de estar caminando por una cuerda floja se amplifica en mi alma, porque Damyan Sokolov es el demonio tentador que puede condenarme al infierno en un segundo.

Sale del baño vestido con un pantalón de deporte y una camiseta de algodón, a pesar de que la sencillez de su atuendo provoca que casi babee ante su aspecto.

—Vamos, apóyate en mi hombro, o si prefieres, te cargo en brazos —propone con picardía.

—¡Vete a la mierda! —bufo apoyándome en uno de sus hombros. No me queda más remedio, sola me veo incapaz de alcanzar la puerta en mi estado, a pesar de lo que provoca el contacto con él.

Salimos de la habitación y al encontrarme de frente con las escaleras, inspiro aire, porque con solo apoyar a Damyan no creo que consiga bajar las escaleras, con el mareo repentino que me aborda.

—No creo que pueda bajar— expreso al fin.

Damyan me mira y sin dudar me coge en sus brazos con decisión.

En principio resulta demasiado incómodo, pero me merman tanto las fuerzas que ya no me quedan ganas de pelear. Rodeo su cuello con mis brazos y apoyo mi cara entre su pescuezo y su clavícula. De pronto su proximidad ya no me pesa, dejándome envolver por su aroma que me sume en un estado de paz irreal, aspiro sobre la piel de su cuello para impregnar mis fosas nasales de ese olor tan característico a madera y sándalo.

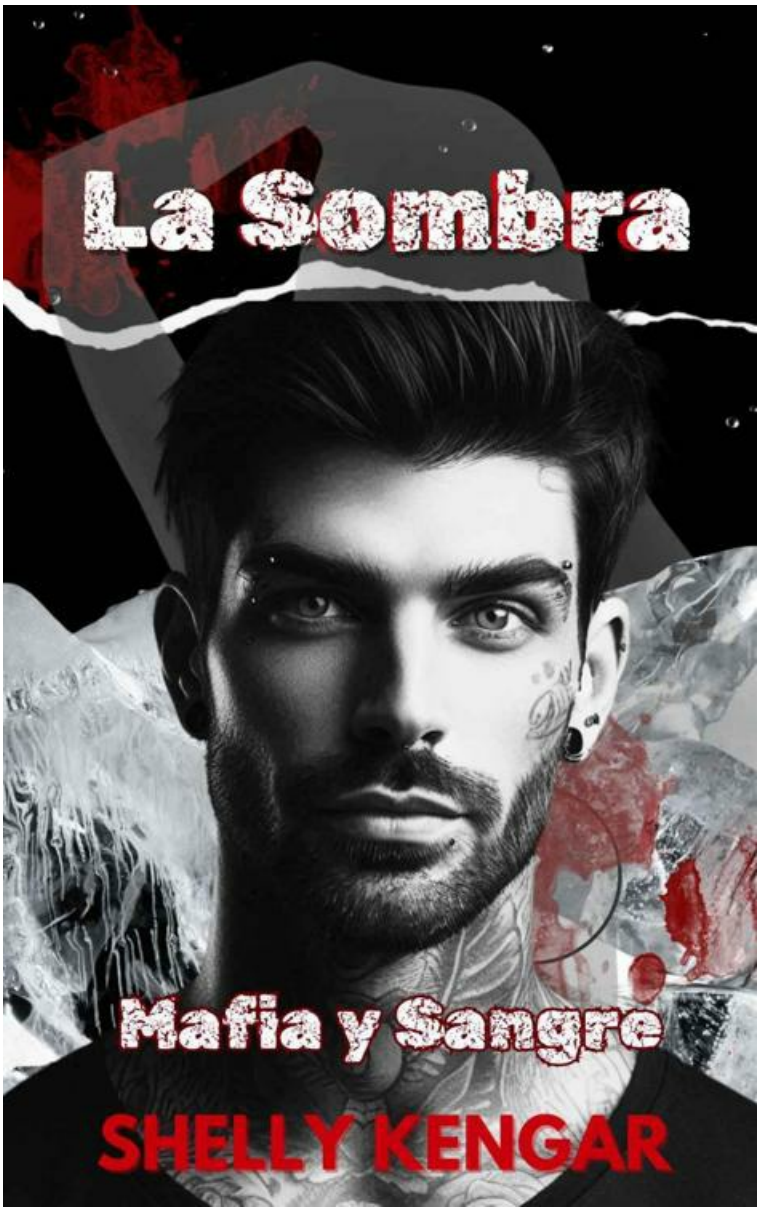
—Si no dejas de olisquearme, fierecilla regresaremos a mi dormitorio— amenaza sacándome de mi estado.

Me separo y evito mirarlo, muerdo mi labio inferior, reteniendo decirle cuatro cosas por arrogante y, creído, por insoportable. Por suerte, no tardamos mucho más en llegar a mi

habitación. Damyan me baja con cuidado y de nuevo el mareo se adueña de mi cuerpo, provocando que tenga que apoyarme al marco de la puerta.

—Seguro que estás bien— Damyan me mira evaluándome y yo me limito a asentir.

—Gracias —expreso y desaparezco al otro lado de la puerta, cerrándola.



Capítulo 21

Damyan

Un nudo se forma en mi garganta, mis puños se contraen y noto cómo la vena de mi cuello palpita enloquecida. Decido encerrarme en mi despacho con un vaso de vodka. Necesito liberar el peso que oprime mi pecho, estrujando mis costillas.

Me repito una y mil veces que he actuado bien, como se espera, dejando a Kat en su dormitorio. En el fondo que esté herida la ha salvado de calentar mi cama, por mucho que ella intente reprimir esta atracción que pone a arder mis venas y las suyas.

La puerta se abre a mi espalda, justo en el momento en el que llevo el vaso a mis labios.

—Bebiendo de nuevo— critica Kai, dejándose caer sobre la silla frente a mi escritorio.

Mi genio está al borde, lo que menos necesito es a mi comandante amonestándome como si yo

fuera un niñato de tres al cuarto.

—Quieres morir y aún no te atreves a apuñalarte tú mismo— amenazo sentándome en el sillón.

—Ha quedado claro que fue una idea horrible reunirte con Jonás, como resultado dos muertos y Viktor debatiéndose entre la vida y la muerte. — Kai juguetea con un bolígrafo que ha cogido de mi escritorio.

—Jonás Chen es un hijo de perra, estoy convencido de que sabe más del atentado de lo que dice. Minutos antes de la explosión comento que el nuevo líder de la tríada era un experto en explosivos — explico.

—¿Y qué quieres que hagamos? — pregunta lazando sus cejas.

—Quiero que lo interroguéis.

—Atraparlo, interrogarlo, es una declaración de guerra, lo sabes, ¿no? —aborda Kai.

—Sí, pero me importa una mierda.

—Está bien, enviaré a varios de nuestros hombres.

—Esta maldita guerra nos tiene en jaque y estamos igual que al principio — me quejo bebiendo —, para colmo de males no es seguro salir del palacete.

—No podremos aguantar mucho más a Ferguson, se está convirtiendo en un grano en el culo —Kai cruza una de sus piernas sobre la otra.

—Pégale un tiro— pronuncio encogiendo mis hombros.

—Eso sería lo fácil, pero no podemos ir creando más enemigos de los que ya tenemos— aconseja Kai.

La conversación se ve interrumpida por el sonido de mi móvil, lo cojo y veo el número de mi hermano en la pantalla.

«¡Joder, ni putas ganas de darle explicaciones!»

Al final descuelgo.

—Sí.

—¿Qué cojones hacías visitando a Cheng? —El grito que emerge del teléfono casi me deja sordo.

La bilis de odio que siento por mi hermano me sube por el esófago y optó por colgar.

—¿Le acabas de colgar al Lobo? —exclama Kai sorprendido

—Si quiere despotricar, que lo haga con otro. Se acabó aguantarle cabronadas a mi hermano.

—Otro temería por su vida —apunta Kai, que aún no sale de su estado de desconcierto.

—El miedo es algo que tiene cabida en mí. Estoy deseando que cruce la línea de la sangre que nos une y se atreva a venir a matarme, que pienso darle guerra.

Kai cabecea ante mis palabras.

—¿Dónde ha quedado el tipo que adoraba a su hermano? — pregunta.

—Murió en el camino, cuando mi hermano se quedó con lo único que he querido en esta vida para mí —confieso.

Kai se levanta dejándome como imposible, porque nada de lo que diga va a hacer que este odio que experimento por el Lobo se diluya.

La puerta se vuelve a abrir y Kai abandona el despacho mientras yo lanzo el vaso contra la pared para que se haga trizas.

Mi cabeza es un desastre. El atentado, la llamada frustrada de mi hermano y Kai, haciendo de abogado del diablo, han terminado con la poca cordura que aún quedaba en mi mente.

Reflexiono sobre si en realidad no fue la mejor idea visitar a Jonás Chen, pero a lo hecho pecho que dicen. Creí que podría obtener información de ese maldito y casi me matan. Salgo del

despacho y en el recibidor me tropiezo con Ferguson y sus hombres, están listo para salir, lo que me sorprende.

«Perfecto», vocea mi mente hastiada.

—Damyan veo que estás vivo una verdadera lástima— profiere mirándome con superioridad.

Este idiota se está ganando un tiro y entre ceja y ceja y tengo unas imperiosas ganas de ser yo quien se lo peque.

—Lo siento, aún tendrás que aguantarme— exclamo guiñándole un ojo, lo que provoca que su semblante de arrogante hijo de perra cambie—. ¿Vas a salir?

Sí, necesito emborracharme y follar, aunque creo que aquí tengo pocas oportunidades, tu comandante ya se ha encargado de decirme que no puedo tirarme al personal de servicio. Así que el club es mi opción.

«Cabronazo», sisea mi mente.

—Tú mismo, arriésgate a que te maten—, digo y enfilo los escalones para desaparecer de escena, ya que no me apetece seguir hablando con este idiota.

—El riesgo siempre existe —Anuncia y salen por la puerta.

Cuando ya se han largado le envió un mensaje a Kai por si desconoce que Ferguson se ha largado de fiesta.

Decido acostarme e intentar dormir un par de horas.

—Vamos mi pequeño ponte cómodo, así cerca de papá.

Su mano acaricia mis mejillas y me invaden las ganas de vomitar, aunque me aguanto, de lo contrario sería castigado, por el monstruo.

—Ahora desnúdate Damyan.

La primera vez ni siquiera sabía que era lo que mi padre quería de mí, lo aprendí por las malas cuando me hizo chuparle la polla a pesar de que casi me atragante con mi propio vómito.

Para un bastardo, un niño no deseado, las migajas de amor que creí ver en mi padre eran como el chocolate que te ofrecen como premio por un buen comportamiento. Esa creo que fue la razón de porque pisé con devoción su habitación, la primera noche que me llamó.

Mi madre había desaparecido, no es que hubiera sido un dechado de virtudes, pero desde que recuerdo, ella me prestaba atención. Solo cambió cuando me trajo a casa de los Sokolov. A partir de esa fecha cambió. Se pasaba los días encerrada en su habitación víctima de las drogas y el alcohol.

Por suerte, mi hermano, a pesar de la diferencia de edad, siempre me enseñaba algo, compartía conmigo hasta que nuestro padre lo envío a hacer trabajo de campo para la bratva y entonces pasaban semanas sin verlo. Ahí comenzó mi pesadilla.

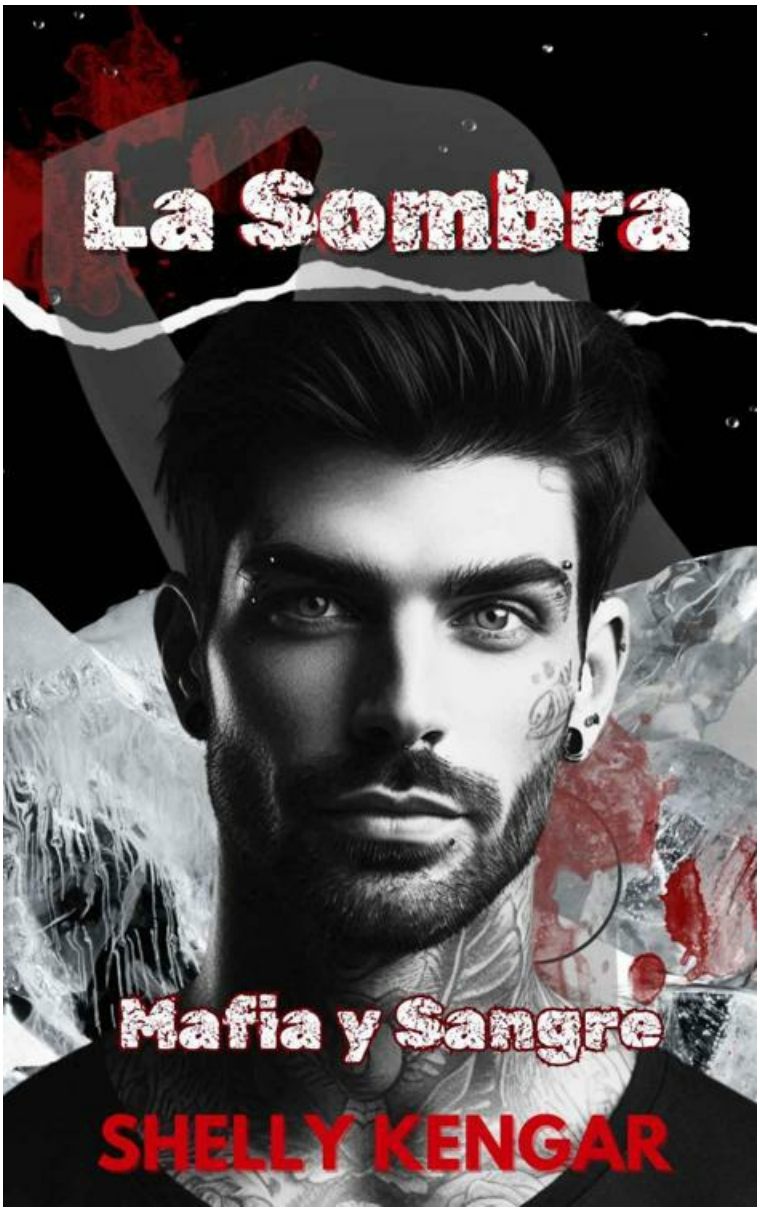
Mi padre se retiró la máscara de ejemplar hermano del pakhan y dejo ver el montero lascivo y enfermo que en realidad era.

Despierto sudando y maldigo en mi soledad dejar emerger los recuerdos que llevo tantos años guardando a buen recaudo en un recóndito lugar de mi mente.

Me levanto y opto por darme una ducha para mitigar las tensiones acumuladas.

Reviso el teléfono después del baño y no hay novedades, por lo que Ferguson debe estar disfrutando sin contratiempos. Mis pasos se dirigen a la ventana de mi dormitorio y mirando a través del cristal, el paisaje nocturno y entonces la veo.

De pie en mitad de la noche con la mirada perdida.



Capítulo 22

Kat

Necesitaba aire frío, estar clausurada en mi dormitorio con este zumbido en mi cabeza me estaba lanzando a un episodio de claustrofobia transitoria. Sin contar que he tardado más de una hora en convencer a Vin de que largarnos no era una buena idea. Mi amigo tiene miedo por mi vida, y, la verdad es que hoy podía haber muerto si no llega a ser por Viktor. Mi superior nos protegió con su cuerpo a Damyan y a mí.

El frío de la noche golpea mis mejillas y hiela mis huesos, pero necesito pensar, reflexionar y dejar salir este nudo que tengo atorado en mi pecho y dificulta que pueda respirar con normalidad.

El tipo con el que se reunió Sokolov no parecía de fiar, le he pedido a Vin que lo investigue

porque mi intuición indica que sabe más de lo que dice.

El atentado era una declaración clara de intenciones.

Intenciones de matar a Damyan Sokolov.

Que la tríada esté centrada en el hermano pequeño de los Sokolov es algo que logra desconcertarme.

Las luces iluminan el acceso al palacete y decido esconderme detrás de uno de los arcos que dan al patio trasero. Desde mi sitio observo como los hombres de Ferguson lo ayudan a salir del coche, va ebrio, casi no se mantiene en pie. Son es uno de los que lo agarra para poder llevarlo al interior de la casa.

—Capullo —siseo en un ligero susurro.

El pelirrojo puede ser un líder en su país, pero aquí es un gilipollas.

Por un momento la inquietud a que me vean provoca que me acuclille pegándome a la pared de tierra.

—Veo que ya te encuentras mejor.

«¡Joder!, ¡joder!, ¡joder!»

Mis pies saltan y me pongo en pie firme como un resorte ante el susto que me provoca el imbécil de Damyan sorprendiéndome en mitad de la noche.

—Idiota— siseo entre dientes, fulminándolo con mi mirada ante su boca estirada en una sonrisa maliciosa que transforma su rostro en el de un niño travieso.

«Irresistible», chivatea mi traidora consciencia.

—¿Qué explicación tienes para andar en mitad de la noche como una espía? —pregunta cruzando los brazos sobre su pecho.

«Este hombre es un puto demonio, pero uno muy ardiente». Trago saliva disimulando lo que despierta en mi cuerpo

—Y tú, ¿qué haces vigilándome? —contesto con otra pregunta.

—Yo pregunté primero, Kat, no desvíes la atención —regaña.

—Necesitaba aire fresco —contesto al fin y es la realidad.

—Y si te digo que no te creo, Kat, tu actitud espiando a Ferguson no es muy de fiar— expresa su desconfianza sin apartar su puta atención de mí, y eso es malo, muy malo. Porque Damyan Sokolov no te mira con normalidad, te atraviesa de forma ardiente con sus ojos grises que consiguen hipnotizarme postrándome ante sus pies, incapaz de razonar con normalidad.

—No digas idioteces. Llegaron y no quería que me vieran, solo es eso— justifico alzando mi barbilla de manera altiva.

Sus sospechas no son desacertadas, porque en el fondo no soy quien afirmo ser, pero en este momento no estoy acechando a nadie, solo necesitaba despejar mi mente.

El latir errático se incrementa al ver cómo Damyan Sokolov descruza los brazos y da un paso hacia delante para eliminar la poca distancia que nos separa. Yo instintivamente coloco mis pies un paso hacia atrás, pegando mi espalda a la pared, que no recordaba tan cerca.

«¡Joder!, error de cálculo», me reprendo por no comprobar que a mi espalda no había salida.

—Kat, eres buena, lo reconozco, pero hay algo en ti que siempre ha despertado mis sospechas —expresa y su rostro casi está pegado al mío.

«¡Distancia, por favor!», voceo en mi cabeza.

Tenerlo tan cerca convierte mis piernas en gelatina barata y mi cerebro no piensa con normalidad. Por el deseo que durante semanas he encarcelado en lo más recóndito de mi alma, aflora con fuerza y determinación en momentos como estos.

«Podré negarlo mil veces, sin embargo, la realidad es que Damyan me pone y mucho».

—Jefe— apelo a llamarlo por lo que es—, no entiendo a qué se refiere.

Para desagrado mi tono suena titubeante, y en silencio me regaño. Coloco por inercia las palmas de mis manos sobre su pecho para ganar espacio, sin contemplar que es un error desde que la idea surgió en mi cabeza. A través de la fina camiseta de algodón que lleva noto, el calor irradiando de su pecho y el motor ardiente que ahora me siento eleva su temperatura.

—La pose ingenua no te pega, fierecilla. — reprende sin apartarse —. Todo a tu alrededor me incita a enviarte lejos de mí, de mis hombres, pero, por otro lado, este poderoso anhelo que despierta en mí me bloquea.

Su aplastante sinceridad casi provoca que me caiga de culo. Atracción, insana, ingobernable y mutua es lo que nos consume a ambos y como la loca imprudente que me siento a su lado grito en mi interior.

«Anhelo arder en el infierno de su deseo, con su cuerpo sobre el mío».

No puedo moverme, me mantengo absorta en su proximidad y en todo lo que despierta en mí.

—¿Te quedaste sin palabras? — pregunta arqueando una ceja.

Pierdo el control y me lanzo sobre él, besándolo, necesito ponerme de puntillas para conseguir rodear su cuello. El miedo a su rechazo intenta abrirse paso en mi cabeza ante su impasibilidad, me aprieto contra sus costillas invadiendo su boca. Toco su lengua y en segundos su reacción no se hace esperar. Estruja mi trasero con sus manos, pegando mi pelvis a su erección. Avanza sin dejar de besarme y pega más mi espalda, la pared. Sus labios recorren mi mandíbula antes de deslizarse por mi garganta. Es un beso urgido que transmite las ganas que nos tenemos.

De repente, se separa, dejándome contrariada sin saber a qué atenerme.

—Kat, hoy no pienso darte la oportunidad de que aflore tu carácter bipolar, así que andando —pronuncia y con la mano me hace el gesto de seguirlo al interior de la casa.

Yo, con el cerebro hecho papilla por este deseo frenético que él me provoca, volviéndome una sumisa, lo sigo sin rechistar.

Me insta a subir las escaleras que llevan a su dormitorio y por un momento me quedo quieta como una estatua. Miro ambos lados, comprobando que no haya nadie y solo entonces continúo. Reconozco que, si dudo un momento en reflexionar sobre lo que estoy haciendo, saldré pitando en el tiempo de un pestañeo.

Percibo que, si alguien puede destrozarme el corazón que a tan buen recaudo guardo, ese es Damyan Sokolov. Un encanto disfrazado de demonio que sacude mi cuerpo.

Se apresura a abrir la puerta de su dormitorio y ni siquiera me brinda la oportunidad de decidir encadena mi mano a la suya arrastrándome al interior.

Cierra la puerta y apoya mi cuerpo contra esta, aprisionándome con sus brazos.

Si las miradas fueran hogueras, la suya sería el *sumun*, hacer arder la madera.

—Kat, te quiero en mi cama, sin restricciones, sin dudas, sexo hasta cansarnos —proclama demasiado cerca para que mi cabeza pueda razonar.

Asiento, paralizada, porque en estos momentos me siento totalmente hipnotizada por su boca, esa que he probado y que me sabe tan bien.

No da más rodeos, me besa y de nuevo nos sumergimos en la vorágine de deseo magnético. Su lengua se enrosca en la mía saboreándome hasta el alma.

Nunca he sido de muchos besos, aunque reconozco que besar a Damyan Sokolov no se compara con ninguno de mis otros besos.

Baja sus manos a mi cintura y se apresura. A bajarme el pantalón deportivo que, visto, con bragas incluidas. Levanto los pies y sin dejar de disfrutar de su lengua, los pateo lejos de nosotros.

Abandona mis labios y emito un gemido, no sé si de placer o queja, porque su lengua ya no está en mi boca. Recorre mi cuello, bajando y sus dedos cogen el dobladillo de mi camiseta alzándola para deshacerse de ella también.

Su mirada se centra en mi sujetador de encaje durante unos segundos y sin darme tiempo sus manos también arrasan con él para posar su ávida lengua en mis pezones erectos. Mis manos vuelan a su pelo y estiro pegándome más a él.

Se arrodilla ante mí, apoyando sus labios en el vértice de mis muslos, desatando un torrente de exquisitas sensaciones que me ponen al gritar. Gimo al notar que sus dedos se unen a su lengua sobre mi clítoris y arquea la cabeza desesperada por el deseo que me embarga. Los músculos de mi estómago se contraen y mis nudillos se vuelven blancos, de tanto estirar su pelo.

Su mano se apodera de mi sexo proporcionándome una masturbación suave que está a punto de enloquecerme.

Jadeo.

—Tranquila, fierecilla —murmura introduciendo sus dedos, moviéndolos con habilidad, arrancándome cada gemido con ímpetu.

—Dios… —Rujo, desesperada.

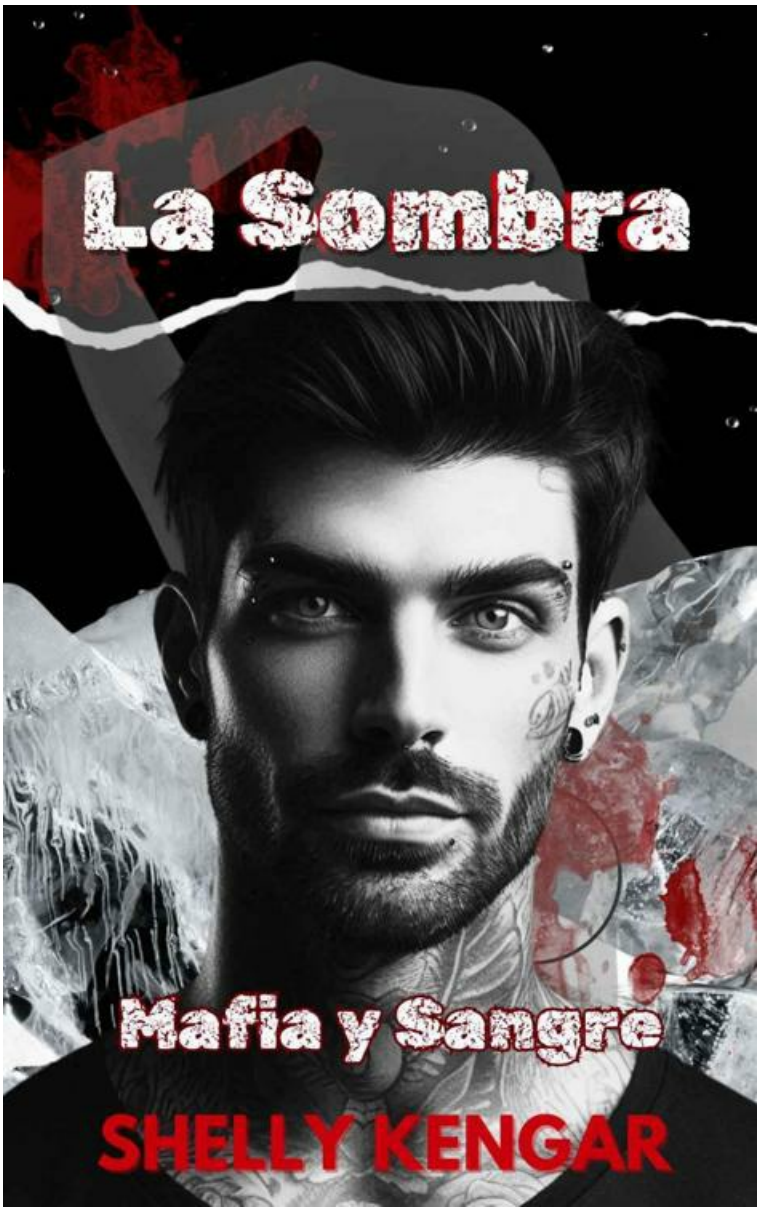
— No fierecilla —se ríe —, no llames a Dios que él nada tiene que ver en esto.

Mantiene su toque, procurándome una tortura demasiado placentera, que provoca que mis fluidos bañen sus dedos sin barreras Se pone de pie sin dejar de tocarme y sus grises pupilas cargadas de deseo me atraviesan el alma.

«Estoy en problemas», sisea mi consciencia y la ignoro.

Siento que se me va el mundo cuando su lengua da un lametón a uno de mis pezones erectos.

Me separa las piernas colocando la punta de su erección en el centro de mi sexo, se queda quieto durante unos segundos y mis caderas se contonean rogando para no pare y siga. Lleva la mano a mi cuello y lanza la primera embestida con ferocidad y le clavo las uñas en su espalda.
Continúa con sus embates de forma rítmica, arrancándome un gemido a cada empujón.
—No puedo más— jadeo contra su boca.
Tenso los músculos cuando la oleada de sus embates inunda mi sexo. El mundo desaparece y lo único que noto son los ruidos que emergen de su garganta con cada embestida. El calor y el cosquilleo que se concentran entre mis piernas crece cada vez más. Sin aguantar ni un minuto más me corro susurrando su nombre entre quejidos. Percibo el líquido caliente de su propia eyaculación rodando por mis piernas cuando me da un último beso y rueda al otro lado de la cama.



Capítulo 23

Damyan

Despierto con una de mis piernas rodeándole la cintura y me levanto con cuidado de no despertarla. Me siento en la orilla de la cama y paso una de mis manos por mi cara para despejarme y la observo.

Su cabello suelto cayéndole por la espalda desnuda y su rostro relajado le brinda pose de Diosa.

No me entiendo ni yo, nunca duermo con mis compañeras de cama y aquí estoy casi he dormido unas cuatro horas a lado de esta mujer que me pone a tragar grueso cada vez que revivo

la noche de sexo compartida.

En mitad de la noche la abordé de nuevo, soñolienta, sin dejarle tiempo para reaccionar al hecho de que de nuevo estaba sobre ella dispuesto a encajarme entre sus piernas. Su disposición fue ejemplar, respondiéndome como la fiera ardiente que había descubierto que era.

«Ahora, dejando a un lado el sexo, las dudas de; ¿quién era Kat en realidad?, y; ¿de dónde había salido?», me asaltan de nuevo.

Su aspecto dice mucho de su procedencia, no es una chica de la calle, su piel es perfecta y cuidada al igual que sus manos y si profundizando en su lencería, es cara, de encaje. Ninguna huérfana callejera podría permitirse esos lujos.

Me pongo en pie y me meto en el baño, cojo una toalla y abro el grifo de la ducha. Siempre suelo dormir poco o casi nada, a mis malditos demonios les gusta visitarme por las noches. Entonces caigo en la cuenta de que esta noche me dieron cancha, porque lo poco que he dormido he descansado. Sacudo la cabeza y la meto bajo el chorro de agua para despejar los pensamientos idiotas que empiezan a nacer en mi torturada mente.

Salgo con cautela porque no deseo despertarla, pero resulta inútil. Kat está despierta y se apresura a vestirse recogiendo sus prendas esparcidas por mi dormitorio.

—¿Tienes prisa? —pregunto y ella da un bote, sorprendida.

Me fulmina con su mirada y mi erección se endurece.

—Te hice una pregunta, Kat— insisto.

—No quería molestarte— contesta acabando de colocarse la camiseta.

—Siéntate— ordeno porque su actitud esquiva me enfurece.

Ninguna mujer me importó más allá del rato de sexo, pero con esta fierecilla hechicera me cabrea que está deseando abandonar mi dormitorio a toda prisa.

—Ya te pusiste la máscara de jefe mandón— se burla. Pero obedece, sentándose en la cama.

—Quiero saber quién eres y de dónde viniste— pregunto y, por un momento, una chispa de temor atraviesa su semblante, sin embargo, se apresura a enmascararla con rapidez.

—Otra vez con las preguntas… ¿Qué es lo que quieres sabes? Que me críe en la calle— su tono se va elevando conforme contesta—, que mi madre murió cuando yo nací y mi padre lleva toda la vida renegando de mí.

—¿Dónde naciste?

Suspira, detecto que se va enfadando cuanto más insisto.

—En Albania— contesta.

Por un momento el corazón de hielo que tengo se encoge pensando en que Kat fue repudiada por su padre.

«Mejor eso que lo que hizo el tuyo», me recuerda más mente.

—Me prometí a mí misma que me convertiría en una mujer lo suficientemente fuerte para no necesitar a nadie. ¿Qué más quiere saber, jefe? —La última pregunta está cargada de sarcasmo.

Recorto la distancia que me separa de ella, la agarro de sus brazos para colocarla de pie frente a mí. Acaricio una de sus mejillas con mis nudillos.

«¿Qué estoy haciendo?» La pregunta bailotea en mi mente sin respuesta.

—De momento ya sé suficiente— proclamo y la beso, porque las ganas de besarla no desaparecen ni siquiera después de una noche ardiente como la vivida.

—Está bien, me marcho antes de que nadie me vea— anuncia y se separa de mí con rapidez.

—Kat —puntualizo y se detiene antes de alcanzar la puerta—, tenemos un trato, por si no te ha quedado claro. No pienso soltarte hasta cansarme, así que disfrutemos sin remordimientos.

—¿Qué?, no creo que sea adecuado, jefe —rebate.

—Adecuado o no, es la realidad. — insisto.

Camino y me acerco de nuevo a ella, la estrecho entre mis brazos y la beso, con pasión. No es un beso suave, no soy de esos y los anhelos que esta maldita hechicera despierta en mí no me facilitan resistirme a devorar su boca igual que un hambriento. Kat responde con la misma intensidad que yo le demuestro, rodea mi cuello con sus manos y se aprieta a mis costillas. Separo nuestras bocas, porque si no la mantendré en la cama el resto del día y no sería lo correcto. Debería desestimarla como a todas las mujeres con las que, mantenido relaciones sexuales, pero por alguna razón que aún no comprendo no quiero. Acomodo mi frente sobre la suya.

—Te espero en la noche.

Ella asiente y se apresura a marcharse.

En mi soledad reflexiono sobre las sensaciones que Kat despierta en mí. Deseo gozarla de todas maneras, no me escondo. Después de meses sin anhelar ningún contacto, de practicar sexo por necesidad, la chispa que provoca mi fierecilla es un golpe de aire fresco para mí.

El sonido de mi teléfono me saca de mis elucubraciones.

—Sí— contesto.

—Tenemos a Cheng.

Acabo de vestirme y me preparo para interrogar al hijo de perra de Jonás Cheng, no me trago sus escusas de que desconocía que el atentado se iba a perpetuar. Salgo de mi habitación enfilando escaleras abajo. Paso por la cocina porque necesito mi dosis de cafeína, y mi invitado puede esperar.

—Señor, buenos días— saluda Maya— ¿Qué desea?

—Un café, estará bien.

Maya prepara mi taza de café, y yo no tardo en vaciarla al completo.

Me marcho y accedo al pasillo donde se encuentran las escaleras que llevan al sótano, lugar que utilizamos para los interrogatorios.

Abro la puerta metálica que da acceso a la sala y allí me encuentro a varios de mis hombres encabezados por Kai, mi comandante. Al fondo, en una silla de metal, el rey de las apuestas, Jonás Cheng, con su traje blanco manchado de sangre y mirando con odio a sus captores.

Aplaudo acompañando el gesto con una sonrisa irónica, delatando mi presencia. Cheng me fulmina con su mirada.

—Bueno, bueno, estás hecho un asco, amigo —proclamo con ironía.

—Te voy a matar, Sokolov, debiste haber muerto con esa bomba— amenaza.

—Primero debes deshacerte de tu agarre— apunto con desprecio, acercándome para colocarme justo frente a él.

—Cabronazo— sisea.

—Me la jugaste, y, fuiste un iluso al pensar que no te traería consecuencias. —reprocho—Nos conocemos hace años, tu exhaustiva seguridad jamás hubiera permitido la bomba a no ser que lo hubieras pactado, ¿me equivoco? — interrogo arqueando una ceja.

El silencio sepulcral se hace dueño de la sala hasta que una carcajada que suena fantasmagoría inunda la puta sala.

—Damyan, eres demasiado desconfiado, quizás tener un sádico como hermano y un pederasta como padre te hizo así— acusa para provocar mi ira, lo veo en su mirada.

Mi férreo control me mantiene en el sitio y mis hombres observan la escena alerta a cualquier movimiento que yo vaya a hacer.

—Piensa lo que quieras, Cheng— digo encogiendo los hombros, desinteresado—, ahora,

habla, ¿quién te pago para permitir el atentado?

—¿Por qué supones que hay dinero de por medio? —pregunta sonriendo de forma amarga.

—Eres un negociante, no tomarías parte en esta maldita guerra si no fuera a cambio de dinero — anuncio porque así lo creo.

Llevo años tratando con Cheng y el dinero es lo único que le importa.

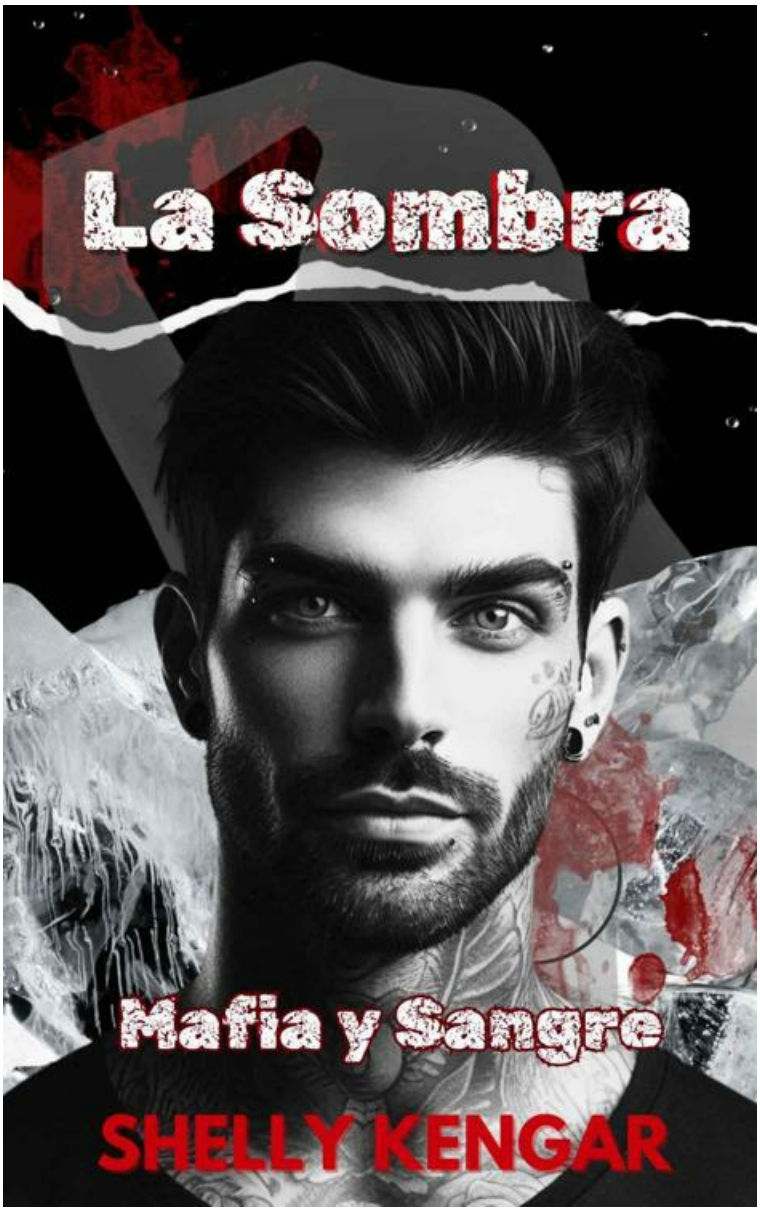
—No hablaré— proclama con orgullo.

El orgullo, en ocasiones, es el peor pecado en un hombre y en nuestro mundo es la causa de gran parte de las muertes.

Cansado de tanta pantomima, hago un gesto con mi mano hacia Kai y este a su vez se aproxima a Cheng. Mi comandante sujeta un afilado cuchillo con el que sin dudar corta una de sus mejillas al compás del grito desgarrador de dolor de Jonás Cheng.

—Me largo— anuncio dando la espalda a la escena.

Mi presencia no ayudará a que Cheng hable, por el contrario, así que decido dejar a mis hombres que hagan lo que mejor saben hacer, torturar.



Capítulo 24

Narrador omnisciente

La guerra entre organizaciones criminales ha resultado como un volcán. Después de unos meses, latente ha erupcionado con el peor de los resultados. La tríada ya tiene un nuevo líder, para todos oculto en sombras, lo que no les impide atacar a sus enemigos, que llevaban meses alerta, pero no lo suficiente.

Jim Som Hanw atraviesa las puertas del restaurante chino que actúa como tapadera en los suburbios de Varsovia. Allí se esconde, de momento, trazando sus planes para resultar vencedor en este baño de sangre.

—Jefe. —Saluda Nam Min, su segundo.

—¿Qué es eso que Cheng se dejó a atrapar? —profiere alzando su tono de voz y propinando

un puñetazo en la mesa.

—Correcto, se dejó atrapar por los Maotang, aunque no creo que hable —informa Nam ante la mirada evaluativa del nuevo jefe de la tríada.

—Los cementerios están llenos de creyentes, Nam, así que ponte en marcha, quiero saber dónde lo retienen —ordena con un tono tan frío como el hielo.

Jim Som Hanw es conocido por su falta de emociones, se crio lejos de China, en Estados Unidos. Su padre, primo de la familia Zuang se encargó de curtirlo como el asesino maquiavélico que es, con la esperanza de que un día llegara a ser el segundo del líder de la tríada.

Pero Jim Som Hanw no nació para papeles de segundón, cuando llegó su oportunidad mató a su primo aspirante a líder y se proclamó como jefe supremo de la organización.

Un golpe del destino que estaba beneficiando a la tríada.

—Nam, ¿contestaron los rusos? —pregunta Jim Som Hanw mientras remueve papeles sobre el escritorio.

—No, señor.

El ceño fruncido de Jim Som Hanw delata su malestar por el silencio de sus socios en esta guerra.

Mientras tanto, en Rusia, la bruma negra del dolor por la pérdida de su líder los tiene sumidos en el absoluto silencio. Mariya Sokolov lleva tres días encerrada en el que fuera el despacho de su padre; dos voyevikis custodian la puerta.

Yerik, el hombre de confianza de Mariya durante los últimos años, se planta frente a la puerta del despacho. Al verlo, los voyevikis le autorizan el paso. Es el único que, durante el tiempo que la hija del fallecido Pavel Sokolov lleva encerrada a cal y canto, tiene acceso a su compañía.

—Mariya.

—Yerik, ¿novedades? —pregunta Mariya.

Yerik se coloca frente a la que ha sido su jefa durante años, a la cual le profesa una lealtad brutal.

—La tríada quiere hablar con Nikov, han estado indagando sobre su paradero —informa el hombre regio y firme.

—Despístalos, coloca señuelos, informaciones falsas, lo que te dé de la gana, pero quítame a los putos chinos de encima —profesa Mariya, hastiada, dando un suave golpe en el escritorio de caoba que fue del pakhan.

—Los miembros quieren repuestas, Mariya, quieren un nuevo pakhan o lucharán por el puesto. —comunica con el ceño fruncido.

—Anuncia la proclamación del pakhan en dos semanas, Yerik. Y mantener oculto a Nikov es primordial, nadie debe saber su destino— proclama Mariya, levantándose como la reina que es, fría, manipuladora, una viuda negra en toda regla.

—De acuerdo —asiente Yerik inclinando levemente su cabeza.

—¿Y el paradero de Illya? —pregunta Mariya antes de que su hombre de confianza abandone el despacho.

—Desconocido, pero se rumorea que la Societas se reunirán en Varsovia a raíz del atentado que ha sufrido el pequeño de los Sokolov— informa

—¿Muerto? — se interesa con la frialdad de alguien desprovisto de corazón.

—No. Su hijo también viajará a Varsovia— añade Yerik a sabiendas de que esa información sí que es importante para Mariya.

—Está bien, te diré cómo actuaremos, mientras céntrate en los chinos, que me cansan— se queja haciendo un gesto despectivo con su mano para que Yerik se marche.

Mariya en poco tiempo ha perdido al que fuera su esposo durante años, Kostya Morotov y a su padre. Además, de que su castillo de naipes construido se cayó el día que descubrió que creerse una Reina no te lo hace, las acciones son las que pueden proclamarte como la Reina que te mereces.

Lejos de allí, en Tirana, alguien ajeno a la guerra entre organizaciones deambula por las calles con la bolsa de croissants que balance en su mano al caminar. Irina Adrion se dirige a su restaurante donde ya la espera su hijo que es quien gestiona el local. El negocio se encuentra en una de las zonas más comerciales de Tirana, y lleva 23 años funcionando y manteniendo a muchas personas que dependen de su éxito para el sustento de sus familias. Irina camina orgullosa como cada mañana desde que su hijo, Antón, se hiciera cargo de la abertura del restaurante. Antón ya tiene 30 años y por suerte le encanta el negocio familiar.

Irina estaba orgullosa de, a pesar de enviudar cuando Antón tan solo tenía siete años, haber logrado sacarlo adelante y brindarle una vida lejos del crimen organizado, no como su difunto marido, que era un fiel lacayo de la mafia rusa.

Irina sacude su cabeza para despejar esos recuerdos dolorosos que prefiere enterrar en el recóndito lugar donde están el resto de las cosas que hizo mal para lograr disfrutar de su vida actual.

Atraviesa las puertas del restaurante y se alegra al ver sus típicas sillas de madera pintadas de amarillo y rojo que son la identidad del local. De momento está vacío, porque aún no han empezado la actividad. Lo extraño es no ver a su hijo detrás de la barra esperándola.

—Antón— grita avanzando hacia la cocina.

Y al entrar, sus pies se quedan pegados al suelo y sus ojos se abren de par en par. Varios hombres armados retienen al personal y otro hombre, que ella conoce, mantiene el filo de su cuchillo sobre la garganta de su hijo Antón.

Irina grita y tapa su boca con su mano, dejando caer la bolsa que llevaba del desayuno.

—Han pasado muchos años, Irina— saluda el hombre que retiene al hijo de Irina.

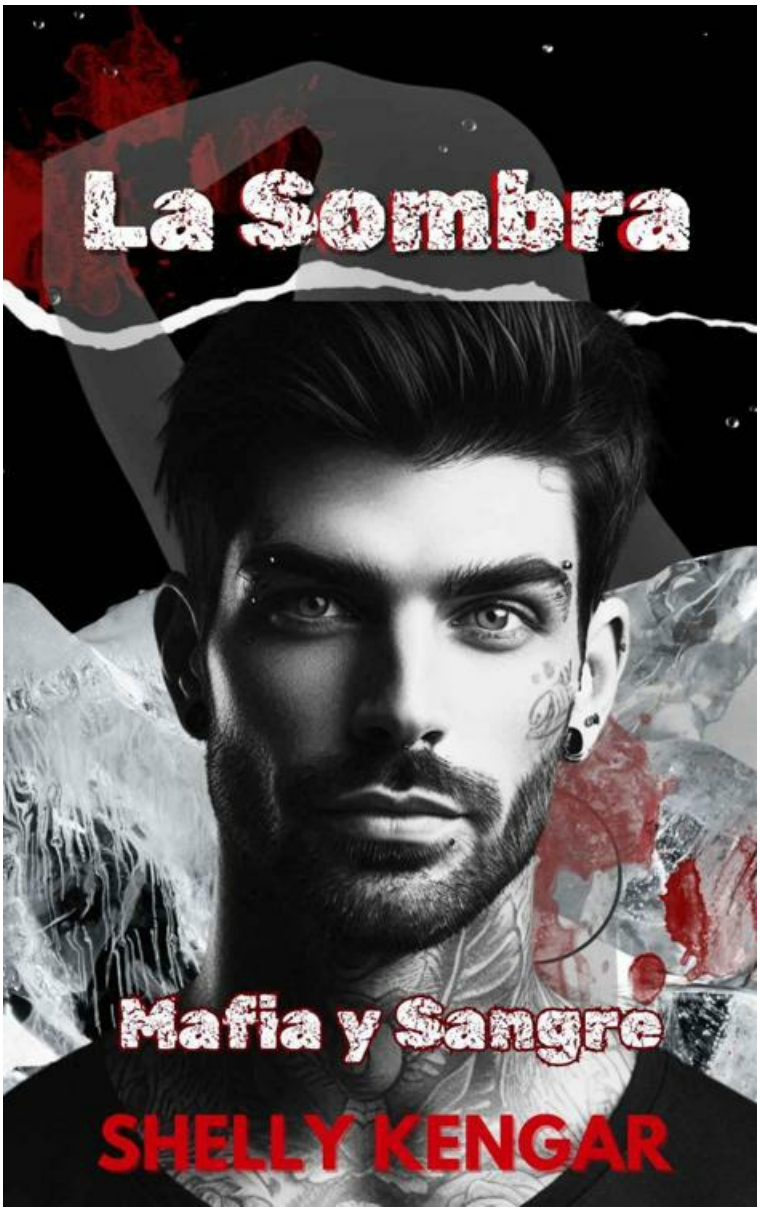
—Héctor, ¿qué haces aquí? — interroga ella con curiosidad y temor.

—Vengo a por algunas respuestas que me debes— informa Héctor sin dejar de amenazar a Antón.

—Yo... — El temblor en la respuesta de Irina provoca que su actitud sospechosa sea evidente.

—Sí, tú, revisa tu memoria, Irina, la vida de tu hijo depende de la lucidez de tu mente — amenaza Héctor.

El terror inunda los ojos de Irina al verse acechada de nuevo por la mafia; en esta ocasión no son los rusos sino los albaneses.



Capítulo 25

Kat

Escabullirse del dormitorio de Damyan sin ser vista resulta toda una proeza y casi lo he conseguido al darme de bruces con Maya, la cocinera que sale con una bandeja en las manos.

—Buenos días. —Saluda, pero sin rastro de cualquier atisbo de sonrisa en su cara.

La he observado durante el tiempo que llevo viviendo en el palacete y, al único que brinda sus sonrisas, es a Damyan, lo que no me sorprende. Ese hombre tiene un encanto cautivador, incluso comportándose como el mismísimo lacayo de Satanás.

—Buenos días —respondo ocultando mi incomodidad.

Maya sigue su camino y yo suelto el aire de mis pulmones que no creía que había retenido. Reviso la zona antes de meterme de lleno en el pasillo que conduce a las habitaciones cuando a

lo lejos veo a, “dientes podridos”, de Asthor.

«Joder, maldición», siseo en silencio.

El capullo clava sus lechosos ojos en mí mientras hurga en su boca con un palillo de madera de esos que sirven para quitarte los restos de comida de entre los dientes.

«¡Como si eso fuera solución para su halitosis!», exclamo en mi mente.

Me apresuro a desaparecer de su vista porque no quiero problemas con ese capullo, al menos no me ha visto salir del dormitorio del puto jefe. Entrecierro los ojos al ver a Vin apoyado en mi puerta, con los brazos cruzados sobre su pecho y el ceño fruncido.

«¡Mierda!»

—Has madrugado— comento ignorando su semblante de enfado.

No contemplé la idea de que mi mejor amigo fuera a buscarme a mi habitación y no estuviera, por razones obvias, ya que he pasado la noche en otro dormitorio.

—¿Dónde estabas? — pregunta y su tono no deja lugar a que ignore su interrogatorio.

Abro la puerta y Vin me sigue sin necesidad de que lo invite. Tenemos tanta confianza, que preguntar si puede invadir mi espacio está de más. Me tumbo sobre mi colchón y noto la diferencia de mi cuarto al de Damyan, nada que ver mi cama con la de él.

Vin se sienta en la orilla del colchón y me dedica una mirada recelosa.

—¿Piensas contestarme? Se supone que debías descansar, tuviste una conmoción cerebral —regaña.

—Vin, estoy bien. Mi cabeza vuelve a estar como nueva— contesto ignorando el resto de las preguntas.

Mi amigo siempre actúa como si fuera mi hermano mayor y es algo que en ocasiones como esta, en las que, no quiero explicar intimidades, me moleste en exceso.

—Bien, loca, dirás— acusa dándome un manotazo cariñoso en una de mis piernas.

—Bueno, no es una novedad —rebato sonriente.

—Y ahora, ¿dónde cojones estuviste? —insiste.

Vin es terco como una mula cuando se lo propone.

—Necesitaba aire fresco, odio estar postrada en la cama. Soy una mujer de exteriores —explico mintiendo, evitando decir demasiado para no hacerlo sospechar.

—¡Maldición, Kat! Estás fuera de control, y estamos de mierda hasta los ojos. En dos días es la reunión en el palacete con los *Societas* y además tu padre nos ha dado un ultimátum. Para colmo de males, casi mueres por ser escolta de ese cabronazo de Sokolov —Parece una metralleta con sus frases conclusivas. Enumerando todos los problemas que se nos vienen encima.

—No seas fatalista, es mi trabajo. Nadie, aparte de los chinos, tiene culpa del maldito atentado — rebato incorporando, sentada en la cama.

—Pide a Kai que te cambie de unidad, evita estar tan cerca de Sokolov. No me gusta, ese tipo es tan hermético y desconcertante que estoy seguro de que algo no está bien con él.

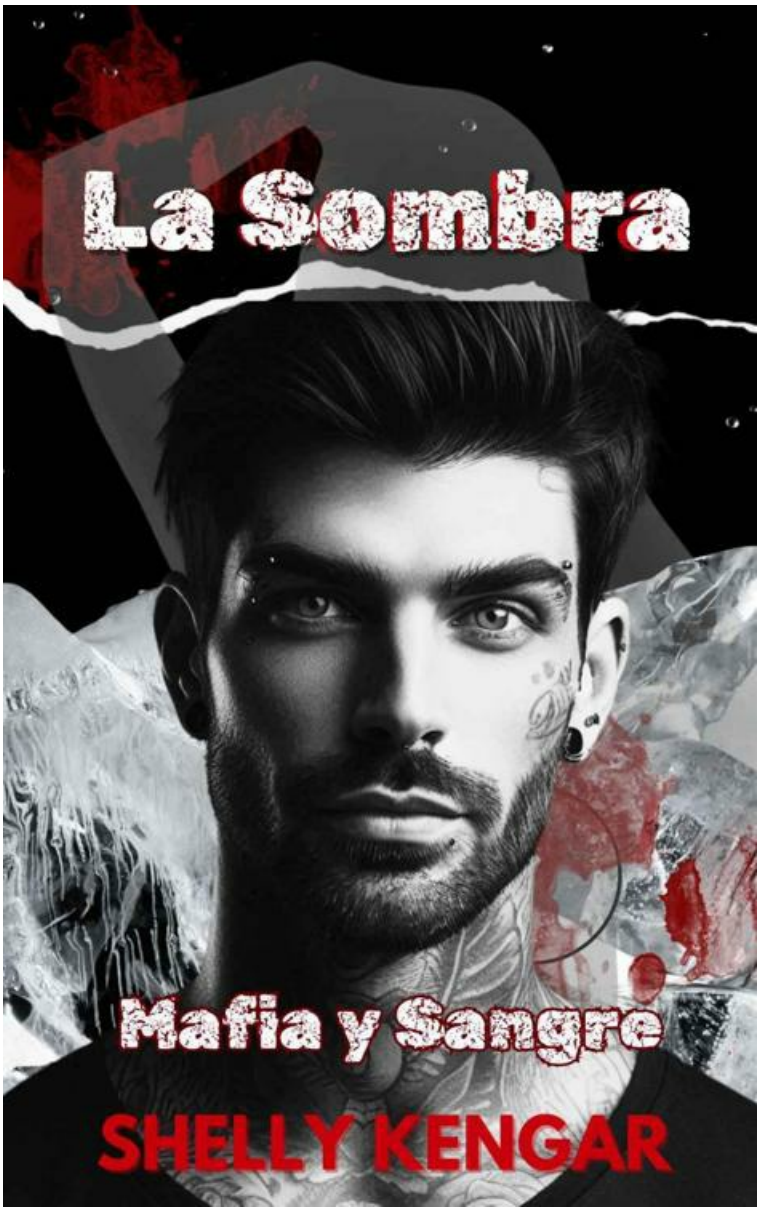
«Sí, estoy de acuerdo, si algo no está bien con Damyan es las cosas que hace con sus manos y la manera que tiene de llevarte al cielo con una sola de sus arremetidas». Sacudo la cabeza para sacarme los pensamientos lascivos de mi mente y concentrarme en mi amigo

Vin tiene miedo, lo veo en sus ojos, miedo por mí, confieso que yo también, pero no por las mismas razones. Si no por esta atracción sexual que soy incapaz de reprimir y me traerá problemas. Lo que menos necesito ahora mismo son problemas.

—No seas cobarde, Vin. Olvídate, no haré nada de lo que propones y deja los nervios y los miedos que lo único que nos ocasionarán es dar un paso en falso— reprocho, poniéndome de pie

de golpe, enfadada.
—Está bien, pero prométeme que en dos días nos largamos, tanto si viene el puto Rossi, como si no— me exige.
—Está bien— claudico al final, aunque me pregunto en mi interior si seré capaz de cumplir mi promesa.
Vin al fin se larga convenido y yo me meto directa a darme una ducha, necesito quitarme el olor a Damyan de mi piel. Froto con ahínco para dejar de oler a madera y sándalo, porque me está alterando las hormonas.
Vestida con mi uniforme, salgo al recibidor y busco a Kai, con Viktor en el hospital supongo que es el que debe darme las indicaciones de lo que debo hacer. Escucho pasos a mi espalda y me giro para comprobar la identidad.
Casi me atraganto con mi propia saliva al verlo bajar, en mi mente lo hace a cámara lenta, sexi, peligroso y gritando prohibición por los cuatro costados. Damyan Sokolov es un demonio demasiado caliente para que lo ignore.
—Si ya has dejado de babear, fierecilla, nos vamos— susurra al llegar a mi lado.
«Joder, joder, joder».
Me ha pillado de lleno babeando por él, un rubor cubre mis mejillas, pero inclino mi cabeza a modo de asentimiento para que no lo note.
Salimos y una de las furgonetas blindadas nos espera-Subimos e intento colocarme firme con la mirada la frente. Mis hormonas parecen bailotear en una coctelera por lo que no me fio den o abalanzarme sobre Damyan y devorarlo que es lo que realmente me apetece.
Él revisa su móvil sin prestarme atención, el cristal divisorio permanece abajo y solo nos acompaña el chofer, giro la cabeza para mirar por el cristal trasero y compruebo que no nos sigue ningún vehículo.
Después del atentado no llevar seguridad es una locura, pero Sokolov es demasiado arrogante y pagado de sí mismo para demostrar que tiene miedo a sus enemigos.
«Es un loco», apunta mi conciencia.
«Igual que tu bonita», insiste mi voz interior que le gusta resaltar mis defectos.
—No llevamos suficiente seguridad — apunto sin mirarlo.
«Vista al frente», Kat me recuerdo.
—¿Y?
—Creo que no es prudente después del atentado— insisto dando las razones obvias.
—Kat, ¿tienes miedo? - provoca y su tono jocoso me indica que intenta cabrearme.
Lo miro de reojo y su mirada ardiente y hambrienta me atraviesa igual que un rayo en mitad de una tormenta.
«¡Maldita sea!»
—No te lo tomes en broma, jefe, tu seguridad es importante— insisto intentando sonar lo más formal posible.
De repente el cristal de separación empieza a subir y mis ojos se clavan en Damyan con instintos asesinos danzando en mis pupilas. Su sonrisa maléfica y el brillo de su mirada no augura nada bueno. Recorta la distancia y pega su cuerpo al mío obligándome a colocar las palmas de mis manos en su pecho.
—¿Qué haces? — interrogo con los nervios a flor de piel.
—¿Tú qué crees? - responde con otra pregunta y no me permite más tiempo a reprochar porque su boca se aplasta sobre la mía a modo salvaje fundiéndome como lava líquida.
Respondo como la adicta en la que me está convirtiendo, adicta a su aura de atracción y morbo

que me pone de rodillas ante el diablo que es.



Capítulo 26

Damyan

Mi lado sensato se ha quedado en la ducha esta mañana, es la única explicación que encuentro al juego al que estoy sometiendo a Kat, con preguntas que esquivo sin darle respuestas, poniéndola a soplar como la fiera que es. Pero es que esta mujer tiene algo que me atrae sin medida y provoca que los restos de mí que aún quedan en mi alma afloren. Me abalanzo sobre ella y la beso, duro y ansioso, para que note las ganas que le tengo. Ella responde dominante lo que me enciende aún más. Debo recordarme a mí mismo que estamos en la furgoneta y nos dirigimos al hospital a ver a Viktor.

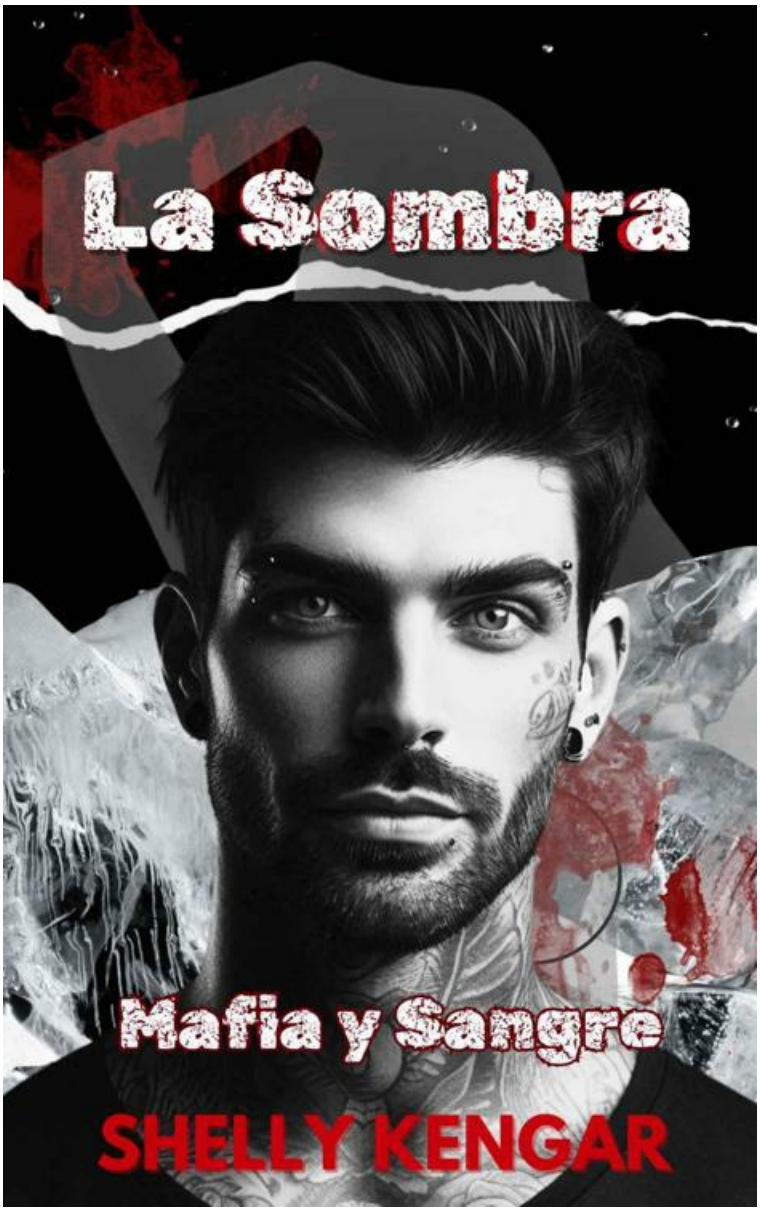
A regañadientes me separo de ella y maldigo mi fantástica idea de visitar a mi hombre en vez de quedarme encerrado en mi habitación a cal y canto, disfrutando de mi fierecilla particular.

Sus ojos verdes brillan con deseo y de nuevo me arrepiento de mis decisiones.
—Ahora vamos al hospital, después seguiremos —proclamo ante su rostro desconcertado.
—No seas idiota, Damyan —gruñe recuperando la compostura, y yo sonrío—, no puedes avasallarme cuando te dé la gana.
—Error, fierecilla, yo no te avasallo, sino que disfruto y disfrutas dando rienda suelta a este deseo que nos consume.
Pestañea sorprendida por mis palabras directas.
—Capullo, arrogante— sisea y gira la cabeza para clavar su mirada en la ventanilla.
Nada más entrar al hospital, nos metemos en el ascensor, Viktor se encuentra en la quinta planta. Mis contactos han servido para cerrar la planta solo para él. El equipo de seguridad vigila la puerta de la habitación de mi hombre, me saludan y nos permiten entrar.
Viktor sigue postrado en la cama conectada a la máquina que de momento lo mantiene con vida. Mis ojos se fijan en Kat que permanece absorta con su atención puesta en Viktor.
—¡Dios, está muy mal! — No es una pregunta, es una afirmación.
—Tiene un trozo de cristal demasiado cerca de su corazón, que de momento no pueden extraerlo. Los médicos dicen que debe recuperarse un poco de las heridas restantes para someterlo a la operación y sacarle el cristal— explico.
—Damyan, nos salvó la vida. Él se llevó todo el impacto.
—Sí, era su trabajo. Los Maotang juran anteponer su propio bienestar por la organización. Viktor es una prueba de ello.
El médico irrumpe en la habitación, rompiendo el momento.
—Señor Sokolov— Saluda y me estrecha la mano.
—Doctor Mehari. ¿Cómo sigue Viktor? — me intereso.
—Bueno, es complicado, de momento sigue siendo un riesgo someterlo a la intervención, así que lo único que queda es esperar.
—De acuerdo, cualquier novedad no dude en avisarme— le solicito.
Abandonamos la habitación de Viktor y caminamos hacia los ascensores, se abren las puertas y entramos al interior.
—El demonio impasible tiene corazón —La proclamación de Kat se cuela en mis oídos y dispara todas mis alertas enfureciéndome.
Sin mirarla, porque estoy convencido de que, si la miro, la estrangularé o la besaré hasta cortarle la respiración.
—No te equivoques, Kat. Mi corazón hace mucho que se perdió, así que asimila que soy un demonio, un malnacido, como desees —respondo sin mirarla, porque estoy convencido de que si la miro la estrangularé o la besaré hasta cortarle la respiración.
—Gilipollas —masculla frunciendo sus labios en un mohín que, lejos de cabrearme más, despierta de nuevo las ganas que le tengo.
Presiono el botón de parada del ascensor ante sus ojos abiertos de par en par y la aprisiono contra la pared, acercando nuestros cuerpos. Esta mujer despierta reacciones demasiado contradictorias, a cada momento los instintos de asesinar se confrontan con las ganas de follarla hasta la extenuación.
—Esa boquita sucia tuya me la pone dura, Kat y creo que eso en estos momentos no nos conviene— expreso, sin apartar mis ojos de sus labios, apetecibles, acolchados, entreabiertos, llamando a ser devorados.
Su mirada pasa del fuego de la ira a la calidez del deseo, paralizada ante mi proximidad. En el poco tiempo que llevo conociendo a esta mujer he notado que la única manera de dejarla sin

palabras es abordando directamente esta atracción desmedida que nos atrae sin remedio.
—Déjate de gilipolleces— gruñe reaccionado, rompiendo el hechizo bajo en que la tenía, coloca las palmas de sus manos sobre las mías y empuja con suavidad para que me aparte.
La libero sin apartarme demasiado de su órbita, ella misma presiona el botón de reinicio del ascensor, frustrando mi intención de resarcir mi excitación. No contento, le robo un beso que me sabe a poco antes de que ella se aparte de mí, colocándose al otro lado del ascensor.
—Idiota— sisea y la escucho.
Sonrío, aunque cuando me mira de reojo me apresuro a esconder mi diversión.

De regreso al palacete, Kai frustra mi intención de encerrarme en mi dormitorio con mi fierecilla, esta aprovecha la presencia del comandante para escabullirse como una ladrona de mi lado.
«Ya ajustaremos cuentas», resuena en mi mente.
Kai, con su habitual aire de misterio, me lanza una mirada crítica que ignoro, porque que sea mi segundo no le permite opinar de mis acciones. Lo ignoro y dirijo mis pasos hacia mi despacho, lo que sé que tenga que decirme que lo haga en privado, por su ceño fruncido ya preveo que no me va a gustar.
Me dejo caer sobre el sillón detrás de mi escritorio y espero a que hable.
—Eres demasiado imprudente, has salido sin protección —regaña sentándose frente a mí.
—¿Ahora eres mi madre? — pregunto arqueando las cejas.
—No te lo tomes a broma, has salido ileso de un puto atentado, pero quizás la próxima vez no te sonría la suerte— reprocha sin alterarse, con usual su tono frío.
—Me llevé a Kat— expreso y al minuto me arrepiento, porque mi amigo lo aprovecha de nuevo para reprenderme.
—¿En serio, Damyan? Una mujer, como única escolta, deja de tratarme con un idiota. Tu interés para que Kat te acompañara lo desconozco, sin embargo, me juego las pelotas a que no es por tu seguridad personal. —asevera y una de sus manos se apoya en su en una de sus piernas.
—Kai, al grano— exijo evitando contestar.
—Ferguson, la lio anoche en el club, al parecer se enfrentó a varios de nuestros hombres que intentaron reprenderlo— explica meneando la cabeza.
—¡Joder, este tipo es un idiota con ínfulas de mártir y desea morir! —exclamo mostrando el enfado.
Ferguson es un problema añadido a la tríada, un gilipollas con complejo de líder, aunque en realidad es un idiota imprudente.
—Debemos retenerlo hasta que vengan Akim y Andreas a partir de ahí el problema será de ellos — proclama Kai con esperanzas.
«A partir de ahí, será un fiambre», pienso.
Mi hermano tiene paciencia cero con los inútiles y mi primo ni te cuento, pero prefiero no expresar mis reflexiones en voz alta.
El teléfono móvil suena y es Kublain así que contesto la llamada.
—¿Qué quieres?
—Hombre, lobito, tu humor empeora por momentos. Tengo información de que la embajada de China en Varsovia da una fiesta —comunica.

—¿Y a mí eso qué me importa? – pregunto con tono hosco.
Odio perder el tiempo y últimamente Kublain me lo hace perder demasiado.
—Estas de suerte, lobito vas a ir, te he conseguido una invitación vip. —informa y, aunque no puedo verlo por la pantalla, adivino que está sonriendo.
—No estoy para bromas, Kublain. Déjate de mierdas y di lo que tengas que decir— exijo porque mi paciencia no es infinita.
—Tengo un soplo, al parecer el nuevo líder de la tríada va a hacer acto de presencia. —suelta como la bomba que resulta.
—¡Joder! ¿Sabemos quién es?
Kai se inclina hacia delante con curiosidad por escuchar bien la conversación.
—No, pero dicen que irá en representación de una nueva empresa que acaba de abrir su sede en Varsovia. Te he pasado al teléfono la lista de nuevas empresas que van a acudir.
—De acuerdo, iré. ¿No serán muchas las empresas? —Conociendo a Kublain el muy idiota, seguro que me ha facilitado un listado kilómetro.
—Diez, ¿son muchas para ti? —utiliza su ironía para sacarme de mis casillas —Además, lo ideal sería que fueras acompañado, pero no por Alyssa, deja a mi hermana fuera de esto. —replica.
Que Alyssa y yo nos hacemos compañía mutuamente es algo que no contaba que supiera su hermano mayor, porque deriva en una situación incómoda y para más inri Kai, su otro hermano, acaba de escuchar la afirmación.
«Si las miradas matasen, estaría muerto ahora mismo».
Ignoro a Kai.
—Captado— contesto sin mucho entusiasmo, dando por finalizada la conversación.
Paso las manos por mi cabeza exasperado. Que el hijo de perra del líder de la tríada mantenga su identidad oculta me cabrea, mucho.
—Espero que mi hermana no salga lastimada de tus cambios emocionales —proclama Kai levantándose.
«¡Joder!»



Capítulo 27

Kat

Kai adopta el rol de cápsula de escape para mí, porque cuando atravesamos la entrada principal del palacete ya está esperando como un sabueso cazador a Damyan. Oportunidad que aprovecho para escabullirme como una cobarde.

Sí, lo reconozco, soy una gallina cuando Damyan Sokolov está en la ecuación. Porque ese hombre es irresistible en modo capullo e hipermega irresistible en modo conquistador.

En definitiva, él es mi talón de Aquiles, verdad que me pone a temblar.

Enfrascada en mis reflexiones, no lo veo venir tan solo lo siento.

—¡Joder! —es lo único que me da tiempo a decir al sentir un puñetazo en mi cara que no sé de dónde ha salido.

El golpe es tan fuerte que pierdo la estabilidad y caigo de culo. Paso una de mis manos por mi mandíbula masajeándola para calmar el dolor y limpio el hilo de sangre que sale de la comisura de mi boa.

Elevo la vista y lo veo. Sonriendo como si fuera un actor de cine con sonrisa deslumbrante cuando en realidad es un mastodonte con los dientes podridos.

—Eres una zorra —gruñe.

Me proporciona la ventaja de levantarme.

—Asthor, no quiero problemas —le advierto y sacudo mi pantalón quitando los restos de polvo.

La última vez que tuvimos un altercado salí indemne, pero ahora mismo no sé si tendré la misma suerte.

—Problemas, eres tú desde que te metiste en esta puta casa— profiere endureciendo su semblante.

Se abalanza contra mí y me coloco en cuclillas a la vez que lo esquivo, creando desconcierto con uno de mis puños que golpea una de las corvas de sus piernas y casi está a punto de caerse.

—Estás muerta, puta —grita cuando logra girase si rostro rojo por la ira y de repente el brillo de un cuchillo despunta y reaccionó a tiempo para que solo roce mi antebrazo.

«Escuece, no es un corte profundo, pero pica»

—¿Qué sucede aquí? —la voz de Som es música para mis oídos

Asthor se gira y lo enfrenta.

—Nadie te ha dado vela en este entierro —profiere invitándolo a largarse

Som con una rapidez que me sorprende, se abalanza contra Asthor y lo inmoviliza colocando dos de sus dedos en forma de pinza sobre su cuello.

—Aprende a respectar a las mujeres —masculla sujetando a Asthor para después lanzarlo contra la pared sin miramientos.

Se gira hacia mí que sigo intentando asimilar las capacidades de Som para dominar al enemigo. Es la primera vez que lo observo realmente en acción y aún estoy asimilando. Su complexión delgada nada tiene que ver con sus habilidades.

—¿Estás bien? —pregunta acercándose a mí.

—Sí —contesto.

Coloca su mano bajo mi barbilla y la levanta con suavidad, con su pulgar limpia la sangre que brota de mi labio inferior.

—Ha sido un golpe feo, debería cortarle las manos por tocar tu bello rostro —sisea envolviéndome en su aura, suave, intensa.

Por un minuto contemplo la posibilidad de que vuelva a besarme, como hace semanas en el club.

—Si no apartas tus manos de ella, serás tú quien las pierda— Esa voz gruesa, tétrica, cargada de peligro y amenaza, penetra en mis oídos, provocando que dé un paso atrás y ponga distancia entre Som y yo.

«¡Joder, lo que me faltaba!»

Som fulmina con sus orbes negros a recién llegado Damyan el cual se coloca justo a mi lado.

Tan solo le falta mearse a mi alrededor para marcar territorio. Este hombre empieza a desarrollar cierta posesividad sobre mí que no me traerá nada bueno.

—Solo estaba comprobando su estado— se justifica Som, repensando su actitud bélica hacia Sokolov.

A fin de cuentas, Som es un subordinado de Ferguson y Damyan un jefe no puede ponerse a

su nivel. Porque puede perder la vida por enfrentarse.

Por suerte Asthor se ha esfumado de escena si no creo que habría sangre, si Damyan descubre que de nuevo nos hemos enzarzado en una pelea.

—¿Qué ha pasado? —se interesa Damyan fijando su mirada grisácea en mi cara.

Veo la intención de hablar de Som y me apresuro interrumpiéndolo.

—Nada, tropecé —justifico.

Damyan escruta mi rostro escéptico ante mi explicación.

Por suerte, Som capta mi intención de no dar más explicaciones y no añade nada más a mi versión.

—¡A mi despacho! —ordena dándome la espalda sin esperar que responda, adoptando esa posición que tanto le gusta Damyan Sokolov, "ordeno y mando".

Aprieto los puños a ambos costados de mi cuerpo y le dedico una mirada de disculpa a Som que observa la imagen, contrariado y lo sigo en silencio.

«Idiota, capullo, arrogante del demonio». Mil insultos abordan mi mente a cada paso que doy.

Abre la puerta de su despacho y entro detrás de él.

—Más te vale que tengas una buena excusa para explicar la escenita que acabo de ver— exige —, apoyándose en el escritorio cruzando los brazos sobre su pecho.

Inspiro hondo armándome de paciencia para no gritarle que es lo que realmente se merece este ególatra arrogante que se salva porque irritado está mucho más apetecible.

«¡No seas tonta!», regaña mi consciencia.

«Concéntrate», me repito.

—Hablas como un novio celoso —profiero imitando su pose de cruzar los brazos sobre mi pecho y acompaño el gesto alzando mi barbilla con orgullo.

No hay mejor defensa que un buen ataque, táctica que empleo para lidiar con el endemoniado carácter Damyan.

Tensa la mandíbula y me atraviesa con su mirada oscurecida porque algo que percibo que es enfado.

—¿Celoso yo? Ni lo sueñes, fierecilla. Lo único que no me gusta compartir —aborda y descruza sus brazos dando un paso hacia mí —Si calientas mi cama, es la mía, no la de otros.

Su alusión me enfurece cegando mi visión en rojo.

—Capullo, ¿qué te crees? No soy ninguna zorra— grito alzando las manos consumidas por el enfado.

Damyan se acerca y rodea mi cintura con sus fuertes manos a pesar de mi resistencia.

—Tranquila, fierecilla, no creo que seas ninguna zorra— es su manera de disculparse, aunque no apacigua mi cabreo.

—Eres un patán desalmado, Damyan Sokolov— insulto.

—Me encanta cuando utilizas ese lenguaje soez en tu boca, fierecilla, no sabes lo dura que me la pones— suelta, el muy descarado y silencia mi respuesta dándome un brutal beso que corta mi aliento sumiéndome en una vorágine de deseo insano.

Su boca siempre hace que olvide la razón por la que peleaba con él y eso es peligroso, muy peligroso.

Damyan Sokolov me convierte en una tonta que babea a cada rato por sus huesos.

«Mierda, estoy en problemas».

Sus besos son vehementes, cargados de pasión chispeante que mueve cada fibra de mi cuerpo, esa es la razón por la cual no puedo resistirme a él.

Su lengua exigente domina la mía que lo saborea con ardor desmedido, mis manos vuelan a su

cuello y él aprieta su torso a mis costillas. Percibo la dureza de su erección y el calor amenaza con consumirme. Mi corazón late descocado por la excitación y mis manos toman la iniciativa intentando deshacerme de su ropa.

De repente, Damyan abandona mi boca y encadena mis muñecas a sus manos.

—Sabes que averiguaré exactamente quién te golpeó, ¿verdad? —recuerda mirándome con demasiada intensidad.

Mi corazón se encoge ante sus palabras, porque percibo la preocupación en ellas. El pánico se apodera de mi cuerpo y de mi mente, porque esta maldita atracción se está tiñendo con toque demasiado personal.

Me encojo de hombros y de nuevo lo beso para silenciar su boca y olvidar las reflexiones que en este momento no ansío profundizar. Lejos de rechazarme Damyan me corresponde con vehemencia, con ardor. Rodea mi cintura con sus firmes manos y juntos avanzamos hasta que mis piernas chocan con el sofá que hay detrás. Damyan se separa y se deshace mis pantalones junto a mi ropa interior, me saca la camiseta alzándome los brazos y abre el cierre del sujetador quedando desnuda antes sus ojos.

Su mirada ardiente recorre cada curva de mi cuerpo y me invade un estremecimiento eléctrico que instala la humedad entre mis piernas. Damyan es capaz de ponerme cachonda solo con mirarme. Si alguien puede lograr que te sientas la mujer más sexy del planeta solo con la forma en la que te repasa con su mirada brumosa, ese es Damyan Sokolov.

Simplemente hermoso anuncia antes de abalanzarse a devorar mi cuello, bajando hacia mi pecho los que introduce en su boca, primero uno y luego el otro.

«Dios moriré ardiendo en el infierno sexual de este hombre».

Mis manos vuelan hacia su cuello y mi pelvis se eleva ansiosa por tener su atención.

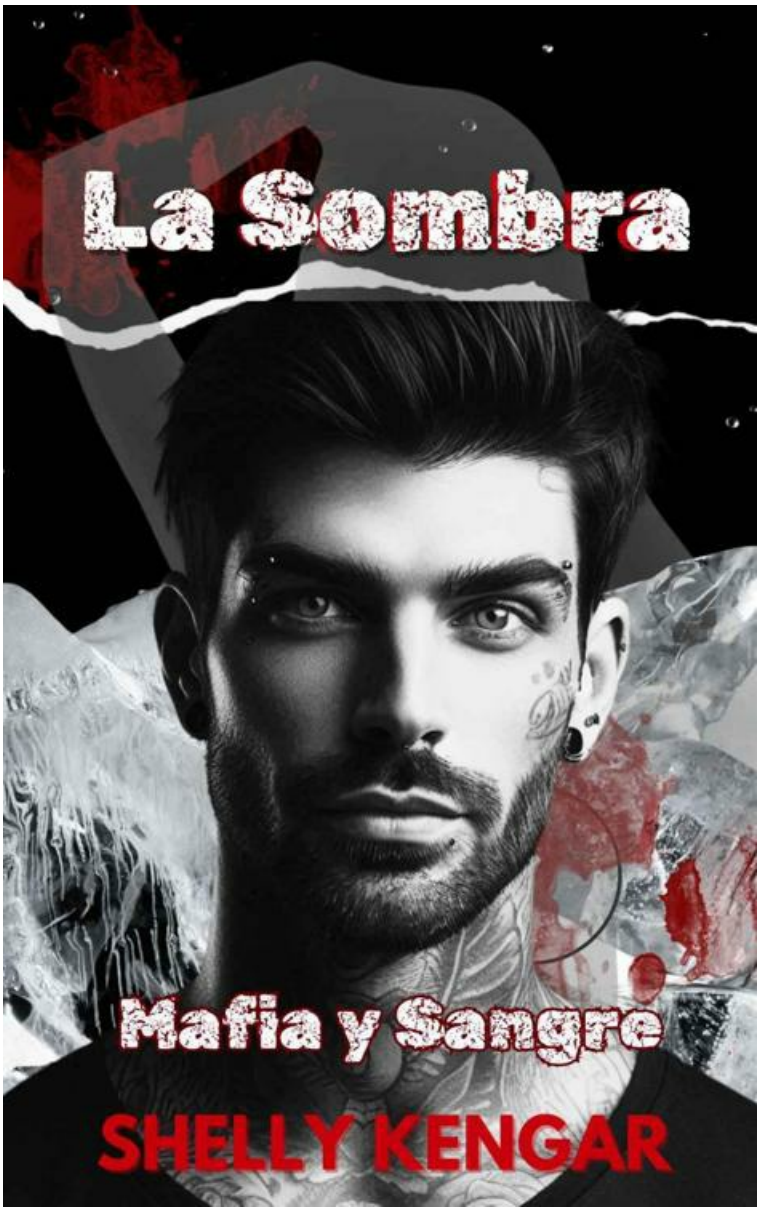
Sus manos se cuelan entre nuestros cuerpos abriendo mis labios para acariciar mi clítoris rebanando la humedad con la que mi sexo lo recibe.

—Húmeda y lista para mí, como a mí me gusta fierecilla— susurra contra mi boca

—¡Joder, Damyan!, déjate de palabras y dame lo que quiero —exijo cegada por el ansia de tenerlo en mi interior

Cuando se trata de Damyan y el sexo, mi cuerpo solo anhela que me lleve con su dureza y me transporte a toca el cielo.

—Sssssss, fierecilla, todo a su tiempo —contesta transportando su boca a mi cuello, hincando sus clientes para marcar mi piel sin compasión.



Capítulo 28

Damyan

Kat es una locura de mujer, pero en estos momentos es mi locura particular. Mis dedos se regodean rebañando sus fluidos mientras mis dientes mordisquean sus pezones.

Además, demasiado tiempo sin disfrutar de sexo del bueno.

«No te engañes», me aguijonea mi consciencia y la relego a un lugar inhóspito.

Las ansias de marcarla con el fuego de mi deseo me empujan a succionar más de la cuenta en uno de sus pechos, dejándole una marca. Los gemidos de Kat inundan mi despacho y resultan una música maravillosa.

Su pelvis se balancea contra mi mano en busca de su placer, sus ojos se cierran y muerde con sus dientes su labio inferior.

—Abre los ojos —ordeno y obedece— Deja que mire ese verde mientras te atravieso.

En cuanto tengo la plena atención de sus pupilas, me introduzco en su vagina con una salvaje estocada.

—Dios…—grita.

—Dios, no, fierecilla. Damyan Sokolov grábatelo a fuego en esa cabecita tuya— digo sin cesar en mis empentones acompasados.

Las embestidas son firmes, percibo las gotas de sudor cayendo por mi espalda y las paredes del sexo de Kat se estrechan como antesala del orgasmo. Acelero el ímpetu para alcanzar los dos al mismo tiempo el sumun de placer y me derramo en su interior satisfecho.

Nunca follo sin preservativo, pero con Kat se ha convertido una necesidad, lo que nació como un despiste que antes nunca había cometido, ahora es una norma. Durante un instante el temor de mi imprudencia atraviesa mi mente como un rayo.

Me levanto apartándome de su tentador cuerpo, poniéndome en pie como un resorte. Paso nervioso, una de mis manos por mi cabello.

—Kat, ¿qué anticonceptivo utilizas? — pregunto a bocajarro dominado por el terror.

Kat me acribilla con su mirada y se apresura a incorporarse para recoger sus prendas esparcidas por mi despacho.

—Un poco tarde para preocuparte, ¿no? — reprocha con sarcasmo.

Bien, la he cabreado, pero necesito saberlo, ahora mismo estas inquietudes arrasan con el placer del que hace unos segundos he sido víctima.

Me acerco en dos zancadas y la agarro de su antebrazo.

—¿Qué utilizas? — insisto y mi voz suena brusca.

—Inyección trimestral, tranquilo, hombretón, no hay peligro. Pero, aunque es tarde, estoy limpia para tu información, ¿puedes tu decir lo mismo? — responde airada, alzando la barbilla, escudándose en su orgullo, pero en sus ojos puedo ver el enfado y la decepción.

—Bien, si estoy limpio— me limito a decir; sin embargo, aún no la suelto.

—Demasiado rápido has contestado, teniendo en cuenta tu historial sexual. Por eso lo mejor será que lo dejemos aquí —expresa y forcejea para deshacerse de mi agarre.

Sigo sin soltarla, por el contrario, mis dedos aumentan la presión en su piel.

—¡Ni lo sueñes, fierecilla! — contesto recuperando mi lucidez a tiempo-No he acabado contigo.

—Lástima, que yo sí. Sigue con tus escarceos habituales que yo ya no te calentaré más la cama, jefe.

Acostarme con Kat había sido motivado por la atracción insana que surgió al verla, pero ahora mientras la observo enfurruñada proclamando que esto se ha acabado algo en mi negro corazón se revela. No sabría definir con certeza, sin embargo, algo tengo claro, esta mujer va a seguir follando conmigo, porque aún no estoy dispuesto a dejarla ir.

«Hasta que el interés se extinga», me digo.

—Olvídate, deja de actuar como una niñata. Vamos a continuar follando y te advierto desde ahora que tus orgasmos son míos fierecilla, así que olvidarte de alentar a ninguno de los imbéciles que se te acercan —proclamo acercando mi rostro al suyo.

El leve temblor de su cuerpo vibra bajo mi agarre.

—Eres un hijo de perra Sokolov. Exclusividad para los dos si no olvídate— asevera con firmeza.

Las comisuras de mi boca se estiran en una sonrisa ante la efusividad de su exigencia y por supuesto me pone duro. Esta mujer es todo un misterio para mí, porque a pesar de haberme

acostado con mil mujeres a lo largo de mi vida, Kat despierta cosas en mi interior que ni comprendo ni tengo tiempo de analizar.

Omito contestar a su exigencia, porque, aunque ella lo desconozca desde que la toque la primera vez, ninguna otra a captada mi atención como ella. Planto mi boca sobre sus labios devorándolos con premura, siendo recompensado con su aceptación que da paso a mi lengua para saborear su dulce sabor, el mismo que puede convertirse en una droga.

Tentadora y peligrosa así definía mi mente a Kat porque de momento había derribado demasiadas barreras que levanté meses atrás.

La muestra de ello era la rabia desmesurada que había experimentado al ver el golpe, su rostro y la promesa que me había hecho en silencio de averiguar el culpable de ese feo hematoma que lucía demasiado cerca de la boca que ahora mismo estoy degustando.

Decido romper el contacto porque si no de nuevo la tumbaré sobre cualquier superficie de mi despacho para introducirme entre sus piernas como un salvaje desesperado.

—Kat, en una hora en mi dormitorio —le ordeno y no me gusta que ella frunza el ceño ante mi proclamación.

Arqueo mis cejas y no la suelto hasta que asiente.

—Eres un capullo mandón— sisea mientras camina en dirección a la puerta.

—Un capullo mandón que te brinda los mejores orgasmos, no te olvides fierecilla. — recalco con una sonrisa cargada de picardía.

Abandona el despacho acompañado de un bufido exasperado que dibuja otra sonrisa en mi rostro.

Me obligo a cerrar la boca, porque me cabrea que esta maldita hechicera me roba sonrisas que creí que estaban muertas desde que me instalé aquí en Varsovia. Desde que el sueño de una vida a lado de Yasu se rompió en mil pedazos por culpa del perfecto de mi hermano.

Golpeo la mesa del escritorio con mi puño, frustrado, porque desde que me he enredado con Kat no he pensado en Yasu. Ese amor platónico no correspondido que me sumió en la oscuridad en la que vivo a diario.

«Quizás Kat sea mi segunda oportunidad», chivatea mi consciencia y el silencio de un gruñido.

Dos golpes en la puerta me sacan de mis elucubraciones derrotistas.

—Adelante —contesto entretanto me incorporo.

Alyssa camina lentamente, moviendo sus caderas de manera sensual. Así es Alyssa Kan, sexy, esta mujer exhuma seguridad en sí misma. La menor de los hermanos Kan es la dulzura personificada.

—Hola, Damyan. —Saluda esbozando una sonrisa agradable.

—Alyssa. —Saludo y rodeo el escritorio para sentarme en el sillón.

Adivino los motivos de la visita improvisada de Alyssa; aun así, guardo silencio.

Deja su bolso sobre la silla frente a mí y acaricia la madera oscura de mi escritorio con los dedos de su mano caminando hacia mí de manera sensual. Por desgracia, Alyssa ya no despierta interés en mi libido.

«Maldita hechicera», sisea mi mente.

—Llevas muchas noches sin pasar por el club— suelta colocándose frente a mí, apoyando su trasero entre el escritorio y mis rodillas.

Sé leer el lenguaje corporal, y esta mujer pide sexo a gritos en silencio por cada movimiento, por cada aleteo de sus pestañas, con cada vez que la punta de su lengua acaricia su labio inferior.

—He estado ocupado— contesto sin darle pie a más.

Alyssa no se da por aludida y se sienta sobre mi regado a horcajadas.

—¿Qué sucede Damyan? — pregunta acariciando mi cuello con sus manos.

—No sucede nada, Alyssa. Ya te he dicho que he estado ocupado y sigo ocupado— recalco para qué sé de por aludida y se largue.

No me gustaría acabar a malas, Alyssa es parte de los Maotang, sus hermanos son dos piezas importantes en la organización, por lo que sería contraproducente desairarla.

—¿Hay alguien más? — pregunta y para mi sorpresa percibo cierto temblor en su voz.

¿Dónde está su seguridad? Me pregunto

—Alyssa, yo, nunca prometí amor eterno, no tenemos una relación. Tan solo somos amigos que durante un tiempo se apoyaron mutuamente— expreso con tino para no sonar demasiado brusco.

Ella se levanta de mi regazo como si mi cuerpo quemara y acaricia su melena rubia de forma inquieta.

—Hay alguien más— esta vez no es una pregunta, es una afirmación.

—Alyssa, no hagas las cosas difíciles, me gustaría seguir siendo amigos-anuncio con cariño.

—Damyan, siempre pensé que en algún momento superarías ese enamoramiento insano por la mujer de tu hermano— la tristeza tiñe sus palabras-Pero esperaba que yo fuera la culpable de sacarte de ese pozo, no que fuera otra.

—Alyssa te equivocas, no he superado nada. Simplemente…— me interrumpe alzando una de us manos.

—Miéntete a ti mismo, pero no a mi Damyan, puedo notarlo en cada movimiento, en tu voz, todo indica que vibras por alguien y ese alguno no es Yasu Shinoda de eso estoy segura-asevera alzando su barbilla y por un momento me fijo en sus ojos vidriosos.

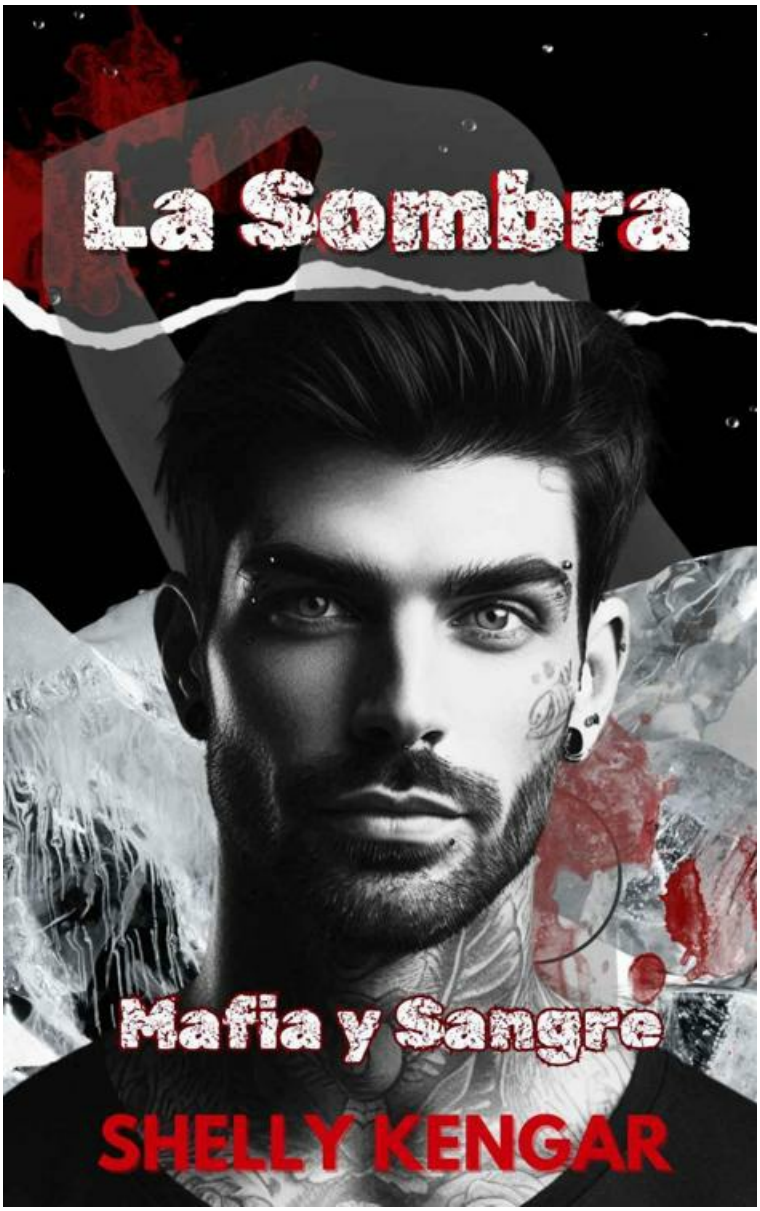
—Lo siento— digo, aunque jamás me disculpo, sin embargo, en este momento siento que no he sabido ver que Alyssa no tenía las mismas intenciones que yo al acostarnos, sino que sus sentimientos iban más allá. Empatizo porque ser lo significa sentirse rechazado.

—No lo sientas, debí haber protegido mejor mi corazón-proclama cogiendo su bolso y guiñándome un ojo a juego con una sonrisa amable.

—Espero que no le rompas el corazón, aunque en este caso podría asegurar que si alguien puede salir herido eres tú, así que cuídate Damyan-advierte antes de abandonar el despacho.

Una vez solo, me embarga un amargo sabor en la boca, repitiendo una y otra vez las palabras de Alyssa.

Está equivocado, cierto, Kat provoca que mi cuerpo y mi alma vibren de nuevo ante su luz, pero la oscuridad y el desamor siguen carcomiéndome a momentos.



Capítulo 29

Kat

Al salir del despacho de Damyan me tropiezo de lleno con Alyssa.

—Hola, Kat, ¿qué tal? — se interesa con una sonrisa sincera.

Por alguna extraña razón me molesta verla en el palacete y cerca del despacho de Damyan

—Bien, ¿y tú?

—Bueno, en un rato, espero estar mejor— anuncia con un brillo pícaro en su mirada.

Al principio la miro desconcertada porque no comprendo a qué se refiere.

—Te dejo, Kat, tengo un poco de prisa. Voy a calmar a mi fiera particular— anuncia caminando hacia el despacho del que yo misma acabo de salir.

—Por supuesto— contesto con una sonrisa forzada, aunque mis ojos se quedan clavados en su

figura mientras camina perdiéndose en el interior del despacho de Damyan.

«Hijo de perra mentiroso, embaucador», insulta mi mente mientras camino enfurecida hasta mi habitación.

Barajo la posibilidad de no ir a su dormitorio tal como ha solicitado, aunque confieso que mi sangre embravecida tiene ganas de guerra, así que lo encararé y le diré las cuatro cosas que se merece. Al llegar frente a la puerta de mi habitación, no me sorprende encontrarme a Vin con las piernas cruzadas y apoyado a mi puerta.

—Últimamente, es demasiado difícil hablar contigo, *Katwoman*— se queja.

—No te quejes, estoy trabajando, nuestro jefe es un pelín exigente— profiero, dejándome llevar por el enfado que cargo.

—Y a ti ese rasgo te cabrea demasiado, ¿no? —comenta con ironía acompañando sus palabras con alzamiento de cejas.

—Pues sí, — contesto abriendo la puerta, entramos los dos juntos.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —pregunta fijándose en el maldito hematoma a causa del derechazo de Asthor.

Dudo en confesarle la verdad, porque temo el sentido alarmista de mi amigo.

—Tuve un encontronazo con Asthor— expreso al fin, dejándome caer sobre el colchón.

—¡Joder!, ese idiota no desiste— profiere Vin alarmado.

—Tranquilo, sé cómo manejarlo— digo en un tiento por apaciguar su negatividad.

—Bueno, siempre dices eso. Pero aquí estamos, sin rastro de Rossi y cada día más cerca del plazo que nos dio tu padre para volver.

—No quiero hablar de eso. ¿Qué novedades tienes? —pregunto cambiando de tema a propósito.

—Nuestros informadores no tienen mucho que contar, la mayoría tienen miedo, ni siquiera las tentadoras sumas de dinero resultan un suculento aliciente para soltar prenda.

—El líder de la yakuza actúa en las sombras, la verdad es que ocultando así su identidad desconcierta a sus enemigos— reflexiono en voz alta

—¿Percibo admiración en tu voz? — interrogo de forma retórica Vin.

—Reconozco a un buen estratega cuando es necesario, y el líder chino está demostrando serlo. Además, no creo que el atentado contra Damyan sea algo personal. Está atacando al peón más débil según su criterio.

—¿Crees que Damyan es el eslabón más débil? — pregunta mi amigo sorprendido.

—No, pero del círculo que rodea a Andreas es el más accesible. Supongo que tomando como punto de partida que el resto de los líderes de la *Societas* están blindados, Damyan Sokolov no lo está— corroboro y me levanto, necesito una ducha antes de presentarle batalla al susodicho.

—En los vestuarios se rumorea que el Lobo desterró a su hermano de su lado por culpa de su actual mujer —suelta a bocajarro Vin desconcertándome con la información facilitada.

Me giro y lo enfrento para que se explique mejor.

—No me mires así, yo solo digo lo que he escuchado— se queja Vin levantándose y alzando las manos en son de paz.

—Explícate mejor —exijo y mi barítono es demasiado elevado para sonar impasible.

—Dicen que el pequeño de los Sokolov se enamoró perdidamente de la princesa de la yakuza, Yasu Shinoda, pero ella eligió contra todo pronóstico a Akim Sokolov —relata y su mirada está puesta en mi atento a mis reacciones.

—Bueno, al fin y al cabo, son rumores— comento poniendo rumbo al baño encogiendo los hombros de manera casual.

—Kat, a mí no me engañas, te conozco demasiado para no ver las señales— aborda Vin mirándome con perspicacia.

—¿Que señales, Vin? —pregunto adoptando mi máscara más ingenua.

—A ti, te interesa el jefe más de lo que dices — suelta —, y lo peor es que el hecho de ocultárselo a tu mejor amigo, a tu hermano es demasiado preocupante.

—No digas tonterías, a mí Damyan Sokolov me la trae al pairo — contesto demasiado rápido para que resulte creíble.

—Kat… —su tono está cargado de advertencia-necesito que mantengas la cabeza fría, porque estamos metidos en la boca del lobo, nunca mejor dicho.

La cara de preocupación que exhibe Vin me encoge el alma, por mentirle, por no desahogarme con mi amigo, mi hermano explicándole la bola de emociones locas que Damyan Sokolov despierta en mí.

—Tranquilo, Vin, estaré bien— le digo acercándome para posar mis labios en una de sus mejillas.

Mi amigo acepta mi proclamación y de momento, se marcha de mi dormitorio con la cabeza baja. Su preocupación me inquieta, porque en el fondo reconozco que su nerviosismo es real, algo que se escapa a su entendimiento, tiene la posibilidad de estallarme en la cara.

Entro a la ducha y dejo que el agua caiga sobre mi pelo, apoyo las manos en la pared y mi mente evoca de nuevo la cara sonriente de Alyssa encendiendo mi furia a niveles máximos.

—Cabronazo —farfullo en el silencio de mi soledad.

«Alyssa, Yasu, pero ¿cuántas mujeres tiene este arrogante con *sex-appeal* nivel Dios?»

Salgo de la ducha y me miro al espejo, localizo una marca en uno de mis pechos y casi se me desencaja la mandíbula.

—Hijo de perra —rujo.

El muy imbécil me ha marcado como si fuese una vaca, lo voy a matar.

Celosa, lo estoy, lo reconozco y es una emoción a la que no estoy acostumbrada, sin contar que también cuento con un cabreo monumental que casi me está ahogando. Abandono mi dormitorio, hecha una furia. En el recibidor central donde se encuentran las escaleras que debo utilizar para acceder al dormitorio del demonio mujeriego, veo a Kai hablando con varios de mis compañeros.

—Mierda— mascullo.

Mi intención es escabullirme para subir, sin ser vista, no obstante, la presencia de mi comandante frustra mis planes. Me detengo como si mis pies se clavaran al suelo e intento pensar la mejor manera de escaquearme.

Kai capta mi presencia al vuelo y me dedica una mirada de reojo que hace que me encoja. Mi comandante es un hombre que exhuma autoridad y critica, impone bastante. A pesar de verme no se dirige a mí, acaban la conversación y los hombres desaparecen por uno de los pasillos.

—Puff —suelto un bufido soltando el aire que desconocía que había retenido.

Sin perder tiempo miro a ambos lados para cerciorarme de que no hay peligro y subo de dos en dos los escalones para llegar el dormitorio de Damyan.

Experimento un sutil cosquilleo en mi piel mientras permanezco parada frente a la puerta de Damyan, mi furia, la misma que me ha empujado a subir las escaleras corriendo, se han disipado para dejar lugar a la inseguridad.

«¿Qué vas a reclamarle? No sois nada», mi consciencia bombardea mi cabeza provocando un leve pinchazo en mi sien.

Arrepentida de dejarme llevar por mis impulsos, doy un paso atrás para retorcer y regresar a

mi dormitorio.

«No estás aquí para centrarte en esta atracción que solo te traerá problema», de nuevo mi consciencia me azota con la realidad de que mis acciones no van por buen camino.

Casi he tomado la decisión de regresarme cuando el destino juega en mi contra y la puerta se abre ante las narices.

¡Joder!

Frente a mí, en todo su esplendor, peligroso, y atractivo, se muestra Damyan Sokolov con su pecho descubierto, dejándome disfrutar de la tinta que recorre cada recoveco de sus pectorales. Es un espectáculo que me pone a tragar saliva con dificultad.

Siento un cosquilleo subiendo por los dedos de mis pies y mis mejillas se enrojecen instándome a bajar la mirada para no babear ante el espectáculo.

—Pensé que tendría que ir a buscarte, fierecilla— las comisuras de su boca se estiran en una suave sonrisa que casi corta mi respiración.

Últimamente, Damyan sonríe, lo que resulta extraño en este hombre taciturno que actúa como un cretino que se cree todopoderoso.

—Ni lo sueñes, Sokolov —contesto de mala gana y lo aparto para entrar, no necesito arriesgarme a que alguien vea la escena que estamos protagonizando y empiecen los rumores.

A fin de cuentas, el palacete es como un gran colegio con hombretones grandes que no dejan de ser niños de patio de colegio ante un suculento rumor y menos en temas de, líos entre compañeros.

Damyan se aparta para que entre igual que un vendaval, pero mi brazo roza su piel desnuda y el torrente de calor atraviesa mi cuerpo provocando que mis músculos se tensen ante la excitación.

¡Mierda!

El pulso se me acelera. Aprieto los puños e intento normalizar mi respiración.

—Te veo alterada, fierecilla.

El timbre grave y sensual de la voz de Damyan me acelera el pulso de nuevo.

A la mierda mi intención de respirar de manera calmada.

Me giro para enfrentarlo mostrando mi ceño fruncido.

—Deja de llamarme fierecilla. No me gusta —reprocho.

Damyan da un paso para recortar la distancia y yo como respuesta doy un paso atrás. Él arquea una de sus cejas de manera interrogante.

—¿Qué sucede?

—No sucede nada, jefe. Tan solo vengo a decirte que te olvides de esto —profiero haciendo un gesto con mi mano señalándonos a los dos.

—Lo que sea que esté confabulando esa cabecita tuya olvídalo, porque esto— imita el mismo gesto de mi mano —se acabará cuando las ganas desaparezcan.

Su voz firme y determinante provoca que mi cuerpo se estremezca tiemble como una hoja.

—¡Ni lo sueñes, Sokolov! — me ratifico sacando valor de donde ni siquiera tengo. —No pienso ser una más de tu abanico de mujeres.

Él menea la cabeza sonriente.

—Celosa otra vez, fierecilla— comenta sacándome de mis casillas con su actitud de cretino arrogante, demasiado pagado de sí mismo.

Es una afirmación y como tal me cabrea porque la verdad que esconde.

—Más quisieras, imbécil— profiero, dominada por los deseos impíos de partirle el cuello. Desenvaino uno de mis cuchillos y cegada por la rabia me abalanzo sobre él para apuñalarlo.

Soy rápida; sin embargo, los reflejos de Damyan me superan y detiene mi brazo con firmeza, encadenando sus dedos con precisión a mi muñeca.

—¿Intentas matarme, Kat? —interroga alzando una de sus cejas con malicia.

Desarmarme resulta demasiado fácil para él, lo cual me cabrea, su agarre insta a qué mis dedos suelten el arma sin dificultad. La manera en la que pronuncia mi nombre eriza cada uno de los pelos de mi nuca. Sus ojos me atraviesan tocando mi alma de manera tan profunda que desatan mi excitación, pero también el pánico. El tono gris oscuro de sus pupilas y la tensión en su mandíbula denotan que, al igual que yo, el deseo lo está consumiendo.

—Eres un hijo de perra pretencioso —insulto retorciéndome para que me suelte, aunque lo único que consigo es que sus brazos rodeen mi cuerpo.

Baja su boca centímetro a centímetro y el cosquilleo nace en las puntas de mis pies avanzando.

—Y te encanta, fierecilla— sisea con sus labios demasiado cerca de los míos.

Espero un beso que no llega, mantiene su boca tan cerca que casi puedo respirar el aire que el mismo exhala.

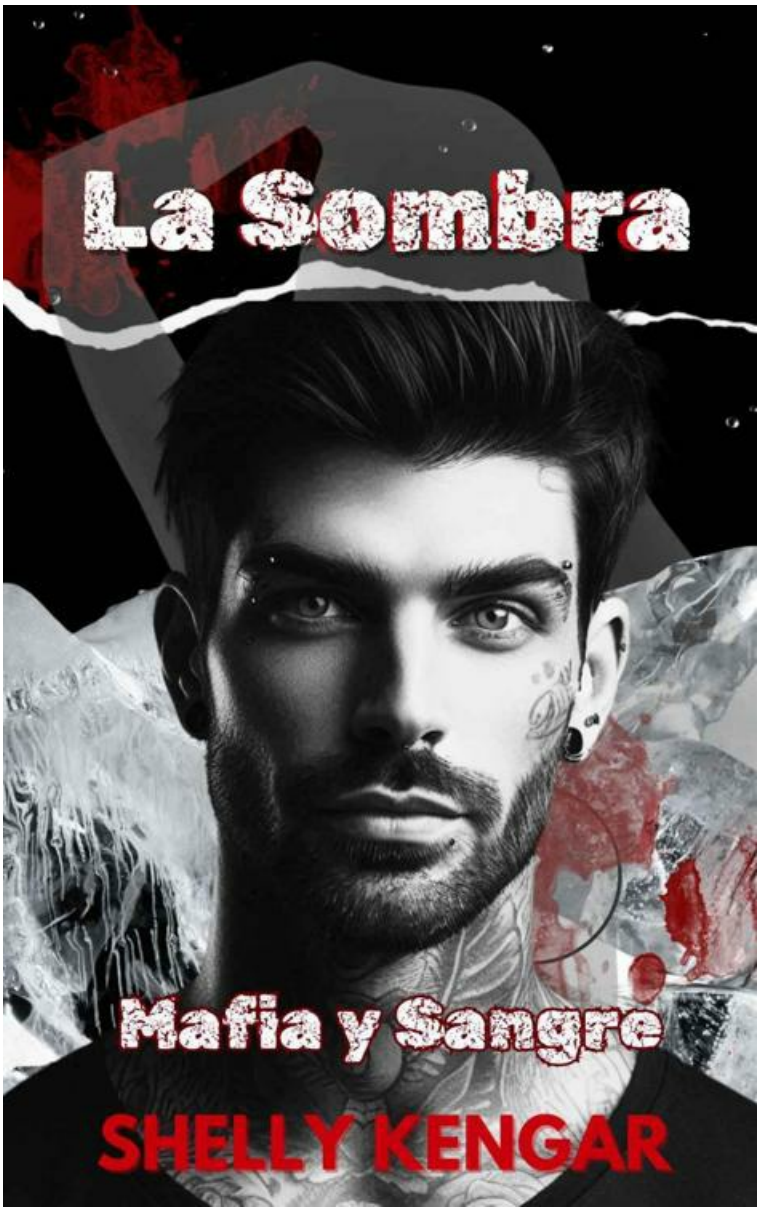
«Dios, este hombre es el pecado hecho piel».

Lo capto me está dando la oportunidad de decidir, aunque sus palabras anteriores no dejaban esa brecha abierta.

Bastaría un levísimo movimiento para fundirnos en un beso abrasador que borre todas las dudas, las inquietudes y reticencia que aún se pasean por mi mente cada vez más alejada de mi sentido común.

¡Joder, maldito sea!

La tentación gana la batalla a la resistencia y sin pensar dominada por el fuero de mis necesidades más primarias, soy yo la que acciona el ligero movimiento para provocar ese beso que ansío con cada fibra de mi ser.



Capítulo 30

Damyan

Observarla desnuda sobre mi cama es un aliciente hipnótico para mi embravecido corazón, el mismo que hace demasiado que no latía al compás de una balada tranquila.

Cuando Kat irrumpió en mi habitación, debería haber cedido, dejarla que acabara con esto que compartimos. Sin embargo, como el puto egoísta que soy me impuse a su cerebro apelando esta hambre que nos consume cada vez que estamos en la misma habitación.

Mis dedos vuelan a su espalda acariciándola con suavidad, un gesto que me sorprende hasta mí.

«¿Desde cuándo me pongo tierno con mis compañeras de cama?»

Kat ha marcado una antes y un después, debo ser sincero conmigo mismo y reconocerlo. Esta

maldita hechicera con un carácter tan explosivo como voluble ha conseguido que mi corazón podrido por el rencor y el desamor haya vuelto a palpitar a su alrededor.

Llevamos horas encerrados en mi habitación y no me canso de esta mujer. Ni siquiera los treinta minutos en los que he cerrado los ojos y mis habituales pesadillas no me han visitado.

—Me vas a desgastar —La afilada voz de Kat me saca de mis elucubraciones.

Se gira sobre el colchón y la sabana cae de forma suave hasta dejar sus pechos a la vista, y clavo mis ojos en ellos. Su rostro muestra unas mejillas sonrosadas que opacan su mirada verde brillante y percibo como mi erección se despierta con un rayo.

«Esta mujer es pura tentación».

—Me gusta mirarte mientras duermes— suelto y al minuto me pregunto de donde ha salido esa afirmación.

—Sokolov, no te enamores, que esto solo es sexo— afirma ella sin apartar la mirada, hundiendo sus pupilas en mi cara y sus palabras me atraviesan el corazón como una afilada daga.

«¡Joder!, ¿a qué ha venido eso?»

Mi pecho se encoge y mis ojos se entornan.

—Aquí nadie ha hablado de amor, fierecilla. Además, para que te quede claro, soy incapaz de experimentar ese sentimiento— me ratifico frunciendo mi boca y alargando la mano para acariciar su pecho.

Las chispas de esta atracción que nos consume se ponen en acción oscureciendo su mirada, entretanto mis dedos juguetean con sus pezones erectos.

Kat es receptiva al máximo a mis caricias, lo que me enciende como una cerilla.

Nos enfrascamos en eliminar la poca distancia que nos separa y Kat rodea con sus suaves manos mi cuello pegando sus costillas a mi torso desnudo. Le dedico una sonrisa cargada de picardía y malicia y aplasto sus labios, contra mi boca, en un beso voraz que transfiere el hambre que me consume. Ella no se queda atrás, avanza su lengua encadenándola a la mía, devorándome como la fiera que es.

Kat siempre es capaz de acelerar mi pulso incluso sin tocarme, por lo que en estos momentos me embarga le apremio de enterrarme entre sus piernas para que no olvide quien la lleva al placer, quien la transporta al más puro y primario orgasmo mientras sus ojos centellean como antorchas en una negra noche.

No tardo en colocarme sobre ella y me recibe abriendo sus piernas para que me coloque entre ellas, sin romper el beso que nos abrasa a los dos, envolviéndonos en una hoguera de deseo y ansias que nubla nuestros sentidos.

Mi boca abandona la suya para recorrer la tersa y suave piel de su cuello hasta su clavícula, lamiendo con la punta de su lengua hasta llegar a las crestas de sus pechos. Introduzco uno de sus pezones en mi boca y succiono, ganándome varios ruiditos que emergen de su garganta, regalándome los oídos con ellos.

—Damyan— dice con voz queda.

«¡Qué bien suena mi nombre en su boca!»

Prosigo con la tortura de meter en mi boca sus pechos mientras la punta de mi glande presiona juguetona el centro de su vagina.

¡Dios!, no creo que aguante mucho más para atravesarla con mi erección que ya está preparada y lista para atacar.

—¿Quieres matarme? — susurra con los ojos cerrados.

—Abre los ojos Kat, te quiero mirándome mientras te embisto— exijo ganándome que ella ruede sus ojos hacia arriba de forma cómica.

—¡Eres un maldito arrogante! —masculla, jadeante, presa del deseo.

La urgencia se acumula en mi estómago consumiéndome. La beso con frenesí antes de atravesarla con una firme y decidida estocada que le roba el grito anhelante que casi provoca que pierda el control. Permanezco en su interior disfrutando de la sensación de sus paredes enfundando mi polla. Es como regresar después de largo tiempo a casa, esa sensación que te llena y te deja ansioso de más, así es como me siento cada vez que la follo.

«Peligroso», la advertencia de mi consciencia se cuela entre las brumas del deseo, pero la silencio.

Me introduzco más y más, hasta alcanzar una profundidad que provoca que la sienta como parte de mí. La tensión en mi zona lumbar se intensifica ante las acometidas frenéticas que mantengo encajándome a su cuerpo, de manera que no exista nada más en el mundo que Kat y yo.

«Peligroso»

«Demasiado»

Kat gime e intenta reprimir el sonido mordiendo su labio inferior, lo que se gana una mirada crítica por mi parte.

—Grita, fierecilla, me importa una mierda si nos oyen en toda Varsovia— proclamo acelerando el ritmo de mis embestidas, percibiendo que la cúspide del súmmum del placer está demasiado cerca.

Kat sigue mi recomendación y chilla, inundándome de dicha y solo entonces dejo ir el torrente de placer que me embarga derramándome en us interior. Dejándome embargar por la sensación tan indescriptible que ni siquiera logro clasificar en mi turbio cerebro.

Consigo cerrar satisfecho los ojos rindiéndome a los brazos de Morfeo y de nuevo mis pesadillas no me atormentan. En algún momento de la madrugada me despierto y veo a Kat apresurada recogiendo su ropa con la intención de largarse.

En primer momento experimento cierta rabia irracional, porque estoy convencido de que pensaba abandonar mi dormitorio sin ni siquiera despedirse.

Eso es lo que sucede cuando tienes sexo con alguien, sin compromiso, apunta mi mente, aun así, la rabia no se disipa.

—¿Tienes prisa, fierecilla? —Mi voz contiene un tono de reproche que soy incapaz de enmascarar.

Kat alza sus cejas clavando las dos esmeraldas que tiene como pupilas. Un destello de frustración cruza las mismas y frunce sus labios, hinchados por los besos que hemos compartido, en un mohín que tiene demasiado de infantil.

—Que a ti te dé igual que todos en este puto palacete sepan que me follas, no significa que a mí no me importe. No me apetece estar en boca de todos— profiere enfundándose en us pantalones de cuero negro.

—Prefiero que sepan a quién perteneces— asevero sin apartar mis ojos de ella.

—Yo no pertenezco a nadie, Sokolov —rebate peinando con sus dedos su cabello para hacerse la coleta.

—Pero tus orgasmos, sí— me ratifico y el nivel de cabreo va en aumento.

—¿Por qué no dejas de ser tan creído, jefe? Resulta un fastidio— abrocha su camisa y ya está lista para desaparecer de mi dormitorio sin más.

—Esta noche tenemos un compromiso— abordo reconduciendo la conversación, en un intento de despejar mi cerebro, porque de lo contrario la ataré a mi cama hasta que me harte.

Una de sus cejas hace un arco tan perfecto que casi toca el nacimiento de su cabello.

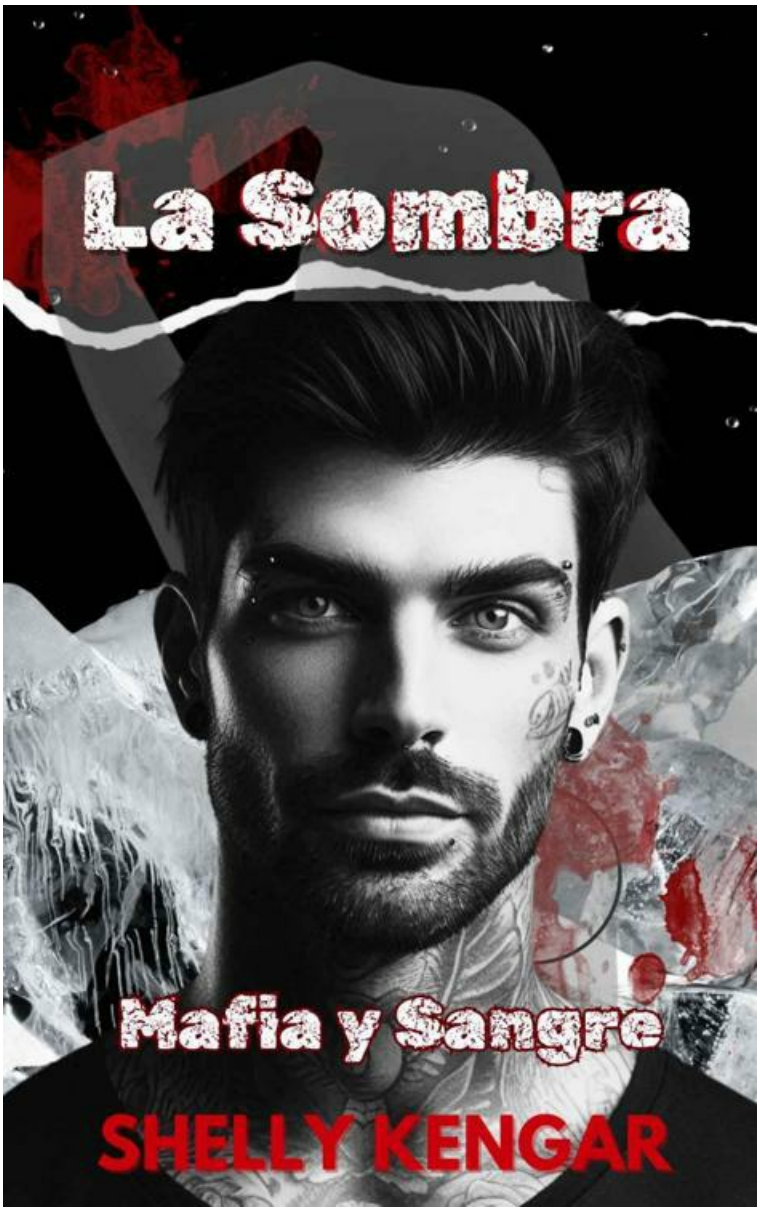
¡Joder!, esta mujer, me gusta, no rectifico, me encanta.

—Por trabajo— pregunta con mirada escéptica.

—Sí— certifico, aunque pienso disfrutar de verla vestida con el traje que he comprado para ella.

—Okay— dice y se marcha sin más dejándome en mi soledad.

El vacío que se adueña de mi pecho despierta un pánico que se instala en mi alma como un enorme agujero.



Capítulo 31

Narrador omnisciente

Las mentiras a veces no solo son crueles, sino que son capaces de cambiar el rumbo de acontecimientos de las personas implicadas.

Irina aceptó mentir por dinero, por salvar a Antón, porque la necesidad era la losa que pesaba sobre sus hombros. Razón por la que aceptó el dinero de la bratva para presentarse en casa de Romicov y relatar las mentiras que le hicieron memorizar minuciosamente.

Así, sucedió y así se encontraba Irina explicándoselo a Héctor, uno de los secuaces de la mafia.

—¿De quién era el bebé? —pregunto Héctor sin apartar la hoja de su cuchillo del cuello del hijo de Irina.

—No lo sé, nadie me dijo más de lo que te he contado— contesta Irina, la borde de las lágrimas—, el hermano del pakhan tan solo dijo que los bastardos debían criarse con sus iguales.

Héctor la cree, razón por la cual libera a Antón.

Irina se apresura a correr para estrechar a su hijo entre sus brazos.

La mafia con Héctor a la cabeza abandona el restaurante, de momento ya ha obtenido la información que necesitaba. Cuando Irina veintitrés años atrás entrego a Katia en los dominios de su jefe, este se apresuró a realizarle una prueba de ADN a la recién nacida. Unos análisis que desvelaron que la sangre Rumicov corrían por sus venas. Lo extraño es que su madre nunca la reclamó y su jefe y amigo desconocía la identidad de esta. Illya Rumicov después de darse una segunda oportunidad con la mujer, que fue y será el amor de su vida y fracasar, se dedicó a follarse a toda mujer que se ponía delante, así que cualquiera podía ser la madre de Katia Rumicova.

Pero Héctor siempre sospecho que detrás de ese inoportuno bebe había algo más, y hoy veintitrés años después lo acababa de ratificar.

Irina fue contratada por el hermano del pakhan así que los orígenes de Katia debían estar entre las murallas de la bratva. Él sospechaba, pero no contaba con las pruebas necesarias para presentárselas a Illya. Su amigo era demasiado terco para confiar en los instintos que susurraban verdades enmascaradas.

Por desgracia, Héctor estaba seguro de que Illya Rumicov se arrepentiría de haber desechado a la hija que nunca quiso, porque cuando su procedencia quedara al descubierto su amigo se maldeciría una y mil veces.

Según el hombre, la jovencita era fuerte, decidida y terca como su padre, demasiado inteligente y ávida. Era una guerrera y Héctor se enorgullecía de que la joven hubiera luchado por hacerse un lugar en la organización de su padre.

Por mucho que Illya no lo quisiera ver, era digna de ser su legado.

Héctor pone rumbo al aeropuerto de Tirana, es hora de reunirse con su jefe. Illya Rumicov lleva días en paradero desconocido, porque la bratva tiene fijación por él. Desde que el pakhan Pavel Sokolov ha muerto, los voyevikis se han esmerado en intentar dar con Illya.

El teléfono le suena y lo descuelga.

—¿Dónde estás?

—Subiendo al avión privado— informa Héctor a un Illya demasiado nervioso.

—Queda un día para la maldita reunión con el hijo de perra de Rossi y te quiero a mi lado —exige

—Lo sé, debo evitar que lo mates— pronuncia Héctor con calma.

—Exacto. Además, necesito saber quién está detrás de la maldita persecución a la que me está sometiendo los rusos. Sin un pakhan, no tengo ni idea de quién mueve los hilos.

—Si no es Nikov, pues ¿adivina quién es? — Héctor es único plantando semillas de duda, en us jefe.

Sin embargo, Illya Rumicov está demasiado ciego cuando la mujer que lleva amando toda la vida entra en la ecuación.

—No insinúes gilipolleces— crítica dando por concluida la conversación.

A kilómetros de Tirana en Moscú.

Mariya Sokolova se enfunda en su mono negro que realza su estupenda figura a pesar de sus cincuenta y un años. El ejercicio físico al que se somete a diario y una buena dieta ayudan a su buena genética. Coloca sus dagas en las fundas camufladas por la tela de su pantalón mientras en su cabeza reflexiona, sobre lo acontecido.

Su vida, tal como ella la había vivido, resulto ser una maraña de mentidas tejidas con la aguja de poder de su difunto padre. Descubrir que todo el dolor que albergaba su corazón después de, dejar a su hijo en manos de Rossi, perder a un bebe recién nacido y lo que más pesaba, añorar el amor de su vida.

Mariya había enterrado un hermano, un hijo, un marido y finalmente un padre. Pavel Sokolov había sido un padre adorado, de eso no tenía ninguna duda; sin embargo, su afán de poder lo había convertido en el monstruo que fue.

La muerte de Kirill Sokolov, su venerado hermano, había marcado un antes y un después en su vida. Porque Kirill durante toda su infancia y adolescencia actúo como su pilar, su protector, su confidente.

El veneno del odio recorre sus venas, alcanzando su corazón, pudriendo cualquier sentimiento que albergue.

Yerik irrumpe sacándola de sus elucubraciones.

—¿Preparada? —pregunta su hombre de confianza.

—Sí.

Hoy es el día, Mariya Sokolova pretende proclamar delante de toda la organización la identidad del nuevo pakhan después de la muerte de Pavel Sokolov.

Atraviesa el pasillo central de la fortaleza Sokolov que da acceso al salón central donde se han dado cita la totalidad de representantes de la mafiya roja.

Mariya Sokolova irrumpe en la estancia ante la exhaustiva mirada de los presentes. Su pose de reina a juego con su mirada audaz. No se detiene frente al sillón del cetro que ocupó su padre, el anterior pakhan, sino que a modo de provocación se sienta ocupándolo como si en realidad lo hubieran tallado para ella.

La ovación en desacuerdo se solapa con los murmullos de los más prudentes.

—Es una falta de respeto— grita uno de los miembros y Mariya se limita a arquear una de sus cejas.

Espera unos minutos y se pone en pie.

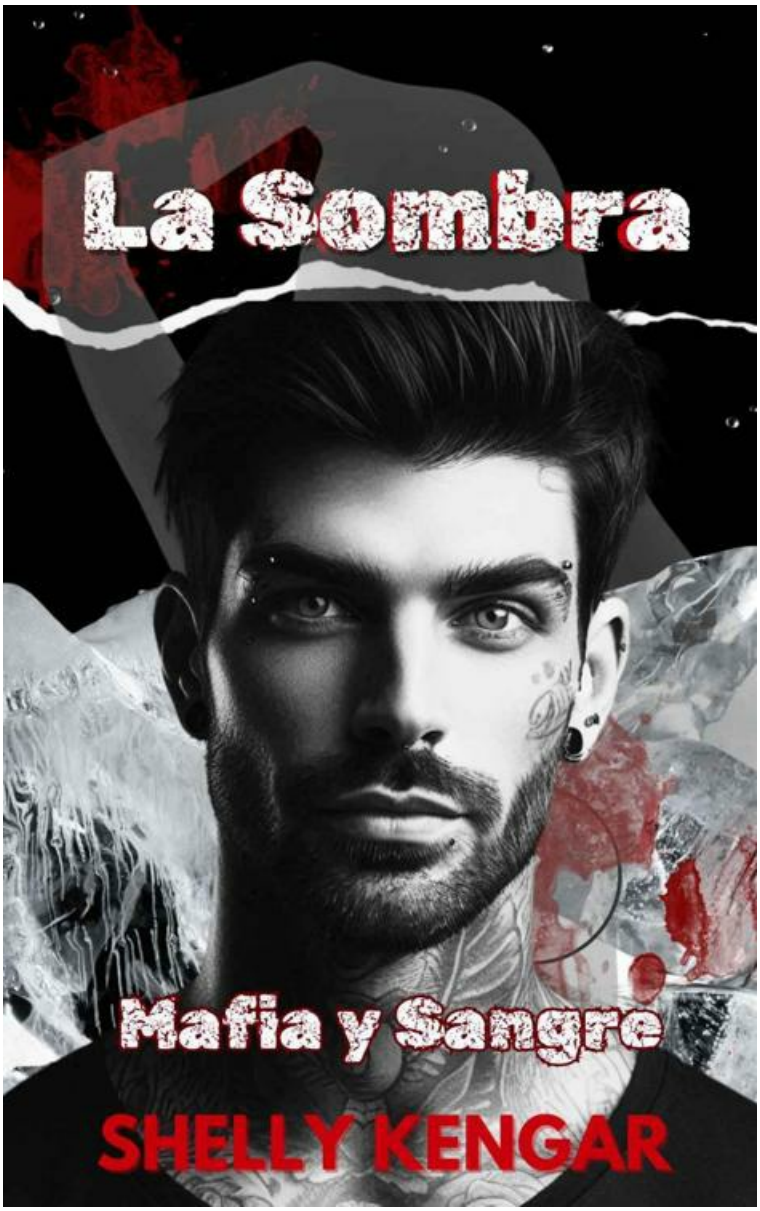
—Estoy donde me corresponde, por ser la última Sokolov, descendiente directa del difunto pakhan y madre del heredero al título. Quien no lo apruebe puede retarme para arrebatarme lo que me pertenece por derecho de sangre— proclama Mariya con una seguridad pasmosa.

Los murmullos siguen inundando el lugar, pero de momento nadie da un paso al frente ante la provocación de Mariya Sokolova.

—Si todos estáis de acuerdo, y nadie se ofrece para luchar, aunque os advierto que la última persona que se enfrentó a mí por el título puede aportar su opinión— informa Mariya y de repente algo vuela frente a sus pies rodando.

Frente a las caras de espanto de todos se muestra la cabeza con los ojos abiertos del anterior Vor de la bratva.

Dimitry Nikov.



Capítulo 32

Kat

Después de una ducha para que mis músculos se relajen y deshacerme de olor de Damyan que exhuma todo mi cuerpo, me enfundo mi uniforme y salgo disparada hacia la sala de entrenamiento. Esta mañana no tenemos nada en la agenda, nuestro comandante tan solo nos ha indicado que entrenemos y nos preparemos para pasar a la acción en cualquier momento.

Golpeo, concentrada el saco de boxeo con fuerza y movimientos sincronizados, manteniendo mi mente en blanco hasta que Vin se coloca entre el saco y mi puño y casi le reviento la cara. Por suerte, mis reflejos están en plena forma y paro el golpe a tiempo a dos milímetros de su perfilada nariz.

—¿Qué coño haces? —Lo reprendo furiosa.

Mi amigo, en ocasiones, actúa de manera imprudente, lo que consigue cabrearme. Cruza sus brazos, sobre su pecho y me somete a un escrutinio demasiado exhaustivo para que sea fortuito.

—Tenemos que hablar— pronuncia con seriedad.

Arqueo expectante una de mis cejas ante us actitud misteriosa.

Suelto un bufido hastío y echamos a andar uno a lado de otro abandonando la sala de entrenamiento hacia los vestuarios.

Vin mira a su alrededor comprobando que no haya nadie.

—Te vi— suelta desconcertándome.

Arrugo el rostro sopesando a qué se refiere mi amigo.

—¿No piensas contestar? Te advertí que no te acercaras tanto a Sokolov que mantuvieras las distancias —menea la cabeza pasando una de sus manos por su cabello negro como el ala de un cuervo —No te reconozco, Kat.

Me vio, salir del dormitorio de Damyan, ahora lo entiendo.

«¡Mierda!»

Me he empeñado en ocultarle a mi mejor amigo esta atracción que me empuja hacia Sokolov considerando que era lo mejor para no aumentar la preocupación en Vin, pero en este instante lo veo claro. Debía haber sido sincera con él.

—Vin, yo…— titubeo.

—Kat, dudas, ¿eso sí que es extraño? Nos largamos, recoge tus cosas, volvemos a Tirana— proclama con una seguridad que planta el pánico en mi alma.

—No— mis dedos se encadenan a uno de sus brazos— por favor, estamos demasiado cerca.

—¿Cerca de qué? De tu suicidio emocional. Olvidas que te conozco, posiblemente sea la persona que mejor lo haga —recrimina y la decepción inunda sus pupilas, estrujándome el corazón.

—Lo siento, Vin, pero es demasiado complicado. Necesito que confíes en mí—le pido casi llegando a suplicar.

—Kat, siempre he confiado en ti, te seguiría a los confines del mundo. Pero por esa misma razón creo que lo mejor será regresar a Tirana. He observado cómo lo miras y es lo que realmente me da miedo.

Pestañeo ante su afirmación.

—Vin, la atracción es demasiado complicada, solo eso. Pero tenemos que aguantar dos días y todo habrá acabado.

Lo veo sopesar mis palabras y rezo en silencio para que no insista en regresar.

—Kat— sus manos sujetan mi cara y me mira con todo el cariño que siempre me ha brindado, porque él es mi familia, mi hermano, mi apoyo, mi todo. La persona que me ha acompañado desde que era apenas una niña-no te engañes. Pero, aunque sé que me voy a arrepentir, tienes dos días.

El resto del día transcurre y la sensación amarga en mi alma no desaparece. En el fondo me entristece haber decepcionado a mi amigo. A las siete en punto llaman a la puerta de mi dormitorio y me entregan un paquete. Cuando lo abro, veo un vestido maravilloso de color verde esmeralda a juego con unas sandalias de tacón.

—¡Joder, es precioso! —digo en voz alta.

Me apresuro a arreglarme colocándome el vestido que se adhiere a cada una de mis curvas, dejando una de mis piernas a la vista. Su escote en pico realza mi pecho enseñando lo justo. Opto por dejar mi cabello suelto y me doy el visto bueno mirándome al espejo. Hace demasiado que mi melena no caiga por mi espalda, pero es contraproducente llevarlo al viento cuando te pasas el

día esperando un ataque o entrenado en la lona. Abandono mi dormitorio y me apresuro a acceder al recibidor del palacete, camino despacio recordando que llevo unas sandalias de quince centímetros que no estoy acostumbrada a usar.

Y entonces lo veo. De algún modo logro seguir respirando mientras mis ojos lo repasan, está de espalda a mí hablando con Kai. Noto la mirada de mi comandante y un rayo de admiración cruza sus pupilas.

Viste un esmoquin que se adhiere a su espalda y salivo en exceso recorriendo sin pudor de arriba abajo. Como si percibiera mi presencia, se gira con lentitud y la energía electrizante crepita por cada parte de mi cuerpo.

«Es la atracción», me recuerdo.

Su mirada se oscurece, y me devora de forma ardiente. Cambio el peso de un pie al otro para deshacerme de la humedad que repentinamente se ha instalado entre mis piernas.

«Joder, es que este hombre es un pecado adictivo que me enciende avivando el fuego en mis entrañas».

Damyan Sokolov camina eliminando la distancia que nos separa, coloca una de sus manos en la parte baja de mi espalda y me insta a que camine a su lado. La expectación, el cosquilleo de sentirme como algo que no soy, su compañera, instala cierta sensación de mareo en mi cuerpo, tan parecida al vértigo que te inunda cuando estás colgada del pico más alto.

Una limusina nos espera en la puerta, entramos en la parte trasera. Ni siquiera ha arrancado el motor cuando Damyan acciona el botón que sube el cristal tintado que actúa como separación entre nosotros y el conductor.

Entorno la mirada, mostrando mi desacuerdo con la acción que acaba de realizar.

—Déjate de tonterías, Damyan. Estoy de servicio— proclamo sin moverme de mi sitio.

Pero este demonio travieso, que humedece mis bragas, se pasa mi advertencia por el forro, recorta la distancia para casi aprisionarme entre su pecho y el asiento.

—Sokolov no he tardado horas en arreglarme para dejar que destroces todos mis esfuerzos— refuto.

Una de las manos de Damyan se cuelan con facilidad en la raja de mi vestido, alcanzando mi ropa interior.

Reprimo un gemido mordiendo mis mejillas.

—Para— ordeno.

—Fierecilla, si llego a saber que el vestido que te he regalado te iba a quedar tan bien nunca hubiera permitido que te lo pusieras— sisea pegando su boca a mi oreja.

—Idiota— mascullo intentando concentrarme en inhibir el placer.

—Estás tan irresistible que me va a costar mantener las manos lejos de ti— masculla sin dejar en acariciar los labios inferiores.

«Joder», grito en el interior de mi cabeza.

—Maldita sea, Damyan— mascullo y mi voz parece un jadeo.

—Déjate ir, fierecilla. — solicita introduciendo dos de sus dedos en mi canal, arrancándome un rugido que me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás.

No debería desearlo, ni siquiera derretirme tan fácilmente; sin embargo, aquí estoy deshecha bajo sus dedos, alcanzando el placer al son del vaivén de sus dedos.

—Abre los ojos— su voz se cuela en mi cerebro, borracho de placer cuando casi he alcanzado el clímax.

Pestañeo, desconcertada y hundo mi mirada en sus brumosos ojos, oscurecidos por el ardor y el anhelo, y entonces gimo, como si no existiera el mañana, sin importarme que el conductor

pueda escucharme.

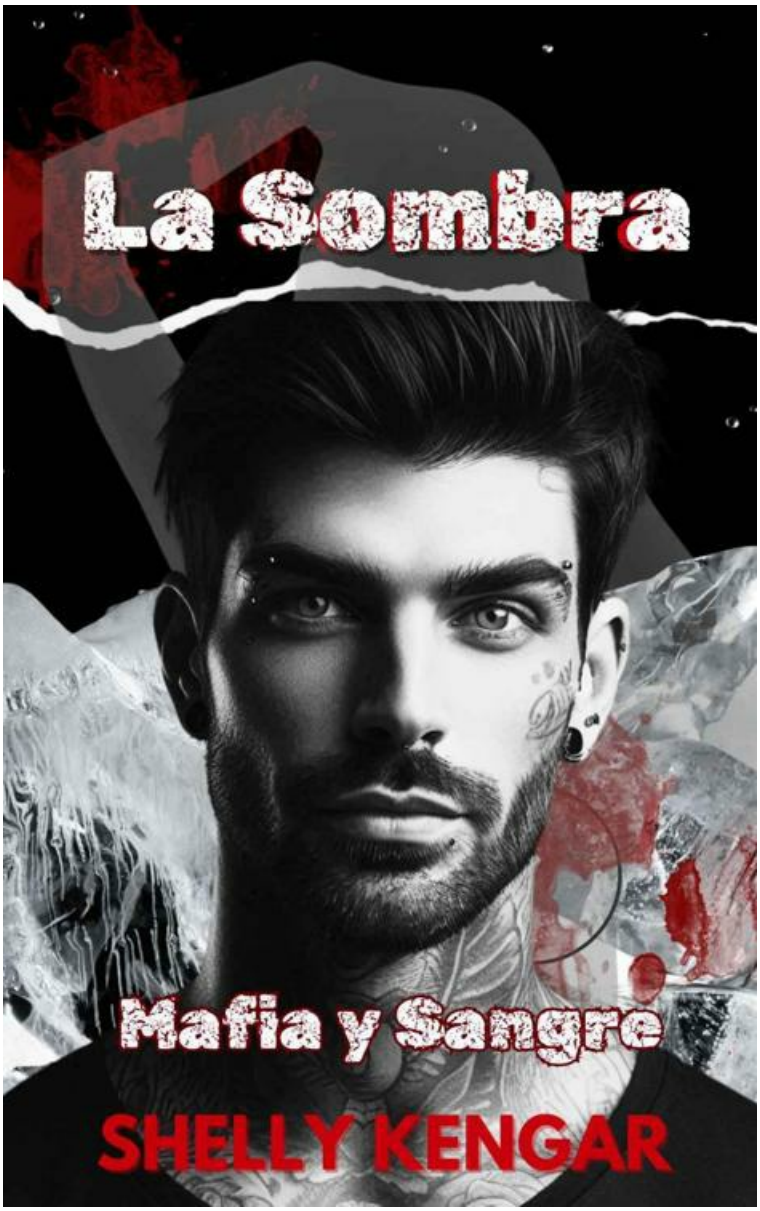
Damyan retira sus dedos impregnados de mis fluidos sin apartar sus pupilas de las mías y se los acerca a su boca, ante mi mirada hipnótica, lamiéndolos en un acto tan sensual como provocador.

—De momento tendrá que servir, para calmar las ganas que te tengo, fierecilla— proclama para sí mismo.

Aliso mi vestido con mis temblorosas manos y exhalo en un intento por recuperar la calma.

—Eres demasiado peligroso— profiero en voz alta, sumida en la vorágine de pensamientos caóticos que atraviesan mi mente.

Damyan alza las comisuras de su boca en una malévola sonrisa que podría robar el alma al más puro ser.



Capítulo 33

Damyan

Adrich, el conductor de la limusina, detiene el vehículo junto en la entrada de la embajada, abro la puerta y salgo con ímpetu, porque creo que unos minutos y hubiera ordenado que diera media vuelta para regresar al palacete y encerarme con este pecado de mujer en mi dormitorio. Extiendo mi mano para ayudar a salir y ella frunce el ceño mientras sus dedos tocan los míos. Electricidad, pasión, cosquilleo, el contacto de nuestros cuerpos siempre me deja con ganas de más.

«¿Es que nunca me voy a cansar de Kat?», la pregunta danza en mi mente.

Se coloca a mi lado y una de mis manos vuela a su espalda para acompañarla al subir los escalones que dan acceso a la puerta principal.

—La embajada china, ¿en serio, Damyan? —sisea sin perder la sonrisa de su rostro.

—Sí —contesto mirando al frente divertido.

—Te gusta caminar siempre por el filo de la espada, jefe— asevera.

"Jefe" odio que me llame de esa forma, aunque reconozco que también me pone, demasiado para ser sano.

Atravesamos la entrada principal, entrego las invitaciones que Kublain se ha encargado de hacerme llegar y pasamos sin contratiempos.

La sala central donde se celebra la recepción está repleta de personas y entre ellas zigzaguean camareros con bandejas en alza cubiertas de copa de champaña.

—Empieza la fiesta— murmuro solo para que Kat pueda oírme.

—¿Qué buscamos, jefe? —interroga en un tono quedo, sin apartar su mirada de todos los presentes, inspeccionando con minuciosa precisión a cada uno de los asistentes.

—Al enigmático enemigo que nos ha estado tocando las pelotas desde que se proclamó con el título— comunico, adoptando una pose relajada, acercando mi boca a su oreja para susurrarle esa información, pareciendo que es un comentario trivial entre una pareja.

Kat ni siquiera pestañea, asume y digiere la verdad sin inmutarse.

Caminamos hacia el centro de la multitud, mi mano permanece pegada a su espalda y la sensación de cosquilleo nace en las yemas de mis dedos, recorriéndome desde ellos hasta mi brazo.

—¿Tienes sed? — pregunto.

—Sí.

La guio con suavidad hacia una barra en uno de los laterales, sitio perfecto para inspeccionar el ambiente mientras fingimos tomar algo de forma distendida.

—¿Qué quieres? — me intereso antes de pedir girando mi cuerpo hacia el de ella.

Mirarla corta la respiración, mis ojos la devoran sin condición. Por un minuto, un dejavú acaricia mi mente y sacudo mi cabeza confundida.

«Situación similar, mujer diferente…»

—Vodka, por favor —Sus labios rojos me hipnotiza embotando mis sentidos que no logran apartarse de su rostro.

«Mierda, parezco un idiota embelesado», sisea en mi mente.

Mis labios se tuercen en una sonrisa ladina antes de girarme para solicitar vodka con hielo para los dos.

«Joder, es la segunda mujer que bebe mi licor favorito»

Una idea absurda se cuela en mis neuronas y la desestimo de un plumazo.

—Buenas noches, Sokolov —El embajador ruso en Varsovia, se planta a mi espalda.

Doy la vuelta para saludarlo, sujetando el vaso entre mis dedos.

Frente a mí, Igor Petrov, exhibe una sonrisa demasiado estirada para ser sincero, aunque lo que llama mi atención es el hombre que le acompaña. Demasiado alto para su raza, porque sus ojos excesivamente rasgados delatan su procedencia.

—Buenas noches, Petrov, gracias por la invitación— ejerzo de perfecto caballero.

Los ojos color avellana de Petrov se desvían a mi derecha y percibo como se come con los ojos a mi acompañante. Una ira desbordada casi alcanza el vórtice y restalla mi espalda de manera violenta; sin embargo, empleo todo mi autocontrol para redimir el torbellino de furia e ira que me asola tan solo porque la miren.

«Estoy enloqueciendo», me reprendo a mí mismo.

—Te presento a Nam Min, es un nuevo empresario que ha decidido invertir bastante en

Varsovia— presenta Petrov y observo como a pesar de centrar su atención en su acompañante y en mí, sus ojos se descarrían de vez en cuando cargados de lasciva a hacia Kat

«No la mires»

Extiendo la mano y Min estrecha la misma con cortesía.

—Damyan Sokolov, he escuchado hablar de sus empresas, al parecer ha cosechado cierta influencia en Varsovia— comenta Nam Min.

—Sí, no me puedo quejar, la verdad— contesto.

—Sokolov, ¿no nos presenta a tu acompañante? —sorprende Petrov con insistencia.

La mirada asesina que le lanzo casi provoca que se mee encima, pero como el libidinoso pervertido que es, prevalece en sus ansias de conocer a la mujer.

—Kat, Igor Petrov, el embajador ruso y Nam Min empresario— efectúo las presentaciones.

Petrov se apresura a dar un paso hacia delante y estrechar la mano que Kat extiende para plantar su asquerosa boca en el dorso de esta.

«Me cago en la puta madre que lo parió»

Por suerte, Nam Min, aunque se entretiene más de lo correcto en repasar a Kat simplemente hace una leve inclinación con su cabeza para saludar.

—Encantada— profiere Kat ciñéndose a su papel perfecto.

«¿Nam Min será el nuevo líder de la tríada?», la pregunta se instala en mi cabeza, tiene todos los números para serlo, pero algo me dice que el enigmático líder no se expondría a la palestra tan fácilmente.

—Es bellísima, Sokolov, ¿de dónde la has sacado? —se aventura Petrov colocándose en una posición demasiado peligrosa.

—Señor Petrov, no creo que Damyan me haya sacado de ninguna chistera y no se olvide que estoy aquí presente. Si desea saber algo de mí, es libre de peguntarme —se revela Kat con firmeza, dejando a Petrov con la boca abierta.

«Otra razón por la que esta mujer me tiene loco, su agudeza mental, ¡joder!».

—Deléitenos, Kat— la tutea Petrov sin ni siquiera pedir permiso— ¿De dónde has salido?

El deseo y el afán en sus ojos son como un golpe en mi estómago, el odio hacia el embajador crece por segundos.

—Del útero de mi madre, señor, al igual que todos los presentes— zasca de Kat acompañado de una sonrisa demasiado malévola para que logre excitarme.

Petrov pestañea desconcertado e incluso Mim intenta camuflar una sonrisa con una de sus manos.

—Veo que tiene sentido del humor, Kat— sisea Petrov entre dientes al saberse herido en su petulancia y descaro.

—Señor Mim, ¿en qué está interesado en invertir? —inquiero mientras cambio el enfoque de la conversación con la esperanza de que Petrov deje de lado la fijación por mi fierecilla, de lo contrario, la sangre llegará al río.

—En tecnología, hay varias empresas emergentes en las que estoy interesado— contesta con seguridad.

La música inunda el ambiente y observo a algunos de los asistentes bailar al son de la misma.

—Kat, ¿me concedes este baile? —pregunta el idiota de Petrov haciendo una exagerada inclinación.

Ni loco voy a permitir que este asqueroso se acerque a mi fierecilla.

—Lo siento, Petrov, este baile es mío— asevero rodeando a Kat por su cintura y largándome hacia la pista el baile con los ojos extremadamente abiertos de Petrov ante la escena.

—¡Damyan, estás, loco! Podría haber aprovechado para sondear a Petrov— se queja Kat mientras la arrastro a la zona de baile.

—Ese idiota, no sabe nada— certifico —No te quiero cerca de él.

Sé que sueno territorial en exceso, pero con esta mujer el sentido de la propiedad se potencia al máximo nivel.

Mis manos se colocan en su cintura y ella, por inercia, rodea mi cuello con sus brazos. Nuestras miradas se entrelazan y experimento la sensación de estar justo en el lugar donde pertenezco, junto a ella.

—¿Crees que Nam Min puede ser el nuevo líder? —inquiere en voz baja.

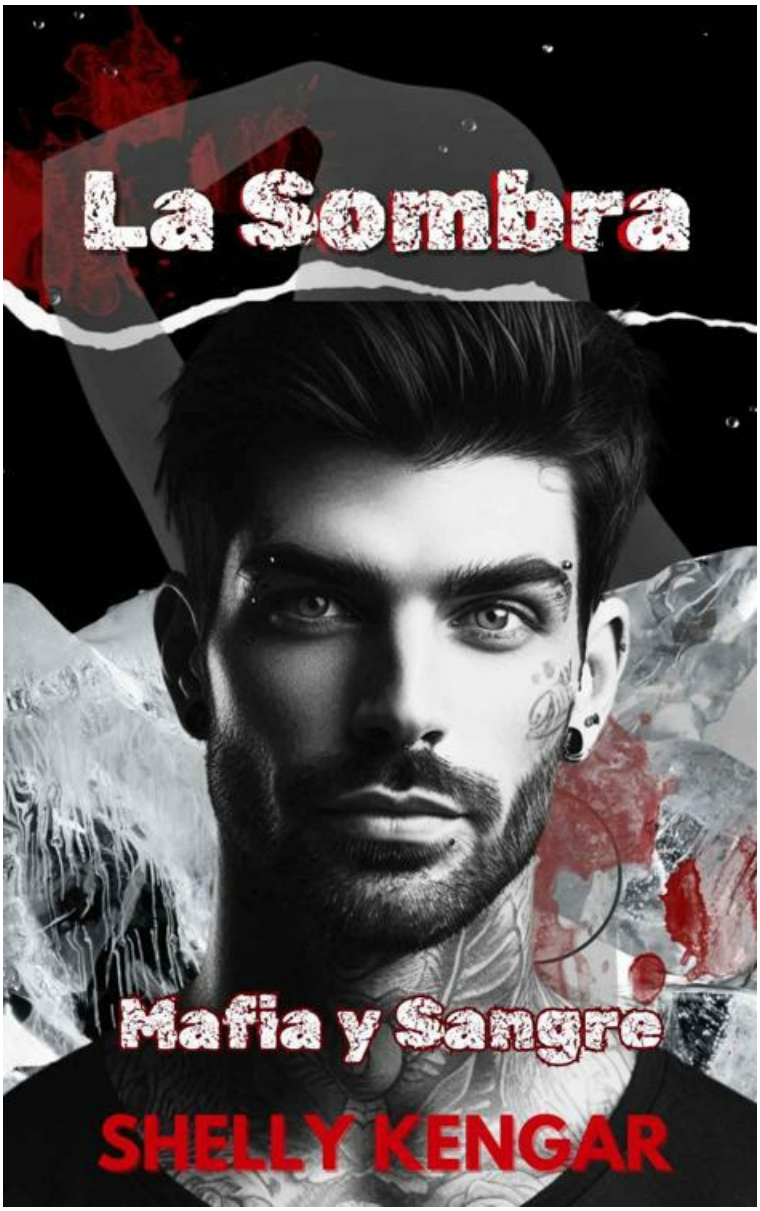
—Confieso que lo he contemplado durante un minuto, pero no lo creo. El líder es demasiado inteligente para mostrarse aquí. Aunque tengo la sensación de que Nam Min no es quien dice ser —expreso mis sospechas, entretanto mis manos se deleitan con la suavidad de la seda del vestido de Kat.

—Estamos como antes de venir — expresa entornando los ojos.

—Razón por la cual vamos a disfrutar del ambiente —corroboro guiñándole un ojo de forma pícara.

—¡No sabía que bailabas tan bien, jefe! — exclama con malicia y una sonrisa se dibuja en sus labios, esos que me enloquecen.

—Hay demasiadas cosas que no sabes de mí, Kat— susurro pegando mi boca a su cuello robándole un estremecimiento que percibo bajo mis manos.



Capítulo 34

Kat

Sentir el ardor de las manos de Damyan sobre mi espalda causa estragos en mi cuerpo. Lo irresistible que me resulta roza la obsesión. Humedezco los labios ante su escrutinio y sus pupilas se oscurecen en segundos, acompañando la intensidad de las yemas de sus dedos en la parte desnuda que deja el escote de mi vestido.

«Dios, crepita el puro fuego entre nosotros».

La sala, los invitados, todo desaparece en un momento en el que me embarga la sensación de que solo existimos nosotros.

—Kat… —coloco dos de mis dedos sobre su boca para silenciarlo.

No quiero que rompa este momento con palabras, quiero disfrutar de que no existe nada más

en el mundo, olvidar quién soy en realidad y quién es él, y todas las mentiras que he pronunciado para estar aquí. Recorto la distancia que nos separa y poso mis labios con suavidad sobre su boca. Una de sus manos se apresura a subir a mi nuca y presiona para profundizar un beso, que en un principio tan solo pretendía ser un roce, para convertirlo en un saqueo voraz por conquistar. El calor restalla con violencia mi cuerpo, entretanto nuestras lenguas luchan en una batalla de ansias y descontrol. La mano en mi nuca presiona con fuerza al unísono con la de él que permanece en mi espalda desnuda. Nuestros pechos se estrellan y percibo su dureza presionando en mi estómago.

«Dios, necesito parar o treparé a su cuerpo igual que el que trepa a un árbol en mitad de la multitud».

Muy a mi pesar no consigo detener el beso voraz y mis manos se enredan en su nuca pidiendo más.

—Kat —gime contra mi boca y por extraño que parezca rompe el contacto.

La súplica impregnada en su tono me inunda de júbilo porque delata que esta atracción insana lo afecta tanto, como a mí.

—Nos vamos— proclama con los ojos oscurecidos por el deseo.

Tan solo asiento y dejo que sus dedos encadenen una de mis muñecas, sintiendo el fuego de su calor en piel.

«Joder, somos dos brasas andantes».

El ritmo acelerado de nuestras respiraciones nos acompaña al atravesar toda la sala en busca de la salida. Caminamos con decisión sin parecer apresurados, aunque cualquiera que tenga ojos en la cara podría ver el apremio guerreando en nuestras miradas.

Para nuestra desgracia, Petrov nos intercepta cuando casi hemos alcanzado la salida.

—Sokolov, ¿ya os marcháis? —pregunta Petrov cortándonos el paso.

Siento en los dedos que rodean mi mano a tensión de los brazos de Damyan.

—Sí —se limita a contestar dedicándole una mirada a Petrov de: “Desaparece o te mato”.

El embajador parece captar el mensaje subliminal y se gira, no, sin antes dedicarme una mirada puramente lasciva.

—Hijo de perra —sisea Damyan dando un paseo hacia delante, pero reaccionó a tiempo para detener el vertido de sangre. Coloco mis manos en su pecho y clavo mis ojos en él.

—Damyan, no merece la pena —susurro y al segundo estrecha sus ojos para soltar el aire con fuerza por su boca.

De nuevo agarra con firmeza mi mano y tira de mi cuerpo hacia la salida.

En menos de un pestañeo nos encontramos en el interior de la limusina. Damyan sigue con el teléfono pegado a la oreja dando instrucciones a los dos vehículos de seguridad que nos acompañan.

Presiono el botón que baja la ventanilla, porque necesito que la brisa fresca golpee mis mejillas, y así lograr disipar esta nebulosa de deseo y ansias que ni siquiera me permite pensar con claridad. Hace días que perdí el norte, mi prioridad número uno ha quedado relegada a último lugar arrasada por esta obsesión insana que corre por mis venas cuál veneno. Damyan Sokolov se me ha enterrado demasiado profundo en mi corazón y ahora mismo no tengo ni idea que hacer con todo esto que hierve en mi alma para deshacerme de la sensación de estar cayendo al vacío sin red.

«Maldición, ¿cómo he sido tan ingenua?», me fustigo en mi mente.

Mis muros, esos que llevo toda una vida alzando para proteger mi corazón, son los que han fallado a la primera de cambio con este hombre.

Por el rabillo del ojo veo cómo Damyan sigue trasteando su teléfono.

Supongo que, como yo, necesita espacio, porque esta atracción enfermiza nos afecta a los dos en igual medida, embotando nuestro sentido común.

Nuestros ojos se entrelazan en mitad de un silencio tan denso que podría cortarse con una daga afilada e identifico el anhelo, el fuego, el mismo que nos abrasa cada vez que estamos justos. Damyan se mueve rápido eliminando el espacio que nos separa y para mi sorpresa sus nudillos acarician una de mis mejillas.

—Agradece que tenemos público si no ya habría hecho jirones tu vestido enterrándome en ti sin compasión —sus palabras susurradas en mi oreja provocan que un escalofrío recorra cada parte de mi cuerpo. Mis labios se entreabren y no consigo articular ningún sonido. Embelesada disfrutando de cada surco, cada línea cincelada de su rostro casi pegado, al mío.

Continúo, absorta en el momento que parece haber arrasado con todo lo que nos rodea, de manera que solo existimos él y yo. Un golpe acompañado del estridente sonido de las chapas metálicas en fricción me saca abruptamente de la sensación de irrealidad. Mi cabeza golpea la ventanilla y el cuerpo de Damyan casi me aplasta.

—Joder, ¿qué cojones pasa? — profiere separándose de mi cuerpo para dirigirse a nuestro conductor.

—Nos atacan, señor— informa el mismo con los nudillos blancos por la presión que ejerce para mantener recto el volante.

Damyan no duda, saca su pistola de la parte trasera de su pantalón y agarra con la otra mano el móvil.

—¿Qué pasa? — grita, furioso.

No alcanzo a escuchar la respuesta a través de la línea, alzo mi vestido y saco mi pistola, la cual permanecía sujeta con una cinta de cuero a uno de mis muslos. Giro mi cabeza y veo cómo el vehículo, de los nuestros, yace volcado en la carretera consumido por las llamas.

«¡Joder!»

De nuevo otro golpe desestabiliza el vehículo y Adrich lucha por mantener el férreo control sin éxito porque comenzamos nuestro coche comienza a girar sin control sobre sí mismo. Con la mano que tengo libre me agarro a uno de los tiradores del techo para romper el complejo de peonza.

Los sonidos de disparos se escuchan a lo lejos y soy consciente de que nada podemos hacer hasta que el vehículo se detenga, mejor o peor. En segundos, por fin, nos detenemos al chocar la parte lateral donde yo me encuentro contra la valla metálica de la carretera. Experimento la sensación de crujir de los huesos de mi espalda y lo ignoro. Me apresuro a comprobar que Damyan está bien, pistola en mano y echo una ojeada a Adrich permanece inconsciente con la cabeza apoyada sobre el volante. Coloco dos de mis dedos en su cuello.

—Tiene pulso— informo a Damyan y él asiente con el ceño fruncido.

—Te recomendaría que no salieras ahí fuera, pero sé que no vas a obedecer— emite más para sí mismo que para mí.

Una sonrisa pícara se esboza en mi boca.

—Vamos, jefe, demostremos de la pasta que estamos hechos— proclamo guiñándole un ojo a pesar de la tensión de la situación.

—Dios, si no fuera porque los segundos cuentan, ahora mismo te borraría esa sonrisa a lengüetazos.

«Calor, Ufff, calor y adrenalina mala combinación».

Damyan es el primero que sale del vehículo ayudándose con una patada para desencajar la

puerta del marco, lo sigo no sin antes destrozar la parte baja de mi vestido para que me permita maniobrar.

Damyan me mira las piernas desnudas y la chispa de ardor cruza sus ojos.

—Joder, eres una puta distracción— profiere entre dientes dándose la vuelta para disparar a los tres vehículos que nos rodean, mientras disparan al equipo de seguridad que lucha por mantener el perímetro.

Imito a mi jefe disparando mientras me agazapo tras un vehículo volcado.

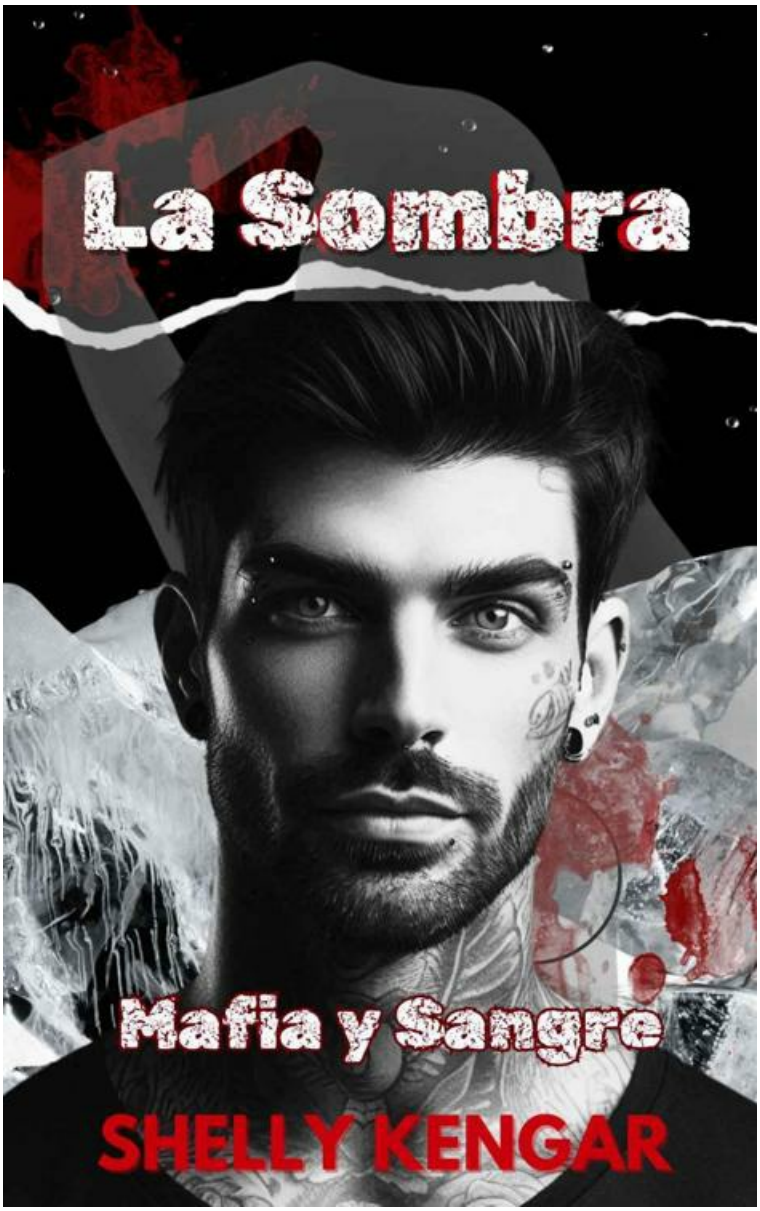
«Son muchos, sisea mi mente».

Y nuestros compañeros no aguantarán mucho. De nuevo nuestros atacantes cubren sus rostros tras ese traje típico de ninja tan propio de los miembros de la tríada.

—No aguantaremos mucho más— grito para que Damyan me escuche.

—Lo sé, vienen los refuerzos, Kat está en camino.

La oscuridad de la noche nos ayuda a tener algo de ventaja y continuamos con las ráfagas de disparos, aunque compruebo que casi me he quedado sin munición. Los segundos que dedico a verificar mi arma me brinda un regalito. Un proyectil roza uno de mis brazos y un hilo de sangre empieza a caer. Damyan dispara como un loco protegiendo mi frente. Se desplaza con cuidado hacia mi posición sin apartar la mirada del enemigo.



Capítulo 35

Damyan

Estar en desventaja me revuelve el estómago, porque Kat tiene razón, no aguantaremos mucho más. Como si mis ruegos hubieran sido escuchados a pesar de ser ateo, el fuego cruzado de los diez vehículos que se aproximan que consigue que exhale el aire que ni siquiera sabía había retenido. Nuestros enemigos se percatan de la llegada de nuestros hombres y se repliegan para darse a la huida, lo que me desconcierta. Observo como Kai da órdenes a diestro y siniestro y tres de nuestros vehículos abandonan la formación para ir tras los cobardes.

—¿Estáis bien? — se interesa Kai cuando llega hasta nuestra posición.

Asiento y agarró a Kat por el brazo que no tiene herido. Es un rasguño y, aun así, me molesta que haya salido con un balazo. Un pánico atroz se ha apoderado de mi alma negra al ver cómo le

disparaban.

Me lo tengo que hacer mirar, he pasado de suspirar amargamente por el amor de mi vida, a olvidarme por completo de ella, dejando que esta hechicera de ojos esmeralda ocupe cada recoveco de mis pensamientos.

Aprieto los puños justo antes de que entremos a la furgoneta, acompañados por Kai. La fierecilla se sienta al lado de mi comandante evitado deliberadamente mi cercanía

«¡Joder!, maldita sea y, ahora, ¿qué cojones le pasa?», mi mente se formulan las preguntas que enciende aún más mi furia.

El cabreo que cargo es monumental no solo porque han intentado matarnos y empiezo a sentirme como una maldita presa de caza, sino porque las emociones que Kat despierta en mí a cada momento crecen remitiendo mi amargura de meses atrás.

«Deberías estar contento», mi consciencia está empeñada en no dejarme en paz.

No lo estoy, porque en el fondo las sospechas de que Kat no es quien dice ser cada vez palpitan con insistencia mi mente, a pesar de que opto por correr un tupido velo.

—Ha ido de poco— profiere Kai y la preocupación se muestra en su mirada.

—Sí, malditos chinos— gruño y mis ojos se desvía al vestido destrozado de Kat que enseña más piel de lo que me gustaría

—Necesitamos dar con el hijo de perra del líder de la tríada, porque nos tiene bailoteando en este tablero a su disposición, con la ventaja de que no sabemos a quién nos enfrentamos.

—Mañana, Andreas y Akim decidirá qué posición debemos adoptar, Damyan— recuerda Kai.

Su apreciación me molesta porque lo último que me apetece es ver a mi hermano, aunque soy consciente que la *Societas* debe mover ficha y para eso la reunión es imprescindible.

Entramos en el palacete y me esfuerzo por ignorar a Kat, porque no necesito más para el caos en mi interior, la sangre hierve en mis venas.

—Kat, ¿estás bien? — El joven que siempre acompaña a mi fierecilla se lanza sobre ella estrechándola entre sus brazos.

El aguijón de los celos enfermizos me pincha y casi estoy a punto de saltar sobre ellos para separarlos.

«¡Mierda, estoy jodido!»

La mirada que le dedico al joven de; No. La. Toques. Provoca cierto desconcierto en su rostro.

—Sí, Vin tranquilo, solo tengo un rasguño.

—Sokolov, tienes más vidas que un gato— profiere Ferguson apareciendo en escena con dos de sus hombres. Uno de ellos es el tipo que ronda a Kat y observo como sus ojos negros recorren a mi fierecilla.

Voy a estallar, lo sé, lo presiento. No tengo paciencia para aguantar a tanto imbécil junto.

—Ferguson, pensé que ya te habías largado a tus tierras irlandesas— digo con sarcasmo.

—No, espero al Lobo y Rossi mañana— informa asesinándome con la mirada.

Estoy a punto de gritarle a Ferguson que por mí puede irse a la mierda, porque no pinta nada en mis dominios cuando uno de nuestros hombres irrumpe de improvisto en el recibidor. Su rostro cargado de preocupación y miedo no pasa desapercibido para ninguno de los presentes. Se aproxima a Kai y le susurra algo al oído.

«Problemas»

Lo sé porque Kai suele ser bastante expresivo al dedicarme su atención.

—Damyan— dice y no necesito nada más para seguirlo.

—Yo de ti, Ferguson, no causaría problemas antes de mañana, aún puedes acabar herido— amenazo al irlandés sin ni siquiera tomarme la molestia de mirarlo.

Mis pasos se encaminan detrás de Kai y accedemos el sótano donde sé que aún continua, Jonás Cheng. Ese capullo orgulloso se niega a hablar a pesar de que mis hombres llevan días torturándolo. Nos detenemos frente a la puerta metálica que nos separa de nuestro prisionero y Kai se gira para enfrentarme directamente.

—No te va a gustar— me pone sobre aviso y alzo una de mis dejar escéptico.

—Abre la puerta— ordeno y mi voz suena demasiado hosca.

Nos adentramos en la habitación y al fondo observo a Cheng, atado en la misma silla en la que lo dejamos con el traje blanco ensangrentado y la cabeza inclinada hacia delante. Los hombres que los custodian me miran con cautela.

—¿Qué sucede? — pregunto alzando la voz.

—Señor, no sabemos qué sucedido, pero de pronto empezó al convulsionar y aunque intentamos asistirlo se ahogó con su propia lengua. — explica uno de los custodios.

Kai se aproxima y agarra el pelo de Cheng para alzar su rostro. La hinchazón de este y los ojos eternamente abiertos junto con unos labios demasiados morados no auguran nada bueno.

—Veneno— sisea Kai soltando la cabeza de Cheng que cae hacia debajo de manera automática.

—¿Quién entró aquí? — interrogo—Es imposible, que alguien accediera sin que lo vierais.

—Señor, siempre estábamos atentos, y cuando abandonábamos la sala estaban las cámaras— se justifica uno de mis hombres.

—¿Las habéis revisado?

—Sí, pero han sido manipuladas— confiesa.

La ira y la frustración acaban de hacer mella en mi paso, mis manos por mi cabello desesperado por todos los acontecimientos desproporcionados que se han sucedido.

Kai se acerca y se coloca a mi lado.

—¿Han avisado al médico? — pregunta mi comandante manteniendo sus nervios de acero.

—¿El médico? — pregunto sorprendido— ¡Joder, si está muerto!

—Sí, pero necesitamos saber qué veneno acabó con él, de momento es lo único con lo que podemos contar —informa Kai.

Como viene siendo habitual, Kai tiene razón, su mente fría actúa mejor en situaciones de tensión que la mía.

Salimos y dejamos el cadáver de Cheng vigilado por nuestros hombres.

—Damyan, esto no me gusta— expresa, Kai

—A mí tampoco, si las cámaras fueron manipuladas, significa que hay un topo en nuestras filas— comunico mis conclusiones.

—Exacto, por lo que debemos encontrarlo a la mayor brevedad posible. Mañana nos reunimos aquí con tu hermano, tu primo y el albanés, por lo que es demasiado peligroso —Kai me agarra del brazo y detiene mis pasos— Concéntrate en lo importante.

Frunzo el ceño y le lanzo una mirada de advertencia.

—¿Quién te dice que no me concentro? —reclamo entre dientes.

—Kat, resulta una distracción, Damyan. No me meto en tus asuntos, pero la chica te tiene cogido de los…

—No acabes la frase, Kai. Porque no quiero herirte, eres mi comandante, pero no tienes derecho a cruzar ciertos límites. Lo que haga con Kat es asunto mío— proclamo furioso. Mi tono grave se parece al rugido de un animal sumado a mi rostro contrito por la ira que me sube por la garganta.

Kai asiente y suelta mi brazo.

Decido encerrarme a cal y canto en mi dormitorio, en mi estado anímico actual soy capaz de rebanar el cuello al primer infeliz que se cruce en mi camino. Irascible, ofuscado, consumido por mi propia rabia, así es como ahora mismo me siento. Agarro una botella de vodka que guardo bajo la cama y me amorro a su boquilla, igual que si me fuera mi vida en ello.

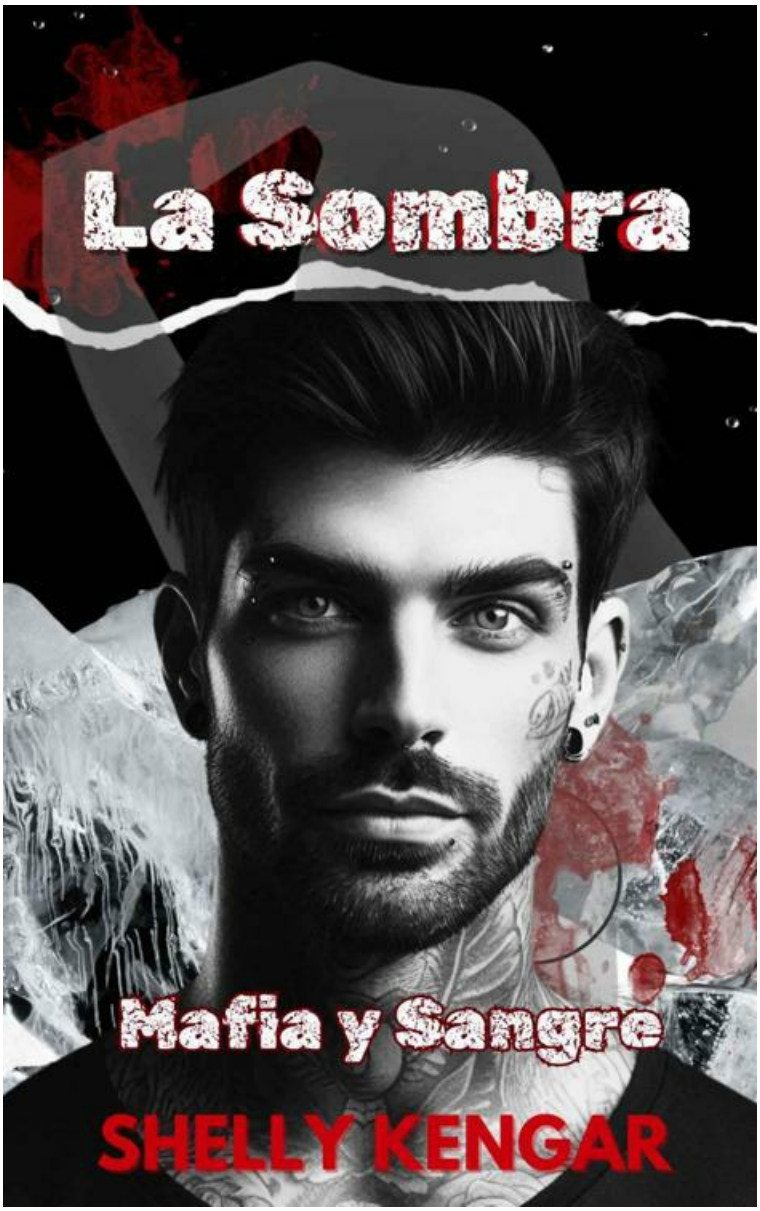
—Malditos todos y cada uno de los que quieren hacerme enloquecer —grito en la soledad de mi habitación.

La tríada me ha puesto en jaque, no hoy, hace semanas, reconozco la inteligencia y astucia de su nuevo líder, del que a estas alturas ya debería saber su identidad. Y ahora, para colmo de males, tenemos un traidor, un maldito topo en las filas de los Maotang, lo que me faltaba.

Dejo caer mi espalda sobre el mullido colchón y la imagen de Kat inunda mi mente, provocando que mis músculos se tensen. Es una distracción, una hechicera cuyo sortilegio me ha enredado en una maraña de emociones que creía muertas y enterradas.

—¡Joder! — siseo.

Ahora mismo debería estar investigando para dar con la identidad del culpable de envenenar al puto Jonás Cheng, un problema añadido que tan solo me acarreará una crítica por parte de Akim y por supuesto de Rossi. Ellos siempre consiguen que me sienta como el intruso, igual que el niño defectuoso que creció con los Sokolov siendo un bastardo, un recogido.



Capítulo 36

Kat

Una ducha relajante es lo que necesitaba, salgo del baño vestida con un pantalón de yoga y top ajustado que me permite liberarme por unas horas del sujetador. Vin espera tumbado sobre mi cama, con los pies cruzados, los brazos flexionados para apoyar su cabeza, mirando embelesado el techo.

—Siéntete como en tu casa— exclamo con una media sonrisa mientras froto con una toalla mi cabello húmedo.

—Kat, déjate de tonterías, los problemas nos crecen como enanos, mientras tú disfrutas de tu *afear*— reclama molesto sin cambiar de posición.

—¿Qué *afear*, ni que hostias? Sigue con la insistencia y lograrás cabrearme— reclamo

frunciendo mis labios en una mueca.

—Negarás que te la pasaste bien jugando a las citas con el jefe—Sus palabras afiladas se entierran en mi pecho, cuál hoja de puñal.

—Sí, me dispararon, casi morimos en una emboscada y destrocé un vestido de más de mil euros —profiero colocando mis manos en mi cintura en forma de jarra.

—Bueno, si lo reconozco, casi te matan, lo que me preocupa, mucho y lo sabes. Pero aún no alcanzo a sopesar, si me preocupa más que el lío que te traes con Damyan Sokolov —confiesa incorporándose para sentarse el filo de la cama.

—Lo que haga con mi cuerpo no es asunto tuyo. Somos amigos, más que eso, hermanos, Vin, pero siempre hemos respetado los límites de nuestra vida privada— le recuerdo.

Mi amigo no es ejemplo de castidad, al contrario, su promiscuidad en ocasiones ha resultado problemática y he tenido que intervenir para sacarlo del embrollo.

—Kat, te conozco, el jefe no es uno más —expresa y el tono preocupado hace saltar todas mis alarmas, las mismas que llevo semanas ignorando.

—Sé cómo manejar mis emociones —corroboro con firmeza una ensayada que en realidad no consta de suficientes cimientos para dejarme tranquila.

—Mañana tendremos aquí a los miembros de la cúpula de la societas y por supuesto a tu papaíto, dime, ¿qué cojones vamos a hacer? — insiste presionándome, poniéndome contra las cuerdas.

En ese instante soy consciente de que la vorágine en la que llevo nadando semanas, la misma en la que me sumerge Sokolov y los sentimientos que despierta en mí han mermado mi capacidad para ante poner mi misión, la prioridad con la que atravesé semanas atrás las puertas de la sede de los Maotang.

—Tengo un plan, confía— solicito a Vin, sin embargo, el escepticismo reflejado en su rostro me indica que no he sonado todo lo convincente que debería.

Los golpes en mi puerta interrumpen nuestra conversación.

Respiro hondo, fastidiada por la interrupción y dirijo mis pasos hacia la puerta.

Damyan Sokolov se encuentra frente a mí con el cabello despeinado, como si hubiera estado tirándose de él. Vestido con un pantalón de chanda que deja a la vista la uve de sus marcados oblicuos gritándote promesas de lo que es capaz, con lo que se esconde debajo de su cinturilla. Desprende un aura taciturna que eriza cada pelo de mi nuca. Su rostro surcado de líneas duras resalta sus esferas metálicas, dueñas de una mirada abrasadora y endemoniada que tensa cada fibra de mi cuerpo.

Mis ojos lo devoran con la misma hambruna que los suyos, Damyan es una maldición en toda regla para mí y todos mis planes, aun así, me resulta imposible hacerme a un lado y romper con esta atracción que poco a poco se está convirtiendo en una adicción mortal.

—Jefe, ¿qué quieres? — alcanzo a preguntar obligándome a salir de mi estado embelesado.

Damyan fija sus ojos en mi cama y entorna sus párpados al comprobar que no me encuentro sola.

Vin se apresura a ponerse en pie y avanza.

—Yo ya me iba— se excusa dispuesto a salir.

Al parecer su actitud complace el demonio de ojos grises que se exhibe frente a mí. Damyan entra y Vin se marcha, no sin antes dedicarme una mirada de advertencia.

«¡Mierda!, estoy en un lío de proporciones estratosféricas».

Ahora, solos en la habitación, unos inusuales nervios revolotean en mi estómago y me siento incapaz de apartar mis ojos del diablo letal que me mira de manera arrogante. Tras un momento

de intenso silencio, Damyan decide romperlo.

—Explícame Kat, porque siempre te encuentro en compañía masculina, cuando no es tu fiel compañero, es uno de los guardaespaldas de Ferguson— el sarcasmo sale por su boca en forma de puñales abstractos que me pincha en el centro de mi pecho.

—No te debo ninguna explicación— rebato alzando mi barbilla con orgullo.

Ni loca voy a someterme a su complejo de marcar el territorio como un animal ante su compañera, yo soy libre y disfruto de esa libertad.

Sus ojos se abren de par en par ante mi rebeldía, dios y son demasiado hermosos para mi propio bien. Creo que cuando esté lejos de aquí, aún recordaré el tono exacto de sus pupilas porque las tengo grabadas a fuego en mi mente.

Damyan recorta los pasos que nos separa y rodea mi cintura con uno de sus brazos estrellando mi pecho contra sus pectorales desnudos, provocando que deje escapar un gemido ante la sorpresa y el roce. No me permite reaccionar, ni siquiera protestar, porque aplasta su boca contra la mía. Me besa con tanta intensidad que me pierdo en la sensación, me pierdo en él, olvidándome de todo lo demás.

—No te olvides, fierecilla, que eres mía— proclama sobre mis labios.

El aturdimiento por lo que despierta en mí consigue que no conteste a ese anuncio de posesión.

—Damyan.

—Te necesito, Kat, ahora. Te voy a tener desnuda, sobre la cama, en segundos, así que te recomiendo que te guardes tus protestas para luego —La vehemencia de sus palabras ponen a saltar mi corazón en el interior de mi pecho.

Sopeso durante un solo segundo poner fin a esta locura que resulta ser estar juntos, porque somos un caos desmedido de pasión desbordada que nubla el sentido común. Sin embargo, la determinación en su rostro, junto al calor que despierta en cada fibra de mi cuerpo, arrasan con las dudas y las advertencias de mi consciencia. Rodeo su nuca con mis manos y lo beso, con pasión, con desespero.

En un minuto caemos sobre el colchón entre lengüetazos y dientes ansiosos por culminar estas ganas que se han convertido en el veneno que nos domina. Sin apartar su boca de la mía, se deshace de mis pantalones en visto y no visto. Estoy demasiado ocupada en perseguir los movimientos de su lengua para que me importe nada más. Succiono su lengua y él gime lanzando sus manos hacia el borde de mis bragas para atormentar a mi abultado clítoris.

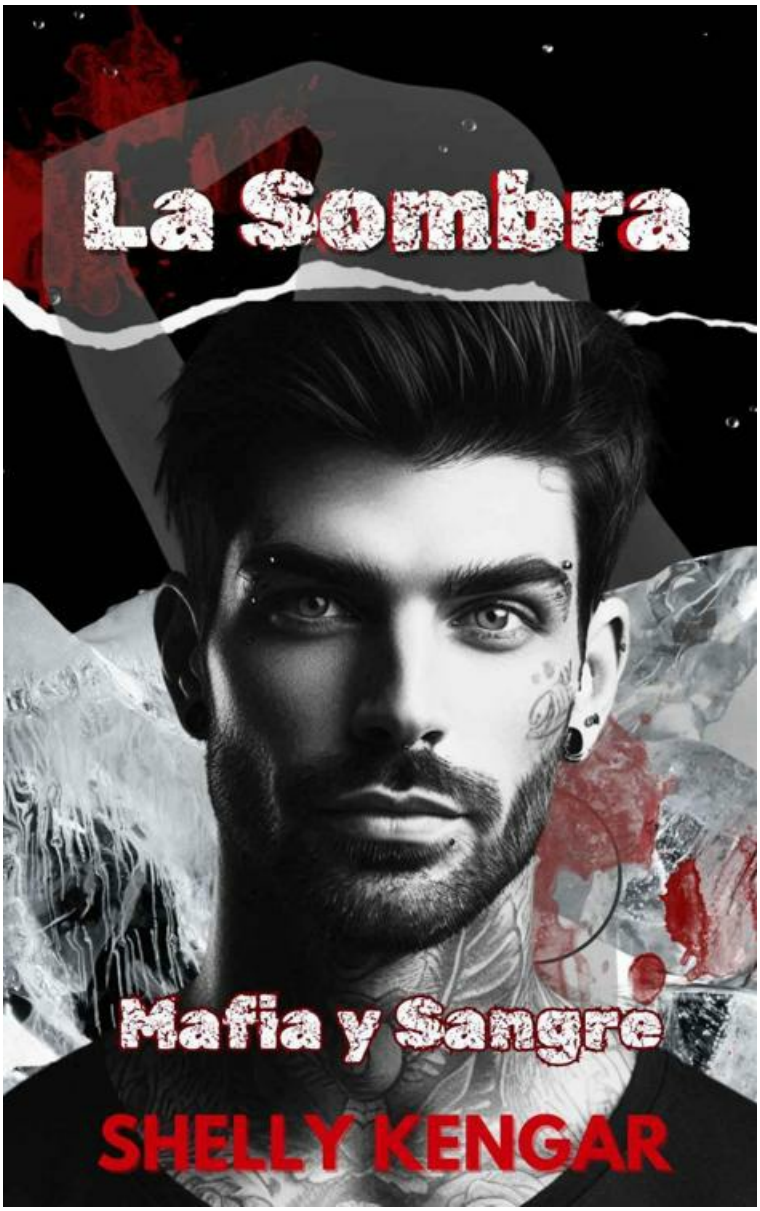
Siento el temblor de los músculos de su espalda bajo mis dedos mientras lucho por no arquear mi cuerpo antes de sus tormentosas caricias. Se arrodilla entre mis piernas y tira de mi ropa interior, lanzándola a su espalda sin preocuparse donde caiga.

—Eres el deseo pecaminoso capaz de condenar a cualquier hombre al infierno. —proclama minutos antes de colocar su boca entre mis piernas.

—¡Dios, sí! —rujo, perdiéndome en el placer provocado por su lengua, rebañando mis pliegues que se abren para él sin redención.

—Sabes delicioso —susurra

Madre mía, su boca es sucia y maravillosa a la vez, lo que consigue que pierda el poco control que me queda en la antesala del orgasmo previo. Por mucho que me empecine en retener mi inminente orgasmo, este villano sexy es el culpable de que todas las barreras que pueda alzar caigan al paso de su lengua.



Capítulo 37

Damyan

La miro, con mi cabeza, apoyada sobre uno de mis brazos, y no me canso de observarla con detenimiento. Podría pasarme la eternidad perdida en sus curvas. Esa certeza instala un pánico extremo en mi alma que altera cada parte de mi malogrado corazón.

No sé amar, jamás me enseñaron ni tuve un ejemplo a seguir. Cuando me enamoré de Yasu pensé que jamás conocería un sentimiento tan puro hacia ningún otro ser humano

Estaba equivocado, porque lo que Kat despierta en mí no tiene nada de puro, más bien es una obsesión que se arraiga a cada fibra de mi ser despertando sentimientos que nunca creí que conocería.

Pasión, anhelo desmedido, afán de posesión, protección y miedo a despertarme un día y que

ella no esté.

—¿Quién eres, en realidad, fierecilla? —La pregunta la formulo en mitad del denso silencio, adornado solo con su calmada respiración.

Se remueve con lentitud, abriendo sus ojos, los mismos que se clavan en mi pecho como puñales. Poco a poco esta mujer se ha ido enterrando en mí sin que nada pudiera hacer y ahora me encuentro postrado a sus pies, venerando cada parte de su complexión como un puto devoto.

—No te cansas de mirarme, jefe —murmura girando su cuerpo hacia el mío. Su cadera roza la mía y mi erección se alza firme

Nunca voy a tener suficiente de esta mujer

No despega sus ojos de los míos mientras me abalanzo sobre ella, tengo peso sobre su cuerpo y me coloco entre sus piernas.

—Madre mía, ¿no te cansas nunca? —profiere sonriente con ese brillo en sus ojos esmeralda que es la chispa del deseo que nos unió y que seguramente nos consumirá en algún momento.

Entro en su cuerpo con movimiento profundo, experimentando un gusto intenso al percibir cómo las pareces de su sexo se encuentran alrededor de mi polla. Es como tocar las estrellas o recibir una descarga electrizante que duele y gusta al mismo tiempo.

—Creo, fierecilla, que de ti no me voy a cansar, nunca —digo sin cesar en mis embestidas.

Percibo cada centímetro de su interior hasta estar del todo envainado por su canal.

Kat se agarra a mis hombros mientras resiste cada golpe de mis caderas, penetrándola, poseyéndola, como un salvaje, marcándola con cada empuje para que no olvide a quién pertenece.

Caeos exhaustos sobre el colchón y respiro profundamente satisfecho.

—¿Quién eres realmente, Kat? —Por fin soy capaz de formular la pregunta en voz alta y cuando ella está despierta.

Giro mi cabeza y la miro con intensidad. En sus pupilas se libra una batalla de dudas y confusión e incluso miedo. Mi corazón se encoge porque mis sospechas toman más veracidad ante su aptitud.

Da un bote y se tapa su desnudez con la sábana.

¡Como si no conociera cada curva, cada recoveco de su cuerpo!

—Otra vez con ellos, Damyan. Te tomas libertades que no te corresponden. Somos adultos, dos que disfrutan de una relación sexual sin compromiso. No pienso abrirme en canal ante ti, solo porque el sexo contigo sea… como definirlo explosivo.

Joder, ese discursito cargado de sarcasmo actúa como si me diera un puñetazo en mi pecho.

—No digas tonterías, esto —digo señalando a los dos con mi mano—, no es sexo sin compromiso, nunca lo ha sido. Entiendo el miedo o las barreras que quieres alzar para protegerte. Pero no me gustan los juegos, Kat. Quiero saber de dónde vienes, quién eres y así poder caminar juntos. — Al final expongo mis sentimientos de la única manera que sé, aunque no sea la adecuada.

—Primero, irrumpes en mi dormitorio con una mirada asesina hacia mi amigo, como si revolcarte conmigo te diese algún derecho de posición y ahora pretendes someterme a un tercer grado. Hasta aquí, Damyan Sokolov —grita dominada por la furia…

«¡Joder!»

Me pongo en pie, y avanzo hacia ella, pero su mano alzada provoca que me detenga.

Arqueo una de mis cejas lanzando dagas por mis ojos.

—Hasta aquí, Sokolov, se acabó, búscate a otra. Me niego a pertenecer a nadie, a bailar al son, que a ti se te apetezca —proclama con demasiada determinación.

Maldición, esta hechicera me tiene caminando en la cuerda floja de mis emociones, sintiéndome indigno de lo que despierta en mí.

—Quizás si no estuvieras siempre rodeada de hombres que te revolotean sin tregua, podría mantener a buen recaudo, mi molestia —contesto, arrastrado por mis impulsos. Sé lo irresistible que resulta, porque, aunque Kat no sea consciente, los hombres se sienten atraídos por ella sin remedio hecho que despierta la bestia de los celos, tan desconocida para mí.

—Por favor, Damyan —exclama, acompañando sus palabras por un sonoro bufido.

—Me importa una mierda que amaneces con ponerle fin a lo nuestro, si quieres engañarte allá tú. Al parecer no soy el único que no sabe amar.

Con el cabreo chispeando en mis dedos, decido que lo mejor es poner distancia, de momento. Me giro y recojo mi pantalón, colocándome con destreza ante la mirada atenta de Kat.

Sigue en silencio, sin articular palabra. Después de mi acusación de que no sabe amar su boca, no ha emitido ningún argumento.

El que calla otorga, ¿no?, al menos eso dice el refrán

Salgo de la habitación obligándome a no mirarla, porque hacerlo supondría caer en la tentación de tumbarla de nuevo de espaldas y recordarle lo buenos que somos juntos.

Suelto una larga respiración tras la puerta cerrada de Kat. Es mejor suspirar y apretar las manos que arrasar con cualquier cosa que se me ponga en mi camino. Casi he alcanzado el recibidor cuando me tropiezo con un ceñudo Kai que me asesina con la mirada y su boca fruncida.

—Llevo horas buscándote—, reclama con su humor hosco y brusco.

—No eres mi maldita niñera Kai, ese papel lo intenta tu hermano, así que al grano —exijo de malas formas.

Mi humor no está en su mejor momento, y las ansias de sangre hierven en mi sangre. El encontronazo con mi hechicera no solo me ha dejado un mal sabor de boca, sino también unas tremendas ganas de dañar.

—Tenemos un sospechoso, lo tenemos en el sótano —-informa, Kai y su comunicación arroja un pelín de sosiego en mi interior.

A pesar de que mi comandante y yo recorremos todo el camino hacia los calabozos del palacete en silencio, la tensión entre ambos es palpable. La seguridad de que Kai se está mordiendo la lengua para no soltarme cuatro regañinas por ignorar las prioridades y guiarme por mi polla.

Al irrumpir en uno de los calabozos, observó a Asthor encadenado a la pared con un ojo morado y el labio partido goteando sangre.

Encontrar a uno de mis hombres en ese estado me sorprende, porque no quiero traidores y si Asthor se encuentra de esa guisa es porque Kai tiene suficientes razones para creer que es el topo que andamos buscando.

—Yo no fui, Sokolov, tienes que escucharme —empieza a gritar desesperado con un ojo que casi no puede abrir del golpe que luce en el mismo y el otro clavado en mí.

Mi mirada se desvía a Kai en busca de respuestas.

—Maggie lo vio merodeando por aquí —susurra Kai, brindándome la información que necesito.

—Asthor, ¿qué cojones hacías merodeando por los calabozos? —interrogo acercándome lentamente al prisionero.

No puedo quitarle los ojos de encima, las dudas en sus desorbitados ojos, su rostro tenso.

—Sokolov, buscaba a la zorra ponzoñosa de Kat, planeaba deshacerme de ella

definitivamente. Es un estorbo para nuestras filas, una mujer nunca será suficiente para los Maotang — proclama y transmite el favor de su verdad, la enajenación de creer que las mujeres jamás podrán superar a hombres, como él.

Reprimo una carcajada que lucha por salir de mi garganta. Si algo tiene, Kat es coraje y destreza de lo que al parecer carece Asthor.

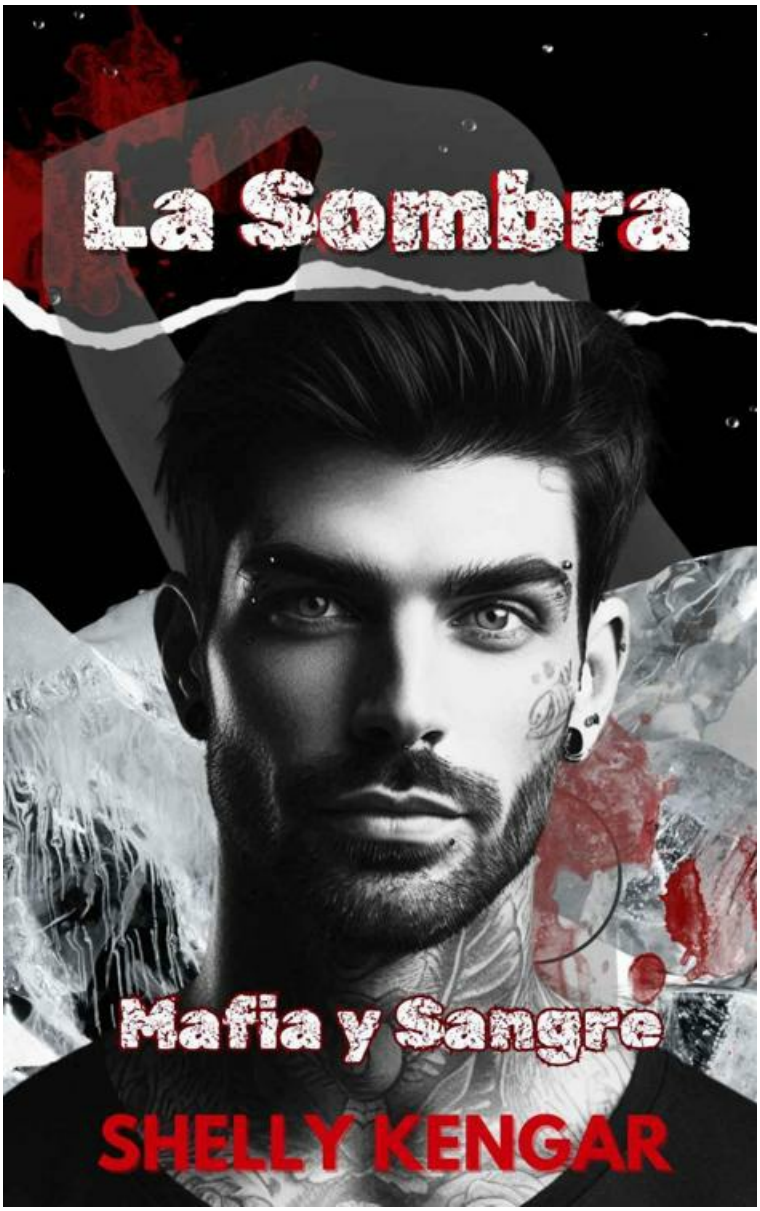
—Déjame explicarte algo, la fuerza y la complexión no son todo, así que te aconsejo que abandone tu fijación por asuntos que no tienen demasiado fundamento. Tus razones para merodear no me convencen. Tenemos un topo en nuestras filas y todos los números apuntan a ti.

—Tienes que creerme, Sokolov no soy ningún traidor. Mira a tu alrededor, quizás no te dejen ver las cosas como son —grita, sacudiendo sus manos esposadas a la pared.

Salgo el calabozo acompañado por Kai. Reconozco que sus últimas palabras, lanzadas en voz alta, han plantado ciertas sospechas en mí.

—¿A qué crees que se refería? —pregunto a Kai y este se encoge de hombros.

—-Ni idea, Damyan, de momento nos tenemos que aferrar que es el único sospechoso. De todas formas, debemos seguir alerta —expresa, Kai.



Capítulo 38

Kat

El corazón me late lo bastante rápido como para salirse de mi pecho mientras golpeo al saco de boxeo con saña. La ira y la tensión acumulada desde mi última conversación con Damyan me tienen en un estado enfebrecido de cabreo perpetuo en que ni aporreando el saco logro deshacerme de él.

“Al parecer no soy el único que no sabe amar”

«¡Joder!, ¿en serio, se ha declarado en mitad de una trifurca verbal? Eso parece». Aborda, mi consciencia.

Y sus palabras se han clavado afiladas en mi alma. El pánico aún revolotea alrededor de mi palpitante corazón. Pero muy a mi pesar, ese sentimiento desconocido, porque jamás he

experimentado la dicha de ser amada por nadie, está en mi interior y me aterra reconocerlo.

Damyan Sokolov, no puede amarme porque soy una mentirosa número uno, ya que ni siquiera conoce a la verdadera Katia Rumicov.

—Amaneciste con energía—. La energética voz de Son se cuela por mis oídos, sacándome bruscamente de mis elucubraciones.

Detengo mis golpes y soplo para apartar los mechones de cabello que caen sobre mi sudada frente.

—Sí, ¿y tú? No te necesita el chinche de tu jefe —reprocho de forma sarcástica.

Lo único que detesto de Som es que trabaja para ese capullo insensato de Ferguson.

Una media sonrisa se dibuja en su rostro.

Es guapo, además de que tiene un físico que atraería a cualquier mujer. A mí me atrajo en el club, pero nunca como él.

«¡Joder, deja ya de compararlos!», me regaño en mi mente.

Me saco los guantes de boxeo y alargo dos de mis dagas, camino hacia la zona de las dianas y Som me sigue de cerca.

Lanza la primera con pulso firme y tan solo se desvían unas décimas del punto rojo que marca la diana.

—Buena, puntería—alaba Som.

—¿No tienes nada que hacer que mirar, como entreno? —pregunto un poco fastidiada. Su presencia me incomoda un poco y mi humor no está para coquetear con él.

—Tranquila, fiera —pide lazando las manos en son de paz.

Odio que utilice ese nombre, porque me recuerda a otro capítulo que insiste en llamarme fierecilla. La imagen de Damyan inunda mi mente y, fallo el siguiente lanzamiento de mi daga.

Som se apresura a caminar hacia la diana para sacar mis armas y se aproxima con un brillo travieso en sus ojos negros.

—Parece que te distraje —se vanagloria.

¡Si él supiera! Aunque guardo silencio, le dedico una mirada asesina que él opta por ignorar.

—Arrogante— siseo, apretando los puños.

—Vamos, seguro que no has desayunado —propone entregándome las dagas.

Las agarro de malos modos, y después de unos segundos de deliberación acepto su proposición para desayunar ante el rugido de mis tripas.

Enfundo mis armas en mi pantalón y peino con los dedos de mi mano, mi cabello para que mi estirado peinado quede medianamente aceptable.

—Siento recordarte que me debes una cita, Kat— dice de manera relajada Som mientras caminamos por el pasillo hasta el comedor. Es una sala habilitada para que la usen solo los Maotang. Por suerte no hay muchos madrugadores.

—¿Quién lo dice? —pregunto alzando una de mis cejas—No recuerdo haberte prometido nada, Som. Nuestro momento ya pasó —digo con calma.

—No lo creo, flor de loto, nuestro momento aún no ha llegado— asevera guiñándome un ojo.

Por suerte, nuestra conversación es interrumpida cuando Vin se cruza en nuestro camino.

—Buenos días —saluda dirigiéndose a mí y también a Som, aunque su mirada crítica delata que poco le gusta verme en compañía de él.

—Buenos días, Vin. ¿Ya desayunaste? — pregunto.

—No, la verdad te estaba esperando — confirma y sé por su expresión que quiere decirme algo, quizás importante. Sin embargo, tendrá que esperar, no pienso deshacerme de Som.

Nos sentamos los tres en una de las mesas, después de coger las bandejas y servirnos el

desayuno. El comedor funciona como un gran self-service, con bandejas con comida, neveras con bebida para que podamos contar con variedad para elegir.

Permanezco, enfrascada, devorando como posesa mi bocata, ignorando las miradas inquisitivas de Vin, porque tiene algo que contarme.

—Vuestros compañeros parecen inquietos —aborda Som y Vin pestañea sorprendido por el comentario.

Alzo una de mis cejas de forma interrogante.

—¿Y eso por qué lo dices? —indago con curiosidad y acto seguido le doy un largo sorbo a mi café.

—Al parecer han encerrado a uno de los vuestros en los calabozos — informa de manera despreocupada.

La actitud de Som, me inquieta, porque la parsimoniosa forma de charlar que tiene es rara, como si nada tuviera importancia.

—Sí, eso he oído—, al final Vin afirma conocer la información a pesar de la presencia de Som.

—¿Quién? —pregunto, mirando a Vin directamente.

—Asthor— contesta mi amigo sin perderse ninguna de mis reacciones.

Abro los ojos de par en par ante la revelación de la identidad. Los calabozos son para interrogar y torturar a posibles traidores o enemigos directos de los Maotang. Es extraño porque, aunque Asthor es un idiota machista, no creo que sea desleal a la organización.

Abandonamos el comedor y en el recibidor me despido de Vin y de Som, para darme una ducha refrescante antes de empezar mi turno.

—Bueno, chicos, nos vemos después —profiero y mis palabras casi se ahogan al ver a Damyan en el recibidor con Kai a su lado y Alyssa al otro.

La rabia sube por mi esófago, nublándome la vista al ver a la hermosa rubia orgullosa al lado del puto demonio tentador.

«¿Tan pronto me sustituyó en su cama?», pregunta mi instigadora mente.

«¿Dónde queda el papel que ha representado horas antes de ofendido diciendo?»

“No soy el único que no sabe amar”

La ira me arde en el pecho y clavo mis uñas en la palma de mis manos; lo que más me repatea es ver esa mirada en Alyssa, igual a la mía, cuando miro al capullo de Damyan.

—Kat— llama Kai, sacándome de mi propia nebulosa de celos y rabia que amenaza con combustionaré.

A regañadientes, pero adoptando una postura enteramente profesional, me aproximo al comandante, intentando fijar mi atención en él y no en lo que no debo.

—Quería informarte que Viktor ya salió de peligro, por fin han decidido operarlo y todo apunta a que se recuperará —informa mi comandante y veo cierta empatía en sus ojos.

—Me alegra mucho —expreso con una sonrisa forzada pero suave. Ni siquiera puedo sonreír con sinceridad, porque la rabia que se acumula en mi pecho tensa mis músculos hasta tal punto que cualquier expresión resulta forzada.

—Kat, hoy mantendrás tu posición en el escuadrón de vigilia de las entradas principales, de momento quedas relegada de la seguridad personal de Sokolov-proclama con voz queda.

«¿Qué? Me cago en todos los muertos de Sokolov» maldigo en mi mente.

Ante las órdenes de Kai, mi alma se cae a mis pies y se hace añicos contra el suelo. Como no contemplé la posibilidad de que el arrogante egocéntrico de Damyan mezclara lo personal con lo profesional.

«¡Joder!»

—Entendido —profiero fría como el hielo.

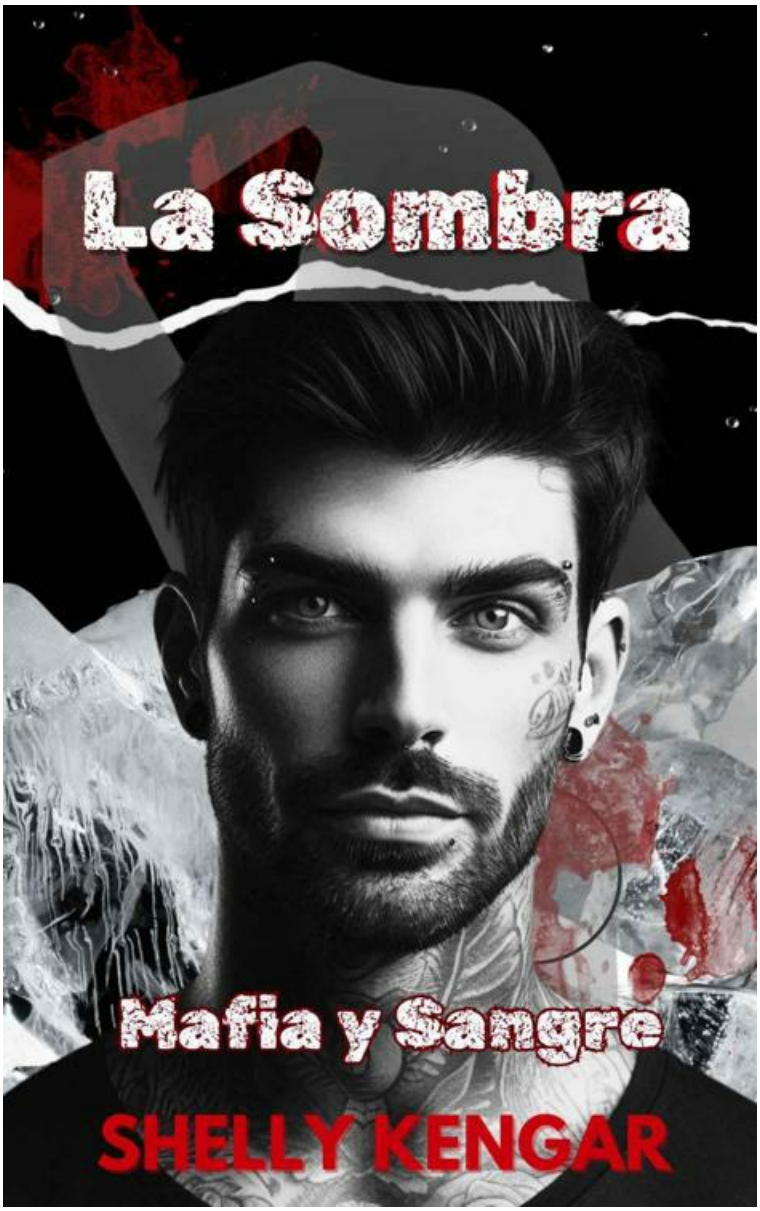
Por el rabillo del ojo me concedo la oportunidad de ver por unos segundos al culpable de mis desdichas actuales. Un rayo de rabia cruza sus pupilas de hierro líquido.

—Me retiro —informo por cortesía a Kai girándome sin mirar a mi espalda y me apresuro a largarme a mi habitación para darme una ducha e intentar clamar mi rabia.

En definitiva, Sokolov es un gilipollas, pero muy a mi pesar duele, mucho, que actúe como si siquiera existiera.

Para mi desgracia, hasta este momento bajo el chorro de agua caliente, no acepto la verdad que lleva semanas latiendo en mi interior. Que Damyan Sokolov se ha metido en mi piel, enterrándose como un puñal afilado.

Este sentimiento que estruja mi corazón provocando que mi garganta se cierre no es simple obsesión, sino algo más profundo que lucha por salir a flote entre las mil barreras que durante años he construido alrededor de mi órgano palpitante para protegerlo de romperse.



Capítulo 39

Damyan

El día ha llegado, y los hombres de mi primo ya han empezado a ocupar cada recoveco del palacete. Me encierro en mi despacho en un intento fallido de sosegarme, pero me preocupan demasiadas cosas, una de ellas es Kat. No quiero involucrarla demasiado en la reunión de la *Societas*. Reconozco que es un sentimiento de protección extraño, ansío que nadie la conozca, nadie la vea, de momento, porque tenemos una conversación pendiente.

Si mi fierecilla cree que me retiraré de forma estoica y aceptaré su maldita rabieta infantil, es que ni siquiera me conoce ni un ápice.

Los golpes en mi puerta me avisan de la llegada de Kai, lo acabo de avisar.

—Adelante.

Kai entra con su pose habitual de rectitud, envidio la capacidad de mi comandante y amigo para hermetizar sus emociones de manera sublime.

—Los hombres de Rossi ya están revisando el palacete, tu primo no quiere sorpresas — comenta.

—Andreas es un obsesionado, no deja nunca nada al azar. Pero en esos momentos es necesario. No nos olvidemos que tenemos un topo y aún no tengo la seguridad de que Asthor sea el verdadero culpable — expreso.

Kai se sienta frente a mí y cruza sus piernas.

—Asthor, hizo algo que no debía; sin embargo, estoy de acuerdo en que quizás no sea el culpable de la muerte de Cheng ni de la manipulación de las cámaras. Deberíamos interrogar a Kat— dice y su mirada se hunde en mi rostro al acabar la frase.

Interrogar a Kat sería lo lógico, no obstante, en mi fuero me niego a que nadie la interrogue, que no sea yo. Si aplico la racionalidad, sé que mi fierecilla no es quien dice ser. Esa sospecha latente se instaló en mi alma desde el principio, aunque reconozco que la he pasado por alto, centrándome en lo que la mujer despierta en mí.

—De momento colócala en otro escuadrón, mientras que la Societas esté en el palacete, no la quiero demasiado cerca —profiero y una chispa de sorpresa cruza el rostro de Kai.

—Está bien, creo que es una buena decisión —expresa, Kai satisfecho.

Mi amigo, aunque no conoce los detalles, sabe que Kat resulta una distracción demasiado grande para mí.

—Mantendremos a Asthor en el calabozo hasta despejar las dudas, que pesan sobre su cabeza —comento pasando una de mis manos por mi cabello.

—El resto de los hombres empiezan a cuchichear— informa Kai.

— Recuérdales que esto no es un puto colegio de niñatos, nunca me han gustado los cuchicheos, que se limiten a hacer lo que deben hacer y punto —exclamo y mi voz suena igual que un rugido.

—De acuerdo —dice Kai, levantándose para abandonar mi despacho.

Una vez solo saco mi botella de Vodka y me sirvo un trago. Necesito alcohol para lo que me espera. El reencuentro con Akim después de tantos meses provoca inquietud, aunque menos de la que creía posible.

Quizás algo tiene que ver, que Yasu ya no ocupe mi mente, ni mi negra alma. Que la hechicera de ojos verdes haya aparecido en mi vida no ha sido tan terrible.

«No mientas, no tiene nada de terrible», aborda mi afilada consciencia.

Kat ha arrasado con cualquier sentimiento de anhelo por la joven princesa de la yakuza instalando en mi alma sentimientos más potentes, demasiados, convirtiéndome en una bomba altamente inestable cuando la joven está dentro de cualquier ecuación.

Salgo de mi despacho y en el recibidor me tropiezo con Kai y con Alyssa.

—Buenas, Damyan —Saluda Alyssa brindándome una mirada que está cargada de anhelo.

A pesar de que las cosas estén claras entre nosotros, Alyssa parece no darse por vencida. No la reprendo, al contrario, intento ser amable, aunque no es una de mis virtudes, porque sé lo que se siente deseando algo que no puedes alcanzar.

—Buenas, Alyssa, me alegra verte.

Kai nos observa con mirada de águila, lo comprendo, a fin de cuentas, Alyssa es su hermana y el sentimiento de protección sobrepasa en ocasiones al deber.

—Kat.

La voz de Kai llamando a mi mantra personal provoca que me gire hacia la derecha. Ver

aparecer a mi fierecilla escoltada por los dos lameculos que siempre la rondan, pone a mi sangre a hervir de pura rabia y celos. Cuando se trata de Vin y Som, las ganas de sacarles los ojos con mis propios dedos se intensifican, porque odio cómo la miran, cómo revolotean alrededor de lo que yo considero mío, Kat.

Me obligo a mantener la mirada y mi atención al frente mientras Kai informa a Kat de su nueva función dentro de la organización. Por un momento, nuestras miradas se cruzan y la rabia me sube por la garganta, al igual que a ella.

Decido ignorarla de nuevo, centrando mi atención en Alyssa, que no pierde detalle de la escena. Su sonrisa satisfecha al mirarme también logra cabrearme, más si eso es posible.

Suelto el aire contenido cuando Kat desaparece por los pasillos que llevan a su dormitorio.

—Ay, Damyan quien te ha visto y quien te ve. Creo que Kat es tu maldición y vas a sufrir —susurra Alyssa, poniéndose de puntillas para pegar sus labios a mi oreja—. Lástima que eligieras a la mujer más complicada.

Su sonrisa malévola es demasiado irritable y mi estado anímico demasiado voluble, aunque recordando la presencia de Kai a mi lado, controlo los instintos de cargar mi funesto humor sobre su hermana.

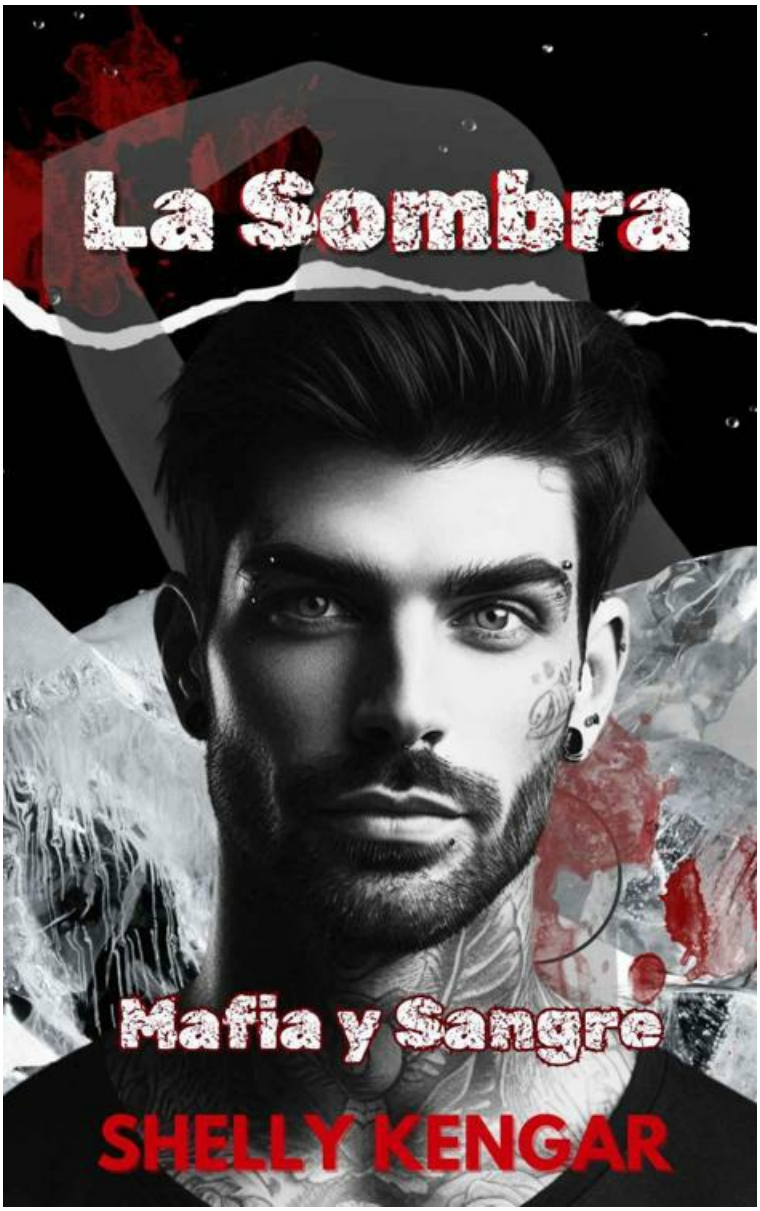
—Damyan, ¿qué gusto verte? —Por suerte, la escena es interrumpida por Luca, actual consiglieri de Andreas Rossi. El moreno de ojos negros avanza por el recibidor acompañado por varios de los hombres de seguridad de la mafia italiana.

Avanzo y nos estrechamos las manos. Luca y yo nos conocimos hace meses, justo después de que mi primo asesinara a su anterior consiglieri, a pesar de ser su primo, pero la traición no tiene perdón en nuestro mundo, ni siquiera para los miembros de sangre.

—Luca, a mí también me alegra verte —exclamo.

—Bueno, te veo bien— comenta y no puede evitar que sus ojos se desvíen a la mujer que permanece a mi espalda.

Luca y sus dotes de casanova, al parecer, a Alyssa le ha salido un admirador pienso y el fondo me tranquiliza, porque quizás Luca logre que la rubia se olvide de lo nuestro y acepte al fin que no tiene sentido esperar por alguien que bebe los vientos por otra mujer.



Capítulo 40

Kat

Vestida con mi uniforme con mis armas enfundadas, abro la puerta de mi habitación con más ímpetu del habitual, porque aún cargo los rescoldos de la rabia por haber sido apartada de la seguridad personal de Sokolov.

«Capullo, narcisista, gilipollas», enumera mi mente mientras camino concentrada en mis maldiciones. Pero verme alejada de la reunión de la *Societas*, significaba que debería trazar un nuevo plan para acabar, con Rossi.

Me castigo en silencio, porque verme en esta situación es culpa mía, y, por supuesto, del capullo de Damyan. Mezclar negocios con placer tiene consecuencias, lo sabía cuándo mis labios rozaron su boca la primera vez y lo ignoré, así que ahora me tocaba aguantarme.

De repente alguien me sujeta desde atrás, cogiéndome por sorpresa, mi boca es silenciada antes de gritar por una mano y soy arrastrada para introducirme en una especie de ropero oscuro. Mantengo la calma, porque mis manos siguen libres y en un momento u otro puedo alcanzar mis armas de mis vainas y deshacerme de mi agresor.

Un aroma de madera y sándalo penetra mis fosas nasales y lo reconozco.

—Pensabas que las cosas iban a quedar así—, la voz varonil penetra a mis oídos y eriza cada pelo de mi piel.

«Joder, este hombre es criptonita para mí, porque solo su gruesa voz humedece mis bragas a pesar de que estoy enfada con él».

Su mano se retira de mi boca, pero la coloca alrededor de mi garganta sin apretar, tan solo ejerciendo la presión justa para avivar mi fuego.

—Eres un idiota, suéltame. Creí que lo había dejado claro esta mañana —me reitero en nuestra conversación matutina a pesar del torbellino de emociones que provoca Damyan Sokolov en mi cuerpo. Necesito enterrar estos malditos sentimientos, porque si no será mi fin.

Su respuesta no se hace esperar, pega sus caderas a mi trasero y percibo con claridad la dureza de su polla, muerdo mis mejillas para no dejar escapar un gemido de puro placer. Porque cuando se trata de lujuria, Damyan es el rey de mi libido, porque me enciende como nadie, me da placer como ninguno y anula mi pensamiento coherente.

«¡Detente!», grita mi conciencia, intentando que me centre en aplicar el razonamiento.

—Fierecilla, mentirosa, o, ¿crees que si meto mis dedos en el interior de tus pantalones encontraré lo mucho que, según tú, me detestas? — se jacta y acaricia la cinturilla de mi pantalón con sus dedos hábiles, rozando la piel entre mis pantalones y mi top. Su toque actúa como una quemadura, provocando que esa parte arda.

Su proximidad, sus palabras emitidas con un tono demasiado íntimo y sensual, consiguen que casi me pierda en el placer y olvide de nuevo mis prioridades.

—No seas capullo, claro que te deseo y encontrarás humedad entre mis bragas. Nunca he negado la atracción física que nos domina, pero el deseo no lo es todo, jefe —profiero en un loco intento por hacerlo retroceder, quizás si consigo enfurecerlo lo suficiente, me deje en paz.

«Ilusa», susurra mi conciencia.

Percibo la tensión en su cuerpo e incluso en sus dedos que siguen acariciando el botón de mis pantalones.

—Kat, debería deshacerme de ti, porque eres un problema, pero soy un loco que no está dispuesto a sacrificar lo que me provocas, hechicera. Tan solo voy a deshacerme de los idiotas lameculos que te revolotean como polillas, porque desconocen que eres mía — expresa y su nariz acaricia el hueco en mi cuello, entre la oreja y mi clavícula.

«Dios, ¡qué bien se siente su caricia! Despierta, Kat», me fustiga mi mente.

—Y dale que te pego, creí haberte dejado claro que no pertenezco a nadie, Sokolov —gruño, sin embargo, mi tono es demasiado suave para nada convincente.

—Siento aclararte, fierecilla que tu cuerpo y el pulso que palpita en tu cuello de forma frenética bajo mis labios contradicen tus palabras—, asevera Damyan sin dejar de atormentar mi cuello con su boca.

—¿Por eso me has relegado de tu guardia personal? ¿Cómo castigo por no claudicar a tu afirmación de posesión? —pregunto con sarcasmo, volcando toda la rabia que hace dos minutos corría por mis venas en el último intento por salir de esta situación. Pero si no lo logro, volveré a caer entre sus brazos, postrándome de rodillas ante su arrogancia.

Sus dedos se engarrotan y abandonan al fin mi estómago, aunque solo para encaramarse a mis

caderas, apretándolas con fuerza. Percibo su enfado y la tensión de este.

—No seas inmadura, nunca antepondría nuestras diferencias personales al trabajo, a pesar de haberme metido entre tus piernas saltándome la primera norma, sobre no mezclar trabajo y placer. Te he relegado por tu seguridad, para mí es importante —concluye y la rabia se nota en sus palabras.

—No necesito tu protección, creí que te lo había dejado claro. Hasta el momento he sido yo, la encargada de protegerte —rebato, dominada por el enfado.

— Se acabó la discusión. Cuando la *Societas* se marche, volveremos a retomar esta maldita conversación y entonces sí que no tendrás escapatoria —expresa soltándome de forma brusca. Se para frente a mí a pesar de la oscuridad que se cierne en el interior del habitáculo que nos encontramos.

Sus labios aplastan mi boca con brutalidad y dudo en responder a su saqueo; sin embargo, las ganas me dominan y mis manos rodean su nuca para profundizar, el beso con el mismo fervor que él. Damyan detiene el beso antes de que ambos nos fundamos en el fuego candente que nos invade cada vez que estamos juntos. Sus manos sujetan mi rostro y sus ojos anidan en los míos.

Tiene los ojos más hermosos que he visto nunca, cualquiera podría penderse en esas pupilas grises que arañan el alma.

—Debemos parar o no saldremos de este puto cuartucho en todo el día, para mi desgracia tengo demasiadas obligaciones hoy para quedarme aquí contigo, aunque sea lo que realmente me apetece — comunica y su mirada continúa clavada en la mía mientras deslizas sus pulgares acariciando mi barbilla— Sé buena, fierecilla.

Tan solo puedo asentir, hipnotizada ante su contacto. Me propina un beso suave que me sabe a poco y abandona el cuarto, dejándome en la soledad en mitad de la oscuridad. Unas terribles ganas de llorar me embargan y caigo de rodillas en el suelo ante la aplastante verdad que grita mi embravecido corazón.

Estoy enamorada de Damyan Sokolov y, para colmo de males, creo que él también, pero de una mentirosa que irrumpió en su casa con malas intenciones.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas, incapaz de reprimirlas, escondo mi cabeza entre mis brazos.

«¿Cómo voy a salir de esta?», me preguntó en el silencio de mi llanto.

Inspiro aire e intento, insuflarme calma, porque soy persona de encontrar soluciones con la mente fría y en estos momentos nada en mí está frío, ya que ardo como una llama y me siento como un tornado de fuego, rabia e imponencia. Me pongo en pie y limpio mis mejillas con el dorso de mi mano. Coloco la mano en la perilla y abro con ímpetu la puerta. La luz del pasillo me flashea los ojos y pestañeo seguido para acostumbrarme.

—¿Ahora te escondes, Kat?

«¡Lo que faltaba, darme de bruces con Alyssa!»

Los celos al verla achicharran mis venas, aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo, reprimiendo las ganas de romperle la cara, angelical que carga.

«Joder, ¿desde cuándo me he vuelto una zorra ponzoñosa?»

—Hola, Alyssa —Saludo, sonriendo de oreja a oreja.

Si hubiera un premio a la sonrisa más falsa, me lo hubiera llevado de calle.

Alyssa entorna los ojos y me dedica una mirada demasiado analítica para mi gusto.

—Si hubiera pensado que lo hechizarías como una serpiente, yo te hubiera echado de los Maotang el primer día —me dice y el odio se plasma en cada una de sus palabras.

Arqueo mis cejas de forma arrogante, sin amedrentarme.

—Yo no he encantado a nadie, no es culpa mía que no te quiera —ataco con firmeza.

La ruidosa carcajada que emite la rubia pone a bullir mi sangre.

—¿Querer? No te engañes, él solo ha querido a Yasu, la mujer de Akim, nosotras tan solo somos medios para deshacer sus ganas de sexo —se vanagloria de forma altiva.

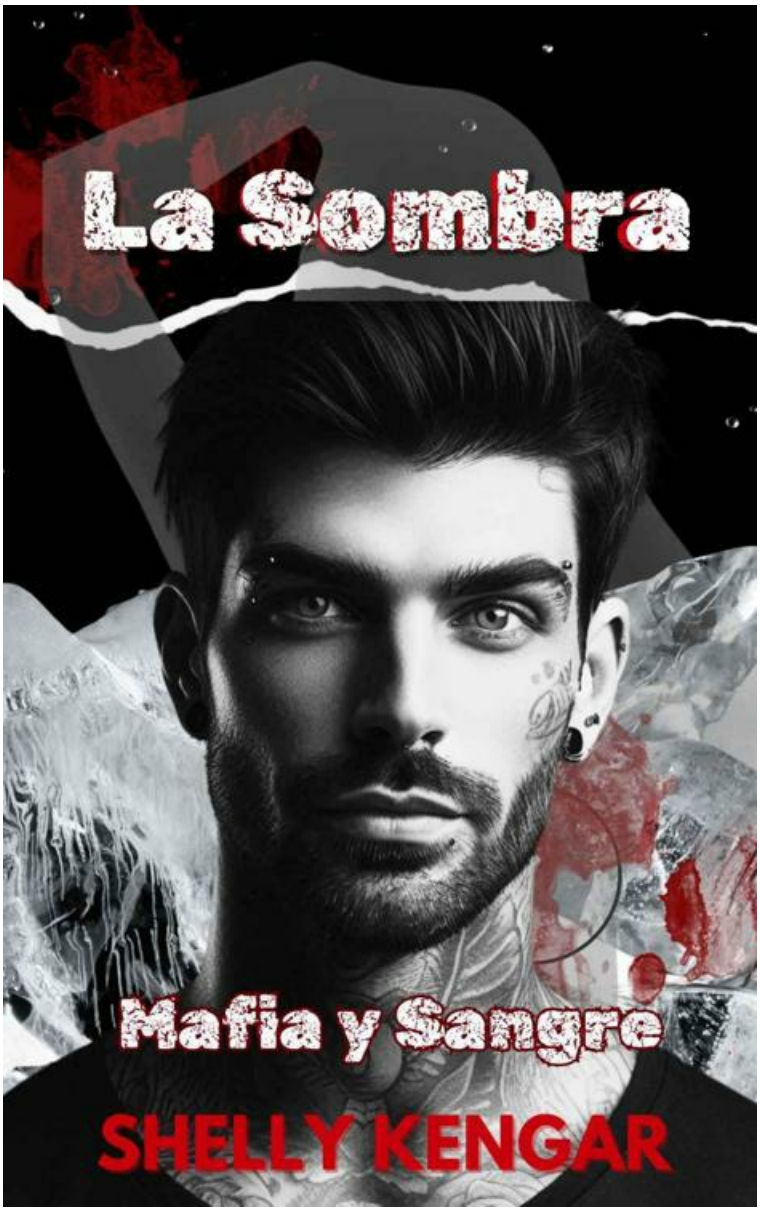
«¡Voy a arrancarle la cabeza!»

—No pienso pelear por un hombre, Alyssa, por mí puedes quedártelo en exclusiva —profiero encogiendo los hombros y disponiéndome a largarme para perderla de vista antes de cometer una tontería.

Bloqueo cualquier tipo de emoción al pasar por su lado, manteniendo mi pose de: “a mí, me la trae al pairo”, actitud irreal, porque en mi interior un dolor intenso cierra mi garganta recordando las palabras de la rubia.

“Él solo ha querido a Yasu, la mujer de Akim”

Esa afirmación, quiebra mi corazón, porque yo lo amo y siento que de nuevo entregué mi corazón a quien no lo merece.



Capítulo 41

Damyan

Camino con prisa, alejándome del trastero de debajo de las escaleras, porque me conozco y, si no me apresuro a poner distancia, regresaré a encerrarme con Kat. Porque es la única mujer que deseo en estos momentos, es mi veneno personal, adictivo y letal y no puedo estar sin él.

Atravieso el recibidor con la idea fija de aporrear a mi árbol favorito para descargar tensiones, ya que queda descartado follar como loco a mi fierecilla.

—Tienes prisa, hermano.

Mis pies se pegan en el suelo al escuchar esa voz, la voz de mi ídolo y mi villano al mismo tiempo. Giro sobre mis pies y me encuentro cara a cara con Akim Sokolov, mi hermano.

Tardo varios segundos en reaccionar, repaso con mis ojos la mujer menuda que permanece a

su lado, con el vientre abultado y su mirada cargada de cariño y preocupación.

Por primera vez en seis meses, lo único que siento al encontrarme cara a cara con la que pensé que era el amor de mi vida es un cariño y una ternura que tiene más de amor fraternal que de amor pasional. Como una losa cayendo sobre mi pecho, la realidad vuelve a paralizar mi alma.

Idealicé a Yasu, ahora lo sé. Todos los consejos de Kai, e incluso de Alyssa de que mi amor por mi cuñada era platónico, no real, se pasean por mi mente en estos segundos. La claridad aplastante llega a mí en un segundo como la luz para iluminar mi propia oscuridad.

—Bienvenidos — alcanzo a decir, reaccionado al fin a la presencia de ambos.

Recorto la distancia para aproximarme a Akim quien me dedica una mirada demasiado analítica que en el fondo me molesta, pero lo entiendo. Soy su hermano, pero él aún cree que yo ansío ser su rival por el amor de su mujer.

—Damyan, qué alegría verte —exclama Yasu estrechándome en un abrazo supervisado con exhaustiva atención por el Lobo. Correspondo la muestra de cariño.

Yo también me alegro, Yasu. Veo que mi sobrina aún no ha decidido hacer acto de presencia —comento acariciando su vientre.

—Sí, bueno, al parecer quiere hacerse esperar, hará su entrada en escena de forma triunfal, seguro —expresa mi cuñada sonriente.

La felicidad que rebosa Yasu y la devoción que veo en los ojos de Akim me provocan cierta envidia.

—Bueno, una Sokolova triunfante, seguro —dedicándole una sonrisa suave.

—Sí —sonríe—, será mejor que vaya a mi dormitorio. Necesito descansar, porque si no los pies no saldrán de mis zapatos por la hinchazón.

—Naya te ayudará en lo que necesites —informo.

Akim no se mueve ni un ápice, se dedica a seguir con su mirada de cazador a Yasu mientras ella sube las escaleras que dan acceso a los dormitorios.

Una vez solos, la mirada fría que me dedica Akim logra contraer mi pecho. Si algo tenemos, los Sokolov son el orgullo, una bendición veces, otras una maldición.

El intenso odio que llevo meses cultivando hacia mi hermano mayor, ahora ya no se siente tan vivo. Añoro la relación que manteníamos antes de que Yasu apareciera en nuestras vidas.

—¿Dónde tienes el Vodka? —La pregunta de mi hermano no me sorprende, al contrario, provoca que las comisuras de mi boca se estiren en una sonrisa torcida.

Hay costumbres que nunca se pierden, y la predilección por el vodka en nuestra familia es una de ellas, él lo único que hemos heredado del viejo pervertido de nuestro padre. Me acerco al mueble bar y saco la botella junto a dos vasos donde sirvo el licor.

Akim lo coge y se sienta en el sillón frente a mí.

La realidad es que este despacho era en un principio de él, pero desde hace seis meses lo he ocupado y mi hermano respeta esa línea, lo cual en el fondo me satisface.

—Te ves bien, a pesar de los intentos de la tríada por borrarte del mapa— comenta con displicencia, esa que ejerce el Lobo, engañosa, calma, antesala de tormenta. Mi hermano engaña con una animosidad fingida que muchos de sus enemigos a lo largo de su vida han subestimado un error que a la mayoría les costó la vida.

—No soy fácil de liquidar—aclaro encogiendo los hombros.

—Me alegra —contesta, analizando mi rostro con perspicacia.

—Ese cabrón, el nuevo líder de la tríada, es demasiado listo, nadie conoce su identidad —comunico a sabiendas de que él está al tanto, por supuestos.

—Lo sé, pero cometerá un error y entonces lo atraparemos —expresa con determinación Akim

llevando el vaso a sus labios para dar un largo sorbo.

—Y mientras va haciendo daño —bufo exasperado.

—Explícame lo de Cheng, ¿dónde está? —aborda Akim cambiando bruscamente de tema.

Joder, mi hermano logra encauzar las conversaciones hacia donde él desea.

—Muerto —contesto impasible.

Akim arquea las cejas a modo de interrogación.

—Lo teníamos en el sótano, porque estaba seguro de que él había sido partícipe del atentado donde Viktor casi pierde la vida y lo encontramos envenenado - explico pasando una de mis manos por mi mentón.

—¿Por qué no estaba informado de eso?

—Pasó ayer, consideramos decírtelo hoy—me justifico.

—No lo consideres, Damyan, quiero saberlo todo al minuto, no a toro pasado— regaña conteniendo su tono de voz.

Frunzo los labios y aprieto los puños, porque odio la actitud déspota de mi hermano.

—Kai y yo pensamos que hay un topo en nuestra organización - explico haciendo acopio de mi control para guardarme las ganas de gritarle cuatro cosas, al arrogante de mi hermano.

— Lo que es muy preocupante.

—Tenemos a uno de los nuestros interrogándolos, pero hasta el momento hemos aclarado poco. —Comunico y me molesta no haber avanzado entre poco y nada en este tema.

—¿Sabemos el veneno utilizado? —se interesa Akim.

—Estricnina.

—En breve llegarán Andreas e Illya, a Lazar le es imposible acudir, pero espero que entre todos podamos decidir nuestros siguientes pasos —informa Akim levantándose.

—Y con Ferguson, ¿qué hacemos? —pregunto y en mi rostro se refleja la animadversión que inspira el pelirrojo en mí.

—Es un idiota, lo sé, conozco su fama, espero que se largue pronto si no pondré a su hermanastro al día de sus gilipolleces —expresa, seguro de sí mismo.

—¿Su hermanastro? —me intereso con curiosidad.

—Sí, Kian Ferguson es el líder del clan irlandés, muy a pesar de Zacarys —antes de alcanzar la puerta se gira de nuevo y clava su mirada en mí—Espero que tus anhelos hacia mi esposa se hayan evaporado, hermano.

Su advertencia no me pilla desprevenido, mucho estaba tardando en abordar el tema que nos ha tenido distanciados todos estos meses. En su rostro se lee la ira. No me engaño, si fuera un extraño, ya estaría muerto por mano del Lobo, pero por mis venas corre su sangre lo que hasta la fecha me ha salvado la vida.

Mi hermano no es famoso por perdonar.

—No te preocupes, veo a Yasu como lo que es, mi cuñada y la futura madre de mi sobrina. —proclamo y por primera vez no tengo el regusto amargo del odio y la impotencia, lo único que experimento es liberación.

—Me alegra, hermano. Espero que encuentres alguien en tu vida que le dé el sentido que le falta, pero te advierto que no te metas con la hermana de Kublain. Está preocupado, parece que la pequeña de los Kan ha desarrollado cierta obsesión por ti. Lo entiendo porque, a fin de cuenta, los Sokolov somos irresistibles - se jacta en u un intento de sonrisa arrogante; sin embargo, sonreír no es lo suyo.

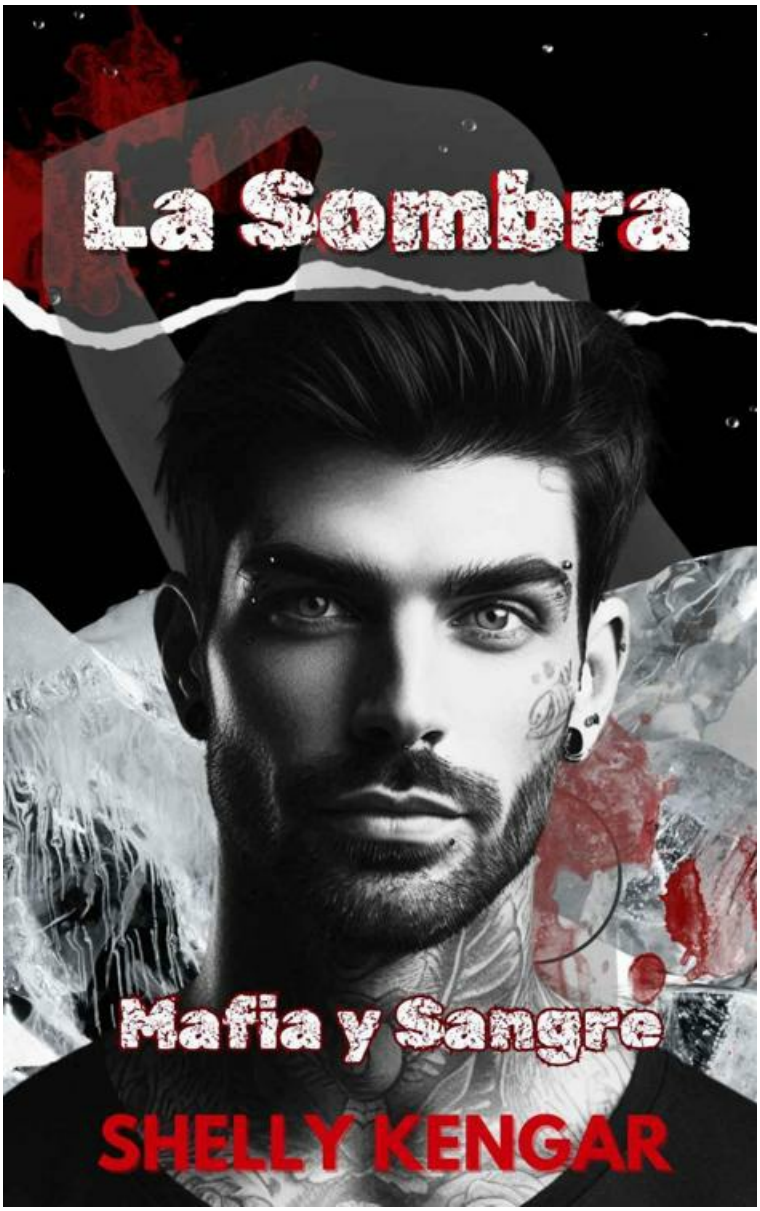
—No te preocupes, Alyssa, y yo solo somos compañeros, amigos, llámalo, como quieras, pero no pareja —me excuso, aunque es imposible no sentir rabia porque la actitud de Alyssa ha

provocado que los rumores lleguen a mi hermano y me enfurece.

—Espero que no te equivoques, Damyan. Las mujeres son unos seres extraños —suelta antes de abrir la puerta y marcharse.

Cuando veo cerrar la puerta tras de sí, no puedo evitar soltar una tremenda carcajada.

¿Quién lo iba a decir?, él; todo lo puede Lobo quejándose de que las mujeres son seres extraños. Sospecho que Yasu Shinoda no es el ángel etéreo que aparenta. Más bien, el punto de reflexión del Lobo



Capítulo 42

Narrador Omnisciente

Ella, encantadora, hermosa, con el encanto natural sibilino de una reina criada en fosa de monstruos sádicos. Mariya Sokolov creció rodeada de sangre, secretos y un padre que la adoraba por encima de todas las cosas, menos por encima del poder de la bratva.

Él, Illya Rumicov un monstruo vestido de traje con mirada felina, encantador y mortífero en igual medida. Nunca debieron encontrarse; sin embargo, el destino a veces marca sus designios sorprendiendo a los mortales.

Se encontraron, y las llamas de la obsesión ardieron entre ellos. Illya y Mariya comparten una historia repleta de secuestros, sangre y mentiras que los ha abocado al punto donde ahora mismo se encuentran. Desde la muerte del pakhan ella ha enviado a sus perros a la caza del líder de la mafia albanesa y él, como buen estratega, les ha dado esquinazo.

Ahora Illya Rumicov se dirige al palacete de los Maotang en Varsovia, donde debe reunirse con la Societas, una sociedad que fundó Andreas Rossi cuando la tríada se alió con la bratva y juntos empezaron a ser un problema para el resto de las organizaciones.

Illya no tuvo más remedio que unirse a pesar de la inquina bien conocida que sentía por el capo italiano. Los motivos para cierta animadversión los dejamos para otro momento de esta historia.

Héctor, su fiel amigo y hombre de confianza, entra en el vehículo para poner dirección al palacete.

—¿Novedades? —pregunta Illya sin apartar la vista del frente.

—Al parecer hay un nuevo pakhan —comenta Héctor, concentrado en el movimiento circular que efectúa con sus pulgares mientras sus manos entrelazadas continúan sobre su regazo.

Illya se gira y lo mira de forma perspicaz.

—¿Quién? ¿Nikov?

—No, contra todo pronóstico para todos, Mariya Sokolov se ha proclamado pakhan o reina, como prefieras, de la bratva con la cabeza en la mano del difunto Nikov— informa Héctor sin perder detalle de las expresiones del rostro de su amigo y jefe.

—¡Joder, maldita sea! —profiere Illya que parece sin dar crédito a los acontecimientos que acaba de informarle Héctor.

—Illy, este giro en el liderazgo de la bratva nos perjudica mucho —aborda Héctor, consciente del odio que Mariya Sokolova siente hacia Illya.

—Lo sé, por eso es primordial que Katia se mantenga escondida. Si Mariya quisiera atacarme, indirectamente elegiría a mi legado para darme de lleno —explica Illya frunciendo el ceño.

—Illya, con respecto a Katia…

—¿Dónde está? —exige Illya sin permitir a Héctor que acabe la frase.

—La están buscando, parece como si se la hubiera tragado la tierra, a ella y a Vin— informa Héctor.

—Mierda, nunca debí dejarla venir, esa chica rebelde y terca será mi condena —profiere Illya pasando sus manos inquietas por su cabello.

—Illya, he averiguado algo más sobre la procedencia de Katia— expresa al fin Héctor, aunque el temor a la ira de su amigo se dibuja en sus ojos.

—Te dije que me importa una mierda quién fuera su madre, lo único que importa es que yo soy su padre y, aunque me pese, es mi legado— proclama Illya enfurecido.

—Es que creo que Olaf Sokolov jugó sucio, Illya. Al parecer, él entregó directamente al bebé a la mujer que nos hizo llegar a Katia —al fin suelta Héctor exponiéndose al carácter endemoniado de su jefe.

—¿Qué? Explícamelo— exige.

—No tengo más información, pero la pequeña salió de la mansión Sokolov, de eso sí que estoy seguro.

Illya respira hondo y sujeta el puente de su nariz con los dedos.

Los acontecimientos no son lo único que le están provocando dolor de cabeza a Illya Rumicov, sino los secretos y mentiras que a cada paso salen, como el que saca las reliquias de un armario.

—Illya…—empieza a decir Héctor, aunque se detiene al ver la mano alzada de su líder.

—No lo digas, ni se te ocurra expresar en voz alta lo que tu cabeza está considerando. Porque es imposible…

No hay verdad más oculta que la que un ciego, sin serlo, se niega a ver.

Lejos de allí, Nam Min recoge los documentos del despacho de las oficinas en el centro de Varsovia. La tapadera de la empresa poco a poco va tomando forma con la ayuda del gobierno del país, por lo que de un momento a otro podrán empezar a blanquear dinero. La tríada necesita liquidez, y el anterior líder abusó de forma extrema de las arcas de la organización. Por suerte, Jim Som Hanw es un experto en finanzas y su formación fuera de China le ha ayudado a tener una visión mucho más amplia que la de los anteriores líderes.

Nam Min reflexiona y la tríada, aceptando la frente a Jim Som Hanw ha salido ganando, sus dotes de estratega están dando resultado. No obstante, hay algo que le preocupa al segundo al mando de la tríada.

Nam Min tuvo la suerte de conocer de primera mano a la joven por la que al parecer está obsesionado el hermano del Lobo, Damyan Sokolov. La belleza de la joven incluso lo impresionó en la embajada, pero lo que más le causa es temor. Porque Som no la ha mencionado ni una vez en sus conversaciones; aun así, la experiencia le dice a Nam que ella puede ser una “Helena de Troya”.

Su teléfono suena y lo descuelga con rapidez, al ver el nombre de su líder en la pantalla del teléfono.

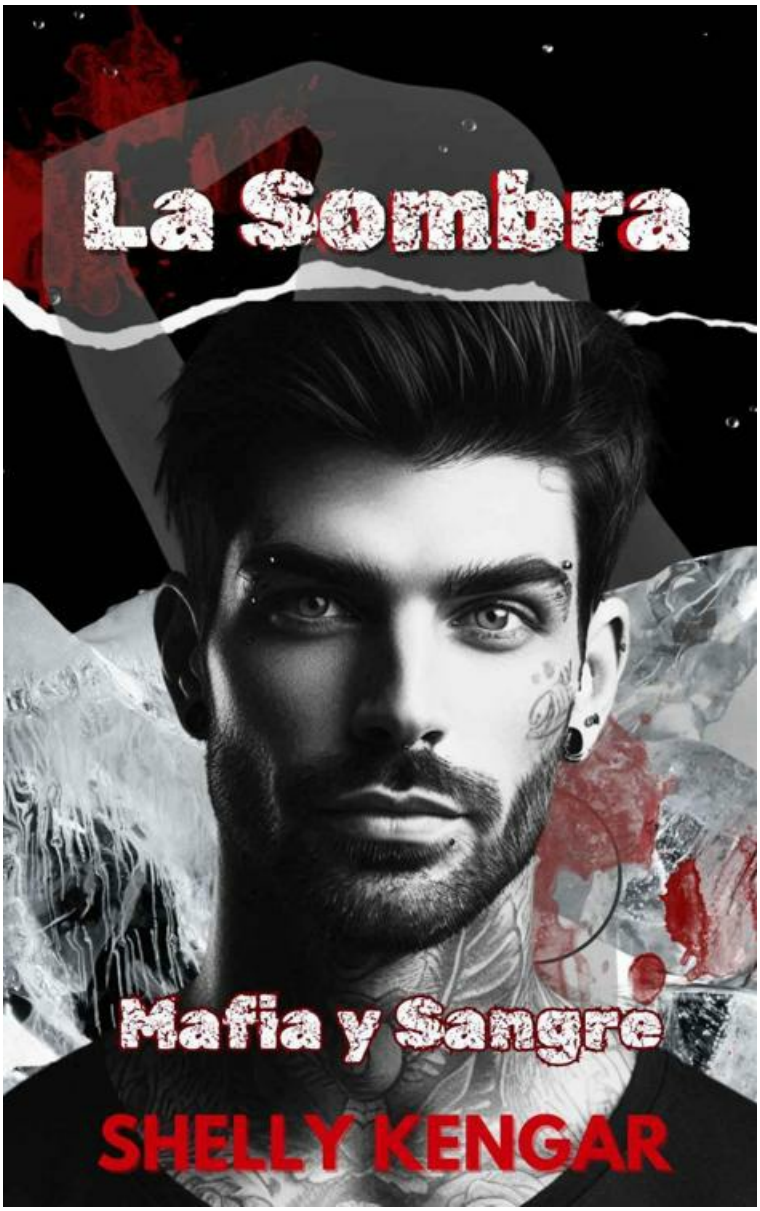
—Nam Min, has repasado el plan, espero que esté todo, como ordené —gruñe de forma exigente Som Jim Hanw.

—Sí, todo controlado— afirma Nam temeroso, porque el carácter irascible del líder es sumamente inestable.

—Recuerda que el control es tan inestable como un explosivo, así que recuerda a nuestros hombres que cualquier fallo lo pagarán con su sangre —advierte Jim Som Hanw.

—De acuerdo, Jim —acepta Nam Mi en actitud sumisa.

Cuelga y su mirada pensativa se pierde a través de la gran cristalera del despacho que ocupa. Su ceño fruncido denota su preocupación ante los acontecimientos que están por llegar.



Capítulo 43

Kat

Trago grueso para reprimir de nuevo las ganas de llorar, lo mejor es que me vaya a trabajar para olvidar las emociones que se arremolinan en mi pecho, causando que me dificulte respirar.

Los ojos de Vin se alzan hacia mí al verme ocupar el puesto a su lado en la entrada trasera del palacete.

—¿Cambio de zona, Katwoman? — pregunta elevando sus cejas.

—No estoy de humor, Vin. Así que mejor no preguntes —contesto, y, mi voz vibra de rabia.

Porque no debería estar aquí perdiendo mi oportunidad de tener acceso a Rossi.

—Kat, ¿y ahora qué? —insiste Vin ahora su rostro muestra preocupación e inquietud.

—Pues ahora encontrar una solución para acceder —gruño entre dientes, no alzo la voz por si

hay alguien alrededor.

Demasiados hombres extraños a los Maotang están desplegados por el palacete. La mayoría de ellos son italianos. Por suerte, entiendo perfectamente el idioma, así que puedo controlarlo.

—Lera, por favor, deberías ir a tu dormitorio —al escuchar voces a mi espalda no resisto la tentación de girarme.

Detrás de nosotros una mujer, su cabello castaño y sus ojos verdes resalta en su rostro afilado y hermoso. Vestida con un conjunto de dos piezas, de diseñador seguro, en color negro, resaltando su perfecta figura. Un hombre camina detrás de ella luciendo un rostro apesadumbrado.

—Luca, deja de actuar como un perrito faldero y dile al Dios capullo de tu jefe, que se meta sus recomendaciones, barra, guion, órdenes por ese trasero italiano que luce —profiere la mujer y pestañea ante su actitud altiva.

El morenazo que la sigue arrastra los pies y menea exasperado la cabeza.

Camina con sus tacones rechinando sobre el suelo marmoleado hacia nosotros y observo por el rabillo del ojo cómo Vin la mira babeando ante la belleza que exhuma la mujer. Con disimulo, le doy un codazo para que espabile.

Se detiene entre Vin y yo con su mirada perdida al frente, deleitándose de las vistas de la parte trasera del palacete. Desde donde nos encontramos se extiende la vasta extensión de terreno engalanada de árboles que rodea la propiedad

—¡Bonitas vistas! —exclama sin dirigirse a nadie específicamente. Desvía su mirada felina a Vin repasándolo de arriba abajo y el de nuevo queda en evidencia, embobado con fijación, ganándose una mirada asesina del moreno que permanece a la espalda de la mujer. Después de inspeccionar a mi amigo, su mirada se hunde en mí, revisándome de manera minuciosa, entornando sus párpados.

—Una mujer en los Maotang, esto sí que es una sorpresa, teniendo en cuenta que mis primos son unos machistas arrogantes —expresa con una risita maléfica en su boca—. ¿Cómo te llamas?

No me amedrento, ni siquiera baja mi cabeza ante su escrutinio. Reconozco que esta mujer es imponente, sin embargo, ella puede ser una princesa de la mafia, por lo que sospecho y yo también.

—Kat —contesto, impasible, sin mostrar ninguna emoción.

—Lera Morotova— se presenta extendiendo su mano para que la estreche y acepto el gesto.

Lera Morotova, sé bien quién es, la pareja de Andreas Rossi, una diabla vestida de diseñador digna del demonio de Rossi.

—¿Cómo has conseguido que Damyan acepte que formes parte de Los Maotang? Tengo curiosidad —se interesa.

—Pasando las pruebas, demostrando mi valía —anuncio con seguridad.

Una chispa de admiración prende en su mirada esmeralda.

—Interesante —encoge los hombros—. Nos vemos, Kat, espero. Estaré por aquí un tiempo. Ahora me voy a lidiar con mi propio mantra —se despide dándose la vuelta con elegancia, acompañada por el tipo que no se despega de sus talones en ningún momento.

—¡Qué mujer! —suspira Vin llevándose una de sus manos al pecho.

—Demasiada mujer, para ti, amigo —sentencio, sonriente.

— ¿Quién es? —pregunto.

—Ya lo has escuchado, Lera Morotova, princesa de la bratva, hermanastra de Andreas Rossi y su actual pareja, yo de ti ni la miraría en presencia del capo —advierto, porque conozco el afán mujeriego de mi mejor amigo, por lo que hago hincapié en mi última frase de advertencia.

—Tranquila, Katwoman, sabiendo que es pareja de Rossi me mantendré a mil metros —profiere Vin meneando la cabeza.

Proseguimos nuestra jornada apostados en la puerta trasera sin ningún altercado. Todo está demasiado tranquilo, además, resulta incómodo ante la atenta mirada del ejército de hombres que Andreas Rossi ha desplegado por todo el palacete.

Al fin llega la hora del descanso para comer y nuestros compañeros toman el relevo, lo cual agradezco en silencio. Vin y yo nos dirigimos a la zona del comedor. Para mi desgracia, al atravesar el recibidor por el rabillo del ojo, diviso a Damyan que se dirige al salón principal acompañado por Lera y Alyssa. Esta última me dedica una mirada perversa acompañada de una sonrisa de suficiencia.

El aguijón de los celos se prende en mi interior y me embargan unas terribles ganas de olvidarme de todo para lanzarme sobre ella y arrancarle los pelos uno a uno al son de sus gritos. Por suerte, aún me queda control para reprimir mis ansias de darle su merecido a la rubia ponzoñosa.

Centrada en Alyssa, no reacciono a tiempo y mi cara choca con un muro duro de músculos.

— Joder —gruño, aturdida, y elevo mi mirada para darme de lleno con unos ojos fríos cargados de crítica, tan parecidos y a la vez tan diferentes a los de Damyan.

Mierda, no hay gente para tropezar en este maldito palacete que tengo que ir a darme de lleno con los pectorales del Lobo.

—Lo siento— suelo a la ligera al comprobar con quién acabo de colisionar.

La mirada acusadora de Kai me atraviesa como un rayo.

—Mira por dónde vas, muchacha— regaña con voz grave.

Reconozco que su fama de intimidante no lo hace justicia, porque todo lo que te imagines, es más. Sus casi dos metros de estatura, junto a su cabello salvaje cayéndole por los hombres y su mirada glacial, provocarían miedo a cualquiera. Por suerte, yo no soy cualquiera.

—Ya me he disculpado—, rebato dejándome llevar por mi carácter temerario. Vin se apresura a clavar sus dedos en mi brazo para frenarme.

El ruso alza una de sus cejas intimidantes.

—¿Quién cojones eres, mujer?

—Akim, ella forma parte de los Maotang— verifica Kai interfiriendo.

La sonora carcajada que emite el capullo del Lobo inunda toda la sala, provocando que incluso Damyan se gire para observar lo que está sucediendo.

—En los Maotang no hay lugar para una mujer —proclama sacando pecho.

—Akim —La voz de Damyan penetra en mis oídos y experimento cómo la ira inunda mi pecho acelerando mi corazón. —No es decisión tuya, Kat pasó las pruebas igual que el resto.

Odio que acuda en mi defensa, provocando que experimente la sensación de ser una damisela en apuros, nada más lejos de mi realidad. Llevo años sacando, yo solita las castañas del fuego.

—Me importa una mierda si superó las pruebas o no— gruñe Akim aniquilando a su hermano con su mirada.

—Vamos, Akim no seas retrógrado, las mujeres tenemos los mismos derechos que los hombres —interviene Lera, que también se ha acercado a la trifulca.

—¿Dónde está tu dueño, prima? Vete a su lado y no te metas en competencias ajenas —advierte con sarcasmo Akim sin ni siquiera perder el tiempo en mirar a Lera.

—Señor, no leí ninguna cláusula en el formulario para ser miembro de los Maotang donde se excluyera a las mujeres — anuncio alzando mi barbilla con orgullo.

El lobo entorna los ojos, hundiéndolos en mi rostro, pero aguanto invicta antes este salvaje

neandertal.

—Además, una astilla, eso sí que no lo aguanto —profiere y da un paso hacia adelanto robando la poca distancia que nos separa. Su acción pretende intimidarme y no cedo, a pesar de que, sin mirarlo, sé que Vin está muerto de miedo.

—Akim, ya basta —grita Damyan enfurecido y se coloca sin permiso entre su hermano y yo —. Quieres que avise a Yasu y le explique lo intransigente que estás volviendo por una simple mujer.

Sus palabras me llenan de rabia y al mismo tiempo de tristeza.

Yasu está aquí. El amor imposible por el que Damyan suspira en silencio se encuentra en el palacete.

Esa información aplasta mi corazón sin compasión.

Akim Sokolov frunce el ceño y suelta el aire ofuscado, retirándose hacia el salón sin dedicar ni una sola de sus miradas atrás.

Damyan se gira y me mira sin pronunciar ninguna palabra y se marcha también. Así que me quedo de pie con Vin a mi lado y Kai que aún permanece frente a mí.

—Kat, lo mejor será que evites cruzarte con Akim— aconseja.

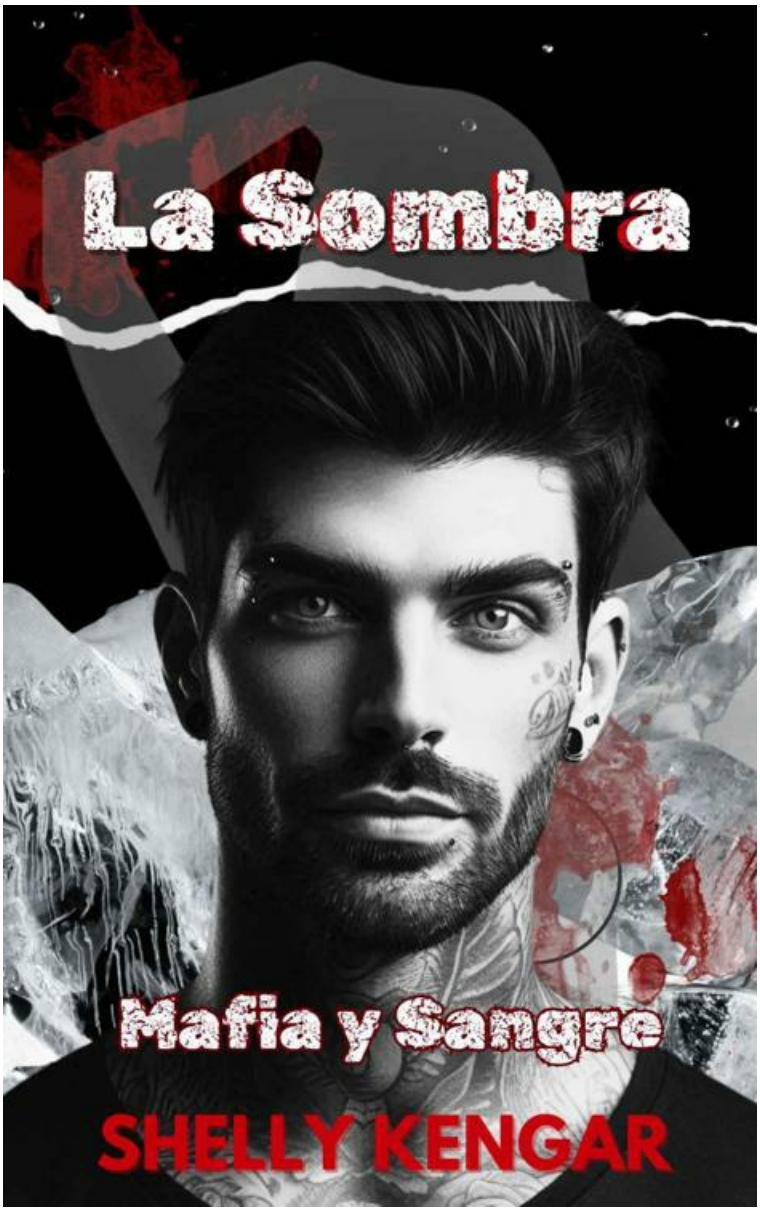
—No hago nada malo, estoy trabajando, vosotros me aceptasteis, juré lealtad a los Maotang —le recuerdo apretando las mandíbulas, reteniendo la furia que amenaza con ponerme a gritar como loca.

—Olvidar que nuestro líder es el Lobo sería una sentencia de muerte, Kat. Él es el que tiene la última palabra, así que, porque en este tiempo he llegado a admirarte y apreciarte, te aconsejo que no te cruces en su camino —insiste Kai y se larga sin brindarme la oportunidad de rebatir.

—Kat, aplica la sensatez, no estamos aquí para enfrentarnos al lobo. ¿Lo has mirado bien? Ese hombre sería capaz de aplastarnos igual que dos minúsculos insectos —dice Vin acelerado, dominado por su estado de nerviosismo.

—Cállate, Vin— exclamo entre dientes apretando los puños a ambos lados de mis caderas. Con el cabreo que cargo, no necesito a un amigo inquieto y voluble que contribuya a que el incendio interior que me empeño en sofocar se salga de control. —Haremos lo que hemos venido a hacer y nos largaremos olvidándonos de toda esta maldita gente.

Vin me mira como si la persona que tuviera a su lado fuera una total desconocida.



Capítulo 44

Damyan

Una punzada de inquietud aborda mi estómago mientras disfrutamos de la cena. Estar sentado a la mesa con la *Societas*— no es algo usual. Mi primo, Andreas preside junto a Akim la mesa y la tensión es tan densa que podría cortarse con un cuchillo. Las miradas afiladas de Illy, más conocido, como el albanés, dirigidas a Rossi son imposibles de obviar.

Es conocida la animadversión del líder de la mafia albana hacia el capi italiano, los rumores dicen que ya odiaba al progenitor de mi primo, las razones reales nunca han trascendido. Me concentro en Lera y Yasu las únicas que disfrutan de los manjares de forma calmada y tranquila.

Si mi fierecilla no hubiera estallado esa misma mañana en una pelea, sin sentidos, dando por

terminada nuestra relación, ahora mismo la tendría sentada a mi lado en vez de esquivar las caricias por debajo de la mesa en que Alyssa se empeña en lanzarme.

«¿Qué mierda le pasa a esta mujer? »me pregunto.

Creía haber dejado claro que no me interesa, pero parece que la pequeña de los Kan al final va a resultar un problema, como vaticinó Akim en nuestra anterior conversación.

«Mierda, odio que mi hermano tenga razón»

Para colmo de mis males, Akim conoció a Kat y ha expresado su opinión de que no la quiere en los Maotang.

Mi intervención en ese altercado traerá consecuencia, sin embargo, no pienso permitir que Akim toque ni un pelo de mi hechicera.

Cuando acabemos, hablaré con él exponiendo la situación claramente.

—Rossi, vayamos al grano, tenemos demasiada mierda, encima para perder el tiempo —profiere, molesto, llya.

Andreas eleva una de sus cejas en un eco perfecto y omite contestar.

Illya aprieta las mandíbulas con fuerza; aun así, no reprende el desprecio de mi primo.

—¿Dónde está Ferguson? —pregunta Rossi entretanto corta con si cuchillo el entrecot.

«Buena pregunta, ni rastro del pelirrojo toca cojones».

— Ferguson está en su dormitorio, parece que la juerga de anoche le está pasando factura —comunica Kai con la calma pasmosa a la que nos tiene acostumbrados.

—Ese idiota, nos traerá problemas —expreso meneando la cabeza.

—Sentimos llegar tarde —la voz del líder de la yakuza interrumpe la conversación.

«Ya estamos todos», pienso.

Fudo Shinoda acompañado por la mortífera Kayda Tanaka hace su entrada triunfal al salón. Reconozco que esa mujer siempre me ha provocado escalofríos.

—Hermana —exclama Yasu levantándose de su silla para fundirse en un efusivo abrazo con su hermana.

«Tan diferentes».

—Estás preciosa —exclama Kayda mostrando un lado dulce que nunca muestra al resto de mortales.

—Sí, claro, parezco una ballena— se queja Yasu sonriente.

—Estás segura de que en tu avanzado estado puedes viajar —interroga Kayda y no me pasa desapercibida la mirada aniquiladora que le dedica a mi hermano, porque es bien conocida la inquina que atesora la japonesa hacia Akim Sokolov a pesar de que oficialmente es su cuñado.

—El médico lo autorizó —expresa Yasu restándole importancia a la preocupación de Kayda.

Más tarde las mujeres, menos Kayda, por supuesto, se retiran a sus dormitorios y nosotros nos quedamos disfrutando de licores. Mi hermano se enciende un puro mientras el resto disfruta de sus licores.

—El tema principal es la tríada, no es nuevo, ha resurgido más fuerte y lo peor es el hermetismo con la identidad de su líder. — profiere Andreas.

—No solo la tríada nos está respirando en la nuca, Rossi, te olvidas de la bratva— apunta Illya entornando los ojos.

—La bratva, ahora mismo, no es primordial, Illya. Sin un pakhan no están organizados —interviene Akim con seguridad.

—Error, Lobo, tus informaciones están desactualizadas. La bratva ya tiene pakhan —el anuncio del albanés nos pilla a todos desprevenidos.

Incluso mi primo, detrás de su armadura impasible y su rostro mudado de cualquier emoción,

parece sorprendido.

La conversación es interrumpida con el sonido chirriante de los tacones repiqueteando el suelo de mármol del salón. Todos los presentes nos volvemos hacia las puertas principales para observar cómo una mujer rubia, vestida, con un vestido negro que se adhiere a cada curva de su cuerpo, avanza hacia nosotros con una sonrisa maléfica dibujada en su rostro.

Reconocería ese cuerpo en cualquier lugar.

«Diosa», sisea mi mente.

Mis ojos la acompañan hipnóticos con el balanceo elegante de sus caderas y el pecho se estrecha ante la sensación de reconocimiento, uno que lleva semanas palpitando en mi subconsciente a pesar de mantenerlo oculto entre mis sombras.

—¿Quién es? —gruñe Illya enfurecido por la interrupción —¿Qué significa esto?

Nadie contesta, cada uno de los presentes permanece atentos a la intrusión. De pie, junto a mi primo, ni siquiera soy capaz de moverme por la impresión. Fudo y Kayda también se han alzado y no apartan su atención de la recién llegada.

—Parecen sorprendidos, sigan con su reunión, yo tan solo les robaré un momento —exclama, la recién llegada.

Su melena rubia le cae por la espalda y su voz ligeramente enronquecida provocan que dude durante unos instantes de mis propios instintos. La mujer sigue avanzando y se coloca justo frente a mí. Mis ojos la recorren de arriba a abajo y estoy seguro, demasiado incluso.

— Andreas Rossi, por fin nos conocemos — sisea y el brillo mortal en su mirada marrón, me advierte.

En un segundo, saca de debajo de su vestido dos dagas que empuña en sus manos con destreza y se abalanza, para sorpresa de todos, hacia mi primo. Mis reflejos responden con rapidez, interceptando el ataque con mi propio cuerpo. Percibo el momento exacto en que una de sus hojas afiladas se hunde en mi costado atravesando la carne, inundándome de un escozor extremo. La mirada de la mujer se abre de par en par ante lo que acabo de hacer y veo el pánico en sus pupilas distorsionadas por ese marrón artificial.

Intento articular palabra, pero mi boca no responde. El dolor intenso domina mi cuerpo, nublando mi vista. Mi cuerpo se tambalea y alguien lo sujeta por detrás.

—¡Maldita zorra! —gruñe Akim abalanzándose sobre la mujer, encadenando sus enormes manos, a su garganta.

Desde mi estado catatónico veo cómo ella patea y deja caer sus armas al suelo

«La va a matar», grita mi mente; sin embargo, ni siquiera puedo detenerlo.

«No la mates», grito y noto mi garganta en carne viva a pesar de que no he sentido ningún sonido.

—Lobo, suéltala— ordena el segundo del albanés apuntándolo con un arma en la nuca.

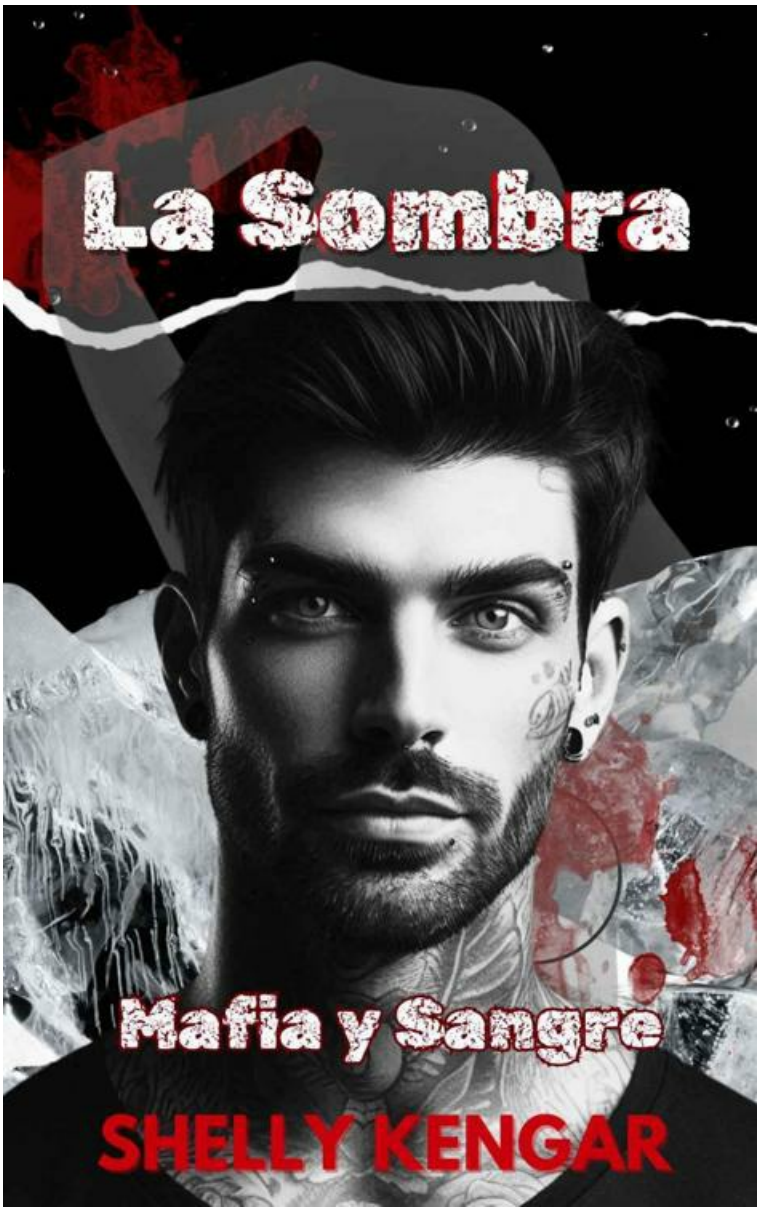
—¿Qué cojones haces, Héctor? —reclama su líder desconcertado.

Fudo y Kayda se han puesto en guardia y apuntan a Héctor con las puntas de sus catanas. Mientras mi primo permanece a mi lado, atento a todo lo que sucede.

—-Retírate, Lobo, o te mato aquí mismo —insiste Héctor sin miedo.

Ahora sí que no entiendo nada, de nada, de lo que sucede a mi alrededor, puede que la herida me provoque alucinaciones. Me esfuerzo en reunir la poca fuerza que me queda y me remuevo en un intento por ponerme en pie, pero fracaso.

—No te muevas —. La voz de mi primo es lo último que penetra en mi mente antes de perder la consciencia.



Capítulo 45

Kat

Todo sucede tan rápido que me pilla desprevenida. La opresión de mi pecho en el momento en el que mi cuchillo se hunde en el hombre equivocado. La imagen del rostro de Damyan distorsionado por el dolor y la sorpresa se reproducen en mi mente en bucle una y otra vez.

«¡No, no, que es lo que he hecho!»

Akim Sokolov aprovecha mi estado de parálisis para encadenar sus dedos en mi garganta cortando mi flujo de aire. Pataleo para deshacerme.

—¡Maldita, zorra! —exclama el ruso con su mirada asesina posada en mí.

Por mucho que pataleo, es imposible deshacerme de su agarre y poco a poco las fuerzas me merman.

—Lobo, suéltala—Reconozco esa voz, a pesar de que no puedo verlo. Es Héctor la mano derecha de mi padre.

—¿Qué cojones haces, Héctor?

«Mi padre, como siempre cuestionando, nada cambia».

Mis ojos se desvían a Damyan que permanece observando la escena desde el suelo. El tono ceniciento de su piel me preocupa y genera más presión en mi pecho. Vin me dijo que no lo hiciera, y yo lo ignoré, empecinada en lograr mi misión. Era un plan improvisado en el último momento, algo que normalmente no suelo hacer, porque siempre intento tener el control de las situaciones. Pero la ira acumulada junto a los celos por saber que Alyssa estaba al lado de Damyan me habían restado el poco sentido común que me quedaba.

Había tomado la decisión de disfrazarme como aquella primera noche, con mi peluca rubia y vestido negro, ocultando mis ojos bajo lentes de contacto de color y había irrumpido en el salón con descaro, decidida a acabar con la vida del maldito Andreas Rossi. Su muerte bajo mi mano le demostraría a mi padre de lo que era capaz su legado.

Ahora, al borde del colapso pulmonar, por la falta de aire, lo veía todo claro. Nunca fue un buen plan, la muerte de Rossi solo traería problemas y no me daría lo que desde tiempos inmemoriales ansiaba: amor, amor fraternal por parte de Illya Rumicov.

—Retírate, Lobo, o te mato aquí mismo —insiste de nuevo Héctor sin miedo.

—Ni lo sueñes, esta hija de perra ha atacado a mi hermano y va a morir— gruñe el Lobo y por un instante veo la preocupación, mezclada con el odio en vivo, en su mirada metálica.

—¿Matarás a la hija del albanés? —pregunta Héctor, desvelando mi identidad, con sarcasmo.

El Lobo pestañea desconcertado ante la información proporcionada por Héctor.

—Akim, Damyan necesita un médico urgente —grita Andreas con el tono más frío que jamás he escuchado y mi pecho de nuevo se cierra, nublando mi vista por la falta de oxígeno.

«Quiero cerrar los ojos y dejarme ir, olvidar, olvidar, el dolor».

De repente los dedos que abrazaban con fuerza mi cuello desaparecen y caigo de rodillas al suelo.

—¿Estás bien, niña? —. La pregunta de Héctor, junto a su cuerpo inclinado para ayudarme a ponerme en pie, acelera mis lágrimas que luchan por derramarse de mis ojos sin contención.

Me limito a asentir, porque mi garganta está en carne viva y de momento soy consciente de que no puedo pronunciar ninguna palabra.

—Kai, que la lleven a los calabozos — ordena el Lobo sin compasión.

—Ni lo sueñes, Sokolov, ninguna hija mía será encerrada en un maldito calabozo —rebate mi padre furioso.

—Kai, coloca seguridad en su habitación para que no salga hasta nueva orden —rectifica el Lobo, pero veo su desagrado en su rostro, además, de la preocupación —Y agradece que no te encierro en el calabozo con ella Illya.

La amenaza ocasiona que mi progenitor tense todos los músculos de su cuerpo y con toda seguridad muerde su lengua para contestarle como realmente desea.

Akim Sokolov se marcha y sus hombres cargan el cuerpo inconsciente de Damyan, la última mirada que me dedica es aterradora; sin embargo, poco me importa, mis ojos solo pueden seguir clavados en él. En su rostro ceniciento y sudoroso, y sus párpados cerrados. Percibo la estrechez de mi tráquea a pesar de que ninguna mano oprime mi cuello y el dolor intenso del vacío, de la pérdida. Todo el torbellino de emociones por días contenidas, ignoradas, escondidas tras un velo

engañoso que yo misma había fabricado, ignorando la realidad. Mis sentimientos hacia Damyan Sokolov no eran simple obsesión, ni atracción, sino algo más profundo que ahora mismo sale a flote entre las lágrimas que empiezan a bañar mis mejillas.

Absorta en mis elucubraciones fatalistas, revolcándome en la culpabilidad y el dolor, ni siquiera me doy cuenta de que estoy en mi dormitorio con Vin sentado sobre mi cama con su rostro apesadumbrado. Caigo sobre el colchón sin cesar en mi llanto, como una muñeca de trapo movida por algún mecanismo interno que domina mis movimientos.

—Se puede saber, ¿qué es lo que hacéis aquí? — gruñe Illya Rumicov de pie en mi dormitorio, lanzándonos su mirada crítica.

—Señor, yo…—empieza Vin nervioso.

Por un momento el odio por mi progenitor provoca que me levante como un resorte saliendo de mi estado semiinconsciente.

—Tú, tú eres el culpable de todo esto —grito fuera de mí.

—Katia Rumicova, no te olvides, con quién estás hablando —advierte mi padre, entornando sus ojos tan iguales a los míos.

—Katia, muchacha, cálmate —interviene Héctor intermediando entre yo y mi padre.

— Héctor, no te metas — regaña Illya —quiero saber qué hacéis con los Maotang y luciendo esos malditos tatuajes en vuestros brazos.

Por inercia alzo mi antebrazo y recuerdo el tatuaje, el juramento.

Mi cruzada para acabar con Rossi cegó mi mente y mi alma.

—Vine con una misión —explico—: infiltrarme en los Maotang para acabar con el capo, Andreas Rossi.

—Tremenda estupidez, Katia —critica mi padre cruzando sus brazos sobre su pecho—. Si Rossi fuera alguien fácil de matar, ya estaría muerto. Además, ¿qué tienes tú en contra de ese perro italiano?

Mi padre es la única persona en este mundo capaz de hacerme sentir el insecto más insignificante del universo, solo con una de sus palabras.

—Lo iba a matar por ti —elevo el tono de voz atravesándolo con mi mirada asesina.

—¿Por mí? —interroga arqueando sus cejas casi hasta el nacimiento de su pelo.

—Sí, por ti. Porque lo odias, ya que no tengo ni idea de lo que ha hecho para ganarse tu inquina, pero yo, tu hija, tu legado quería demostrarte que soy digna de llevar tu sangre a pesar de tu indiferencia, de tu desprecio —anunciar en voz alta las razones por las cuales estaba dispuesta a matar al capo destapando mis necesidades, mis grietas por años escondidas instala un sentimiento demoledor en mi alma.

Mis ojos se hunden en el rostro pétreo de mi padre. No se inmuta, mis palabras ni siquiera calan en su dura cabeza, y menos en su pecho de hielo.

—Katia, no seas inmadura, nunca te faltó de nada. Nunca te he pedido que demuestres nada, solo que te comportaras como lo que eres, mi legado — proclama, serio, sin atisbo de empatía.

—Me faltó lo más importante, padre, amor. Pero al parecer no eres capaz de albergar ese sentimiento —me trago el nudo que se forma en mi garganta, porque amenaza desatar de nuevo mi llanto.

—¡Qué sabrás tú del amor, niña! —exclama con sarcasmo.

—Nada, porque crecí contigo —certifico con amargura.

—Yo sé mucho de amor, Katia, del amor que te quema el alma, porque estás dispuesto a poner en llamas el mundo y te aseguro que el amor, lo único que me ha aportado es amargura—. Por primera vez, un atisbo de sentimiento atraviesa sus ojos verdes.

Pestañeo, sorprendida, intentando asimilar lo que acaba de decir.

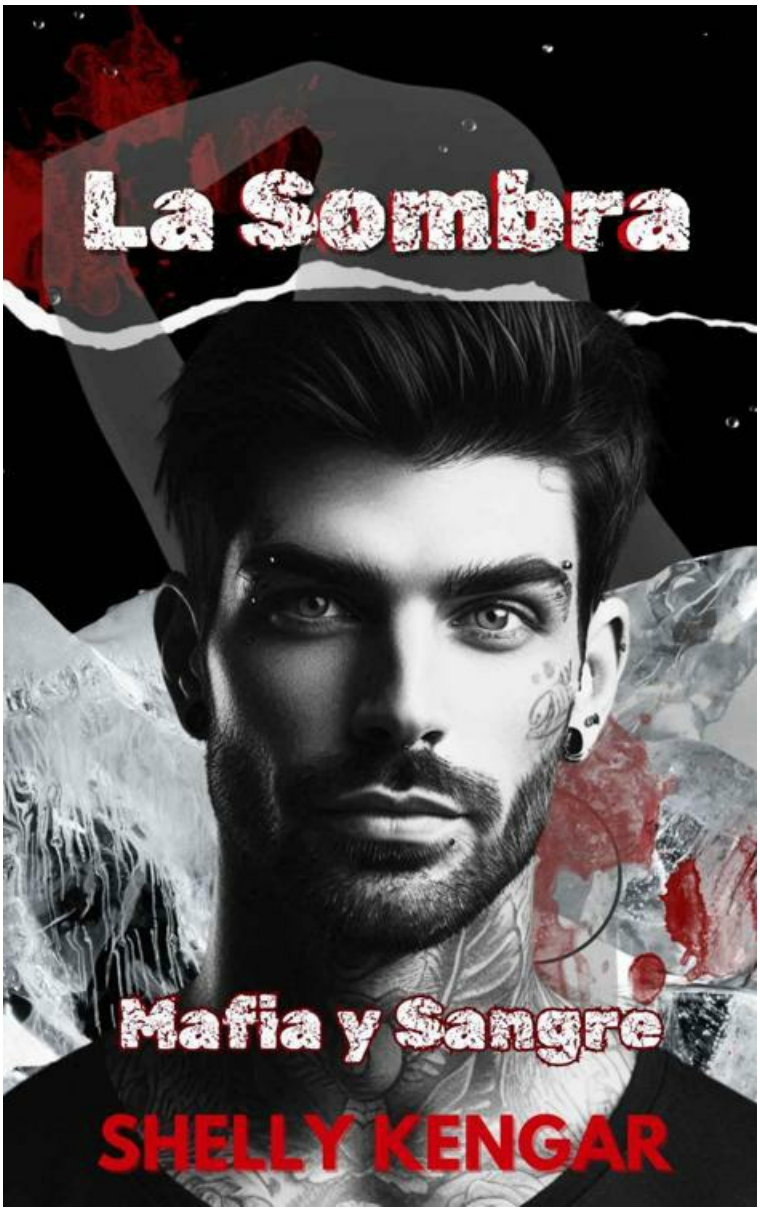
«¿A quién amo mi padre para acabar tan tocado?»

—Dejemos los reproches —interviene Héctor—. Tenemos que pensar cómo vamos a salir de esta. Si el pequeño de los Sokolov muere, van a aclamar sangre, Illya. Debemos sacar a Kat del palacete antes que decidan venir a buscarla.

Héctor aporta la dosis de realidad a todo lo que está sucediendo.

«No, por favor, que no muera», grito en silencio.

—Vin quédate con ella —ordena mi padre—. Héctor, vámonos a ver cómo podemos arreglar este maldito asunto —antes de alcanzar la puerta, se gira hacia mí-—. Katia, por favor, te lo suplico, no inventes ninguno de tus alocados planes.



Capítulo 46

Illya Rumicov

¿Amor? Que Katia me reproche que no sé amar es como una patada fuerte en mi entrepierna, porque mi hija desconoce todo lo que he hecho por amor. Salgo del dormitorio acompañado por Héctor que guarda silencio.

—Maldita sea, ¿cómo no vimos venir esto? — profiero entre dientes.

—Katia, es demasiado rebelde y durante años no le has prestado la suficiente atención —el tono suave no evita que las palabras de mi mano derecha me molesten, a pesar de que tiene razón.

Katia es mi legado, pero me he pasado la vida, tan concentrado en lo que tendría si hubiera alcanzado mi sueño de formar una familia con el amor de mi vida, que mirarla fijamente más de

dos segundos agriaba mi humor. El recordatorio de que ella no era la hija deseada agriaba mi humor.

—Héctor, nunca le ha faltado nada —insisto escudándome en la excusa de que no abandoné mis obligaciones—. No comprendo lo que pasaba por esa cabeza dura que tiene para provocar esta situación.

—Bueno, por suerte no ha matado a Rossi —asevera con voz profunda Héctor.

—Pero esperemos que el pequeño de los Sokolov supere la herida—transmito dejando al descubierto una de mis preocupaciones.

—Rumicov, el Lobo y Rossi quieren hablar con Kat— informa Kai abordándonos antes de llegar al salón.

—Se llama Katia —puntualizo—, y, ahora mismo, está descansando.

—No creo que les importe su descanso, exigen hablar con la chica —insiste Kai, con los ojos entornados.

—Yo iré a darle las razones pertinentes —anuncio y, a regañadientes, Kai acepta acompañarnos.

El perro guardián de los Sokolov nos acompaña con gesto de desagrado al despacho, entramos al mismo donde el Lobo permanece repantigado en el sillón detrás del escritorio, mientras Rossi de espaldas a nosotros, clava su mirada en la ventana. El tercero en discordia, Fudo Shinoda, en silencio y con esa actitud oscura que carga, está sentando en uno de los sillones frente al escritorio.

Reconozco que el japonés, eriza los pelos de mi nuca, porque su aura misteriosa pone a trabajar mis instintos de conservación. El líder de la yakuza es uno de esos hombres, que prefiero tener a mi lado en una lucha que en mi contra.

—No te llamamos a ti, albanés —profiere el Lobo con autosuficiencia y desprecio.

—Vigila las formas, Sokolov, no estoy de humor para tus desaires. No me llamaste a mí, pero soy yo quien se presenta, así que tendrá que ser suficiente —contesto, sin amedrentarme.

Estos hombres iban en pañales cuando yo estaba harto de abrir gargantas junto a mi difunto amigo Kirill en las trincheras de la brava, así que no me intimidan, aunque no confío en ninguno de ellos.

—No me hables de humor cuando tengo a mi hermano postrado en una cama, luchando por su vida, por la perra de tu hija. No le bastó con hincarle el puñal, sino que además la hoja de este estaba envenenada —gruñe Akim poniéndose en pie, colocando las palmas de su mano sobre la hoja de nogal del escritorio.

Elevo una de mis cejas interrogantes.

Katia jamás envenenaría sus armas, no tiene esa habilidad, aunque no le preste mucha atención. Sigo sus pasos en la sombra y no es una de sus costumbres.

—Katia no quería herir a Damyan, eso está claro, su ataque era contra Rossi—. Al nombrar al capo es el momento exacto en que elige él para girarse con lentitud y aniquilarme con su mirada.

Sus ojos resultan escalofriantes, tan parecidos a los de ella que un escalofrío recorre cada fibra de mi ser.

—A ver si lo entendemos, Illya. Tu hija se infiltró en Los Maotang con la única finalidad de acabar conmigo —da unos pasos para recortar la distancia y colocarse frente a mí—. Ahora, dirás, que tú no tienes nada que ver en la inquina que esa imprudente jovencita cultiva hacia mi persona.

—Si has decidido que soy partícipe de los actos de mi hija, poco aportará lo que yo tenga que decir. Lo que está claro es que no dejaré a ninguno alzar la mano en contra de mi legado —

sentencio, regio manteniendo la mirada entrelazada con Rossi.

—Cuéntame tu versión, Rumicov —exige con tono frío. Si algo caracteriza al hijo del hijo de perra de Massimo Rossi es la impasibilidad, y, por supuesto, el complejo de Dios que carga sobre sus hombres y que exhibe cada dos por tres.

Lo odio, cada vez que lo miro, recuerdo lo que pude haber construido y el principal inconveniente que encuentro es él. Dicen que los hijos no son culpables de los errores de los padres; sin embargo, para mí, Andreas Rossi fue el primer y más grande obstáculo para casarme, con la mujer que amé y amo.

—No hay ninguna versión, los trapos familiares se lavan en casa, no fuera, Rossi. Por lo tanto, mi hija cometió un error, al infiltrarse en los Maotang, pero responderá de ese error ante mí —proclamo hinchando el pecho con orgullo porque no pienso dejarme intimidar por este maldito hijo de perra mestizo.

—Andreas entorna sus párpados, pero no le da tiempo a contestar porque Akim Sokolov ya está de pie justo al lado de su primo.

—Maldito, hijo de puta, ni lo sueñes, esa zorra pagará por lo que ha hecho a mi hermano y reza Rumicov porque Damyan sobreviva, si no la despellejaré viva y la quemaré en el patio del palacete —amenaza Akim con los ojos rojos como si en cualquier momento se le fueran a salir de las cuencas.

—Cálmate, Akim— ordena Rossi.

—Illya no pretendas vernos la cara que estás en mi casa y me importa una mierda todo, si me hartas, te mato y punto —anuncia Akim.

—¡A mí no me amenazas, hijo de puta! —profiero y mi mano sale, dispara hacia su cuello, pero en el último segundo, Héctor sujeta mi antebrazo y para mi acción ganándose mi sorpresa.

—Señores, calma, para todos— interviene mi mano derecha—. Discutir no ayuda en nada, hay demasiados problemas que requieren la atención de la *Societas*, para discutir por uno solo de ellos, en este caso el menos importante.

—Akim, Rossi, el nuevo pakhan de la bratva y el escurridizo líder de la tríada, es lo que ahora mismo requiere nuestra máxima atención —aborda Fudo que también se ha puesto de pie.

—Sí, tienes razón —certifica Rossi—. Mariya se ha proclamado líder de la bratva.

Akim se gira sorprendido para cruzar su mirada con la de su primo.

—Y eso, ¿es bueno o malo, primo?

—Pues sinceramente no lo sé. Me ha sido imposible comunicarme con mi madre. No la veo desde el sepelio de mi abuelo y entonces la relación se vio afectada. Lera aún la odia por asesinar al idiota de Kostya y se enfrentó a ella delante de toda la bratva.

—Las princesas de la bratva no tienen miedo —remuga Akim reteniendo una pequeña sonrisa.

—Nadie se puede comunicar con Mariya —pronuncia su nombre, me duele—, al parecer está blindada. Además, Nikov pasó a mejor vida.

—Sí, una pérdida insignificante, ya me estaba cansando ese idiota —comenta Rossi con desprecio.

—Debemos contactar con Mariya, la necesitamos de nuestro lado —propongo con demasiado ímpetu, ganándome una mirada evaluativa por parte del zorro de Rossi.

—Illy, ¿conoces a mi madre? Si realmente la conoces, sabrás igual que yo, que si no desea ser contactada nadie lo hará —asevera Rossi—, por lo que opto por ocuparnos en descubrir a la rata que se ha proclamado líder de la tríada y erradiquemos ese foco.

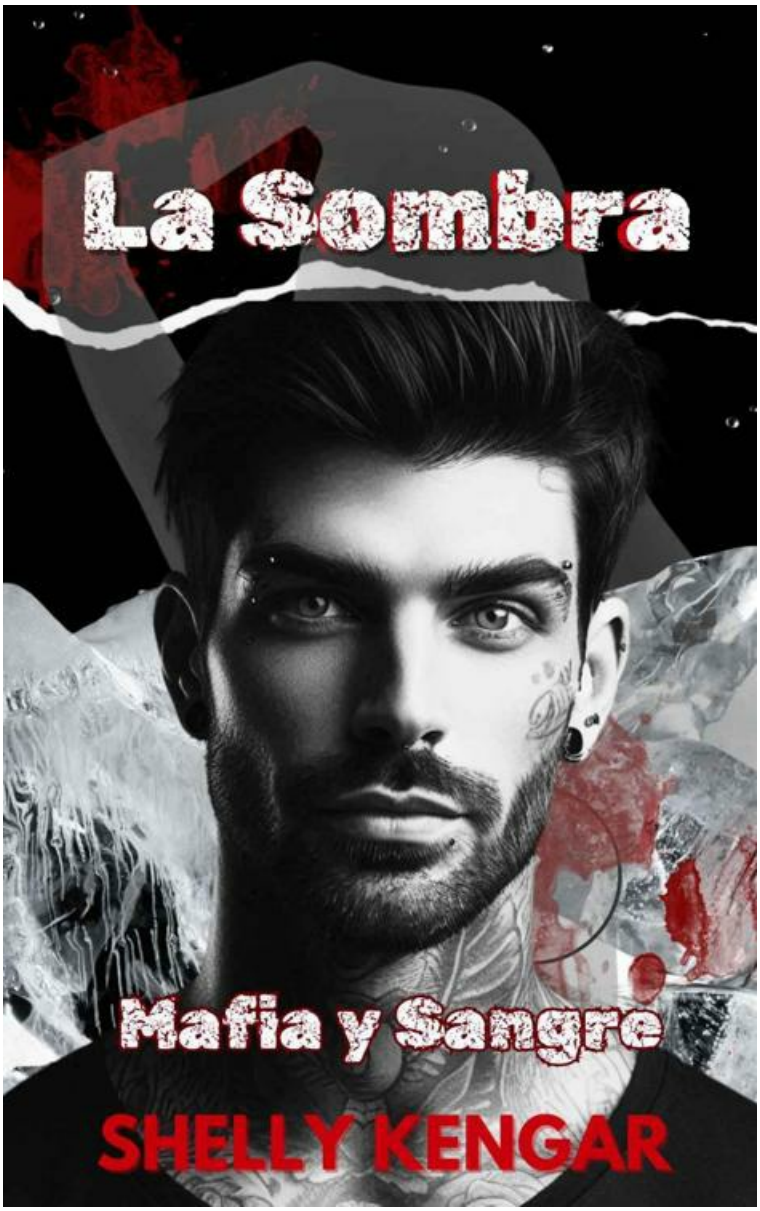
Abandonamos el despacho Héctor y yo, a pesar de que el ambiente aún está tenso, de momento, lo acordado es centrarnos en la tríada.

—Héctor, quiero una prueba de ADN, para comprobar si Katia tiene coincidencias con Rossi —susurro mientras caminamos por los pasillos del palacete.

—De acuerdo, ya lo tenía en cuenta —afirma Héctor, que como siempre va un paso por delante de mí.

Barajar la idea de que Katia, no solo sea mi hija, que lo es, porque la prueba la tengo desde que aquella maldita mujer apareció en la puerta de mi casa con un bebé en brazos. Pero las sospechas de que si Olaf Sokolov fue quien entregó al bebe, Katia puede ser no solo mi hija, sino también de…

No logro formular la sospecha en mi mente, porque me tiembla el pulso, solo con considerar la idea de que Katia sea el fruto de un amor furioso y devastador que lleva más de treinta años carcomiendo mi alma.



Capítulo 47

Kat

Parece como si un camión me haya pasado por encima. Después de la insistencia de Vin, me he dado una ducha, deshaciéndome de la peluca, las lentillas y el vestido que llevaba.

Adiós a la Diosa, hola a Kat la mentirosa, digo con amargura frente al reflejo que devuelve el espejo del baño.

Estoy hecha una mierda, física y emocionalmente. La preocupación y la culpa no me dejan pensar con claridad, y el nudo constante anclado en mi garganta es el único dique para mis lágrimas que amenazan con correr por mis mejillas sin pausa.

Me muero por saber si Damyan está bien.

«Tiene que estarlo», me repito frente al espejo.

Me coloco mi uniforme, aunque sé que ni siquiera me dejan salir de mi maldito dormitorio.

—¿Dónde vas, Katwoman? — pregunta al verme salir del baño con mi vestimenta de trabajo.

—A ningún lugar, te olvidas de que soy una prisionera —comento torciendo mi boca en un mohín mostrando mi fastidio.

— Nunca debimos venir aquí— profiere Vin meneando la cabeza.

—Yo no me arrepiento —aseguro y la sorpresa muda al rostro de mi amigo.

—¿En serio? Definitivamente, estás loca. ¿Sabes que podemos morir de un momento a otro? Atacaste ill capo di tutti di capi y fallaste, apuñalando al pequeño de los Sokolov. ¿Quién sabe si aún respira? — expresa Vin encogiendo los hombros.

—Ni lo pienses, él está vivo, tiene que estarlo —gruño, molesta, y el desespero se muestra en mi semblante que Vin escruta con atención.

—No es un capricho, ¿no? Ni siquiera una relación esporádica entre dos adultos, ¿no? Te pillaste, Kat —No son preguntas, son sus afirmaciones o reflexiones emitidas en voz alzada.

Guardar silencio es lo único que soy capaz de hacer ante las afirmaciones de Vin. Me dejo caer sobre mi colchón al lado de Vin.

—Vin, ¿qué voy a hacer?

—Kat, tienes que olvidarte de él. Es una catástrofe, nada bueno puede salir de un amor que nació sobre cimientos de mentiras, sin contar que le clavaste un cuchillo. —La mirada triste de Vin encoge mi corazón.

De repente me pongo en pie de un bote ante la cara de espanto de mi amigo.

—Tengo que verlo, necesito saber que está bien —anuncio.

— ¡Estás loca! No puedes salir de aquí, hay guardias en tu puerta - recuerda Vin pasando una de sus manos por su cabello.

—Tú me ayudarás —profiero firme.

—Ni de coña, Kat. No pienso ser partícipe de que te metas en más problemas de los que ya tienes — niega con la cabeza.

—Eres mi amigo, mi hermano, el único que puede ayudarme. Te prometo que, cuando compruebe su estado con mis propios ojos, lo olvidaré y nos marcharemos, volveremos a Tirana — le aseguro en un loco intento para que colabore conmigo para conseguir escabullirme de mi dormitorio.

Las dudas se arremolinan en la mirada penetrante de Vin, aprieto los puños esperando su decisión. — Está bien, ti ganas, Katwoman, explícame tu plan —cede al fin y las comisuras de su boca se estiran con una sonrisa triste que penetra en mi alma. Con nunca me ha fallado, es el amigo más condicional que pude encontrar. Le explico mi plan y asiente asimilándolo. Me coloco en mi posición, no sin enfundarme primero mis puñales en las fundas de mi pantalón y ruedo por el suelo para permanecer oculta. Sigo los pasos de Vin hacia la puerta, la abre con ímpetu. —Se ha escapado, saltó por la ventana, no pude impedirlo —relata con tono agitado, comiéndose al plan. Las botas de los dos hombres pasan alrededor de mi cama y se aproximan a la ventana. Después de comprobar la habitación, salen disparados para dar la voz de alarma. Es la señal, el momento preciso para rodar sobre mi cuerpo y salir de debajo de la cama. Con paso decidido, me escabullo hasta el *hall*. Los hombres que hay en el mismo por suerte no son Maotang por lo que supero la zona sin problemas y enfilo escaleras arriba. Localizo el dormitorio de Damyan y entro apresurada para no ser vista. Pego mi espalda a la puerta y tomo aire cerrando los ojos, preparándome para verlo.

Después de recopilar valor, abro los ojos y verlo postrado en la cama, con los ojos cerrados y

un gotero conectado a una de sus manos me impresiona. Coloco una de mis manos para reprimir un grito ahoga. Arrodillada a su lado, paso mis dedos por su frente, repleta de perlas de sudor. Tiene un tono amarillento que no le hace justicia. Recorro con mis dedos el contorno de su rostro arrebatador. Este hombre nunca pierde su encanto a pesar de no estar en su mejor momento. Parece inconsciente, no dormido. Retiro con cuidado la sábana que cubre su torso, imprimiendo cada trazo de tinta en mi retina hasta llegar el vendaje de su costado derecho donde mi puñal lo hirió.

Una lágrima solitaria cae de forma involuntaria por mi mejilla, mientras un nudo me dificulta respirar.

Odio verlo postrado en una cama y ser yo la culpable de su estado.

Mi pulgar acaricia sus labios con ternura.

—Tienes que vivir, recuperarte, Damyan, lo siento tanto —profiero y mis palabras surgen entrecortadas por la congoja que me embarga.

De repente abre los ojos y me penetra con su mirada plateada.

—Kat— susurra, pero de nuevo cae en su estado de semiinconsciencia.

Poco puedo hacer aquí arrodillada, así que deposito un beso suave en sus labios y me doy prisa en abandonar el dormitorio. Ya me he expuesto demasiado y no deseo meter en problemas a Vin.

Antes de alcanzar la puerta, mis ojos vuelan de nuevo hacia la cama y de la opresión de mi pecho se intensifica.

Quisiera decirle tantas cosas, explicarle qué mentí, pero que en el proceso me enamoré de él, que nunca tuve la intención de matarlo, que necesito que se recupere para que me grite a la cara que soy una mentirosa, pero que viva. Cierro la puerta detrás de mí y limpio las lágrimas con el dorso de mi mano.

—Tú, maldita asesina—, los gritos de Alyssa me pillan desprevenida, y miro a mi derecha, donde la rubia corre, hacia mí. No dudo y bajo corriendo las escaleras intentando darle esquinado, alcanzo el *hall*, pero de improviso alguien me sujeta del cuello levantándome un palmo del suelo.

—¿Dónde crees que vas, zorra?

El lobo de nuevo me tiene entre sus dedos, volcando todo su odio hacia mí. Mis manos sujetan sus dedos que presionan con fuerza mi cuello, cortando mi flujo respiratorio.

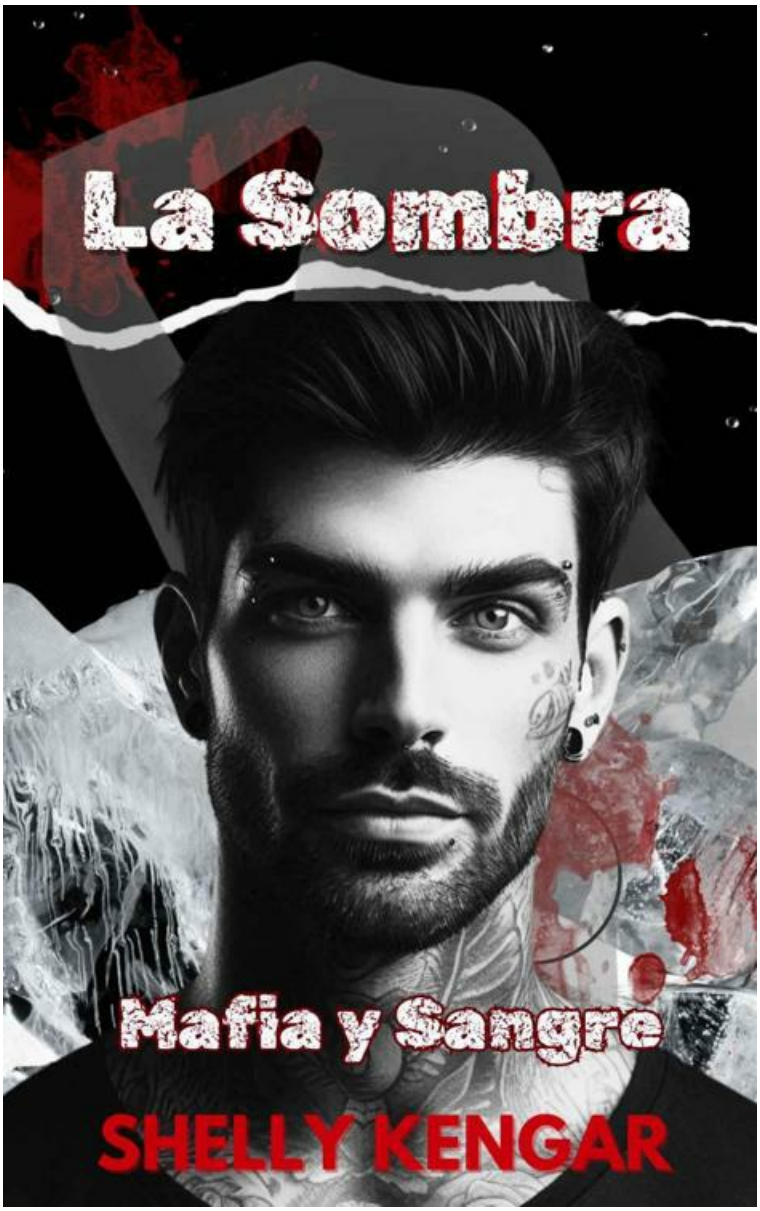
—Suéltame —ruego y mi voz suena demasiado estrangulada.

—Vamos, Sokolov, que pareces una mujer—. Los gritos de apremio del que reconozco como Ferguson provienen de fuera.

La puerta principal está abierta y diviso uno de los Suv, parado delante de la misma.

—Lárgate primero, luego te alcanzo —grita Lobo, sin desviar su atención de mí.

Escucho el ruido de la puerta del coche al cerrarse y el encendido del motor mientras lucho por mi vida. Segundos después, una explosión penetra en mis oídos y soy lanzada con la fuerza de la onda expansiva hacia algún lugar del hall, logrando que Sokolov suelte mi cuello. Lo siguiente que siento es un tremendo golpe en mi cabeza, incluso el crujido de mis huesos. A posteriori la oscuridad inunda mi mente.



Capítulo 48

Akim Sokolov

—¡Hostia, puta! — profiero al tiempo de que la onda explosiva lanza mi cuerpo contra los putos escalones.

Cada uno se clava en mi espalda y experimento un dolor intenso. La nube de humo negro y polvo inunda el *hall* del palacete, lo que impidiéndome ver una puta mierda. Escucho hombres, correr y gritos de alarma.

—¿Qué cojones acaba de suceder? —grito.

En mitad de la nube de polvo, una mano se extiende y la agarro para ayudarle a ponerme en pie.

—Akim, ¿estás bien? —pregunta el hermano de Kublain.

—¿Qué ha sucedido? —interrogo.

—El coche explotó, pensé que ibas en con Ferguson.

—¡Joder, Ferguson, paso a mejor vida! —expreso entornando los ojos. Reflexiono y la claridad se cuela en mi cerebro. Ese maldito atentado no pretendía acabar con Ferguson, sino conmigo también. Porque mi intención era marcharme a Varsovia con él, solo que la maldita hija del puto albanés se cruzó en mi línea y cambié de opinión. Miro a ambos lados en un intento de localizar a la mujer, pero la nube tóxica oculta todo.

—Busca a la mujer —ordeno a Kai

—¿Qué mujer? —pregunta, contrariado.

—La pequeña bruja que intentó matar a Damyan, estaba conmigo cuando sucedió la explosión —informo.

Kai asiente.

Subo los escalones de dos en dos accediendo a la planta superior, ordeno a dos mujeres de servicio que abran las ventanas para ventilar y conseguir que la nube tóxica se disipe.

La puerta del dormitorio de Rossi de se abre de golpe, apareciendo sin camisa.

—¿¡Qué cojones ha pasado!?—grita, hosco.

—Vístete reunión de emergencia. Uno de nuestros coches ha explotado y el irlandés está muerto —explico sin dar demasiados detalles.

—¿Qué hiciste, neandertal, has traído a mi hermana y sobrina al centro del peligro? —Kayda sale de mi propio dormitorio con Yasu detrás de ella, aniquilándome con su mirada de ónice.

Que mi cuñada odia es algo que me importa una divina mierda, aunque hago oídos sordos a sus reclamos.

—Akim ¿qué sucede? —se interesa mi mujer.

—Un atentado en uno de los coches. No salgas de la habitación —le digo, y ella asiente. Fudo sale también al pasillo, lo mismo que el idiota de Illya junto a su fiel compañero.

—Sokolov, ¿alguna baja? —se interesa Rumicov.

—Ferguson, y esperemos que tu hija, que estaba conmigo en el *hall* justo cuando la explosión, Kai está buscándola. La cara del albanés se contrae y tensa sus músculos.

— ¿Cómo?

— Al parecer burló a los guardias para salir, lo que demuestra que la mejor opción era encerrarla en el calabozo.

—¿Qué insinúas, Akim?, que intentaba escaparse —inquiere Illya furioso.

— No lo sabemos, pero salió de la habitación de Damyan quizás su intención era rematarlo —interviene Alyssa.

Detecto la mirada perversa en cuanto la veo, lo que me sorprende, porque a pesar de los rumores de que mi hermano y la pequeña de los Kan mantienen una especie de relación, yo no he visto mucho interés por parte de Damián. Illya frunce los labios y no contesta.

—Nos vemos abajo, propongo y de nuevo, bajo los escalones, agradezco que la nube de polvo se ha difuminado bastante. En la entrada localizo a Kai.

—¿La encontraste? —pregunto.

—Sí, ahora mismo la está atendiendo el doctor, parece tener una conmoción.

—Refuerza la seguridad, ya se escapó una vez —le advierto.

—Entendido.

—Que nuestros hombres retiren los destrozos. Y controla también a los hombres de Ferguson, lo que quedaron vivos.

—Tengo a Luca con varios hombres para localizarlos.

Avanzo hacia mi despacho dando zancadas. La tríada, ya se me está atragantando de más. Cuando casi he llegado a la puerta, mi mirada se pierde en el pasillo que da acceso a los dormitorios de los miembros de los Maotang. Mis pasos giran cambiando mi dirección.

Necesito hablar con la maldita hija de Illya, porque ahora mismo no tenemos nada. Tan solo un intento de asesinato contra Rossi en el que acabó mi hermano damnificado, un atentado, y la única coincidencia en que el veneno que cubría la hoja del puñal de la mujer era el mismo que se encontró en el cuerpo inerte de Cheng.

Diviso cuatro de mis hombres apostados en la puerta que, al verme, inclinan las cabezas, apartándose para darme paso. Mis dedos rodean la manilla y la abro sin preocuparme en llamar. A fin de cuentas, esta es mi casa.

El joven que está de pie junto a la cama de la hija de Illya me mira asombrado.

—Fuera— gruño y, aunque duda, baja los hombros y se dirige hacia la puerta.

El doctor sigue al lado de la chica y, al parecer, está consciente; me aniquila con su mirada esmeralda. Reconozco que sus ojos parecen demasiado verdes.

—Señor Sokolov—Saluda el doctor, poniéndose en pie.

— Doctor, ¿diagnóstico? —interrogo sin apartar mi atención de la joven que permanece tumbada sobre la cama.

—Conmoción cerebral, al parecer se golpeó fuerte, reposo, pero se repondrá.

—Perfecto, dejemos solos —ordeno, y el doctor se apresura a introducir sus utensilios en el maletín y abandona la habitación.

—¡Por fin solos! —expreso con una sonrisa perversa.

—¿Te aprovecharás de una mujer indefensa, Lobo? —interrogo a la mujer, con un tono demasiado sarcástico.

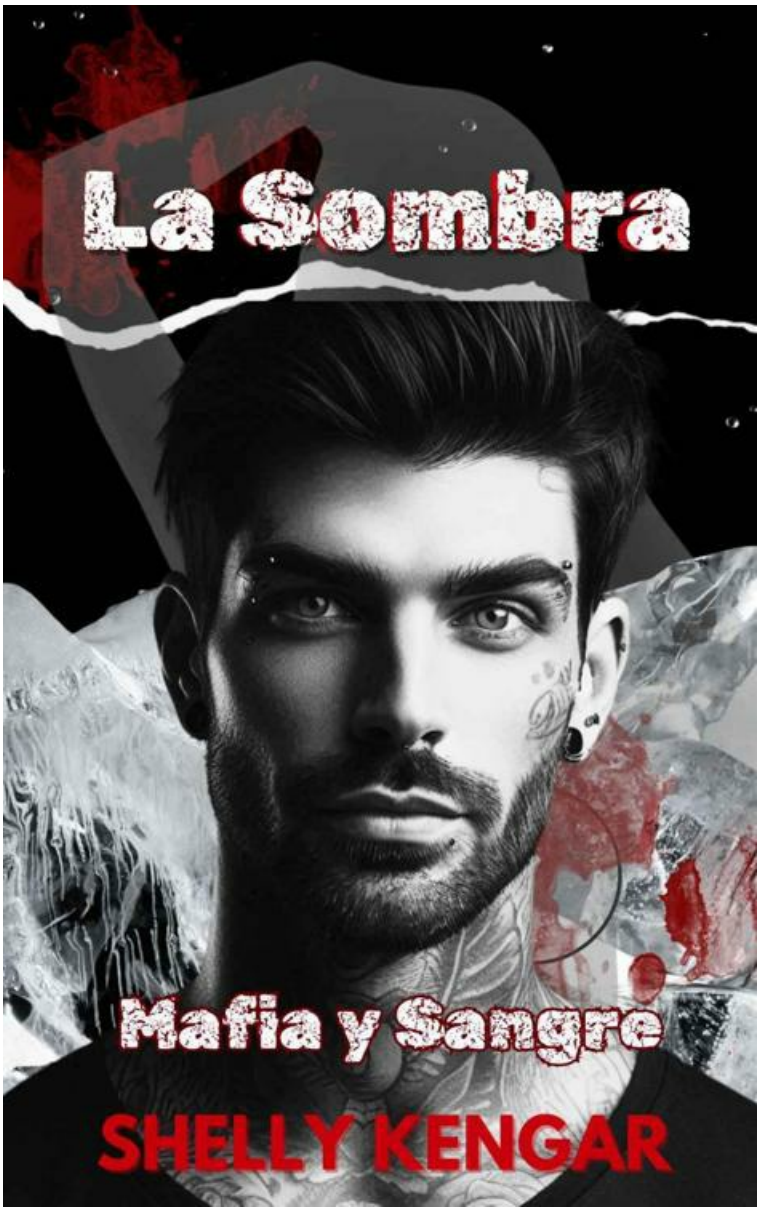
—No creo que tú seas una damisela en apuros, en ninguna situación. Así que explícame, ¿por qué querías matar a Rossi?

— ¿Quién no quiere matar al capo más despiadado? —contesta con otra pregunta desviando el foco de la cuestión.

—No juegues, muchacha, no soy conocido por mi paciencia. Intentaste matar a mi primo, heriste a mi hermano en el proceso, además tu puñal tenía el mismo veneno que mató a Jonás Cheng mientras mis hombres lo interrogaban —observo el pestañeo en sus ojos y su rostro desorientado.

—Yo no utilizo veneno —dice espantada—. Además, yo jamás quise herir a Damyan fue un accidente.

—Mi hermano lucha por su vida, me importa una mierda si fue un accidente, no perdono, y la sangre se paga, con sangre. Te aseguro que voy a llegar al final de todo esto y pagarás —amenazo, porque, aunque creo que la chica en parte dice la verdad, no pienso olvidar que atacó Damyan.



Capítulo 49

Kat

Despierto y por fin el dolor intenso en mi cabeza ha remitido, convirtiéndose en un suave pinchazo soportable. No sé cuánto he dormido, tengo la sensación de que una eternidad, desde que el Lobo me hiciera su inesperada visita para reclamarme por mis acciones. Me ducho y de nuevo me enfundo en mis pantalones de cuero, lista para poder salir. Por un momento pienso en Vin, no lo veo desde que me ayudó a escabullirme de mi propio dormitorio. Coloco una de mis manos sobre mi barbilla y la acaricio, reflexionando dónde se ha podido meter mi amigo.

Trenzo mi cabello para que no me moleste y doy un paso hacia la puerta justo en el momento

en el que se abre.

—Katia— Héctor aparece con rostro duro, aunque en sus ojos negros puedo ver amabilidad.

—Héctor, ¿cuánto llevo durmiendo? Creo que he perdido la noción del tiempo después de la conmoción cerebral —confieso con sinceridad.

—Dos días, muchacha —informa el segundo al mando de mi padre.

—¡Hostia!, no me pareció tanto. ¿Y Vin?

—Esa boca, jovencita. No te criaron para utilizar un lenguaje soez —regaña.

Le dedico un mohín infantil con mi boca ante su regañina.

—Héctor, llevo días sin ver a Vin— insisto porque la preocupación se ha instalado en mi mente y no me abandona.

—Vamos, Katia, tu padre quiere hablar contigo —ordena Héctor obviando mi pregunta.

Abre la puerta y casi doy un bote hacia atrás que reprimo.

Frente a nosotros, el frío, el arrogante, el pétreo, ill capo di tutti i capi, Andreas Rossi, enfundado en un traje de diseño de tres piezas que le queda como un guante, a juego con una camisa negra pizarra que acentúa su piel cetrina y su mirada brumosa. Ese gris característico en los Sokolov, también lo posee el capo, pero es más frío, más metálico, incluso me arriesgaría a decir que resulta extremadamente intimidante.

—Rossi— Saluda, Héctor entre dientes, su molestia es palpable.

—Necesito hablar con la chica —. No es una pregunta, es un; ordeno y mando.

¡Ufff, madre mía! Este hombre es como una montaña rusa, peligrosa y excitante.

—Creo que no es muy buena idea —contesta Héctor, ganándose una mirada asesina del capo.

— Me importa una mierda tu opinión, así que guárdatela para tu jefe —ataca verbalmente y sus palabras son igual que cuchillos afilaos.

Héctor duda, tensando todo su cuerpo.

—Héctor, estaré bien —le digo adelantándome para salir de la habitación para acompañar a Rossi.

A regañadientes, la mano derecha de mi padre permite que desaparezca por el pasillo junto a Andreas Rossi. Caminamos ante la mirada exhaustiva de los hombres desplegados por todo el palacete. Reconozco que en los últimos días se han multiplicado, como conejos, la verdad. Salimos por la puerta trasera al jardín, y el silencio resulta incómodo.

—Katia Rumicova, ¿cuál es la razón por la que te infiltraste en los Maotang? —Andreas se detiene en mitad del jardín y, sin ni siquiera mirarme, formula la primera pregunta.

Su cabello castaño es diferente al de los Sokolov; si el sol se detiene sobre él, le arranca reflejos dorados.

—Matarte, creo que quedó claro —contesto, alzando mi barbilla con orgullo.

Mi contestación capta su atención y me mira arqueando una de sus castañas cejas.

—-Está de más recordarte que fallaste. Me sorprende porque no provoco inquina en las mujeres, al contrario— se jacta y pestañeo, sorprendida porque me parece vislumbrar una sonrisa que pronto oculta tras su rostro gélido.

—Acostúmbrate —rebato—. No es personal, bueno, sí, mi padre te odia, al parecer, algo muy malo hiciste.

—Desconozco el motivo del odio de Illya hacia mí, quizá solo el hecho de existir le moleste. Siento decirte que tu padre no es un dechado de bondad —aprecia con sarcasmo.

—Lo sé, crecí con él, es un líder de la mafia como tú, no hay ni un ápice de bondad en él. Pero no te equivoques tampoco en mí— profiero sin amedrentarme.

Es extraño, pero Andreas Rossi no me desagrada tanto como esperaba.

—Sabes que heriste a Damyan, tendrás que aguantar el castigo por eso - me recuerda sin rastro de emoción.

—Herir a Damyan no era mi intención, pero acataré el castigo que él quiera imponerme, —anuncio ocultando las emociones que se arremolinan en la boca de mi estómago.

—Bueno, creo que será Akim quien decida ese castigo, él es el líder y no es un secreto que te detesta —recuerda.

—No aceptaré un castigo del Lobo, antes lucharé con uñas y dientes y te aseguro que no soy fácil de tumbar —rebato recordándole que no soy ninguna damisela en apuros.

—A ver si sacamos algo en claro, mujer —hunde sus ojos con fijación en mi rostro —. Te infiltras en la organización, sobrevives a tres atentados en los que apenas sales herida, muere un eslabón clave en nuestros calabazos por el mismo veneno que llevabas en tu puñal. Dime, Kat ¿estoy frente a una estratega que trabaja para nuestro enemigo?

Mi mente elabora un mapa mental de cada suceso al que Rossi hace alusión y las piezas empiezan a encajar como en un puzle.

—Estás frente a una estratega, pero leal a mi clan, mis enemigos son los mismos que los tuyos, Rossi— recalco— Pero, ya que mencionas todo lo que ha pasado en las últimas semanas, si de algo estoy segura, es que el escurridizo líder de la tríada está muy cerca y es el culpable de todos lo que ha pasado. Por lo que yo de ti sacaría a mi gente de este palacete porque es su próximo objetivo.

Andreas Rossi ni se inmuta, puede que crea que estoy loca o siga en sus trece de que he traicionado a todos, pero en estos momentos tengo más claro que nunca que el líder de la tríada ha jugado con todos nosotros. Sin el apoyo de la bratva, porque estos tienen demasiado lío para apoyarlo, la única forma de vencer a la Societas era desde dentro.

Un brillo de admiración aparece por un nanosegundo en sus ojos y de nuevo Andreas lo oculta con maestría.

—Andreas, deja de atosigar a la chica—. La voz de Lera nos interrumpe la voz en nuestra espalda.

—*Mia cara*, siempre pensando lo mejor de mí —comenta Andreas.

Su frialdad se ha atenuado al aparecer su mujer, lo cual no deja de sorprenderme.

Al parecer el capo tiene una debilidad y se llama Lera Morotova.

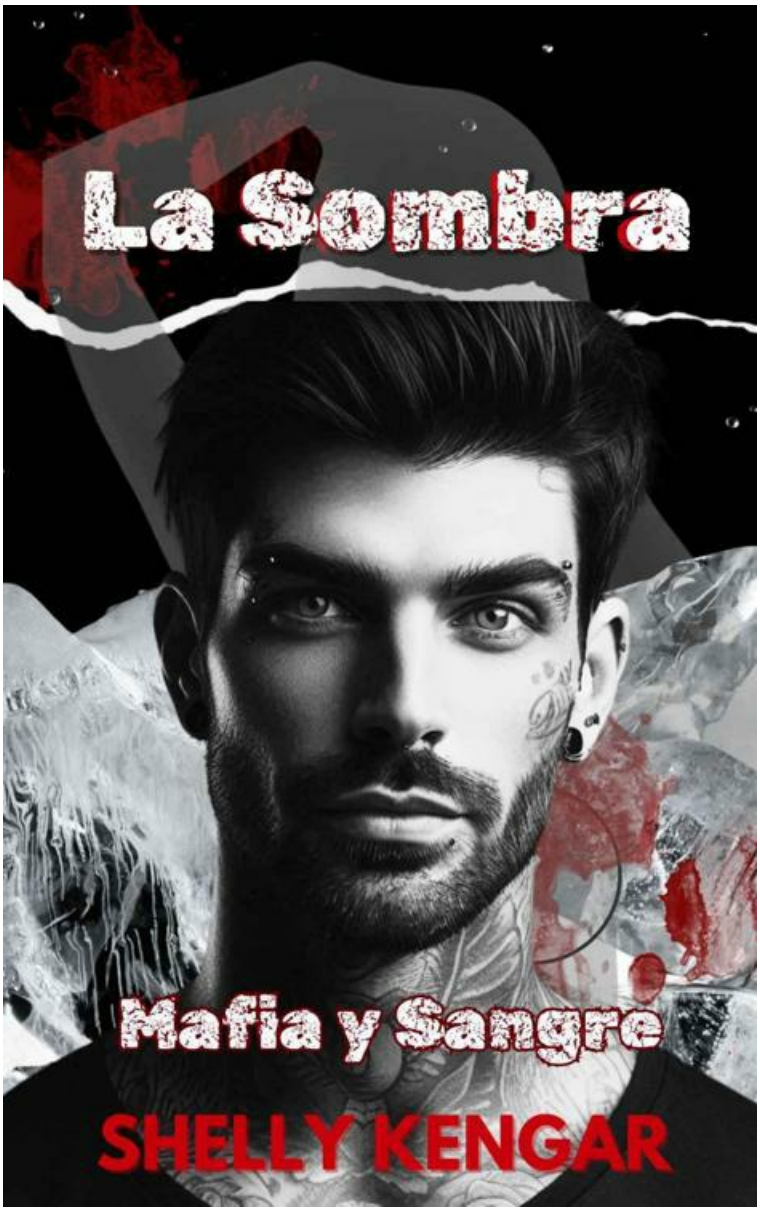
La joven se coloca a nuestro lado y le dedica una sonrisa pícara que dice más que cualquier comentario.

—Kat, no te dejes intimidar por los Sokolov, aplica el refrán español de “perro ladrador, poco mordedor” —comenta Lera divertida.

No creo que sea un refrán que se aplique mucho a los Sokolov su fama de sanguinarios los precede, aun así, no oso replicarle a la princesa de la bratva que tiene bajo su dominio al capo.

—Tranquila, no suelo, amedrentarme con facilidad — respondo.

—Bueno, al parecer la joven guerrera Maotang, ha resultado ser una princesa de la mafia albana—. Su comentario tiene cierto deje de admiración que se refleja en su mirada felina.



Capítulo 50

Damyan

Por fin consigo sentirme bien, me incorporo en la cama y la leve punzada en mi costado me recuerda la herida, la herida provocada por mi hechicera.

«La voy a matar», resuena en mi mente, aunque resta mucho de la veracidad que debería.

Me levanto y me ducho con cuidado de no mojar demasiado el apósito. Reconozco que me duele más el corazón que el tajo que me provocó Kat. Mi cabeza aún está aturdida, los acontecimientos de ese día permanecen en mi mente algo borrosos, pero sí de algo estoy seguro es de que mi hechicera y la diosa de la fiesta son la misma persona.

«Espero que esté bien», al pensar en su destino, mi pecho se oprime.

Conociendo a mi hermano me embargan demasiadas dudas de que no haya descargado su ira

sobre Kat, ruego que al menos esté viva. Sacudo la cabeza al salir de la ducha, intentando detener las ideas fatales de mi cabeza.

Escojo unos pantalones de deporte y una camiseta de algodón que me cuesta horrores colocármela. Casi he alcanzado la puerta de mi habitación para salir cuando se abre abruptamente.

Ante mí, Alyssa, sonriente, demasiado para mi gusto.

—¿Por qué te has levantado? No puedes aún, Damyan, has estado a punto de morir —exclama acercándose para hacerme retroceder hasta la cama.

—¿Quién te proclamó mi enfermera? —pregunto con sarcasmo.

La rubia pestañea confusa por mi actitud desagradable.

No estoy para perder el tiempo en gilipolleces, necesito encontrar a Kat.

—Damyan, yo, creí que morías, me preocupé demasiado y por supuesto no hay otro lugar donde quiera estar, que a tu lado - Alyssa ha eliminado la distancia que nos separa, colocándose frente a mí. Con osadía pasa una de sus manos por mi pecho y bate sus pestañas de forma coqueta.

—Alyssa— advierto—, creo que ya te dejé claro el asunto. Olvídame en cuanto puedas, porque soy incapaz de darte lo que tú esperas de mí.

La rabia cruza por sus ojos de manera fugaz.

—¿A quién se lo vas a dar? A la maldita asesina que te ha postrado en una cama durante tres días —profiere dejando surgir su furia.

—No pienso contestar — asevero y doy un paso adelante con intención de abandonar la habitación.

—¿Aún la amas? A pesar de que te ha traicionado, mentido, y casi te mata —escupe su veneno—. Es una niñata consentida que se ha reído de todos.

—Alyssa, guárdate tu odio, no hará que cambie mi posición con respeto a ti y a mí —aseguro y mi tono suena suave, raro, porque lo que me apetece es gritarle que se meta en sus putos asuntos.

—Ojalá, tu hermano le haya dado el castigo que se merece — sisea antes de que abandone el dormitorio.

Cierro con ímpetu la puerta, provocando un sonido fuerte, para ver si Alyssa se da por aludida. Mi humor se ha agriado con sus reproches y su actitud de zorra ponzoñosa.

Bajo con decisión las escaleras con la fijación de dar con mi hechicera, cuando veo al albanés correr de forma apresurada hacia la parte trasera del palacete. Decido seguirlo manteniendo distancia prudencial. Illya Rumicov sale al jardín trasero, donde a lo lejos veo a mi primo Rossi y Lera hablando con el objeto de mis desdichas. Kat está de espaldas a mí, avanzo, despacio.

—¡Qué cojones haces, Rossi! No te di permiso para hablar con mi hija —escucho a Illya reclamarle a mi primo alzando furioso sus manos.

—Padre, tranquilízate, solo estábamos hablando —Kat se apresura a intervenir, impidiendo que los dos hombres se enzarcen en una encarnizada discusión.

Analizo la escena con detenimiento, mi primo es peligroso, pero puedo presumir de conocer a Andreas Rossi y su lenguaje corporal indica que de momento no hay peligro. Desconozco el porqué de la reunión de mi primo con Kat, tampoco voy a esperar a averiguarlo, no pienso darle tiempo al albanés a agitar más el avispero.

Decidido, salgo disparado igual que un rayo. Ignoro el arqueo de cejas que Rossi me dedica al verme y, sin mediar palabra, al son de los gritos de Kat la cargo sobre mi hombro, a pesar del pinchazo intenso en mi costado avisándome de mi herida fresca.

—Suéltame, neandertal —grita mi hechicera.

Por el rabillo del ojo detecto el movimiento de Illya que, por suerte, es frenado por mi primo, quien sujeta su antebrazo para impedir que intervenga. Me apresuro a regresar al *hall* donde me cruzo con una Yasu que me mira asombrada junto a su hermana que mantiene su pose impasible.

—Al parecer el salvajismo lo llevan en la sangre —comenta, con acritud, Kayda Tanaka.

Las ignoro.

Adopto la actitud; oídos sordos a las quejas y pataleos de Kat me acompañan hasta llegar a mi dormitorio. Giro el pomo y me ayudo con uno de mis pies para abrirla, acordándome de cerrarla a mi espalda. Sin miramientos ni delicadeza, tiro literalmente a mi fierecilla sobre la cama y me tumbo sobre ella para inmovilizarla.

—Suéltame, animal— grita fulminándome con su mirada esmeralda.

—¿Qué me harás? Intentar matarme de nuevo —reprocho e intento mantener mi rostro serio.

Kat pestañea y un rayo de culpabilidad atraviesa las esmeraldas de sus ojos.

—Damyan, yo…— Baja la guardia y sé que debo aprovecharme de su debilidad, pero ver su rostro afligido estruja mi alma y me embargan unas terribles ganas de borrar su pena a besos.

Así que consumido por las ganas que le tengo, por el fuego que esta maldita mujer prende en mí, aplasto su boca con mis labios, igual que un sediento ante una fuente de agua fresca. Kat me recibe igualando mi intensidad; nuestras lenguas se enzarzan en una batalla por conquista en la que nuestros alientos se mezclan.

No me voy a cansar nunca de esta mujer, ni por muy mentirosa que sea, me tiene totalmente subyugado.

Las ropas vuelan a nuestro alrededor y no sabría mesurar quién de los dos tiene más apremio por desnudar al otro.

El intenso dolor no es una traba suficiente para cesar en mis movimientos bruscos por quitarle los pantalones de cuero que se adhieren a su cuerpo.

—¡Damyan, estás sangrado! —interrumpe de repente, fijando su mirada en el apósito de mi herida.

—Me importa una mierda— exclamo segundos antes de abalanzarme sobre ella, igual que un salvaje.

Mis dientes arañan la suave piel de su terso cuello y mis manos rasgan el tanga negro que es la única barrera que me queda para poder atravesarla con mi polla hasta que su garganta esté en carne viva de tanto gritar mi nombre.

Porque Kat va a acabar aceptando lo que eso volvió y no tiene vuelta atrás, la quiero para mí, única y exclusivamente, por mucho que se rebele en mi contra.

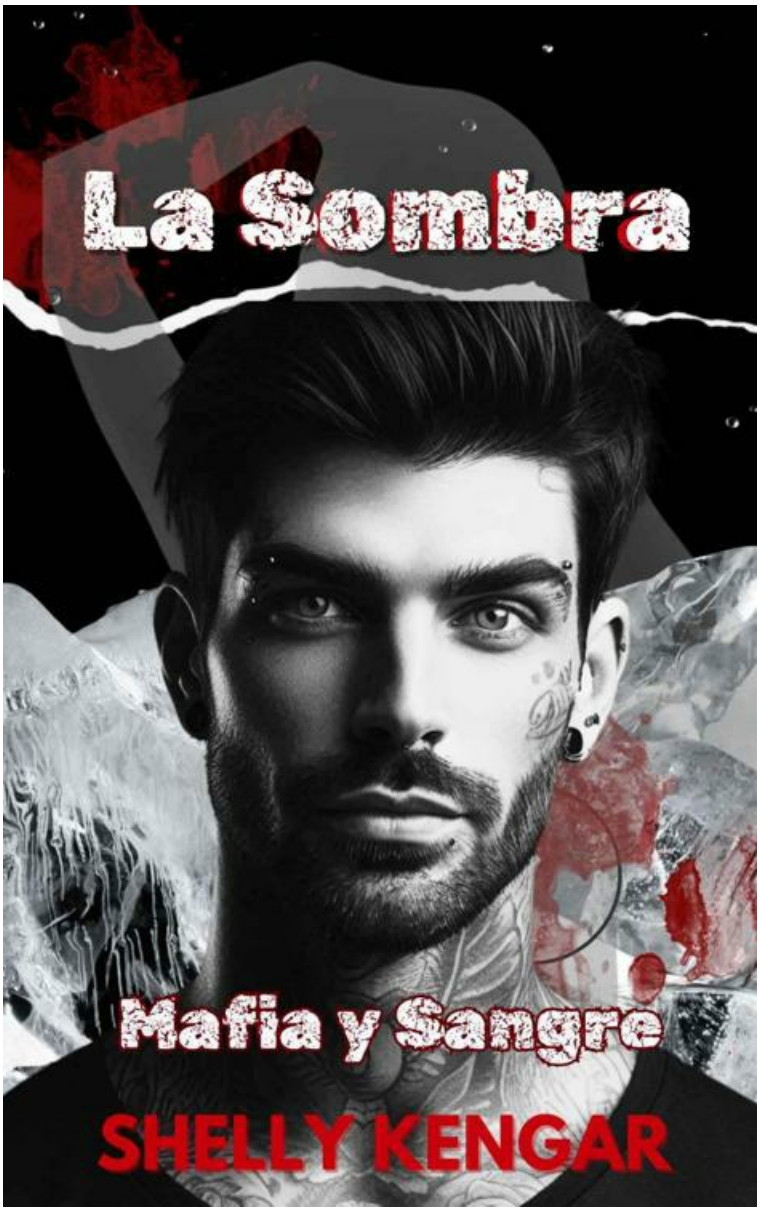
En el minuto cero en el que nuestros caminos se cruzaron, ya no hubo marcha atrás, por mucha reticencia que mi hechicera exhiba. Es incapaz de vivir sin esto que nos consume cuando estamos juntos de la misma forma que yo.

Mis dedos se entierran entre sus pliegues, bañándose de la humedad. El apremio me insta a atravesarla sin piedad; sin embargo, lucha con las ganas de deleitarme de su placer. El gemido que emite su garganta cuando mis dedos se introducen en su canal, no tiene precio, es la música más bella que jamás han escuchado mis oídos. Me obligo a recordarme que no solo se trata de disfrute, sino de posesión. De una vez por todas, mi fierecilla debe entender que no hay escapatoria a pesar de sus tretas, de su agresión en mi contra ni de su engaño.

—Damyan, déjate de juegos y fóllame de una vez —reclama obnubilada por el placer y las ansias.

—Tus deseos son órdenes, mi diosa —recalco la palabra arrancándole una mirada

desconcertada y me entierro entre sus piernas con una estocada directa y segura que le roba un grito con cada sílaba de mi nombre.



Capítulo 51

Kat

¿Qué tiene este hombre que se ha convertido en mi debilidad? La pregunta se desliza en mi mente suavemente mientras permanezco entre las sábanas, saciada y satisfecha después de una sección de sexo explosivo con mi mantra personal, Damyan Sokolov. Mi corazón acelerado pinta ilusiones en mi cabeza que provocan que suspire como tonta enamorada. Después de mentir, de infiltrarme y de casi matarlo, Damyan sigue empecinado conmigo y reconozco que no me desagrada como debería.

Repaso con detenimiento el torso desnudo que descansa a mi lado, relamiéndome igual que una gata ante un tazón de leche fresca. La tinta que se mimetiza con su piel resaltando cada músculo definido de este hombre me hace la boca agua, el cosquilleo incipiente entre mis piernas

lo verifica. Mis ojos se cruzan con el apósito que luce en su costado empapado de sangre, goteando sobre la sábana blanca. La culpabilidad y la preocupación eliminan de un plumazo el deseo.

—¡Damyan, joder, estás sangrando! —exclamo zarandeándolo para sacarlo de su estado semidormido.

Sus ojos brumosos y cabello despeinado me distraen un segundo de lo que en realidad importa.

¡Joder, este hombre siempre resulta demasiado sexy!!

—Fierecilla, deja de gritar —susurra pasando una de sus manos, por su cara, para despejarse.

—No seas imbécil, tu herida está sangrando— le apunto frunciendo el ceño.

Damyan tuerce su tentadora boca en una sonrisa malvada y los ojos chispean antes de agarrarme de un brazo para pegar su cuerpo al mío, inmovilizándome de nuevo bajo su complexión.

—¡Me importa una mierda la maldita herida! Tengo cosas más importantes que atender— proclama, hundiendo su mirada en mi rostro, atravesándome el alma.

—Herida que yo misma te hice, ¿no tienes nada que reprochar, Damyan? —Lo encaro por primera vez, necesito saber que mis mentiras y mi actitud no han provocado una grieta inmensa entre nosotros.

—Y pagarás, pequeña hechicera, pero en mi cama, bajo el yugo de mi polla o la palma de mi mano en tu trasero. Escúchame bien, fierecilla, no me importa quién eras, sino quién eres para mí, y en estos momentos te advierto que no hay marcha atrás en esto, Katia Rumicova. No saldrás de mi órbita, porque tú eres mía y yo soy tuyo, mi diosa.

Un hombre como Damyan proclamando su obsesión por mí tan solo provocaba que mi corazón enamorado aleteara en el interior de mi pecho, creando la sensación de que se iba a salir del mismo.

El silencio se instala y yo me encuentro incapaz de dejar de mirarlo con adoración. Damyan rompe el momento posando su boca sobre la mía, sin exigencias, con suavidad, tan diferente a las veces que me ha besado antes. Respondo sin barreras, dejándome envolver por el sentimiento de plenitud que me embarga, envolviéndome en una nube de color rosa y sueños con corazones con alas bailoteando.

La temperatura va subiendo cuando las manos de Damyan recorren mi abdomen dirección a mi sexo palpitante que llora por su atención. Abro las piernas para facilitar el acceso sin separar mis labios de los suyos, acariciando su nuca con mis dedos traviesos.

Los furiosos golpes en la puerta consiguen que nos detengamos.

—Damyan, deja de follar y sal ahora mismo, reunión de emergencia —La voz gruesa y áspera del mayor de los Sokolov se cuela en el dormitorio.

Frunzo el cejo al unísono que la boca ante la interrupción.

—Fierecilla, tendremos que tomarnos un breve descanso —anuncia Damyan levantándose a regañadientes para acudir a la llamada del anormal de su hermano.

Ambos comenzamos a vestirnos, yo con más dificultad que él, porque encontrar mi ropa desperdigada resulta una ardua tarea.

—Tu hermano es un gilipollas —proclamo mientras abrocho mis pantalones.

La carcajada de Damyan inunda la habitación.

— Únete a su club de retractores, de momento solo hay una integrante. “El club de cuñadas que odian a Akim Sokolov”— bromea, entretanto cambia su apósito antes de colocarse la camiseta.

Observo los movimientos lentos y la dificultad que expresan y me acerco para ayudar a colocarle la camiseta con cuidado de no empeorar su herida.

—¿Quién integra el club? —le sigo en su broma.

—Kayda Tanaka, la hermana de Yasu, lo odia con intensidad, podríais hacer un tándem —comenta relajado, colocando uno de mis cabellos que se han soltado de mi cola.

—No creo que esté demasiado tiempo aquí para estrechar lazos - confieso y al minuto me arrepiento al ver su mirada endurecida.

—No pienso repetirlo, Kat— malo si acude a nombrarme por mi nombre —, pero de aquí no te mueves, vas donde yo voy y viceversa, grábatelo en esa cabecita dura que tienes.

—Damyan no podemos ignorar que no pertenezco a este lugar, sino a Tirana, mi ciudad, mi sitio— mi voz intenta sonar suave con cierto tono de dulzura.

Damyan da un paso la frente y agarra mi nuca con sus manos, estrellando mi pecho contra el suyo.

—Este es tu lugar, junto a mí—La veracidad de su afirmación me pone a temblar.

Mi padre jamás lo permitiría; aun así, guardo esa realidad en mi silencio.

Bajamos juntos las escaleras en dirección al despacho de Akim Sokolov, al final de estas diviso a Alyssa hablando con Kai de manera acalorada, entorno los ojos.

Odio a esa mujer, aunque no sea objetiva, pero inevitable la inquina que despierta en mí tan solo por pasearse frente a Damyan. Reconozco que los celos que despierta la rubia son el detonante de ni siquiera darle una oportunidad para conocerla.

Kai desvía su mirada hacia nosotros y la rubia se gira como un resorte para lanzarnos su mirada como dagas venenosas.

Yo siento celos y ella también, me digo mentalmente y, aunque no está bien, eso provoca una sensación de júbilo en mi pecho.

—Veo que estás mejor —comenta con tono amable Kai.

—Sí, no soy fácil de matar— bromea Damyan sin mirarme.

«Capullo», sisea mi mente

Alyssa se mantiene en silencio, sin embargo, por mucho empeño que ponga le resulta imposible disimular, la rabia, el odio en su rostro.

Damyan coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me insta a seguir hacia delante.

—Os esperan —informa a Kai a nuestra espalda.

Damyan ni siquiera se molesta en contestarle.

Sin llamar, Damyan abre la puerta del despacho donde se encuentran los casi todos los miembros de la Societas. De izquierda a derecha, mi padre, Illya Rumicov, Fudo Shinoda, Kayda Tanaka y Héctor, por supuesto. Al otro lado del gran escritorio de noval, AKim Sokolov junto a Andreas Rossi.

El hermano de Damyan no se corta al dedicarme una mirada crítica repasándome de arriba a abajo.

Ni que decir de mi padre que aprieta los puchos levantándose al mismo tiempo de la silla que ocupa. Da un paso hacia donde me encuentro, pero Damyan se coloca delante de mí sin previo aviso.

—Rumicov— masculla con cada músculo de su cuerpo tenso, igual que un cable de alta tensión.

—Apártate, Sokolov— Illya Rumicov jamás se amedrenta ante nadie —, esa a la que proteges es mi hija, mi legado— proclama con orgullo haciendo gala de su ego potencial.

Doy un paso al lado, porque no necesito ni la protección de Damyan ni tengo miedo de la ira

de que durante años me crio sin determinarme.

—No necesito protección, ni siquiera de mi propio padre— anuncio alzando la barbilla con altivez.

Los ojos tan iguales a los míos de mi padre se entornan hundiéndose en mí directamente.

—Katia— gruñe—. No me desafíes, creo que ya has contribuido a crear demasiados problemas. Así que acompaña a Héctor, él te escoltará de regreso a Tirana.

Su intención de regresarme a casa no me pilla desprevenida, ya lo esperaba, y siendo sincera, no deseo hacer estallar una trifulca encarnizada en la que Damyan pueda salir mal parado. Por lo que opto por el silencio ante su orden. Quien conoce al albanés, conoce su carácter empecinado y desprovisto de escrúpulos. Mi padre es un hombre rencoroso, pieza que entorpece su camino, pieza que borra del tablero.

—Por encima de mí— ruge Damyan y veo sus puños apretados.

Me apresuro a poner una de mis manos sobre su brazo.

—Damyan—, la súplica está en mis ojos, lo que ocasiona que su ira crezca.

—Sokolov, porque te hayas revolcado con mi hija, no te da ningún derecho sobre ella —provoca mi padre con su soberbia habitual.

«Dios, cómo me gustaría propinarle un puñetazo en toda la cara».

Damyan estalla y sus manos van directas al cuello de mi progenitor, pero Illya es mucho más listo, lo avalan años de experiencia y lanza uno de sus puños a la herida de Damyan consiguiendo que este lo suelte y se tambalee.

—Ya basta, padre— grito lanzándome contra el pecho de mi padre.

—Rumicov no estamos aquí para arreglar asuntos familiares. —La voz de Rossi inunda la estancia y todo se paraliza.

Lo miro y exhuma poder, y maldad, lo examino y, por primera vez, desde que lo conocí, veo ciertas similitudes con mi padre. Sacudo la cabeza para deshacerme de lo que mi intuición susurra en la bruma de mi cerebro.

—Rossi, no te metas —gruñe mi padre.

—Illya si vuelves a tocar a mi hermano, eres fiambre — amenaza Akim, por primera vez interviniendo.

Damyan con mi ayuda, estabiliza su cuerpo y no pasa desapercibida la mancha de sangre en su camiseta y la rabia hacia mi padre enciende mi rostro.

—Ella no va a ninguna parte — insiste Damyan enfrentando a mi padre.

—Ya está bien, Damyan—reprende Akim.

—Señores, los asuntos que no conciernen a la lucha encarnizada con la tríada los solucionan fuera —advierte Rossi y mi padre no disimula el odio dirigido al italiano.

Todos asienten ante las palabras de Rossi, reconozco que el capo tiene un aura que convencería al mismísimo diablo de luchar a su lado.

—Al parecer, el líder de la tríada sigue manteniendo su perfil de serpiente y escondiéndose de nosotros —aborda, Andreas—. Kat cree que está jugando con nosotros, además tiene la sospecha de que en breve atacará el palacete directamente.

Que el ill capo di tutti i capi cite nuestra conversación dándole veracidad a mi intuición me satisface demasiado.

Mi padre me mira con fijación.

—No nos olvidemos que es un estratega y de los buenos —comunico—, hasta ahora nos ha atacado sin salir de su madriguera.

—Muchacha, no me fio de ti —proclama Akim y comprendo su animosidad—, pero por

primera vez creo que la chica tiene algo de razón.

«Una de cal y otra de arena por parte del Lobo»

En el rostro de Illya Rumicov detecto un rayo de orgullo que me sorprende al mirarme.

—¿Qué proponéis? — interrogo.

—Vamos a evacuar el palacete de manera discreta, primero pondremos a salvo a las mujeres y dejaremos varios hombres. Hemos interrogado al séquito de seguridad de Ferguson, pero ninguno tiene nada que ver con la tríada —explica Rossi.

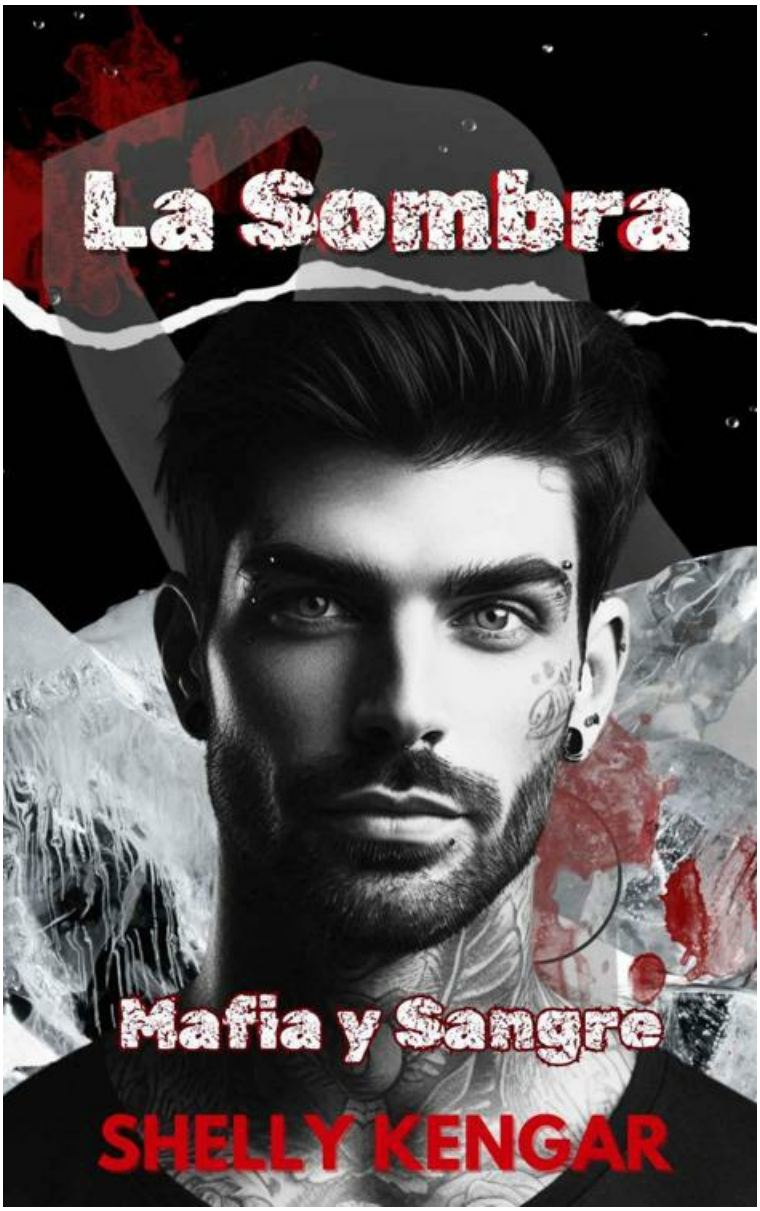
—Sospechamos que uno de los nuestros está implicado. Asthor se escapó y para lograrlo necesitó ayuda, así que hay más de uno trabajando para nuestros enemigos. —añade Akim.

—Bueno, estoy de acuerdo —anuncia mi padre, que ha cedido demasiado fácil para mi gusto —. Héctor, acompaña a Katia para recoger sus cosas.

Cada fibra del cuerpo de Damyan se tensa ante la orden de mi progenitor, sus ojos grises echan fuego. Así que decido actuar para apaciguar el ambiente.

—No me iré a ningún lado de momento — aclaro ante la mirada asesina de Damyan intentando calmar su ira.

Mis palabras surten efecto y, a continuación, abandono el despacho junto con Héctor.



Capítulo 52

Damyan

—Haz el favor de no mirar a mi hija, como si fuera de tu propiedad— susurra Illya a mi oído antes de volver a ocupar su asiento.

La rabia envenena mis venas, porque odio al puto arrogante que tengo frente a mí, me importa una mierda que sea el padre de Kat. Si me cabrea lo suficiente y, estoy a punto de rozar el límite, lo mataré sin piedad.

—Vete a la mierda, Rumicov— mascullo entre dientes ante la atenta mirada de mi hermano.

—Señores, debemos actuar y rápido, si Kat tiene razón, estamos en peligro y no solo nosotros, sino todos —advierte Fudo que hasta el momento es el único que no había abierto la boca.

Kat es buena haciendo conjeturas, pero desconozco sus razones para determinar que el líder de

la tríada atacará brutalmente el palacete. Sin tener los datos suficientes, prefiero callar.

El dolor en mi costado se intensifica y mantenerme de pie me está resultando un suplicio. Aguanto para que nadie detecte mi debilidad en estos momentos. El capullo de Rumicov me asestó un golpe certero en toda la herida, la cual ya estaba casi abierta por mi imprudencia de follar como un loco sin pensar en nada más.

—Exacto, la chica no es tonta y creo que ha sabido percibir mejor el modus operandi de nuestros enemigos que nosotros— asevera Rossi.

—Mi hija es muy buena estratega, además cuenta con una intuición infalible—asegura Illya sacando pecho.

«Capullo, lleva años ignorando a su hija para ahora vanagloriarse de ella».

—¿Y si le tendemos una trampa? —propone el kumicho de la yakuza.

Andreas rasca su barbilla valorando la proposición.

—No podemos olvidar que, según el difunto Cheng, el nuevo líder es un experto en explosivos. Tenderle una trampa sería complicado, cuenta con ventaja —intervengo por primera vez.

—Exacto —apoya Rossi—. El problema principal es su pasión por los fuegos artificiales. Ya vimos lo que hizo con Ferguson y, por suerte, no con Akim. Si no llega a ser por sus instintos asesinos contra Kat ahora mismo sería gramos de carne volando por el jardín delantero de la sede.

—Cállate —sisea Akim molesto y clavo mi mirada en él.

Así que mi hermano atacó a Kat, era de esperar, aunque eso no evita que sienta una furia intensa hacia él por haberse tomado libertades con mi hechicera.

—Lo primero es evacuar a la gente, necesito discreción. Ya tenemos a Kai interrogando a todos los hombres para detectar quién más ha estado jugando a dos bandas. —anuncia Andreas dando por finalizada la reunión.

Los presentes se levantan listos para abandonar la estancia. Illya Rumicov se acerca demasiado a mí y adopto una posición alerta.

—Olvídate de mi hija, Sokolov —susurra antes de marcharse.

Contenerme para no partirle la maldita cara es lo más difícil que he hecho en mi vida, porque ganas me sobran. Aun así, no creo que Kat estuviera muy de acuerdo, por ella me resisto.

—Damyan —alerta Akim para que no abandone el despacho mientras Rossi nos deja solos.

Por fin logro sentarme para paliar el punzante dolor que me quema la herida del costado.

—Definitivamente, no estás en condiciones —observa Akim con rigurosidad.

—He sobrevivido a situaciones peores, una maldita herida no acabará conmigo —rebato quitándole hierro.

—Sí, pero una maldita mujer casi te mata y tú te empecinas en mantenerla a tu lado, aun sabiendo que es una declaración firmada de guerra contra uno de nuestros aliados —Sus palabras son una realidad, porque Illya Rumicov es implacable, pero mi obsesión por Kat, es más.

—Pensé que estarías contento de que por fin haya encontrado mi compañera ideal —reprocho, con ironía.

—No seas idiota, hay más mujeres en el mundo que esa empecinada mujer con aires de asesina —se levanta frustrado-—. Por ejemplo, Alyssa. Kai me ha trasladado su desagrado por la forma en la que has terminado con ella.

—No teníamos nada —me defiendo enfadado porque Alyssa está resultando un problema que dura demasiado. —¿Desde cuándo las mujeres con las que follas son una relación? Ya no te acuerdas de eso.

— Ninguna mujer que haya compartido mi cama me ha reclamado ni se ha convertido en un problema fastidioso —Akim no da su brazo a torcer.

—Pues entonces tienes mala memoria, tu última amante casi mata a Yasu —le recuerdo y su mirada se entorna aniquilándome.

—Necesito que soluciones el tema de Alyssa. Los hermanos Kan siempre han estado de nuestro lado, su lealtad es irremplazable, por lo que haz lo que quieras, cásate con ella, ponle un piso o simplemente fóllatela para que se calle —el enfado de Akim cada vez es más notable.

—¿Qué parte de que no la quiero a ella no has entendido? —interrogo poniéndome en pie y dando un sonoro golpe sobre el escritorio.

—A la princesa asesina de Rumicov no podrás tenerla, así que confórmate —proclama encogiendo los hombros.

—Ya lo veremos, en esta ocasión no pienso ser el perdedor— reprocho y abandono el despacho, hecho un basilisco.

El aire abandona mis pulmones emitiendo un sonoro soplido; entretanto, el malestar y la sangre que salen de mi herida me recuerdan que debo sustituir el apósito y comprobar los puntos.

Subo las escaleras deprisa porque me urge curarme y buscar a Kat. No me fio del albanés y me niego a permitir que la arranque de mi lado. Casi he llegado a mi dormitorio cuando me tropiezo con Kai. Su ceño se arruga al ver mi camiseta que está hecha un desastre por la sangre.

—Si no es urgente, déjalo para luego —le digo sin detenerme, pero en el momento en el que alcanzo el pomo de la puerta mi cuerpo se tambalea, mermado por la pérdida de sangre.

Por suerte, Kai aplica sus reflejos y actúa como apoyo para no darme de bruces contra el suelo. Entramos a mi habitación y me ayuda a tumbarme en la cama.

Mi comandante y amigo busca el botiquín y con unas tijeras se deshace de mi camiseta, retira el apósito y tuerce el gesto.

—Está mal, ¿no? —pregunto, aunque su semblante delata la respuesta.

Saca unos puntos de papel que coloca sobre la herida después de desinfectarla.

—¿Qué hiciste para saltar los puntos? —pregunta mientras se concentra en curarme.

Follar como un loco, la frase se dibuja en mi mente, pero la reprimo.

—Illya me golpeó justo en la herida — confieso porque es una parte de verdad.

—Te metiste con la mujer equivocada otra vez —reprocha sin levantar su atención de lo que está haciendo.

—Depende de cómo se mire —contesto.

—Damyan, Katia Rumicov es una princesa de la mafia, con un diablo por padre, nunca permitirá que se una a un Sokolov. Es reconocido en este mundo el odio que ese hombre alberca por los Sokolov— expresa con calma.

—Me importa una mierda lo que él diga, no pienso apartarme— ratifico.

—Bueno, no digas que no te lo advertí.

Por un momento me embarga la incomodidad, porque necesito hablar de su hermana, de disculparme por hacerla sufrir, de explicarle que yo nunca le prometí nada.

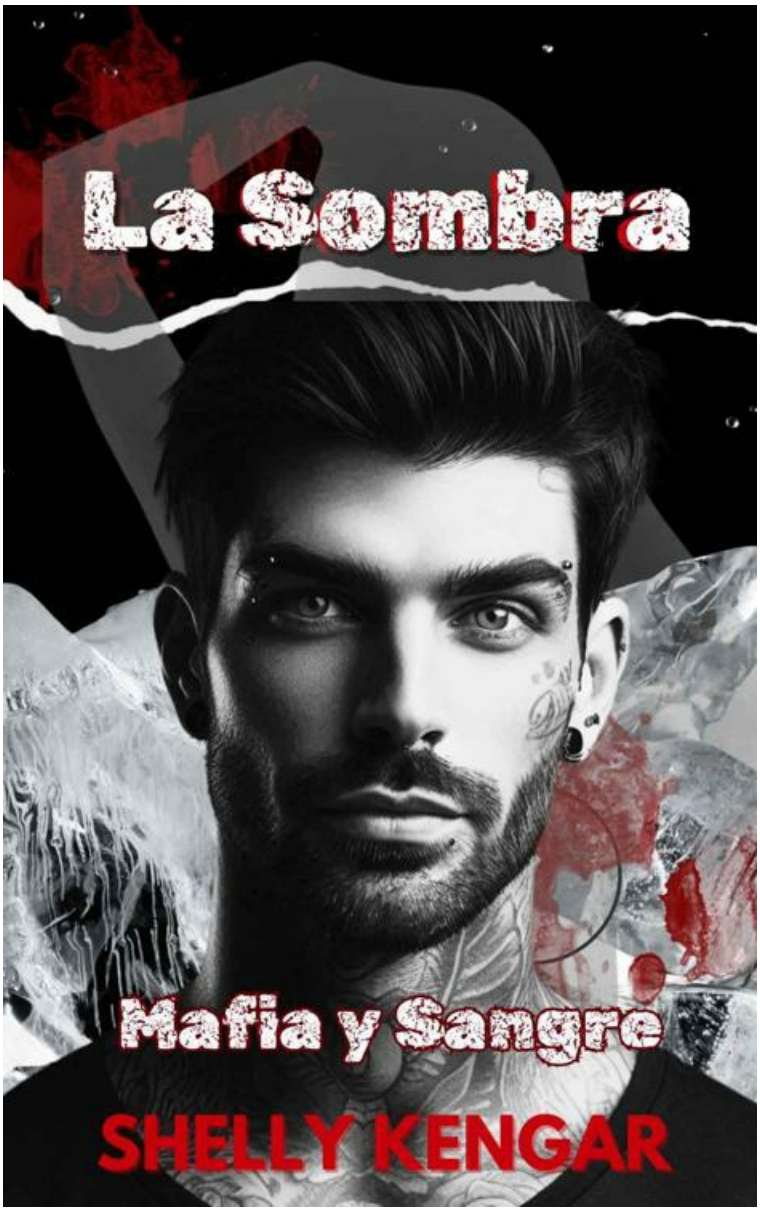
—Kai, sobre Alyssa — Kai me detiene alzando una mano.

—Uno no elige a quien entrega su corazón, Alyssa era consciente de los problemas que arrastrabas, del amor platónico que profesabas por Yasu Shinoda; aun así, cruzó esa línea, abandonó su zona segura y arriesgó su corazón.

—Yo nunca quise que saliera lastimada— me disculpo.

—Lo sé; sin embargo, pasó. Ella culpa a Kat, bueno, a Katia, ya me he cansado de explicarle que, aunque Kat no hubiera aparecido, jamás habría obtenido tu corazón.

Las palabras de Kai aligeran el peso de la culpabilidad, al menos él comprende no como Alyssa. El rencor del desamor siempre es mal consejero para las acciones, te arrastra a la ira y el odio y te entierra en capas de amargo rencor. Yo lo sé bien, pasé por esa etapa, no hace mucho.



Capítulo 53

Narrador Omnisciente

Nam Mim observa hipnotizado a su líder que camina de un lado al otro en la sala oval de las oficinas centrales del edificio, donde mantiene su conglomerado de empresas para el blanqueo de capitales de la tríada. Es la primera vez que ve a Jim Son Hanw tan inquieto, y parece que la pasmosa calma que normalmente exhibe se haya esfumado.

—Te repetí mil veces que no quería fallos —profiere Jim Son Hanw alzando el tono de voz.

—No ha sido un fallo nuestro, sino un fortuito contratiempo, señor— aclara el segundo al mando con respeto y suavidad, se palpa la sensación de que no tiene intención agitar más el carácter irascible que de repente ha aparecido en Jim Son Hanw.

—Akim Sokolov debería haber muerto con el estúpido de Ferguson—, proclama apretando las

mandíbulas.

—Lo sé, señor, pero los designios del destino en ocasiones van contra nuestros deseos —recalca Nam Min ganándose una mirada reprobatoria por parte de su jefe.

Jim Son Hanw se deja caer sobre el sillón detrás del escritorio y coloca sus pies sobre el mismo.

—Necesitamos acabar con esa plaga —repite, el líder con uno de sus dedos apoyados en su mentón.

—La segunda parte de su plan ya está en marcha y una vez que la joven esté en nuestro poder, el palacete arderá en llamas y escombros —comunica Nam Min frotando sus manos.

Jim Som Hanw fija su mirada a través de la cristalera.

Unos suaves golpes en la puerta ponen a ambos hombres alerta.

—Adelante— invita Nam Min.

Un hombre menudo se asoma a la puerta con prudencia.

—La bratva ha venido— informa con una voz apenas audible.

Jim Son Hanw da un bote alzándose del sillón ante la información proporcionada.

—Hazlos pasar— ordena y su voz suena hosca.

Minutos más tarde, la reina de la bratva hace acto de presencia acompañada por varios de sus voyevikis y su siempre fiel Yerik a su derecha.

Con su porte de elegancia y letalidad, pasea sus caderas enfundadas en un vestido negro que resalta su buena forma a pesar de su edad. Jim Son Hanw hipnotizado, la mira, igual que todos los que la contemplan.

La mujer no espera invitación para sentarse frente al líder de la tríada.

—Bienvenida, Sokolova —saluda Jim Son Hanw con alabanza exhibiendo una sonrisa maquiavélica.

—Ya era hora de conocernos, Jim Son Hanw— expresa la mujer repasándolo de arriba a abajo.

—Pensábamos que la bratva había declinado nuestra alianza, desde la muerte del antiguo underboss no habías contestado a nuestro llamamiento —expresa Jim Son Hanw y en sus palabras se percibe cierto tono de reproche.

—Problemas internos, Jim —Mariya sonríe a pesar de que sus ojos permanecen fríos como el hielo.

—Bueno, lo importante es que ya estáis aquí. Para unirnos a nuestra misión de acabar con la societas, ¿supongo?

El ambiente es tenso a pesar de la conversación convencional.

—No me importa lo que hagas con la Societas, no es mi guerra, Hanw —la afirmación de Mariya pilla desprevenido al líder de la tríada —, solo me interesa el albanés y, por supuesto, Rossi es intocable.

La carcajada de Jim Son Hanw resuena en la sala ante los ojos entornados de la rusa.

—Me importa una mierda, el albanés, pero Rossi es el líder y debe caer —afirma Jim Som Hanw.

—Si quieres mi apoyo, Rossi tiene que vivir —insiste Mariya Sokolova.

—Lo que pides es imposible, mientras Rossi viva, esta guerra encarnizada no acabará. Por si no lo sabes, es el primer retractor, junto a la yakuza, de la expansión de la tríada. Se ha empeñado en coartar nuestros negocios por diestro y siniestro.

—Esta visita no es un debate ni siquiera una discusión sobre los términos para que la bratva Sokolov te apoye en tu cruzada. Yo dicto mis reglas y son claras, Rumicov es mío y Rossi está

blindado—. La exigencia, con voz suave, pero letal, crea un silencio denso que podría contarse con un cuchillo.

A regañadientes Jim Son Hawn asiente, aunque no muestra la convicción necesaria. Su segundo, Nam Min sale a la palestra interrumpiendo.

—Señora Sokolova —La mujer gira su cuello para dedicarle una mirada despreciativa—. Por suerte, la hija del albanés se dirige justamente a nuestra ubicación, podríamos aprovechar para atraer a Rumicov.

Jim Som Hanw fulmina a su hombre en un intento por hacerlo callar. Quizás tenga otras intenciones para Katia Rumicova.

—¿Hija? —interroga Mariya arqueando sus perfiladas cejas.

—Bueno, Illya Rumicov tiene una hija —contrasta Jim Son Hanw, aunque no parece muy contento.

Mariya Sokolova continúa impasible, de repente se pone en pie.

—Espero que hayan quedado claras mis exigencias. Nam Min centra su atención en la puerta cerrada por la que acaba de salir la nueva pakhan de la bratva, razón por la cual al girarse lentamente hacia su líder no advierte el cuchillo que vuela hacia su hombro derecho hundiéndose en la carne.

—¿Desde cuándo te tomas libertades de revelar nuestros planes a otro clan? —la pregunta furiosa de Jim Son Hanw pilla totalmente a Nam Min con la guardia baja.

—Jim, no creí que fuese relevante. La reina del bratva necesita algo suculento para dejar de poner reticencia a su apoyo —se justifica Nam Min de rodillas mientras intenta arrancar el cuchillo de su hombro.

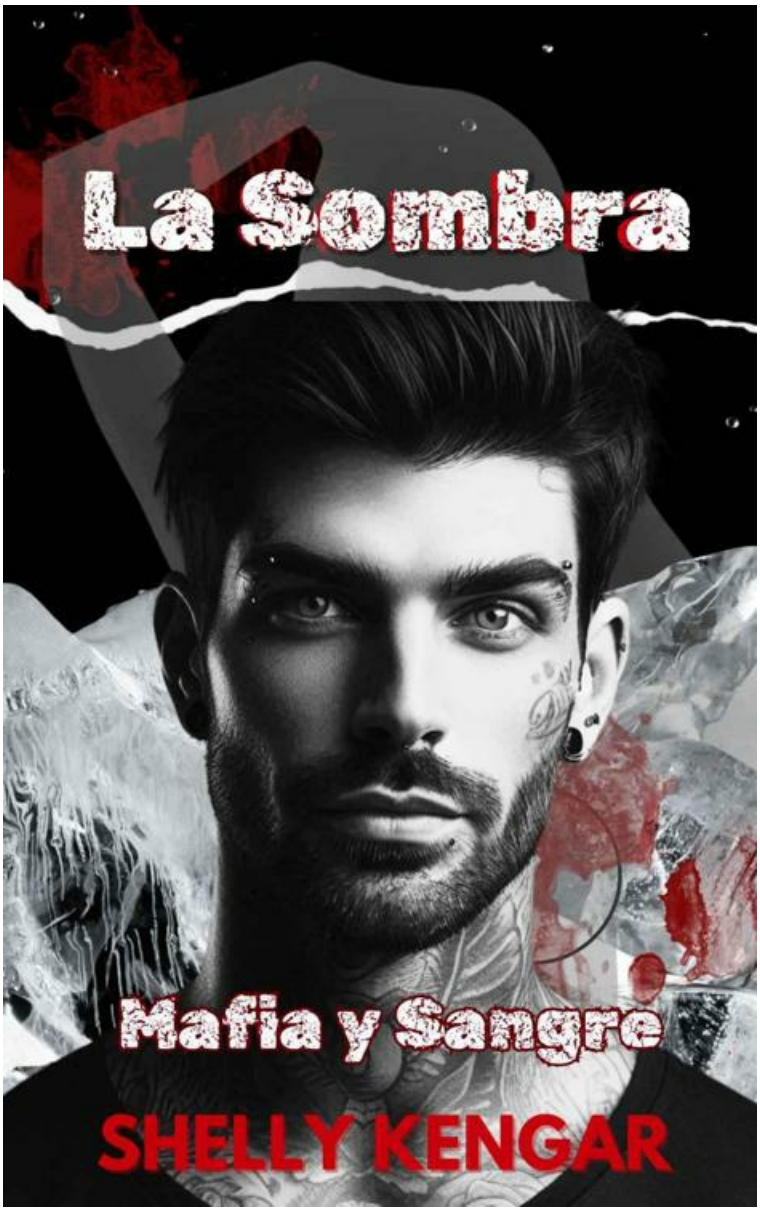
—Eso lo decido yo, no se te olvide quién es el líder, aquí —reitera Jim Son Hanw apretando sus mandíbulas con fuerza.

Fuera de la sala, la escena que se desarrolla no dista mucho de ser tensa. Mariya Sokolova camina con elegancia hasta el ascensor, escoltada por sus voyevikis y una vez dentro de este.

—¿Por qué no sabía nada de la existencia de una hija? ¿Cuántos años tienes? —La pregunta va dirigida a Yarik, aunque ni siquiera se digna a mirarlo, no abandona su porte altivo.

—No tengo información de ninguna hija, señora— confiesa el hombre contrariado.

—Averigua todo sobre esa maldita extensión de su estirpe— sisea entre dientes Mariya.



Capítulo 54

Kat

Camino al lado de Héctor, en silencio. Conozco bien al segundo al lado de mi padre después de crecer con su presencia perpetua en mi casa, sé cuándo Héctor quiere decirme algo y está sopesando los pros y los contras.

—Desembucha, Héctor —animo al fin, cansada de su mutismo.

—Katia Rumicova, no deberías desafiar a tu padre, a cada rato. No contenta con infiltrarte en los Maotang te enreda con el hermano de Lobo a la vista de todos —regaña mirando la frente.

Desde cuándo mi vida amorosa es de la incumbencia del soberano y déspota Illya Rumicov. Rebato con sarcasmo, añadiendo al final un chasquido con mi lengua.

—No todo es lo que parece, niña. Deberías ponerte en los zapatos de tu padre - aconseja

meneando la cabeza, exasperado por mi actitud rebelde.

Una carcajada estalla en mi garganta sin poder reprimirla.

— Disculpa, Héctor, que me ría, pero es imposible ponerse en los zapatos de Illya Rumicov si no permite que nadie, excepto tú, se acerquen a menos de cinco metros.

—Katia, tu padre ha sufrido, aunque no lo creas, y tu actitud rebelde solo abre más la grieta que hay entre ustedes.

Héctor siempre ha adoptado el rol de mediador entre mi padre y yo.

—Está claro, que no lograrás convencerme ni tú cambiarás tu lealtad hacia él, ni yo voy a cambiar mi opinión, por lo tanto, dejemos el tema—. Doy por finalizada la conversación.

Héctor cede y me da espacio, así que me encierro en mi dormitorio. Lo primero es sacar mi móvil, y llamar a Vin. Es extraño que no me haya cruzado con mi amigo en ningún momento.

La llamada es enviada al buzón de voz, lo que resulta extraño y al mismo tiempo alarmante.

Mi mente cavila las diferentes opciones, enfrascada en pensar dónde demonios se habrá metido Vin cuando mi móvil suena. Miro la pantalla y es un número desconocido; aun así, opto por descolgar.

—Sí.

—Hola, zorrita.

Esa voz, la reconozco al instante y la ira sube por mi esófago.

—Asthor— pronuncio entre dientes.

—¿Me echas de menos? —pregunta.

—¿Qué demonios quieres? Te están buscando, así que más te vale que utilices esa cabeza que tienes para algo más que tocarme las narices —provoco.

Estoy convencida de que nuestros compañeros junto con los hombres de Rossi pronto traerán la cabeza de Asthor al palacete, por lo que no dudo en provocarlo.

—Ya lo veremos, zorra —profiere furioso—. Ahora presta atención, si quieres volver a ver a tu fiel lacayo, me escucharás atentamente.

¿¡Qué!?, Vin está con Asthor, mierda, este movimiento no lo había previsto…

—-Vas a salir del palacete por la parte trasera, allí te esperará un vehículo. Por el bien de tu mierdoso amigo, procurarás que nadie te vea, y te montarás en el coche sin hacer preguntas. Te espero, zorrita— cuelga sin más.

Lanzo el móvil contra la cama y maldigo ante el giro de los acontecimientos.

Siempre supe que Asthor era un malnacido, pero secuestrar a Vin ha sido su sentencia. Voy a colgar sus bolas al árbol más alto.

Reflexiono durante unos minutos antes de dirigirme a mi armario para coger varios de mis puñales y camuflarlos en mi uniforme, contando que me registrarán en cuanto me vean, pero como mínimo alguno de ellos pasarán desapercibidos. Valoro informar a Rossi e incluso a Damyan; sin embargo, el segundo sé que sería un error y que Vin podría morir en el proceso.

Salgo de mi dormitorio manteniendo mi pose segura, sin llamar mucho, la atención. Atravieso el vestíbulo y paso desapercibida ante los guardias que revolotean alrededor haciendo su trabajo. Apresuro mis pasos de formas sutiles y alcanzo la puerta trasera sin ningún contratiempo, o eso creo hasta que cuando uno de mis pies se posa en los escalones para bajar una voz suave, provoca que me quede estancada.

—¿Escabulléndote a hurtadillas?

Con lentitud me giro sobre mí misma y veo a la japonesa, la que es hermanada de la esposa del Lobo. Si no recuerdo mal Kayda Tanaka. Reconozco que su aura exhuma peligro y seguridad e incluso admiración.

Una mujer en un mundo de hombres no dista tanto del lugar que yo siempre he ocupado en el clan de mi padre.

—Necesito aire fresco — justifico esperando el próximo movimiento de la mujer.

Tropezarme con Kayda es un contratiempo que mi amigo puede pagar con su vida, así que me concentro en deshacerme de la mirada crítica de la japonesa.

—No te juzgo, pero no me fio de ti, así que no intentes ser condescendiente. No somos amigas —contesta la mujer, que apoya en la pared con actitud desinteresada.

—Pues nada, yo a lo mío y tú a lo tuyo —anuncio y me giro para continuar mi descenso.

Dejo atrás a Kayda rezando en silencio que no insista en su repentina atención a mis movimientos. Avanzo a través del jardín trasero hasta alcanzar el enrejado trasero, abro la verja, sin complicaciones, y me escabullo fuera de la propiedad. A quinientos metros detrás de una frondosa arboleda diviso un vehículo con los cristales tintados.

Me paro al lado del vehículo y espero, una de las puertas traseras se abre desde dentro. Miro alrededor para asegurarme de que no hay nadie y me meto sin más.

—¡Tú! —exclamo al toparme cara a cara ante el rostro que jamás hubiera imaginado.

La sangre burbujea a través de mis venas al reconocer a la mujer que tengo frente a mí. Un odio intenso que amenaza con arrasar con la poca prudencia que me queda y agarrarla de su melena rubia y arrastrarla por toda la extensión del palacete.

—Sorpresa —contesta con acritud, en sus ojos claros se concentra el intenso odio hacia mí.

Es recíproco.

—Nunca imaginé que vendieras tu lealtad por despecho —provoco chasqueando la lengua.

Necesito calma, perder los nervios, tan solo serviría para perjudicar el bienestar de mi amigo, mi hermano, de Vin.

—No he vendido mi lealtad, tan solo voy a ayudar a borrarte de mi camino— se vanagloria con una sonrisa malvada estirando de sus labios rojos.

Alyssa ha pasado de ser una mujer molesta, que provocaba mis celos, a convertirse en una víbora que colabora con el inútil de Asthor.

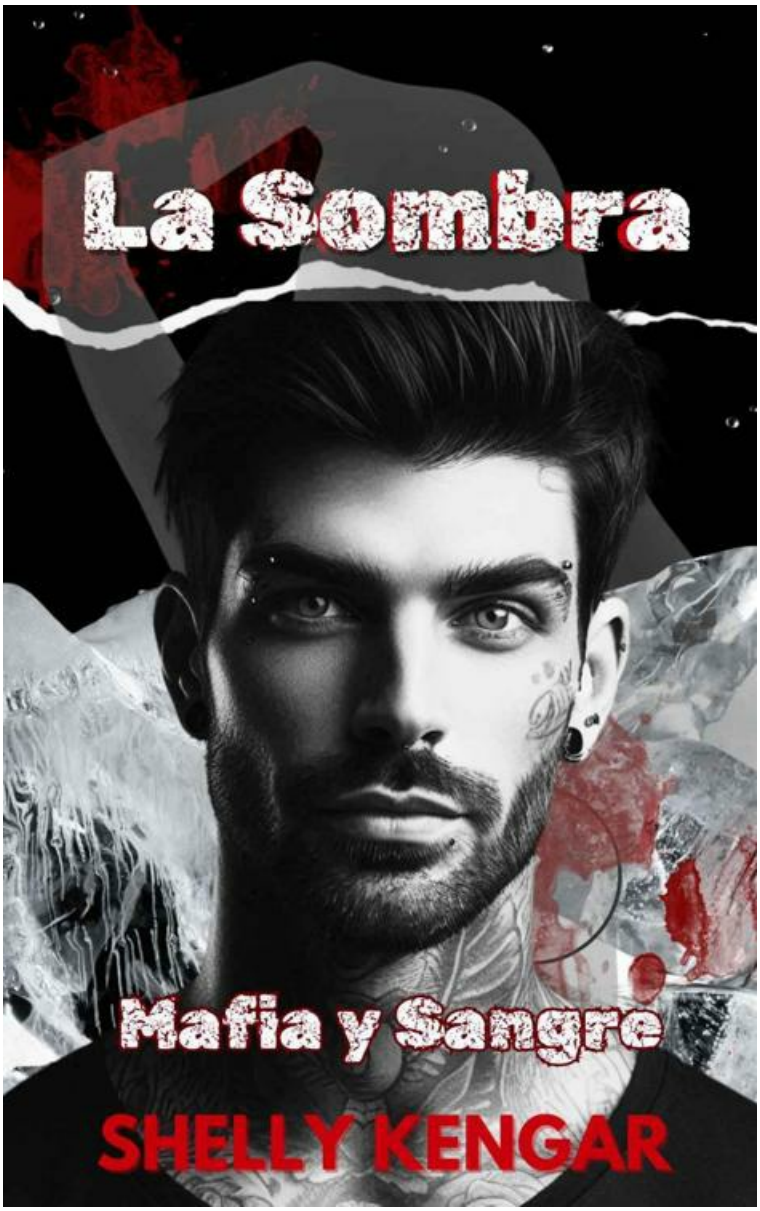
—Engáñate, si quieres —digo y encojo mis hombros —, pero para mí es lo mismo. Has ayudado a escapar a Asthor, y los Sokolov no perdonarán eso.

—¿Quién dice que lo descubrirán? —interroga de forma retórica, sin esperar respuesta por mi parte, con sarcasmo, exhibiendo la seguridad que ahora mismo la embarga de ser más lista que los hermanos Sokolov.

«¡Ja! Me río, si algo tienen Akim y Damyan es que, además de que son salvajes, intensos y brutales, son más inteligentes que la media».

—Ya lo veremos —digo y frunzo los labios con fuerza, dando por terminada la conversación.

Enclavo la mirada, al frente y entrelazo los dedos de mis manos, ignorando con alevosía a la rubia. El vehículo circula despacio y directo a nuestro destino. Definitivamente, no malgastaré mis energías con Alyssa cuando debo guardarlas para salvar a Vin y salir ilesa de esta trampa rastrera que me han tendido Asthor, alias dientes podridos, y Alyssa, la señorita cara de ángel que se ha convertido en una víbora diabólica.



Capítulo 55

Damyan

Mi paranoia con que el capullo de Illya se lleve a Kat alcanza tal límite que, una vez que Kai me ha cambiado el vendaje, me atiborro a analgésicos, me visto y bajo las escaleras para localizar a mi hechicera. Una leve punzada en mi cerebro me insta a caminar rápido. Al llegar al vestíbulo, tropiezo con mi dolor de cabeza. Illya Rumicov.

—Tú— me señala, atravesándome con su mirada asesina al compás de sus zancadas directo a mí —. ¿Dónde cojones has metido a mi hija?

Sus reclamos me desconciertan, porque yo me dirigía a buscar a Kat, para nada a esconderla. Las manos del albanés sujetan mi camiseta, pegando su fornido pecho al mío.

—Suéltame, si no quieres que te vuele la cabeza — amenazo sacando mi *makarov* y

encañando su sien con esta.

—Tranquilizaos —pide el fiel lacayo de Illya acercándose a nosotros para intervenir y que la sangre no llegue al río.

—Cállate— gruñimos al unísono.

—Sokolov, dime dónde está Katia o voy a hacerte comida de perro —advierte Illya que no se amedrenta en absoluto a pesar de que lo estoy apuntando con mi arma.

—No tengo ni idea de lo que me hablas —expreso—, ahora me disponía a ir a buscar a Kat.

—Katia, idiota, se llama Katia —ruge el albanés, consumido por la furia.

Ante el jaleo, como era de esperar, el vestíbulo empieza a llenarse de gente. Los primeros en llegar Rossi y mi hermano, y rezagado de ellos Fudo Shinoda.

—¿Qué está pasando? —exige Andreas con ese tono grueso y frío que lo caracteriza.

—Mi hija ha desaparecido, este inútil cree que escondiéndola de mí evitará que Katia regrese a donde pertenece —proclama Illya sin soltarme.

Ya me está cansando, y cuento hasta diez para no apretar el gatillo y acabar con sus malditas acusaciones.

—Damyan— habla mi hermano acercándose a nosotros.

—No tengo ni idea de dónde está Kat, ya le he explicado que me dirigía en su busca cuando me ha cortado el paso con sus gritos y acusaciones —explico sin apartar mi vista de Illya.

Por el rabillo de ojo detecto la mirada fulminante que mi hermano le dedica al albanés.

—Señores, yo me dejaría de peleas—. La interrupción de Fudo nos sorprende a todos, el japonés se inmiscuye poco en las trifulcas.

Su intervención provoca que todos los presentes giremos la cabeza para mirar al Kumicho de la yakuza. En su mano derecha sostiene el móvil y su rostro, como siempre, no delata ningún tipo de emoción.

Si Andreas es un demonio de hielo, este es el mismísimo hielo afilado y frío, tal cual.

—Explícate, Fudo, no está el ambiente para perder el tiempo— apremia Akim con su falta de tacto.

—Kat, no está en el palacete. Acabo de recibir una llamada de Kayda. Al parecer se tropezó con la joven y su actitud le resultó extraña, así que la siguió —explica Fudo con calma—. Kayda está en el centro, frente a uno de los edificios emblemáticos. Parece que el vehículo en el que viajaba Kat ha entrado al *parking* subterráneo. Ahora manda la ubicación.

—¿¡Qué!? —Tanto Illya como yo hablamos al mismo tiempo.

—¿El porqué está allí? Lo desconozco, según Kayda está segura de que no es por voluntad propia.

Es el momento expreso en que elige Illya para soltarme y al mismo tiempo suena su móvil. Lo saca de un bolsillo de sus pantalones, mira la pantalla y frunce el ceño.

—Sí —Su voz seca y firme a pesar de que mis ojos detectan el pulso de su carótida palpitando de forma acelerada, delatando su inquietud a pesar de su semblante pétreo.

Ocho pares de ojos, bueno diez, si contamos al fiel lacayo de Illya, Héctor, clavados en el líder de la mafia albanesa que se dedica a soltar monosílabos manteniéndonos a todos en vilo.

—Allí estaré.

Cuelga y su rostro luce pálido a pesar de sus intentos para camuflarlo.

—¿Qué? —interroga impaciente Andreas.

Mi primo no se caracteriza por su paciencia, me aventuro a afirmar que ni siquiera conoce el significado de la palabra.

—Tienen a Katia —, el abatimiento aflora en los ojos verdes de Rumicov tan parecidos a los

de mi hechicera.

Sin ni siquiera percatarme, mis puños se aprietan y mis mandíbulas también.

—¿Quiénes? ¡Joder, Rumicov, te tengo que hacer el quinto grado o qué! —se queja furioso Andreas.

La mirada chispeante de oído que le dedica Illya es clara.

—No me toques, los huevos, maldito, que la que está en peligro en mi hija —ruge enfadado Illya.

—Bien, pues canta para que podamos rescatarla y acabar con esto de una vez —sentencia Rossi impasible.

Admiro la cualidad de mi primo de mantener esos nervios de acero en cualquier situación, es realmente extraordinaria.

—La tiene la tríada y la bratva— admite Illya—, y de momento me quieren a mí a cambio.

—¿Quién te llamó? —exige saber Andreas con sus párpados entornados de forma suspicaz.

Por primera vez, observo en el rostro de Illya las dudas igual que un torbellino.

— El nuevo pakhan, o debería decir la nueva pakhan.

El silencio en el vestíbulo se vuelve demasiado denso ante la última frase de Illya. Rossi da dos zancadas y se coloca frente a Rumicov. Son de la misma estatura, incluso la complexión de ambos hombres es parecida, lo único destacable es el cabello rubio casi blanco del albanés.

—Escúchame bien, Rumicov, a partir de este momento yo estoy al mando. Me importa una mierda si te pones sentimental, pero vas a acatar cada orden que te dé en la cuestión de rescatar a tu hija. Al mínimo fallo, te vuelo la cabeza de un disparo y punto — la precisión con la que mi primo pronuncia cada palabra es milimétrica, no dejando lugar a réplica.

La cara Illya Rumicov se va poniendo roja aguantando la furia intensa que amenaza con consumirlo.

—Rossi— sisea entre dientes.

Andreas se separa dispuesto a darse media vuelta.

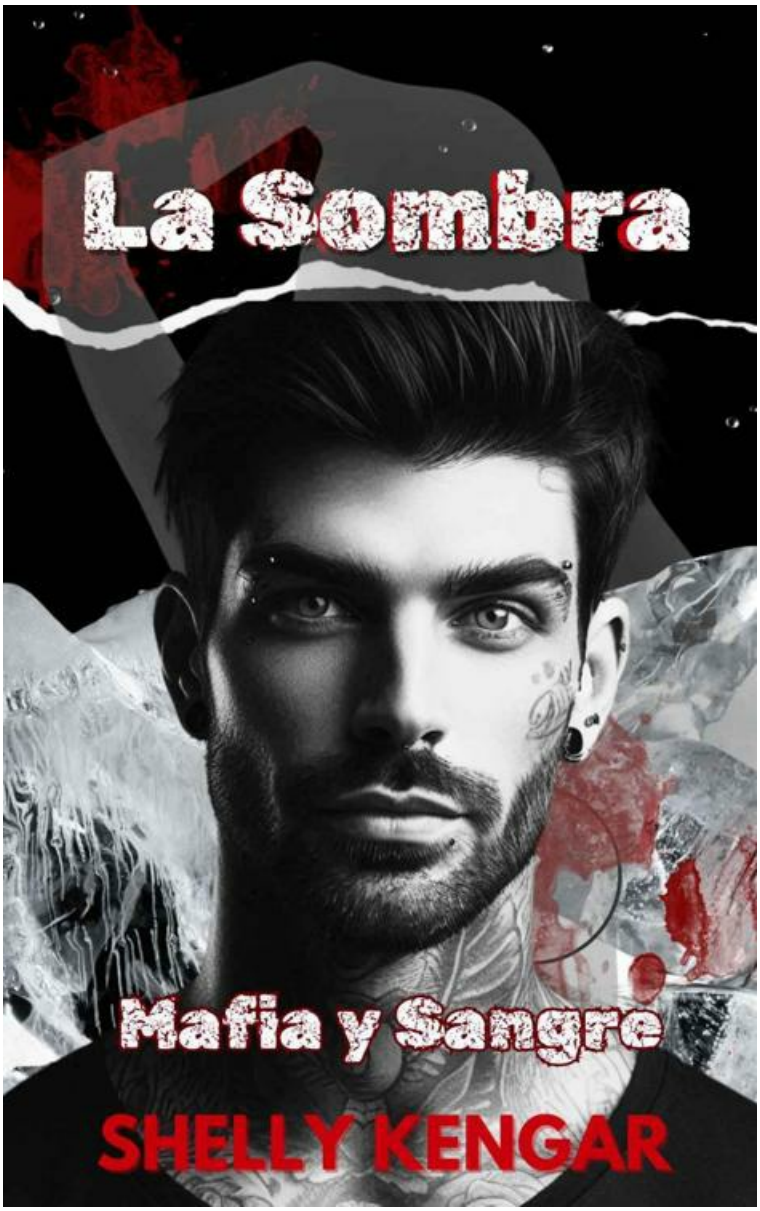
—Si tu hija es buena estratega, yo soy el Dios de los estrategas, así que trágate el puto orgullo y déjame hacer —sentencia dirigiendo su atención a Fudo Shinoda.

—Llama a Kayda y pásamela, necesito darle instrucciones —ordena.

El arqueo de cejas del japonés es cómico.

—No creo que mi mujer siga tus indicaciones —aprecia.

—Lo hará —proclama con seguridad.



Capítulo 56

Kat

El vehículo en el que viajamos se introduce en el subterráneo de uno de los edificios más altos que he visto en Varsovia. Alyssa permanece sentada a mi lado sin abrir esa boca de víbora que tiene. El conductor nos abre la puerta para que salgamos, me fijo en sus rasgos orientales.

«¿Desde cuándo Asthor trabaja con los chinos?» La pregunta danza en mi mente, instalando una sensación agria en la boca de mi estómago.

Se reúne con nosotros un séquito de hombres que nos escolta hasta los ascensores. Justo en las puertas se encuentran el, dientes podridos de Asthor. La sonrisa que se estira desde las comisuras de su boca provoca que un escalofrío recorra cada vértebra de mi columna.

—Bienvenida, zorrita —profiere y lo aniquilo con mis ojos, no pienso perder el tiempo

rebatiendo sus insultos.

—¿Dónde está Vin? —Es lo único que digo.

—Todo en su momento, ahora el jefe quiere verte —informa.

Las puertas del ascensor se abren, y uno de los hombres me empuja para instarme a entrar. Por el rabillo de los ojos veo a Alyssa decirle algo a Asthor y compruebo que ni ella ni dientes podridos nos acompañan. Salimos del ascensor y memorizo cada pasillo que atravesamos, cada recoveco, cada puerta de emergencia que se cruza a mi paso.

Son unas oficinas, aunque parecen solitarias, solo nosotros llenamos los amplios pasillos. Los hombres se detienen frente a una puerta y uno de ellos golpea y abre casi al mismo tiempo. De nuevo me veo empujada a atravesar el umbral de la puerta a regañadientes. Cuando mis ojos se encuentran con el hombre que se pone en pie ante mí, sé que mis instintos han fallado, que me dejé envolver. Mis labios dibujan de forma involuntaria un círculo perfecto ante la sorpresa de la identidad del hombre que sonríe al verme.

—¿Som? —interrogo y mis párpados se entornan mirándolo con sospecha.

A mi derecha Nam Min, al cual conocí en la convención del embajador.

—Señorita Rumicov, es un placer volverla a ver—Saluda con una expresión hipócrita en su semblante.

Ni siquiera me tomo la molestia de contestarle porque mi atención está por completo en Som, con su actitud arrogante frente a mí, vanagloriándose de su ingenio para engañarnos durante meses a todos.

— ¿Sorprendida, flor de loto?, confieso que me alaga— profiere.

—Reconozco tu destreza para infiltrarte sin sospecha en la casa del enemigo —expreso, aunque la realidad no deja que me cabree, el hecho de que se ha burlado de todos nosotros.

Som, rodea la mesa del escritorio recortando la distancia que nos separa. No pierdo detalle de cada uno de sus movimientos, calculados al milímetro. En segundos su pecho roza el mío al son de una sonrisa maléfica en su boca.

—Eres listo, lo reconozco —hablo para despistarlo—, pero no creo que seas invencible.

Pestañea desconcertado cuando una de sus manos se queda a medio camino de mi nuca. La atracción, entre nosotros, siempre ha estado presente, aunque en mi caso fue borrada por un torbellino ardiente. Damyan, sin embargo, percibo la suya en sus músculos tensos y sus ojos negros nublados por el deseo.

—No me subestimes —proclama—, y sus dedos se posan en mi nuca con la presión justa.

Con rapidez saco uno de mis puñales y sin titubear lo hundo en su costado.

—¡Joder! — gruñe al percatarse de mi agresión.

Su cuerpo se inclina ante el dolor y no reacciono lo suficiente rápido, porque Nim me sujeta por la espalda con fuerza, inmovilizándome y desarmándome.

—No te registraron. —No es una pregunta, es el reconocimiento del fallo de sus hombres.

—Yo no te subestimo, pero al parecer tus hombres sí lo hicieron conmigo.

—Quítala de mi vista—gruñe, furioso, mientras presiona su herida sangrante, con sus manos.

Nim se apresura a sacarme del despacho, a rastras y no forcejeo, porque ahora lo único que me interesa es saber dónde retienen a Vin.

Grita algo en chino a los hombres que permanecen fuera y uno de ellos se acerca para desarmarme. Saca todos los puñales que llevo en las vainas de mi uniforme.

—Señorita Rumicova— sisea Nim pegando su asquerosa boca a mi oreja—; has conseguido lo que llevaba semanas intentando, que Som te deteste.

Así que he sido una piedra en el camino, por las palabras de Nim intuyo que la atracción que

Som siente por mí ha sido un contratiempo para sus planes.

Me atan las manos a la espalda con fuerza y me empujan hacia el ascensor y bajamos durante bastante rato, por lo que calculo. Al abrirse, observo que los pasillos son más oscuros y el olor a humedad me indica que estamos en algún piso subterráneo del edificio.

Voy escoltada por diez hombres y mantengo mi actitud sumisa, aunque podría oponer resistencia y me llevaría a más de uno por delante. Eso estropearía mis planes para averiguar dónde se encuentra mi amigo. Abren una puerta metálica y entonces lo veo, atado a una viga de hierro, con heridas en su pecho. Su cabeza inclinada hacia delante.

Mi pecho se aprieta ante la visión de Vin, lo han torturado y parece inconsciente.

—Bueno, bueno, ya tenemos aquí a la reina de la fiesta —la voz gruesa enronquecida de Asthor penetra en mis oídos y mis ojos vuelan hacia él. Experimento cómo el odio supremo sube por mi esófago, amenazando con atragantarme con la sensación.

—Vas a pagar cada corte que le has hecho, Asthor, te lo juro— amenazo ante la actitud suficiente de dientes podridos.

—No creo que estés en posición de amenazar, zorrita — expresa Asthor aproximándose.

Me sujeta por los brazos a pesar de que me resisto, pero uno de los hombres a mi espalda me golpea para que deje de resistirme. Asthor me coloca justo al lado de Vin y con ayuda de otros dos hombres me ata a otra de las columnas de hierro.

—Hijo de puta— mascullo.

Asthor landa una de sus enormes manos contra mi car abofeteándome. Siento el sabor al hierro en el interior de mi boca y lamo las gotas de sangre sobre mis labios.

—No te relajes, pronto regreso— dice y me deja sola con Vin.

—Vin— gruño para que mi amigo despierte del estado inconsciente en el que se encuentra.

Nada, si no fuera por el ligero susurro de su lenta respiración, lo daría por muerto.

—¡Joder, Vin, maldita sea despierta! —grito, zarandeando mis muñecas sin éxito para liberarme.

Siento la piel de mis muñecas rasgándose y el escozor intenso que ignoro, cerrando los ojos con fuerza mientras grito como una loca para que Vin me escuche.

—*Katwoman*, deja de gritar, me vas a reventar el tímpano —la voz de Vin provoca que abra los ojos y lo mire incrédula. Reprimo las lágrimas que se acumulan en las comisuras de mis ojos.

—Estás vivo —susurro.

—Matarme no es fácil, *Katwoman* —bromea con una sonrisa que deforma su rostro hinchado por los golpes.

—Asthor, te torturó y pagará por ello —mascullo apretando las mandíbulas.

—Kat, escúchame bien—. Un repentino ataque de tos lo detiene—. No hagas ninguna tontería, aquí hay mucho más en juego. No solo el idiota de Asthor, la tríada e incluso la bratva se han paseado por aquí en los días que llevo retenido.

Al hacer alusión a los días que lleva cautivo, una daga de culpabilidad presiona mi pecho porque he estado tan enfrascada en mí, en mi padre y en Damyan que no he notado antes su ausencia.

—Te prometo que saldremos de esta, Vin— proclamo con rotundidad.

El chirriar de la puerta de hierro al abrirse es la señal para que nuestros labios se sellen. Mis ojos se clavan en los pies enfundados en unas botas negras, acompañados por el repiqueteo de unos tacones de quince centímetros. Repaso la forma de andar de la mujer vestida de negro que se aproxima a nosotros, escoltada con más de diez hombretones con aspecto aterrador.

—Por fin, nos conocemos —anuncia y, a pesar de su hermoso rostro, la frialdad en sus

facciones me sorprende. Sus ojos grises, tan grises como las brumas, son cualidad inequívoca de que estoy frente a una Sokolov.

—No pensé que mi sola existencia le provocara curiosidad, señora —digo alzando la barbilla de forma altiva.

La mujer me inspecciona con detenimiento.

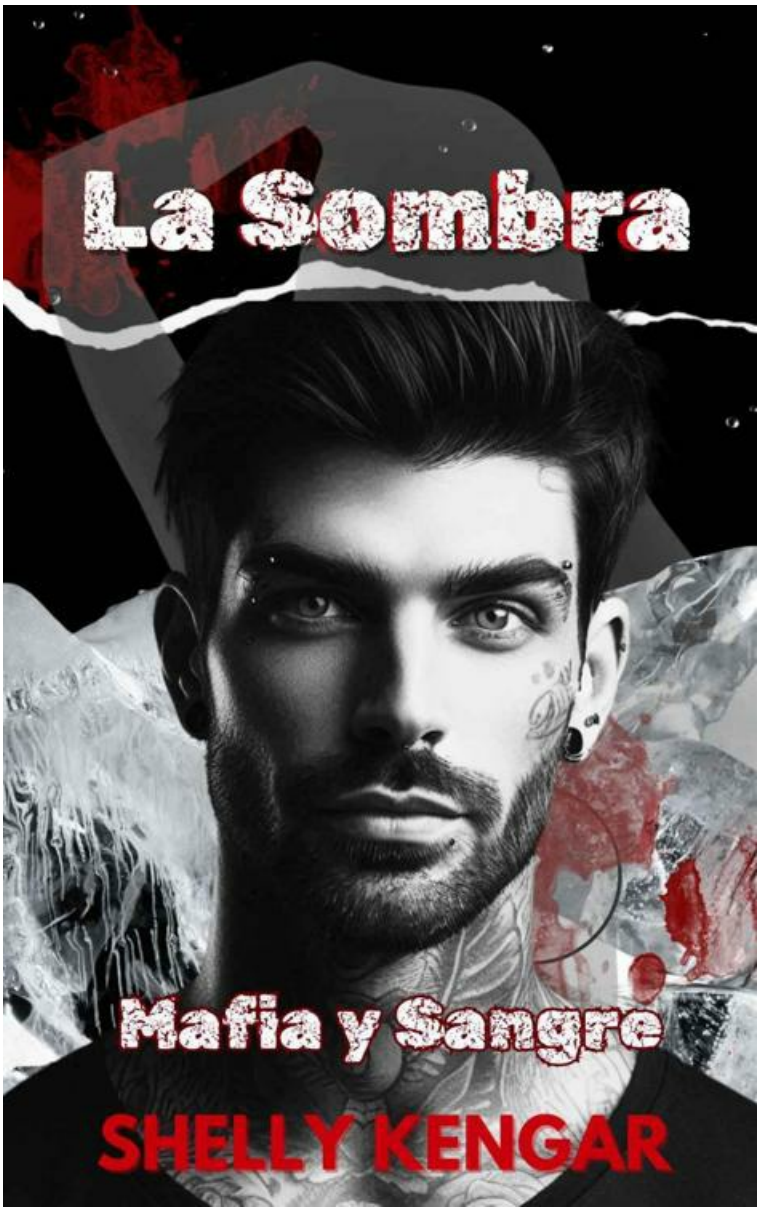
—Tienes sus ojos —sisea—, y su orgullo.

Supongo que se refiere a mi padre.

—Creo que juega con ventaja, sabe quién soy, pero yo no tengo ni idea de su identidad —digo sin dejar amedrentarme por su imponente presencia.

—Katia Rumicova, soy Mariya Sokolova —aclara.

Estoy frente a la princesa de hielo, la nueva pakhan de la bratva, madre de Andrea Rossi. Cierta sensación de admiración crece en mi pecho, aunque se mezcla con la sospecha de que esta mujer no está aquí para ayudarnos, sino al contrario.



Capítulo 57

Narrador Omnisciente

Una de las cualidades que caracterizan a la joven Kayda Tanaka es que es capaz de colarse en cualquier lugar sin ser detectada. Así que después de mandar a la mierda a Rossi y sus indicaciones solo por pura rebeldía y por tocarle los huevos al capo italiano que se cree dios. Hace justamente eso, se introduce en el edificio donde ha desaparecido Katia Rumicova.

En el aparcamiento subterráneo agazapada, entre coches, observa cómo Asthor le da la bienvenida a Kat junto a alguien que ella no esperaba, Alyssa Kan. Una vez desaparecen en ascensor, se quedan la rubia y el miembro traidor de los Maotang hablando.

—Me prometiste que moriría — le reclama Alyssa a Asthor.

—Morirá, tengo las mismas ganas que tú de borrarla del mapa —afirma Asthor —Ahora

regresa el palacete, para que nadie note tu ausencia.

Asthor desaparece en la oscuridad y Alyssa camina deprisa hacia uno de los vehículos aparcados. Pero Kayda la observa como un lince cuando está justo a su altura la tumba, golpeándola con el mango de su Shodai.

El cuerpo inconsciente de Alyssa es arrastrado hacia el maletero de un coche y la joven japonesa lo mete ahí. Al minuto envía la ubicación y una foto de Alyssa a través de su móvil. Una vez Kayda se ha asegurado de que Alyssa de momento no le causará más problemas, avanza decidida, se introduce en el hueco del ascensor con meticulosa precaución dispuesta a dar con la hija del líder de la mafia albana.

No muy lejos de allí, el líder de la tríada grita furioso rompiendo cada cuadro que decoran las paredes de su despacho, incluso el médico que acaba de llegar para atender la herida sangrante de su costado se queda parado igual que una estatua.

—Jim Som Hanw, ha venido el médico. Si consigues calmarte, por favor, podrá coserte antes de que todo el despacho sea un cuadro de Picasso bañado en sangre —observa Nam Min manteniendo la distancia prudencial.

Som alza su mirada y se cruza con la del asustado doctor. Se calma, incorporándose y sus manos se vuelven a colocar a modo de tapón sobre la herida.

—Siéntese, por favor —solicita el médico con temor.

Jim Som Hanw acata la sugerencia del médico, que, como el profesional que es, saca su instrumental para suturar la herida.

—Maldita —gruñe entre dientes el líder de la tríada con el rostro contraído por dolor.

—Te aconsejé que la llevaras directamente al subterráneo, pero como siempre quisiste hacer las cosas a tu manera —critica Nam Min.

—No me juzgues, maldita sea, si no quieres que rebane tu terso cuello —amenaza Jim Som Hanw rojo de furia. ¿Dónde está ahora?

—En el subterráneo, ahora mismo creo que tiene visita. La señora de la bratva solicitó verla —informa Nam Min.

—Mierda, cose rápido. Necesito estar presente o esa maldita loca rusa puede matarla en un segundo —profiere Jim Som Hanw inquieto.

—No se perdería nada con su muerte —expresa Nam Min envalentonado.

—Cállate, o te mato.

Las cosas están demasiado tensas entre el líder y la tríada y su segundo al mando, al parecer su choque de diferencias con respecto a Katia Rumicova ha agrietado la relación de lealtad que se profesaban.

Jim Son Hanw ajeno a lo que se cuece en el exterior de su edificio, se apresura por los pasillos que dan acceso al subterráneo, le acompaña una ligera cojera provocada por la herida recién cosida.

Nam Min lo acompaña como un perro faldero, a pesar de su oposición a las decisiones que su jefe toma cuando la joven hija del líder de la mafia albana entra en la ecuación. Cuando el jefe de la tríada abre la puerta del lugar donde se encuentran los prisioneros, los voyevikis que custodian a la dama de la mafia se giran empuñando sus armas.

—Sokolova, diles a tus secuaces que bajen las armas, están en mi territorio — ordena Jim Som Hanw.

Una de las negras cejas de Mariya se arquea aniquilando al líder de la tríada con su metálica mirada. Segundos después hace un leve gesto para que sus hombres bajen las armas.

—Te veo un poco acelerado, Jim Som Hanw —aprecia Mariya con ironía.

—No quiero que interrogues a la chica sin estar yo presente, te dije que ella solo era un medio para tu fin, nada más, a partir de ahí es mía —comunica con firmeza Jim Son Hanw.

—Veo por dónde van tus intenciones, aunque creo que la joven tendrá algo que decir —provoca Mariya con una sonrisa malvada en sus rojos labios.

—Dejar de hablar, como si fuera una mercancía que no soy— gruñe Katia Rumicova.

—Reconozco que la jovencita tiene agallas, lo que admiro, lástima que por su sangre corra la misma que la del albanés.

A metros de allí, los furgones blindados de la *Societas* hacen su entrada en la parte trasera del edificio. El primero en bajar es ill capo di tutti di capi, Andreas Rossi, que en esta ocasión ha cambiado su traje de diablo de Armani por ropa negra de soldado, tras él los hermanos Sokolov, Fudo Shinoda y, por último, Illya Rumicov con su fiel hombre de confianza. Estos últimos se separan un poco del grupo.

—¿Tienes los resultados? —pregunta en voz baja Illya a Héctor.

—Sí, señor—contesta el hombre sacando un sobre cerrado de uno de sus bolsillos.

—Guárdalo, cuando llegue el momento, si algo me ocurre ahí dentro, lo entregarás a Rossi— ordena Illya con semblante serio.

—¿No quieres saber el resultado? —pregunta Héctor.

—¿Es negativo?

—Depende de lo que entiendas por negativo.

—¿Son hermanos?

Héctor se limita a asentir con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—Me vale, sobre todo si me pasa algo, entrégaselo a ese demonio arrogante.

Ni siquiera en situaciones como la que están a punto de vivir, Illya Rumicov deja al lado su odio insano por Andreas Rossi.

—¿Le ordenaste al hacker que desconectará el sistema de videovigilancia? —pregunta Rossi dirigiéndose a Akim.

—Sí, hecho.

Damyan da un paso adelante preparado para meterse de lleno en el edificio por la parte trasera.

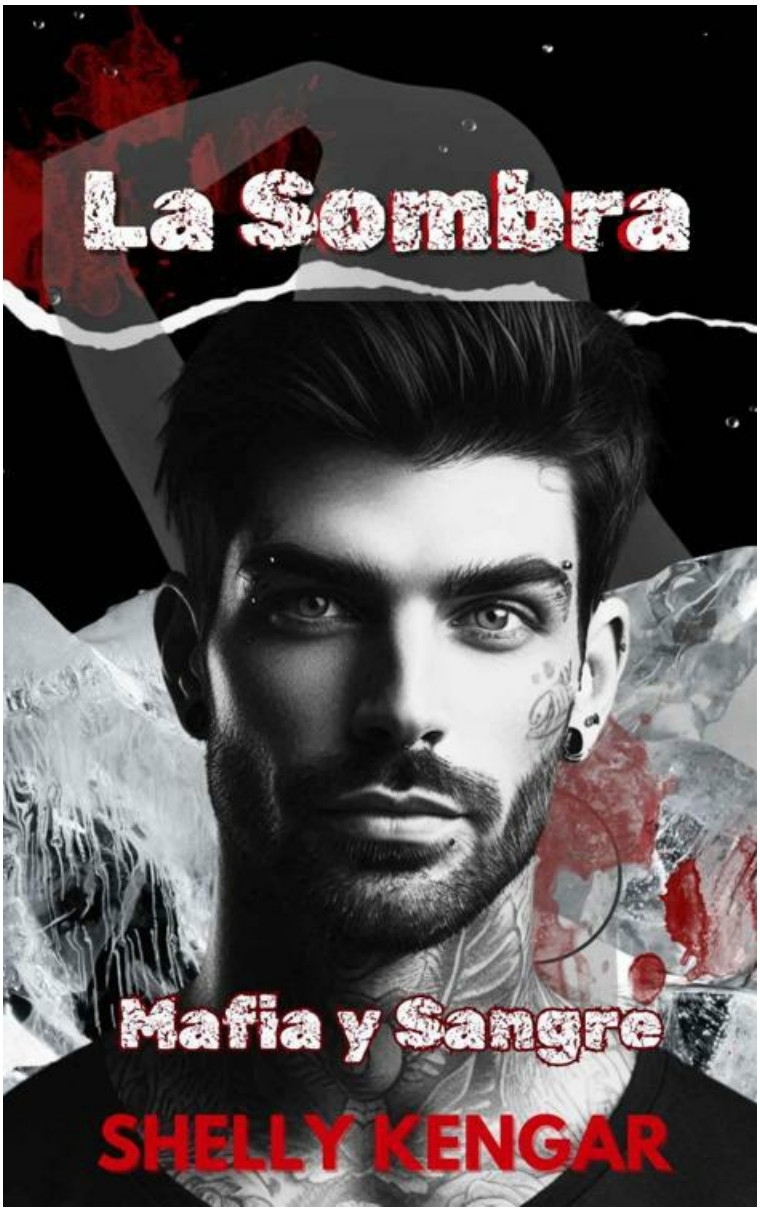
—Damyan, te quiero concentrado, olvídate de lo que está en juego —le aconseja Andreas con mirada crítica.

—De acuerdo —asume Damyan a pesar de que en su semblante se refleja la preocupación extrema.

—¿Sabemos algo de Kayda? —Andreas se dirige a Fudo.

—En posición, aunque avisa que en los conductos de aire acondicionado hay C-4 para volar todo el edificio, de manera controlada con un detonador geolocalizador —comunica Fudo.

—No esperaba menos de esa serpiente escurridiza —profiere con inquina Andreas.



Capítulo 58

Illya Rumicov

Un escalofrío intenso atraviesa mi columna vertebral al cruzar las puertas batientes de la entrada de acceso al edificio empresarial. A su lado, está Héctor y cuatro de sus hombres. Mariya nunca especificó que viniera solo, en las indicaciones que se afanó por darme por teléfono. Por lo que desestimé la acción de presentarme sin mis hombres.

El guardia de seguridad al vernos nos da el alto.

—Señores —saluda—, ¿a quién vienen a ver?

—Tenemos una cita con Mariya Sokolov, soy Illya Rumicov— anuncio, hinchando pecho con orgullo.

La dignidad y el orgullo son dos de las cualidades que me han conducido a este momento. Mi

mente vaga por un pasado, uno que duele demasiado recordar, pero que mi mente evoca más veces de las que quiero. Treinta y cuatro años atrás también me dominaba un orgullo del tamaño de la montaña más alta de los Alpes, y guio mis acciones durante tiempo, un tiempo oscuro y agrio que contribuyó a colocarme en esta guerra personal que Mariya Sokolova y yo mantenemos desde hace años.

El agente enseguida se comunica a través del teléfono con alguien para informar de mi presencia. Segundos después se abren las puertas del ascensor y salen varios hombres orientales armados. Se aproximan y, en silencio, se toman la molestia de desarmarme a mí y a mi equipo de seguridad antes de escoltarnos al ascensor.

Héctor no se separa de mí, aunque varios de mis hombres se quedan fuera del ascensor. Todos no cabemos. La sensación de seguridad poco a poco me abandona, porque que la reina del hielo se haya aliado con la tríada para acabar conmigo es demasiado peligroso.

Salimos en la planta del subterráneo, tal como indicó Kayda Tanaka, este es lugar donde se encuentra Katia. No aparto mi mirada del frente hasta llegar a una enorme puerta metálica que uno de los secuaces abre emitiendo el típico chirrido de unas bisagras que hace mucho que no engrasan.

Atravesamos el umbral y oteo la estancia donde localizo a varios voyevikis, a espaldas de una mujer vestida de negro.

Reconocería esas curvas en el mismísimo infierno.

Experimento la sensación de un golpe seco en mi pecho al toparme cara a cara con la mujer que en este mismo momento se gira con elegancia. Nuestros ojos se cruzan y un azote de ira y deseo me sobreviene.

«Mariya Sokolova siempre será mi condena al infierno, está tan metida bajo mi piel que jamás lograré superarla».

Al otro lado de la reina del hielo, dos orientales y frente a ellos, atados a dos vigas de hierro, el joven Vin y mi legado, mi hija, la cual no pierde detalle de mi reacción.

—Bienvenido, Rumicov— se jacta exhibiendo esa sonrisa maléfica que provoca mis instintos de inclinarla sobre cualquier superficie y ponerle el culo rojo mientras la empalo con mi polla, recordándole lo alto que es capaz de gemir mientras la ensarto. Sacudo levemente la cabeza para deshacerme de las imágenes que han inundado mi cerebro.

—Al grano, Mariya. Ya estoy aquí, así que suelta a mi hija y al muchacho —exijo con valentía.

El brillo maquiavélico en sus ojos grises, los mismos que se hunden en mi alma igual que afilados puñales, me indica que no será tan fácil.

—No te equivoques, Rumicov. Tu presencia aquí no es para negociar. —La voz del tipo oriental capta mi atención y arqueo mis cejas aniquilándolo con mi mirada.

—¿Y tú eres?

El joven saca pecho y tuerce su boca en una torcida sonrisa que no augura nada bueno.

Estoy preparado para un enfrentamiento con Mariya, incluso ansioso por comenzar, pero cuando este idiota entra en la ecuación, dudo de mi capacidad para mantener el control.

— Jim Som Hanw, líder de la tríada —profiere con arrogancia extrema.

— Hombre, al fin, das la cara, después de permanecer oculto durante meses —provoco apuntando a su ego.

Frunce sus cejas oscuras y aprieta los labios ante la provocación.

—Te veo demasiado seguro, Rumicov, lástima que en breve vas a morir —amenaza con ira.

—Eso lo decidiré yo—interrumpe Mariya.

—Con él puedes hacer lo que quieras, pero Katia es mía —reprende Jim Som Hanw.

Escuchar a esa rata asquerosa, “proclamar” que mi legado es suyo, pone a hervir la sangre de mis venas.

—¡Ni lo sueñes, maldito! —mascullo entre dientes.

—Rumicov, me sorprendió que tuvieras una hija, la has ocultado muy bien —dice Mariya recortando la distancia que nos separa.

En sus pupilas veo el brillo de la maldad, fruto del odio concentrado durante años, de la amargura que te pudre el alma y suspiro de forma involuntaria, porque yo mismo soy uno de los responsables de esa oscuridad que año a año se ha ido apoderando de Mariya Sokolova.

—No somos amigos, Mariya, así que disculpa que no levantara el teléfono para darte la feliz noticia de que había sido padre —Me jacto con un tono exageradamente sarcástico, intensificando su ira.

—¿Y su madre? ¿Aún te aguanta? —Estamos cerca, demasiado para mi tranquilidad, porque su aroma a flores silvestres se cuela por mi nariz haciendo estragos en mi puto control.

—Por supuesto, sigo siendo un buen partido —ironizo y acompaño mis palabras dando un paso atrás, no porque me amedrente ante la reina de hielo, sino para deshacerme de su intenso perfume, el mismo que desencadena recuerdos qué deseo enterrar.

El cuerpo de Mariya se tensa ante mi afirmación y percibo el acelerado palpito en su terso cuello.

—Illya, no creo que sea buena idea cabrearla— susurra Héctor a mi lado.

—Deberías hacerle caso a tu fiel perrito faldero, Rumicov —corrobora Mariya.

Odio que utilice mi apellido para dirigirse a mí, porque no somos extraños a pesar de que nuestra historia es tortuosa, digna de una de las tragedias shakespearianas. Un leve movimiento atrapa mi atención desviando mis ojos de Mariya para fijarme en cómo Kayda Tanaka ha surgido como el humo de la nada, aprovechando que todos están centrados en Mariya y en mí y ha liberado a mi hija, y ahora lo intenta con Vin. Pero el muchacho apenas se puede poner en pie.

El leve error de fijar mis ojos en la escena alerta a Jim Som y se gira para descubrir a Kayda.

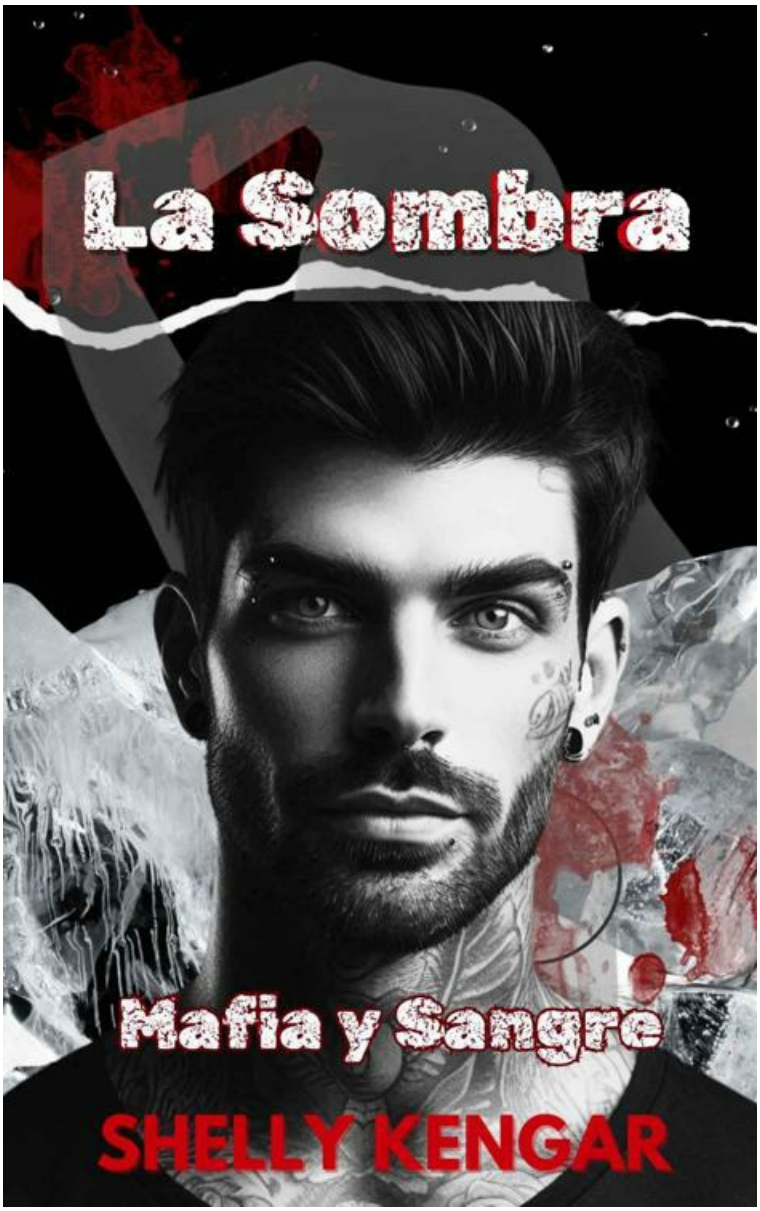
—Mierda, Nan, avisa a los hombres, que tenemos una maldita intrusa — grita corriendo hacia Kayda.

Mi impulso provoca que, de un paso adelante, otro de los errores que sumo a esta nefasta noche. Me detengo, quedándome estático ante la mirada escéptica de Héctor al ver cómo Mariya ha colocado el filo de su cuchillo en mi cuello.

—Muévete y morirás más pronto de lo que tengo pensado— amenaza.

Por el rabillo del ojo detecto cómo Héctor tiene la intención de intervenir y le dedico una mirada reprobatoria.

Mi fiel amigo entiende y desaparece para enfrentarse a quien sea con tal de mantener a salvo a Katia. Ella es la que importa ahora mismo, nadie más.



Capítulo 59

Damyan

A la mierda, eso debería decirle a Andreas y entrar como un loco al edificio para sacar a mi hechicera de este, arrancándola de las garras de la tríada.

Por el bien común, espero que no le hayan tocado ni uno de sus hermosos mechones. Avanzamos por la parte trasera del edificio, tal como nos ha indicado Kayda Tanaka. Por suerte, camino flanqueado por mi primo y mi hermano, si no quizás, solo quizás hubieran echado a correr como un desquiciado. Nos encontramos en el subterráneo, de momento no hay ni rastro de los hombres ni de la bratva ni de la tríada, hasta que nuestros cuerpos voltean una esquina y diviso Asthor.

El ex miembro de lo Maotang abre los ojos de par en par al son de que abre su boca para dar la

voz de alarma. Sin embargo, el hacha de mi hermano lo alcanza antes de que su boca logre emitir ningún sonido. La hoja metálica se clava en mitad de su frente y su cuerpo cae inerte de espalda. Uno de nuestros hombres retira el cadáver de Asthor y continuamos hacia delante sin mirar a atrás.

Me jode, porque le tenía demasiadas ganas al capullo de Asthor y me hubiera gustado proporcionarle una muerte lenta y dolorosa; sin embargo, como viene siendo habitual, Akim se ha adelantado.

Alcanzamos una esquina y, por las indicaciones que nos da Fudo al otro lado está la puerta metálica que da acceso a donde retienen a Kat. Estar tan cerca no tranquiliza a mi alocado corazón.

Percibo el temblor en la mano que empuña mi arma.

Akim revisa y con los dedos de sus manos nos indica que hay cuatro hombres apostados en la puerta.

Luca saca una bomba de humo y la coloca con suavidad en el suelo para empujarla y ruede pasillo abajo. Cinco segundos después, el pasillo es una densa cortina de humo blanco, nos colocamos las máscaras anti-gas y avanzamos.

Andreas y Akim se encargan de los hombres para poder dejar vía libre en la puerta.

—A la de tres —profiere Andreas colocándose frente a la entrada.

Todos empuñamos nuestras armas esperando la señal para invadir la estancia donde están los prisioneros.

Entramos como un vendaval, nos deshacemos de las máscaras.

En el centro de la sala, Marita Sokolov amenaza a Rumicov con un cuchillo sobre su garganta. Los voyevikis que están a su alrededor nos miran de manera amenazante apuntándonos nos con sus pistolas; sin embargo, no disparan.

Al fondo se desarrolla la pelea que me interesa. Kayda y Héctor luchan contra cinco hombres mientras Kat permanece en el suelo de rodilla.

«Mierda», sisea en mi mente.

Fudo no se lo piensa y avanza hacia donde está su mujer con su catana empuñada en una de sus manos; yo decido imitarlo. Cuando estamos cerca. El hombre que pelea como Kayda se gira hacia nosotros y mis ojos se cruzan con los suyos.

—¡Maldito hijo de puta! —proclamo al ver qué se trata del idiota de guardaespaldas del difunto Ferguson

Som, creo que se llamaba.

—Sokolov, bienvenido a la fiesta —sonríe con malicia.

— Grandísimo hijo de puta — grito eliminando a zancadas la distancia que nos separa. El maldito aprovecha la distracción creada por él mismo para golpear a Kayda en el estómago y agarra a Kat de cabello, obligándola a ponerse de pie.

—Suéltame, rata traicionera— se queja Kat.

Mis ojos de forma involuntaria revisan cada parte de su cuerpo para descartar heridas graves. Para mi desgracia, memorizo cada rasguño que tiene y me prometo a mí mismo que pagarán más tarde por cada una de las heridas.

Som coloca el cañón de su arma en la sien de Kat y todos los presentes parecen paralizarse.

—¡Joder! —grito en mi mente.

Absorto en la horrible escena de ver a Kat amenazada por el capullo de Son ni siquiera veo cuando mi hermano se coloca a mi lado. Tan solo siento su enorme mano apoyada en mi hombro, como señal de apoyo. Un por primera vez en mucho tiempo siento ese vínculo que

durante años nos ha unido y que le odio y el rencor disipó.

—Ni un paso más o le meto un tiro en la cabeza —amenaza con los ojos entornados.

Reconozco que este tipo ha jugado, con nosotros, paseándose con arrogancia entre nuestras filas, sin que nadie sospechara. En el fondo admiro su frialdad e inteligencia, pero en este mismo momento ha firmado su sentencia. Por nada del mundo voy a perdonar que amenace la vida de mi hechicera.

Para matar monstruos debes estar habituado a la oscuridad y todos los presentes hemos lidiado con la maldad; forma parte de nuestro día a día.

Por el rabillo del ojo observo cómo Mariya Sokolova ordena a sus voyevikis que sujeten al Illya. Él intenta resistirse, ante la escena que vemos, pero son mayoría en su contra.

Mis tripas se retuercen y mis músculos se tensan; sin embargo, el miedo no tiene lugar, así que valoro rápido, porque sé que mi próximo paso será decisivo para salvar a Kat.

—Som, suéltala —ordeno y mi voz resuena en la estancia de manera tétrica.

—No recibo órdenes, ni de tu maldito perro, ni de nadie. Aún no entiendes que soy un líder, no un pelele —grita Som con tono ocioso, aunque sus orbes negros reflejan la furia líquida que lo consumen.

—Si la matas, morirás igualmente — afirmo.

Su sonrisa maléfica hiela mi alma, tiene un plan, lo siento, lo percibo. Mis ojos se desvían a mi primo y este me mira y en sus puedo ver lo mismo que yo estoy pensando.

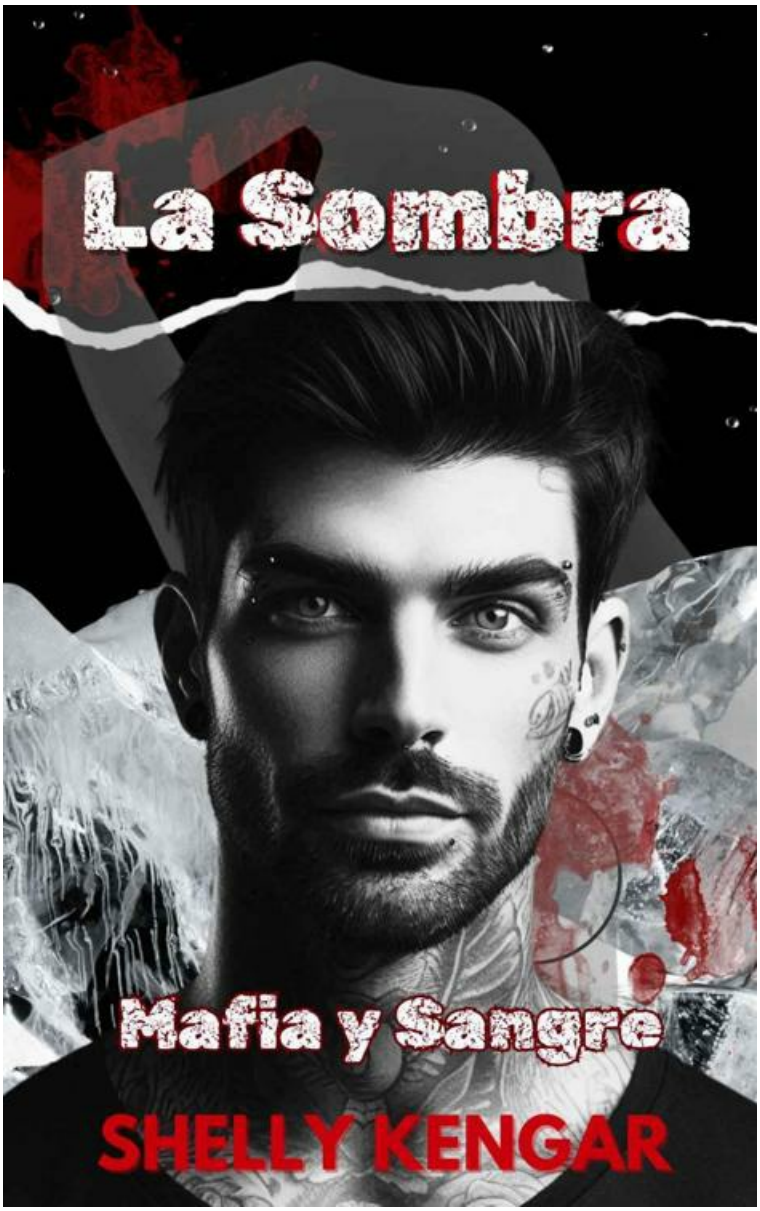
El pálpito frenético de mi corazón retumba en mis oídos igual que un jodido tambor…

Pum, pum, pum

Seguido del tic tac de un reloj que resuena en el interior de mi cerebro.

Valoro un disparo certero entre las cejas de Som, cuento con una excelente puntería, pero sospecho que el líder de la tríada es rápido en reflejos. Tan solo la acción de levantar mi brazo para apuntar le otorgaría tiempo suficiente para apretar el gatillo y volarle los sesos a Kat.

No puedo arriesgarme a perderla…



Capítulo 60

Kat

Som me clava el cañón de la pistola en mi sien, el muy cabrón me utiliza como escudo para detener a los miembros de la mafia que se detienen igual que estatuas ante la escena. Desvío mis ojos hacia mi padre y mi pecho se oprime al ver, cómo es reducido por los voyevikis de la zorra vengativa de Mariya Sokolova.

Es extraño, pero no tengo miedo de morir. Ahora mismo lo que atenaza mi alma es que mi padre pueda resultar herido y que Damyan haga alguna locura. Sus ojos inyectados en ira y su mandíbula apretada indican que su control está sometido a pequeños resquicios de retención.

—Morirás— susurro para que solo Som pueda oírme.

Los músculos de sus pectorales se tensan y un escalofrío recorre mi espalda como una espada.

Aprovecho su contrariedad para deslizar con disimulo mi mano y alcanzar la vaina donde guardo una de mis dagas ocultas.

—Antes morirás tú, flor de loto. Debiste elegirme cuando aún tenías oportunidad —reprocha y el desprecio marca el tono de cada una de sus palabras.

Pasa un segundo y luego otro. Mi piel hormiguea ante la energía malévola que se va apoderando de mí ante la anticipación. Necesito el momento perfecto para atacar y salir victoriosa. Por suerte, Som es un hombre, como muchos, que siempre me han subestimado.

Que me subestimen es mi ventaja y estoy acostumbrada a aprovecharla.

—¿Elegirte a ti? Antes muerta —mi proclamación provoca que su enfado alcance medidas estratosféricas.

Su cuerpo se tensa, aunque por suerte el agarre del cañón que presiona mi sien titubea por un segundo. Tiempo que aprovecho para lanzar mi codo izquierdo con fuerza, clavándolo entre sus costillas. El gruñido resuena en toda la estancia y no pierdo tiempo, lanzo el puñal que sujeto con mi mano izquierda y lo hundo en lado contrario, presionando hasta el fondo. Aprovecho que su cuerpo se tambalea para salir disparada y mi cuerpo se estrella contra el de Damyan.

Desconozco el momento en el que ha salido disparado a mi encuentro; sin embargo, por un breve espacio de tiempo me regodeo en la seguridad que me transmiten sus brazos alrededor de mi cuerpo.

Los gritos y maldiciones de Som no cesan. Me separo con un bote de Damyan recordando que Nam Min hace demasiado rato que no lo veo. Observo cómo Héctor ha liquidado a varios hombres de la tríada, mientras que Kayda tiene a salvo con ella a Vin.

—Damyan, busca a Nam Min, el segundo de Som— le susurro.

Dirijo mi mirada hacia mi padre, que sigue cautivo por los voyevikis de la bratva.

—Suéltalo— ordeno caminando con decisión hacia Mariya.

Damyan da un paso hacia mí para detenerme, pero mi mirada aniquiladora lo detiene.

—Reconozco que me has sorprendido, niña —anuncia sonriente—. Eres digna hija de tu padre, por mucho que me pese.

—No lo repetiré —advierto.

Por el rabillo del ojo veo cómo Andreas se coloca a mi izquierda, acto que me sorprende

—¿Qué harás? Ni siquiera tienes un arma— se jacta la mujer.

El odio intenso crece en mi alma anudando mi estómago. Saco una de mis dagas aún ocultas en mi pantalón y alzo mi brazo apuntando.

— Subestimarme siempre es un error.

Experimento el ardor de la mirada de Andreas que está a mi lado, ahora me pregunto si realmente es como símbolo de apoyo o para que no lastime a la loca de su madre.

Evito desviar mis ojos a mi padre. Porque estoy convencida que verlo me restará el valor que necesito para acabar con la maldita de Mariya Sokolova.

El denso silencio nos envuelve y hago acopio de todo le control que me queda en mi cuerpo, sin titubear, lanzo mi puñal con velocidad apuntando directamente al pecho de la mujer que aún mantiene su mirada de suficiencia. Mis ojos recorren hipnotizados la trayectoria de mi arma hacia el pecho de Mariya, pero en el último momento un fuerte y ancho pecho se interpone y la hoja afilada se clava en el corazón de mí… padre. El grito desgarrado emerge de mi garganta, amenazando con reventar mis propios tímpanos, mientras caigo de rodillas al suelo.

Para sorpresa, Mariya también grita al unísono, sujetando el cuerpo de mi padre con dificultad.

Damyan y Héctor llegan hasta mí en el preciso momento en el que un estruendo intenso parecido a una explosión estalla y las luces tintinean dejándonos en la oscuridad.

—Rossi o salimos o estamos muertos —escucho que alguien dice, pero en el estado en el que me encuentro, ni siquiera soy capaz de identificar la voz. Literalmente, Damyan me carga entre sus brazos y echa a andar con rapidez.

Todo lo que sucede a continuación está demasiado borroso en mi mente, porque lo único en lo que puedo pensar es que acabo de matar a mi padre y mi alma se ha roto en pedazos. A pesar de que ha sido un padre ejemplar, de que jamás mostró su amor hacia su única hija, de que me blindé engañándome a mí misma jurando que lo odiaba. Sin embargo, el dolor que siento indica todo lo contrario.

Me estremezco y me incorporo abriendo los ojos, despertando de mi propia pesadilla, sin apenas darme cuenta de que me había dormido. Reviso la habitación en la que me encuentro y reconozco los muebles oscuros del dormitorio de Damyan.

Frente a mí, sentado en un sillón, Héctor permanece cabizbajo, pasando sus manos por su cabello plateado. De pronto las imágenes de lo ocurrido bombardean mi cabeza, como si esta fuese Pearl Harbor. Trago grueso, intentando pasar el repentino nudo que ha estrechado mi garganta ante los recuerdos.

— Héctor—Mi voz es un susurro y las lágrimas se acumulan en las comisuras de mis ojos.

El número dos de mi padre eleva sus ojos y se hunden en mí, cargados de preocupación, aunque también vislumbro cariño. Sin embargo, el peso de la culpa y el dolor no se atenúan.

Héctor se pone en pie y se aproxima al lado de mi cama, bueno, la mía no, la de Damyan.

—Katia. ¿Cómo te encuentras? —pregunta sentándose a mi lado.

Su semblante refleja cariño, a pesar de mi escrutinio por detectar, ira, crítica.

— Héctor, yo… — Las palabras se mantienen atrancadas en mis cuerdas vocales, y mi pecho se oprime.

— Katia, verás, debes ser fuerte, sé que lo eres, pero ahora más — anuncia acariciando una de mis manos con la suya.

—Él está… muerto—. No es necesario que diga su nombre, además, me veo incapaz de pronunciarlo.

La cabeza de Héctor se inclina.

—Yo no quería matarlo —proclamo y mis lágrimas empiezan a rodar sin barrera por mis mejillas.

—Niña, lo sé, además él también lo sabía. Illya te quería a pesar de que te mostró poca atención, pero esa es otra historia. Hasta el último momento, lo que más le preocupaba era tu bienestar. Así que ahora harás honor a la sangre que corre por tus venas, haciéndote cargo del puesto que ha dejado tu padre; es tuyo por derecho. Vin está en Tirana recuperándose de su herida, pero tiene instrucciones de acompañarte en tu liderazgo —explica.

Es demasiada información para que mi embotado cerebro lo asimile. Pestañeo, desconcertada.

—Aun así, yo…

—Nada, debes liderar la mafia albanesa, ese era el expreso deseo de tu padre —asevera con rostro serio.

—¿Y tú? — pregunto.

—Yo aún tengo cosas que hacer cuando haya solucionado unos temas, te acompañaré en tu mandato - informa con rectitud.

—Pero… la tríada, y esa maldita mujer, todos los que contribuyeron a colocarnos en esta situación, pagarán —siseo entre dientes.

Mi proclamación es fruto de mi llanto entremezclado, con el odio y la furia que también se han alzado en mi interior.

—Katia— Héctor menea la cabeza —, no es tiempo de venganza, debes trabajar como miembro de la Societas, y entre todos eliminar las amenazadas —comunica Héctor.

—Pero por culpa de esa mujer, Mariya Sokolova, mi padre está muerto —al final consigo decirlo en voz alta.

—Niña, deja a Mariya a un lado, ellos tenían una historia —La información de Héctor me pilla desprevenida.

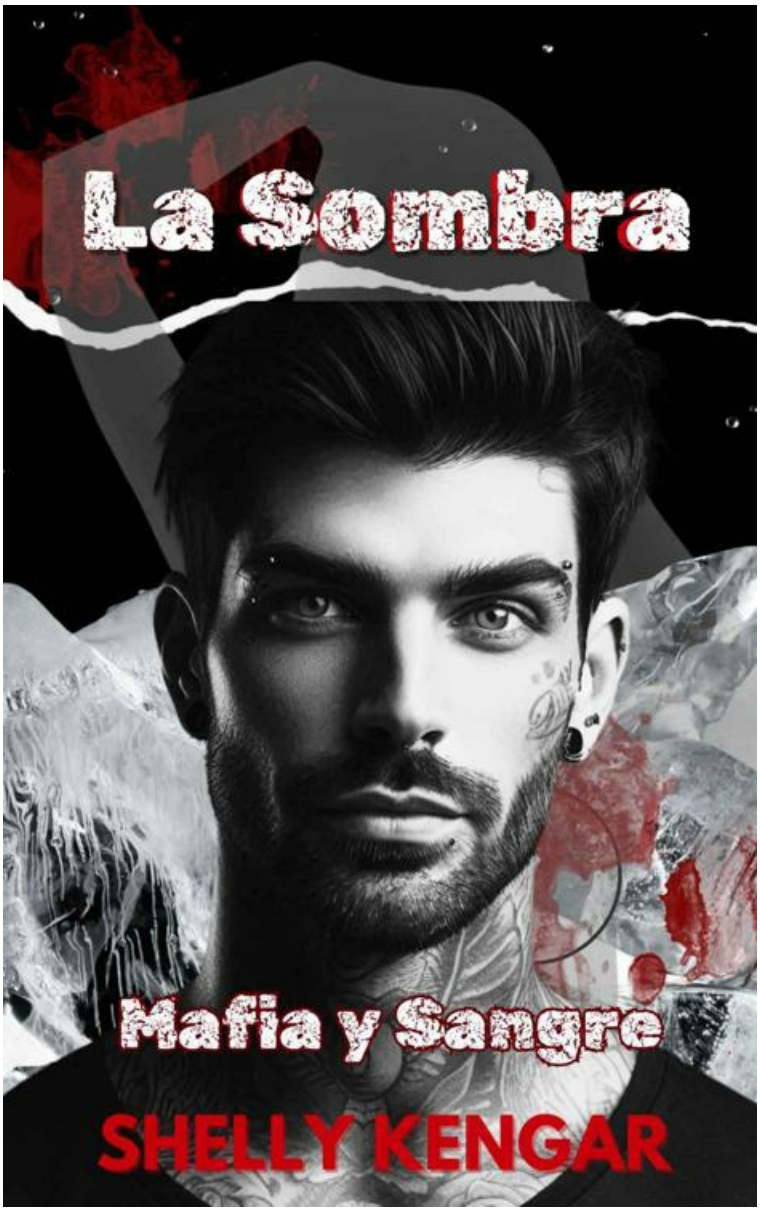
—¿Cómo?

—Bueno, no soy yo quien te lo tenga que explicar y ahora no puedo. Necesito ponerme en marcha sin perder mucho más tiempo —anuncia, poniéndose en pie, dispuesto a dejarme.

— Héctor, yo… no creo que sea capaz— confieso apenada.

—Lo eres, niña, naciste para ser una líder.

Dicho esto, abandona el dormitorio, dejándome sumida en mil pensamientos.



Capítulo 61

Narrador Omnisciente

—Cálmate, Damyan—. La voz gruesa y firme de Akim resuena en el despacho, donde varios de los miembros de la *Societas* permanecen reunidos.

Damyan Sokolov revela sin contención su enfado.

—No debemos dejar las cosas así, ahora mismo ese cabronazo puede estar vivito y coleando —reprocha el pequeño de los Sokolov.

—No seas imprudente, Damyan, ahora mismo estarías bajo los escombros del edificio si hubiésemos tardado más en salir— aborda el Lobo, dedicándole una mirada reprobatoria a Damyan.

Andreas mantiene su pose firme como cerebro de la organización.

—Sabíamos que había explosivos, por lo que no nos pilló por sorpresa. Además, tengo a la mitad de nuestros hombres buscando cualquier rastro de Som o Nam Mim —comunica Andreas.

—¿Y Mariya? —interroga Damyan provocando que un palpitar acelerado se perciba en la sien de su primo —¿Qué hacemos con la loca de tu madre?

Andreas se pone en pie, despacio, con un movimiento calculado como un jaguar que examina a su presa.

La habilidad de Andreas Rossi es intimidar y asustar, aunque no funciona con ninguno de sus primos. Los hermanos Sokolov llevan la temeridad corriendo por sus venas de sangre sádica y rusa, como para amedrentarse ante el rey malvado que supone el gran capo.

—Mi madre no es un asunto que esté sobre la mesa— gruñe Andreas utilizando un tono gélido que pondría a cualquiera a temblar.

Damyan frunce el ceño y aprieta los puños.

—¿Y ahora cuál es el siguiente paso? —interrumpe el jefe de la yakuza, Fudo Shinoda hasta ahora ha permanecido al margen observando en silencio.

—No queda mucho más que hacer en Varsovia, regresaremos cada uno a su zona y trazaremos un nuevo plan para reducir a la tríada a cenizas —comunica Andreas.

—El palacete se cerrará a cal y canto, Damyan —informa Akim mirando directamente a su hermano.

Fudo tamborilea sus dedos, sobre el escritorio, mientras con la otra mano balancea el vaso de *whisky* que sujeta.

—Vigilar a la nueva Reina de la bratva es primordial. Andreas, dejar a Mariya campar libre sin restricción, puede ser peligroso —advierte Fudo con la pasmosa calma que siempre lo acompaña.

—Lo sé, pero ya lo he dicho, Mariya es asunto mío —se repite Andreas.

—Asunto tuyo, pero es la principal instigadora de lo que ha sucedido. Por ella nos encontramos en esta maldita tesitura —ataca Damyan embravecido, enfrentándose abiertamente al demonio letal que supone su primo, Andreas Rossi.

En silencio se instala en la estancia, igual que el suave traqueteo del viento en las ramas de los árboles antesala de la tormenta. Por suerte, dos fuertes golpes en la puerta interrumpen la tensión del ambiente y todos dirigen su atención hacia esta.

—Adelante— invita Andreas.

La puerta se abre para dar paso al segundo del difunto líder de la mafia albana, Héctor.

—Rossi, necesito hablar contigo, en privado— solicita el hombre con pelo canoso y mirada insondable.

Andreas se toma su tiempo para contestar alargando el tenso silencio.

—Déjennos solos —ordena el capo con el ceño fruncido y la frialdad cubriendo su semblante.

El resto de los hombres no discute, tan solo se limitan a abandonar el despacho cerrando la puerta a su espalda. Héctor da dos pasos y tira sobre el escritorio un sobre blanco ante la ceja arqueada de Andreas Rossi.

—¿Qué se supone que es esto? —interroga el capo con tono aburrido.

— Ábrelo, no es ninguna bomba real, aunque no puedo asegurar que lo que hay en su interior no te resulte explosivo —comunica Héctor encogiéndose de hombros.

Andreas agarra el sobre y lo abre con un afilado abrecartas, sacando la hoja que guarda en su interior. Héctor no pierde atención mientras el demonio italiano lee el contenido.

— Una prueba de ADN, interesante, ahora debería denunciarte por robar muestras de mi ADN sin consentimiento— expresa Rossi fulminando con sus ojos grises a Héctor.

—Denúnciame —insta el hombre—, pero es la única prueba que hubieras aceptado. Illya me indicó expresamente que te la entregara si le pasaba algo.

—Según esto, Katia Rumicova es mi hermana, interesante —proclama Andreas sin rastros de emoción—. Supongo que esto significa que mi madre e Illya tuvieron una historia.

—Sí, pero no soy yo quien va a explicártela. Necesito que protejas a Katia. Ella es la sucesora de Illya y ya le he comunicado que se pondrá al frente de nuestra organización. Yo estaré ausente durante un tiempo, por lo que necesitará todo el apoyo necesario —explica Héctor.

Los labios de Andreas se curvan en una oscura y peligrosa sonrisa sin soltar el papel entre sus dedos.

—¿Y si te digo qué paso de esta mierda que me quieres endosar? —La barbilla de Andreas se eleva de forma desafiante.

—Dejemos algo claro Rossi, no soy rival para ti, pero si algo le sucede a Katia escóndete en el lugar más recóndito porque te encontraré y te arrancaré la piel— Héctor gruñe amenazando al capo sin rastro de titubeo a pesar de conocer que Andreas Rossi es el hombre más peligroso que camina sobre la tierra.

La sonrisa torcida, y los ojos grises cargados de maldad provocan que Héctor pestañee desconcertado.

—Tranquilo, hombre, Katia Romicov estará bajo mi protección desde este momento — anuncia Andreas.

Héctor asiente y su semblante se cubre de un halo de tranquilidad.

El segundo al mando de Illya Rumicov abandona el despacho cruzándose en la entrada con la princesa de la bratva, Lera Morotova, actual pareja del capo italiano.

—Héctor —saluda la joven—, siento mucho lo de Rumicov.

—Gracias —se limita a contestar el hombre sin entretenerse mucho.

Cuando Lera entra al despacho, lo primero que ve es la espalda de Andreas, el cual permanece del pie de espalda a ella, observando ensimismado a través del ventanal.

— Pareces concentrado — observa a la mujer acercándose a su pareja por detrás, rodeando su espalda, con sus brazos.

—Los problemas crecen a cada segundo, ninfa — susurra Andreas tomando una bocanada de aire, hinchando su pecho.

—Esos problemas tienen un desencadenante, amor. Tu madre sigue creando el caos a cada paso — proclama con odio Lera.

—Lera— el tono de Andreas es de reprimenda.

La mujer se separa bruscamente.

— Andreas, por favor, acepta que Mariya se ha vuelto demasiado inestable. Desde que mató a Kostya y después a Pavel, y ahora ha provocado la muerte de Illya Rumicov —gruñe Lera lazando los brazos, enfadada.

—Ninfa, detente. Mariya no mató a Pavel, y tampoco ha matado a Illya, así que no sigas por ahí. Reconozco que mi madre puede estar atravesando una puta crisis —ruge Andreas furioso ante las acusaciones de Lera.

—Maldita sea, Andreas, no clavó el puñal a Illya, pero provocó su muerte— aclara Lera frunciendo sus cejas.

—Katia Rumicova lanzó el cuchillo, a pesar de que ese cuchillo iba directo al corazón de mi madre e Illya se interpuso en la trayectoria —explica Andreas y sonríe ante la cara de asombro de su mujer.

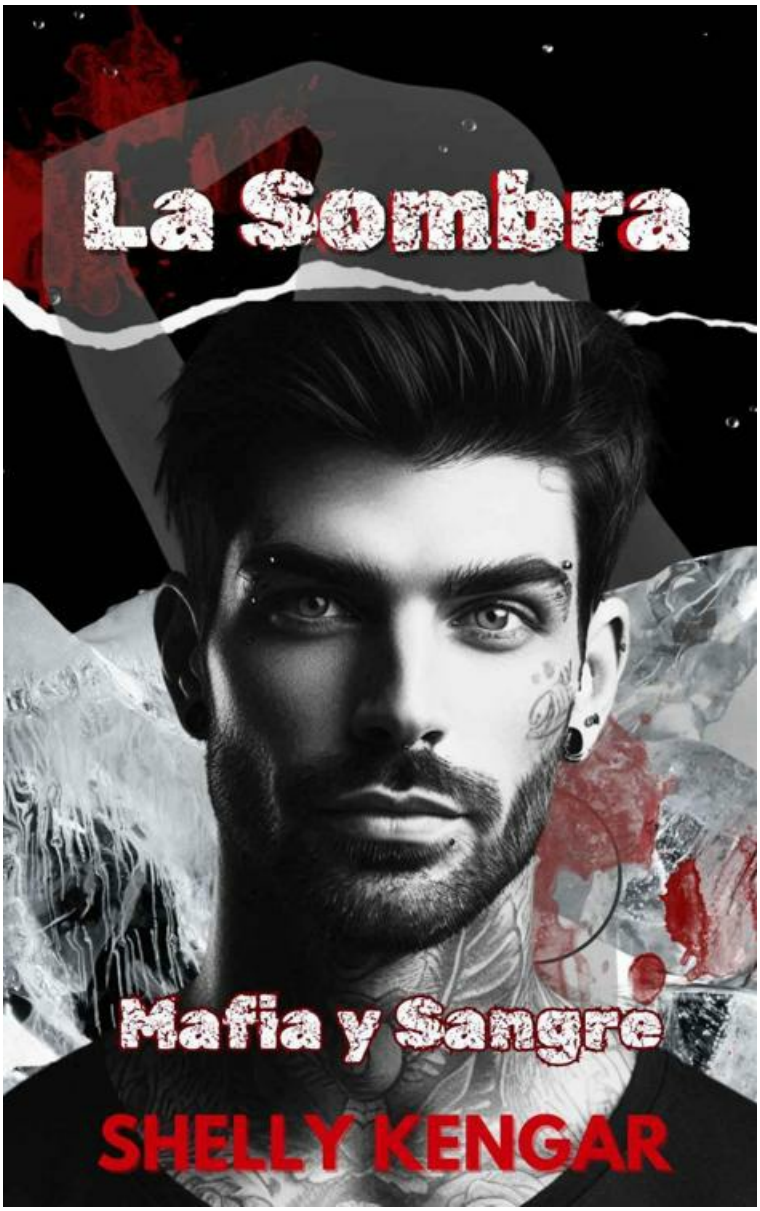
—¿Él la salvó? —pregunta incrédula

—Exacto.

—¿Por qué?

—Porque esos dos tienen una historia que desconozco, pero supongo que algún día averiguaré.

El misterio se respira en el ambiente ante las revelaciones de Andreas a su compañera. Sin embargo, el capo calla demasiada información, de momento.



Capítulo 62

Kat

No se supone que tenga que hacer esto; sin embargo, aquí me encuentro bajando las escaleras en dirección a mi antiguo dormitorio. Tragándome el nudo de congoja que amenaza con asfixiarme. En realidad, en este momento debería estar aguantando la bronca monumental de mi padre por infiltrarme en los Maotang, pero él ya no está.

Pensar en mi padre engorda el nudo que sigue atorado en mi garganta. Ensimismada en mis elucubraciones y concentrada en no dejarme llevar por la pena intensa que amenaza con arrasar mi maltrecha alma, no lo veo venir.

—Kat— La voz suave del comandante Kai Kan detiene mis pies en el suelo.

Elevo la mirada y lo apuñalo con los ojos entornados.

No olvido que su hermana, la zorra de Alyssa, contribuyó a desencadenar todo lo que ha sucedido.

—Me gustaría pedirte disculpas, por el comportamiento de Alyssa — expresa y en su rostro se muestra claramente la pena.

—¿Dónde está ella? —interrogo y la furia se percibe en mi tono osco.

—Kat, mi hermana se ha equivocado, entiendo tu rencor, pero no puedo renegar de mi propia sangre —se justifica Kai meneando la cabeza.

—Tu hermana no se equivocó, simplemente eligió la traición —gruño apretando los puños a ambos costados.

—El desamor es un mal consejero, no pido que la entiendas, tan solo quería disculparme en su nombre —insiste el comandante.

No tengo nada en contra de Kai, siempre ha sido amable conmigo, pero odio a su hermana con todas mis fuerzas, por zorra, por traidora, por llevarme a la cueva del lobo y entregarme a los demonios.

—El amor no justifica sus hechos, así que, si no es para decirme que pagó con sangre su traición, no necesito escuchar nada — mis palabras son duras, demasiado incluso, pero expreso lo que siento.

Kai inclina la cabeza con suavidad y se retira sin más.

Continuo mi trayectoria sin mirar atrás, no hay espacio para más remordimientos en mi consciencia, así que camino con decisión y paso firme. Rodeo el pomo de la puerta con una de mis manos para acceder a mi antigua habitación.

—Escabulléndote, hechicera—. Cada pelo de mi cuerpo se eriza ante, la voz, esa que calienta y estremece cada fibra de mi cuerpo.

Mi giro lentamente, cogiendo una bocanada de aire en el proceso y mirar de frente a mi mantra, al hombre que se ha metido bajo mi piel, al que mi corazón adora sin condición.

—Damyan— susurro y bajo la mirada, incapaz de mantenerla anclada a sus ojos grises.

Damyan da un paso al frente pegando su cuerpo al mío y yo retrocedo y mi espalda se pega a la puerta.

—Fierecilla, ¿qué crees que estás haciendo? —pregunta arqueando una de sus delineadas cejas.

Tener un rostro como el de Damyan Sokolov debería estar prohibido, porque su atractivo te embelesa, convirtiéndote en una tonta embobada.

—Damyan, me marcho —abordo al fin—regreso a Tirana.

—Fierecilla, creo que necesito recordarte algo —expresa colocando una de sus manos alrededor de mi garganta.

Un calor intenso sube por mis pies, caldeando cada célula de mi cuerpo. La sensación del fuego crepitar entre nuestros cuerpos es habitual cada vez que Damyan y yo estamos cerca. Es la ley de la atracción extrema que te atraviesa como un rayo.

—Damyan, asúmelo, no puede ser. Ahora todo ha cambiado, necesito regresar a mi país, ponerme al frente de la organización de mi padre y dar caza a la maldita zorra Sokolova para vengarme — pronuncio intentando centrar mi atención en lo que debo decir sin sucumbir al encanto que él despliega a mi alrededor, hechizándome.

La intensidad de su mirada me atraviesa, provocando escalofríos en mi columna vertebral.

—Fierecilla, ni lo sueñes, caminamos juntos. Donde tú vayas iré contigo, y no hay discusión en eso. Si quieres venganza, te ayudaré a alcanzarla. Si no sabes amar, te enseñaré a hacerlo, porque esto que me perfora el alma, este sentimiento que embarga mi negro corazón, no se

acaba. Kat así que asúmelo, mujer —anuncia con vehemencia, provocando que pestañee sorprendida por la intensidad de sus palabras.

A continuación, me roba la oportunidad de rebatir su anuncio aplastando sus labios contra mi boca de forma salvaje y brutal, proclamándose el dueño de mis suspiros.

«Dios, los besos de este hombre te roban el aliento y el alma».

Correspondo de forma efusiva, con hambre voraz, porque así es entre nosotros, el contacto, no vasta, siempre crece el anhelo de más. Damyan apretuja mis nalgas, instándome rodearlo con mis piernas y habilidosamente abre la puerta, sin que apenas yo me dé cuenta de sus movimientos.

Caemos sobre la cama sin dejar de devorarnos, como dos hambrientos.

Una parte de mí quiere fundirse con Damyan, mimetizarme con su cuerpo de Dios del sexo que me catapulta al cielo en un cohete orgásmico de fuegos artificiales.

Se apresura a deshacerse de mis pantalones y mi top con una destreza magnífica. Su boca abandona mis labios, provocando que un quejido de protesta arañe mi garganta para meterse uno de mis pezones en su boca, haciéndome gritar.

«Dios, este hombre me va a hacer arder viva».

Se jacta con saña chupando mi pezón, robándome gritos, gemidos, rugidos. Mis manos tironean de su cabello pidiendo más. Abandona mis pechos para dejar un reguero de besos, sobre mi estómago antes de darse un festín digno de un rey entre mis piernas.

«Este hombre no solo folla a nivel Dios, todo lo hace a nivel Dios».

Damyan alza la cabeza y me dedica una mirada cargada de malicia que hace que me estremezca de los pies a la cabeza.

—Fierecilla, no existe ni un momento que no te desee— expresa mientras avanza sobre mi cuerpo para plantear de nuevo su boca sobre la mía.

Abre con ayuda de sus propias piernas más las mías y coloca la punta de su polla palpitante en mi entrada, rozando en el camino mi abultado clítoris, accionando los sonidos que emergen de mi garganta presa del placer. Ni siquiera me permite tiempo para abrir los párpados cuando me atraviesa literalmente con la primera embestida.

— Abre los ojos, hechicera, que quiero que me mires mientras te corres para mí— ordena con tono mandón.

Obedezco porque este hombre me convierte en una puta sumisa mientras me embiste con ritmo, transportándome al orgasmo más extraordinario que jamás he vivido.

Más tarde me encuentro, mirándolo embelesada, mientras él duerme a mi lado desnudo. Mis ojos recorren la tinta que decora su espalda y solo me falta babear. Reconozco que debería correr en dirección contraria, porque el miedo que desatan los sentimientos que inundan mi corazón dirigido a Damyan Sokolov me hunden en el pánico.

No soy una cobarde, y él se ha arriesgado abriendo su negro corazón ante mí, por lo que yo no puedo echar a correr.

—Kat, ¿ya te cansaste de mirarme? —se mofa abriendo los ojos soñolientos.

—No, creo que no me cansaría, nunca —confieso mordiendo mi labio inferior.

Su boca se estira en una sonrisa amplia que me roba el aliento.

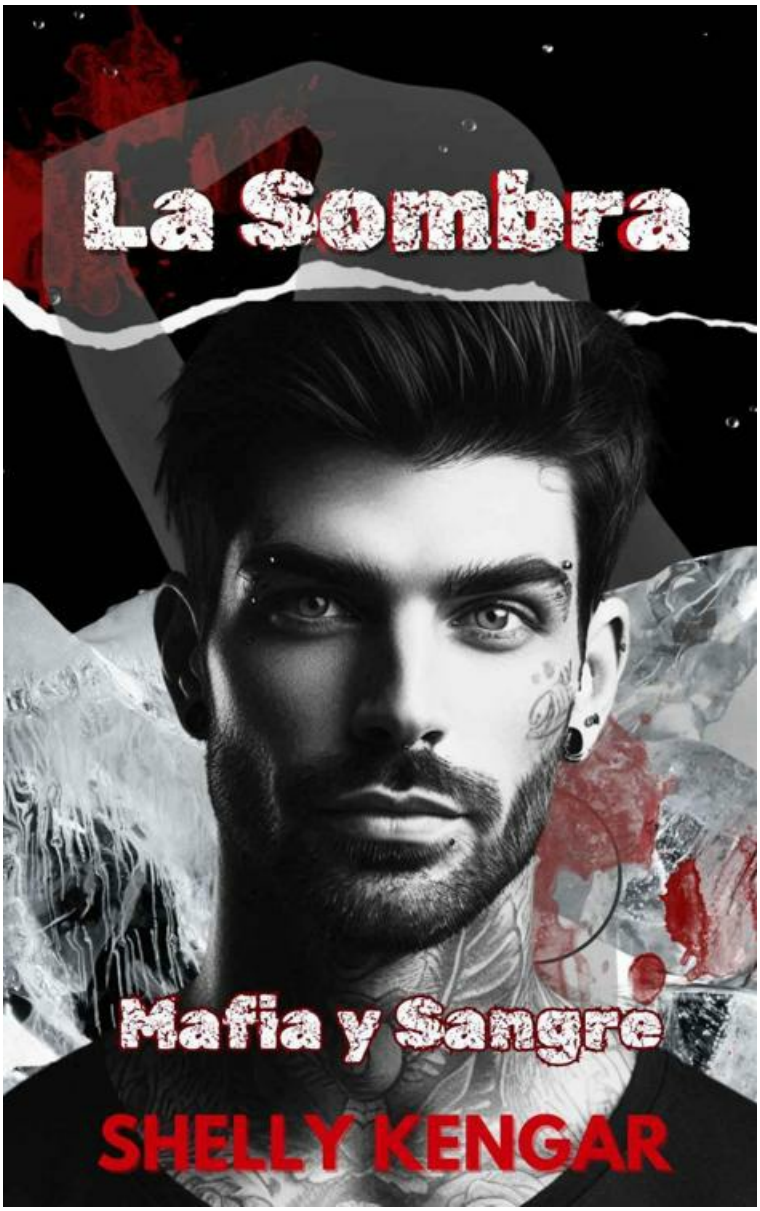
—Es mutuo, fierecilla —anuncia, moviéndose como un felino para colocarse sobre mí.

—Damyan— grito, pero este hombre no se cansa nunca y empieza su balanceo sobre mí caldeando el ambiente.

—Espera, necesito que me escuches —exijo, colocando las palmas de mis manos sobre su pecho.

—Si es para seguir intentándote razones para que estemos separados, ya he sido bastante claro al respecto —se reafirma.

—No, solo quiero decirte que… —titubeo, por un segundo—, que no es cierto que no sea capaz de amar
Sus cejas permanecen arqueadas esperando que acabe.
— Porque yo te amo, Damyan Sokolov a pesar de que eres un demonio infernal.
Damyan sonríe antes de abalanzarse sobre mí.
—Un demonio que es tu dueño, hechicera — profiere antes de sellar mi boca con sus labios.



Capítulo 63

3 meses más tarde

Damyan

Bebo un poco de champán mientras observo satisfecho a Kat moverse entre los invitados. Estoy orgulloso de mi fierecilla, que ha trabajado duro para ganarse a pulso el respeto y la aceptación de los miembros de la organización del difunto Illya Rumicov. Durante este tiempo la tríada sigue en silencio, oculta en sus malditas cuevas sin dar señales de vida.

Kublain les sigue la pista de cerca por orden de mi hermano y mi primo. Hasta la fecha nadie sabe una palabra de la rata asquerosa de Som por lo que se supone que murió en la explosión del edificio.

Esta noche es para celebrar que la *Societas*, cada vez, gana más aliados, entre ellos, el irlandés

hermano de Zacarys Ferguson, que ahora mismo está hablando con Andreas Rossi.

—¡Te veo bien, Lobito! —exclama Luca, el consiglieri de mi primo, acercándose a mi lado.

—Sí, no puedo quejarme — contesto guiñándole un ojo.

—Reconozco que no me acostumbro a estos tiempos relativamente de paz— confiesa Luca.

Doy un sorbo al champán mientras lo escucho.

—Bueno, no creo que duren mucho más — expreso.

—Sí, he oído que la bratva ha atacado uno de los cargamentos de armas de la yakuza.

—Uf, Shinoda estará furioso —acierto a decir—. Conociendo al japonés debe estar echando fuego por la boca.

—¿Se sabe algo más de Mariya? —pregunto y cierta inquietud se instala en mi estómago.

—Lo extraño es que la Reina Negra, como la llaman algunos, no aparece desde que hubo la explosión en Varsovia — explica Luca.

—Y mi primo, ¿qué dice? —me intereso.

—Nada, lo conoces, Andreas es demasiado hermético para eso.

—Entonces, si Mariya no dirige la Bratva, ¿quién lo hace? —pregunto sorprendido de las nuevas informaciones.

—Ni idea, nadie lo sabe—asegura Luca.

Somos interrumpidos por Kat que se acerca balanceando sus caderas, enfundada en un vestido rojo que se adhiere a sus curvas con maestría. Nunca me canso de mirar a esta mujer, mi perdición, mi amor, mi condena.

— Hola, Luca, ¿entreteniendo a mi marido? — bromea quitándome con maestría la copa de champán de mi mano para darle un sorbo.

—Sí, pero ya me iba — sonríe Luca dejándonos solos.

Kat se gira hacia mí y su boca se estira en una sonrisa malévola.

—Ya te he dicho que estás muy sexy —alaba pasando una de sus manos por mi pecho.

A cada toque le sigue su intensa mirada verde y mi piel se va calentando.

«Esta mujer es demasiado hermosa para mi tranquilidad».

—No, pero siento informarte de que lo sé —me jacto de forma arrogante colocando una de mis manos alrededor de su nuca, pegando más nuestros cuerpos.

—Arrogancia en estado puro, señor Sokolov.

—Es sabiduría, nena, no te confundas — asevero y poso mis labios detrás del lóbulo de su oreja, pasando con suavidad la punta de mi lengua por la zona.

El suave gemido que emite su boca es música para mis oídos.

Valoro la idea de desaparecer de la maldita fiesta, encerrarme con mi mujercita en el dormitorio y no salir hasta que todos en esta maldita fiesta escuchen los gritos con mi nombre.

Rodeo sus caderas, con uno de mis brazos y la pego a mi cuerpo, justo estoy a punto de comerle boca. Pero el revuelo se adueña de la fiesta, la gente corre de un lado a otro y los gritos se mimetizan con los disparos. Mi primer instinto es colocar a Kat a mi espalda y sacar mi arma.

—Damyan —El grito furioso de mi hermano provoca que alce la mirada cuando lo veo señalándome a uno de los vértices del salón. Junto a él, Andreas, Lera, Yasu y varios de nuestros compañeros.

—Vamos— insto a Kat y ella asiente sin perder ni un minuto.

Cuando alcanzamos a Akim.

—Deprisa— insta mi hermano para que lo sigamos, por lo que parece un pasillo lateral.

En un segundo estamos envueltos en un pasillo donde la oscuridad se adueña de nuestros pasos. Caminamos en fila hasta alcanzar la salida, donde varios de nuestros vehículos nos

esperan para trasladarnos a uno de los pisos francos de nuestra organización.

En el salón, Andreas se sirve un *whisky*, mientras que el resto de los presentes optamos por vodka.

—¿Qué cojones ha pasado exactamente? —me aventuro a preguntar.

En ese preciso momento llega Kublain junto a su hermano, mi fiel segundo Kai.

—La tríada está atacando todos los edificios, clubes y propiedades de la *Societas* —comunica Kublain con el ceño fruncido.

Le ofrezco un vaso de licor que no rechaza.

—Al parecer alguien está de vuelta — anuncia Kai y sus ojos se clavan en los míos.

—La rata —siseo con las mandíbulas apretadas.

— Trasladaremos a las mujeres a Positano— proclama Andreas.

—Será lo mejor mientras damos caza a esa rata asquerosa— apoya Akim.

—Necesitamos blindar la seguridad, sin olvidarnos que ese malnacido es un experto en explosivos —recuerdo—¿Sabemos si cuenta con el apoyo de la bratva?

Kublain toma asiento mientras bebe ante la mirada de todos sobre su persona.

—El tema de la bratva es una maldita caja de Pandora —gruñe—. Nadie sabe quién dicta órdenes ni cuál será su próximo paso. Han atacado varios cargamentos, pero hasta ahí nada más —dice Kublain y observo el gesto cansado de mi amigo.

—Centrémonos en la tríada, después de erradicarla ya nos dedicaremos a la bratva— ordena Andreas frío con un témpano.

Después de la reunión improvisada en el salón, me retiro al dormitorio donde encuentro a mi esposa colgada al teléfono.

—Vin, mantente alerta y refuerza la seguridad en todos nuestros activos.

Reconozco que, desde que Kat se convirtió en la líder de la mafia albana, escucharla, dar órdenes a diestro y siniestro me la pone dura, muy dura.

Me deshago de la chaqueta y de la camisa, desnudándome delante de ella, ante su inspección exhaustiva.

—¡Malditos chinos, no se cansan nunca, joder ¡—maldice, Kat soltando el teléfono sobre la cama.

Si dar órdenes me calienta, que utilice un lenguaje soez, me endurece hasta el extremo.

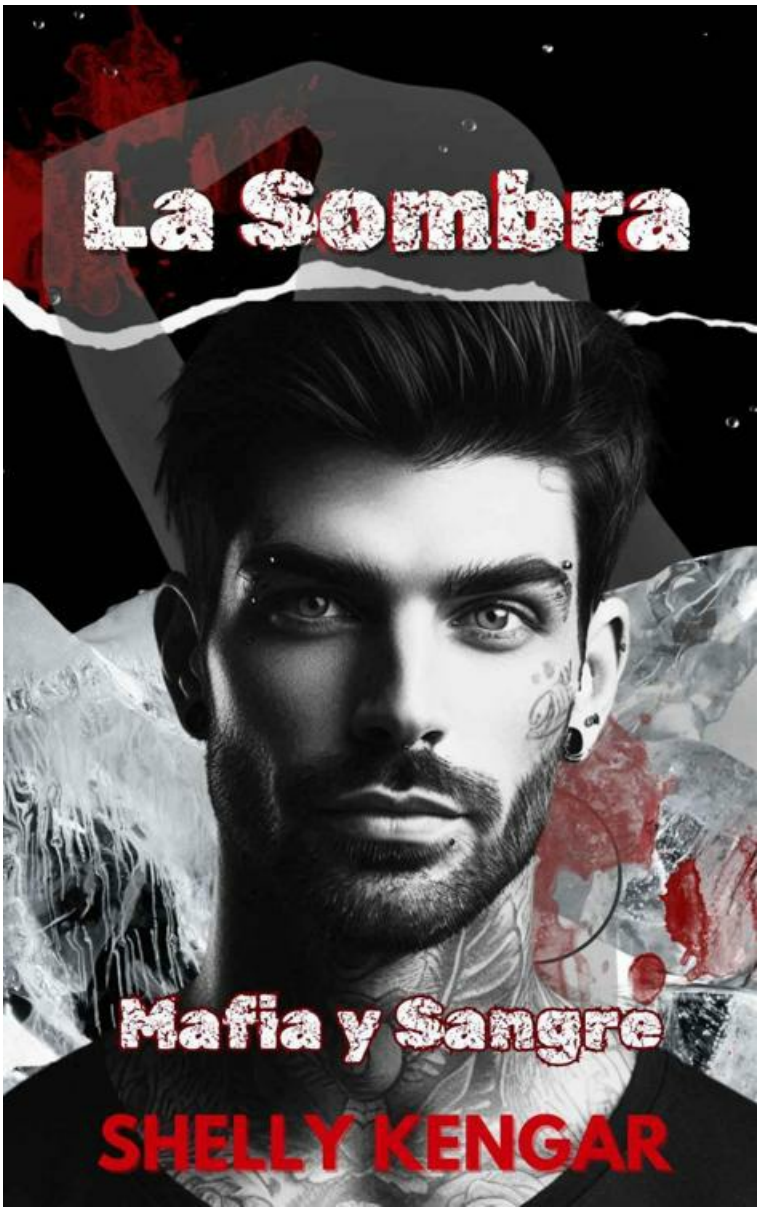
Me acerco a ella y, en un acto íntimo, bajo la cremallera de su vestido, acariciando su espalda.

—Som, está de vuelta— informo, sin mucha emoción.

Odio al tipo, con todo mi ser; aun así, soy bueno controlándome. Kat se tensa ante el nombre del hijo de puta.

—Pienso matarlo con mis propias manos— anuncia mi mujer.

—Esta vez, te ceñirás a protegerte, porque esa rata es mía —siseo apretando más de la cuenta en su cuello.



Capítulo 64

Kat

Llevamos semanas pisándole los talones a la tríada, hemos arrasado con cualquier miembro que se ha cruzado en nuestro camino y no hay ni rastro de Som. La parte rebelde en mí se niega a rendirse, porque intuyo que ese hijo de perra aún nos está acechando.

Salgo del piso franco donde nos estamos alojando con mi séquito personal de seguridad. Sé que Damyan me ha pedido por activa y por pasiva que no me inmiscuya más de lo necesario en la búsqueda de Som, pero es inevitable. Quiero a ese malnacido bajo tierra, porque es uno de los responsables de que mi padre esté muerto. A pesar de que no fue su puñal quien lo atravesó. Pero él, con sus juegos de poder, no se metió en esa trifurca. Además, estoy segura de que también es el culpable del veneno que mató al jodido Cheng, incluso del mismo veneno que se encontró en

la daga con la que apuñalé a mi marido.

Las piezas poco a poco han ido encajando estos meses. Pero mi mente no deja de repetir todo lo vivido en bucle, todo lo que se podía haber evitado y mi padre estaría vivo. Tampoco he conseguido contactar con Héctor desde que se marchó tres meses atrás.

Quizás necesitaba tiempo, después de perder a su mejor amigo y jefe; sin embargo, aun así, resulta extraño.

Durante estos meses he recabado información de todos mis enemigos, es la regla básica en mi mundo. Conoce bien a tus enemigos. De Som reconozco que me costó mucho más que del resto, pero lo hice, aunque no tiene familia reconocida para tirar del hilo. De Mariya es otra historia, una con demasiadas páginas en blanco que a fecha de hoy no he podido rellenar, pero lo haré. Me siento en uno de los vehículos y me dispongo a ir a mi cita de hoy.

Si Damyan descubre que le estoy ocultando mis actividades para dar con el paradero de Som, se va a enfadar, mucho. No obstante, poseo la habilidad de lidiar con mi demonio irascible.

Miro a través de la ventanilla y observo pensativa las calles de Tirana, está anocheciendo y nos dirigimos al centro de los suburbios de la ciudad. Hubo una época en que Vin y yo estábamos hartos de recorrer esta zona, ha pasado algún tiempo desde esos días.

—Detén el coche aquí —ordeno al chofer y este no rechista, por algo soy la jefa.

Aunque no me acostumbro, llevo meses trabajando duro para ser digna del respeto de los hombres de la organización. Al principio mostraron su escepticismo para dejar a una mujer las riendas de la organización, pero por lealtad a Illya Rumicov cedieron. Hoy por hoy me he ganado el respecto de muchos y el miedo de otros, gracias también a Vin mi mano derecha y por supuesto al diablo que tengo por marido.

Bajo del coche y mi equipo de seguridad ya se ha replegado a mi alrededor.

— Iré sola — informo y KirK que es el hombre que está al mando, frunce el ceño.

—Señora, no es una zona segura —informa. Aunque no es algo nuevo, conozco bien los peligros de esta zona.

—Lo sé, pero iré sola, esperen aquí —insisto.

Cierro bien mi abrigo de pieles y echo a andar sin mirar atrás. La calma se adueña de mi cuerpo mientras me dirijo a mi cita. A pesar del frío que encoge mis hombros, disfruto de la brisa nocturna golpeando mis mejillas. Atravieso la calle y giro a la izquierda en el siguiente callejón. Allí se encuentra el hombre con abrigo de cuadros y cigarrillo entre sus dientes. Camina de un lado al otro inquieto. Así es Hits mi antiguo informante, siempre inquieto, este hombre es un manojo de nervios.

—Buenas noches, Hits— Saludo manteniendo mis manos en los bolsillos.

—¡Guau, chica, sí que has cambiado! —exclamaba el tipo mirándome con lascivia.

—Al grano, Hits. No me gusta perder el tiempo —asevero con firmeza.

—Ya veo que no lo has perdido, te has convertido en toda una líder —expresa con una sonrisa cargada de malicia.

No me sorprende que Hits sepa exactamente con quién está tratando, contaba con ello.

—Te pedí información —abordo yendo directa la grano—, ¿la tienes?

—Por supuesto, jefa— exclama, y el brillo peligroso en su mirada delata su deslealtad.

En un segundo siento cómo unos brazos me sujetan por atrás e intento defenderme, a pesar de la tela que me colocan sobre la cabeza.

«¡Mierda!, ¡joder!»

Doy patadas sin ton ni son presa de la invisibilidad, hasta que siento un fuerte golpe en mi estómago que provoca que mi cuerpo se doble en dos. A partir de ese momento, soy arrastrada

literalmente por el suelo y lanzada igual que un saco de patatas contra una plancha de metal. Emito un gruñido que mis secuestradores ignoran, cerrando la puerta corredera del vehículo que, por el ruido, no pasa por su mejor momento.

Mentalmente, cuento para determinar el tiempo que tarda el vehículo en detenerse.

Me sacan a rastras sin ningún tipo de cuidado, obligándome a caminar sin ver absolutamente nada debido a la tela oscura que aún tengo en mi cabeza. Lo único que escucho son mis propios pasos y los de mis captores; por mucho que afino el oído, no detecto ningún sonido más. Abren una puerta, y el ruidoso chirreo de las bisagras los delata y me empuja sin compasión hacia delante. Me resulta difícil mantener el equilibrio, así que caigo de rodillas, sintiendo un dolor intenso por el golpe en ambas extremidades. Por fin me quitan el saco que cubre mi cabeza, la luz da de lleno en mis pupilas y me obliga a cerrar los ojos para abrirlos lento y que puedan acostumbrarse al resplandor.

Poco a poco mi visión se centra y la sombra oscura que se alza frente a mí se vuelve más nítida.

—¡Bienvenida, flor de loto! —exclama Som parado delante de mí.

Viste de negro y sus ojos negros se hunden en mí con intensidad y odio. Su rostro luce una quemadura cicatrizada en su lado izquierdo. Mis ojos se detienen más de lo normal en ese lado de su semblante.

—¿Te gusta, flor de loto? Es un pequeño recuerdo de la explosión que hace unos meses vivimos juntos —se jacta, aunque el tono agrio en su voz es latente.

—Me resulta muy satisfactorio que tus actos de psicópata te hayan pasado factura, lástima que no murieras definitivamente — proclamo con los dientes apretados.

El odio amenaza con ahogarme, porque la rata que es Som provocó que aquel fatídico día donde mi padre murió sucediera y pienso hacerlo pagar por cada lágrima que he derramado por la ausencia de Illya Rumicov.

Él no lo sabe aún, pero está frente a su maldita ejecutora, aunque me deje la vida en el proceso.

—Vas a pagar, maldita zorra, por haberme rechazado— ruge apretando fuerte las mandíbulas.

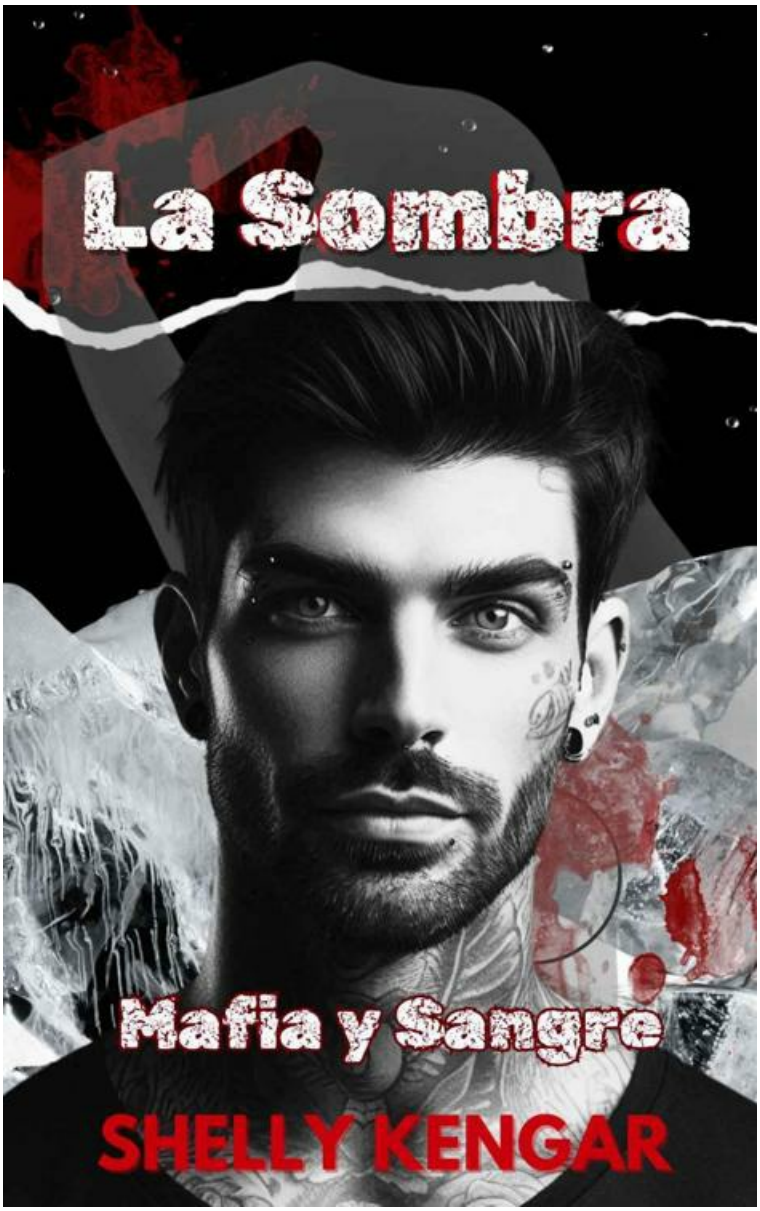
Se acerca con paso firme e intento ponerme en pie, aunque no lo consigo. Tener las manos atadas a mi espalda no ayuda.

Som agarra mi cabello por la cola que llevo y estira fuerte haciendo crujir mi cuero cabelludo, pero no le doy el placer de gritar de dolor, aguanto invicta ante su agresión.

—Eres una maldita, y te juro que va a sufrir lo que no está escrito, Kat. Rechazaste que pusiera el mundo a tus pies y ahora vas a arder en dolor por tu imprudencia. — amenaza y finaliza golpeando mi cara con uno de sus puños.

El sabor metálico se acumula en mi boca y resisto.

—Registrarla bien, suele llevar armas escondidas —grita a sus hombres que se acerca con rapidez.



Capítulo 65

Damyan

Estoy sentado frente a mi hermano y el resto de la *Societas*, Andreas permanece en la cabecera de la mesa ovalada de nuestro centro de operaciones escuchando a Kublain en sus nuevas informaciones de la tríada. Una leve punzada en mi sien me avisa de dolor de cabeza, la desesperación y frustración por dar con nuestros enemigos me exaspera. Llevamos demasiado tiempo dándonos caza como gatos y ratones en una estrecha madriguera. A mi derecha Kian Ferguson, el nuevo miembro de nuestra sociedad. Lo observo por el rabillo del ojo, sorprendido por la ausencia de parecido con su difunto hermanastro Zacarys. Su cabello negro como las plumas de un cuervo y sus ojos marrones a juego con una piel curtida y aceitunada que magnifica su aspecto duro. La oscuridad emana de cada fibra de este maldito.

Ensimismando en mis propios pensamientos, no me percato de que la puerta de la sala acaba de abrirse.

—Damyan, necesito hablar contigo—. La voz de Vin me pone en alerta.

Vin es el segundo al mando de Kat, aparte de su inseparable compañero de travesuras, sí, señores, travesuras imprudentes que mi fierecilla no deja de perpetuar, dándome demasiados dolores de cabeza.

De repente me pongo de pie y me aproximo a Vin, el miedo bailotea en sus ojos y mi cuerpo se tensa ante las señales de que no me gustará en absoluto lo que tenga que decirme.

—Habla— exijo y mi voz suena como un gruñido.

—Damyan, verás, en primer lugar, no fue idea mía, ya la conoces.

Ni siquiera soy capaz de dejarlo terminar, una de mis manos rodea su garganta y lo estrella alzándolo contra la pared.

—¿Dónde está? Habla, joder, joder —rujo y me importa una mierda que todos en la sala me miren como si hubiera enloquecido.

—Maldita sea Damyan, suéltame joder —gruñe Vin asustado—. Kat, trazó un plan para dejarse atrapar por la tríada. Ella está segura de que Som sigue vivo y que era la única manera de atraparlo.

La información que suelta Vin me atraviesa como un puñal afilado, golpeándome fuerte, muy fuerte.

«Joder, maldita, se puso en peligro solo para atraparlo. La voy a castigar en cuanto la encuentre».

—Hostia, puta, y la apoyaste en esa idea loca— critico furioso.

—Damyan, cálmate y deja que el chico acabe de explicarse - interviene Andreas, ganándose una mirada asesina por mi parte.

—La atraparon y tengo la ubicación, así que suéltame para darnos prisa en acudir al lugar, si no quieres que acabe muerta —asevera Vin sujetando mi mano con las suyas, intentando deshacerse del agarre.

Decido soltar a Vin y ponerme en marcha para sacar a mi loca esposa de donde cojones la tengan. Mi pulso palpita frenético mientras camino en dirección a la calle, los pasos a mi espalda me indican que Vin me sigue.

—Damyan, te acompañaremos —grita mi hermano y lo ignoro.

Salgo a la calle y me monto en uno de los vehículos antes de que se cierre la puerta. Akim y Andreas e incluso Vin suben al coche.

Akim saca un puro del bolsillo interior de su chaqueta.

—Ni se te ocurra— advierto a mi hermano.

Akim arquea una ceja desafiante mientras juega con el puro entre sus dedos.

—Akim, es un hábito asqueroso — aprecia Andreas inmutable.

—Nunca pedí tu opinión sobre mis hábitos —murmura Akim molesto.

—No necesito vuestra ayuda —profiero hastiado, necesito encontrar a Kat antes que la maldita rata le haga daño.

—Relájate, primo —pide Andreas impasible—. Somos un puto equipo.

Gruño sin pronunciar palabra.

—Reconozco que la chica Rumicov es una estratega sublime. Espero que funcione —dice mientras acaricia su mentón con uno de sus pulgares.

— ¿Desde cuándo has desarrollado esa puta admiración por mi mujer? —chasqueo frunciendo el ceño.

Andreas levanta una ceja y sonríe con frialdad.

—Sé apreciar un buen rival cuando lo veo.

Llegamos a las afueras de Tirana, una nave industrial, justo el lugar que marca la ubicación del localizador que Kat hizo instalas en el interior de su boca para que Vin pudiera saber en cualquier momento dónde se encontraba.

«Chica lista», sisea mi mente.

Los coches aparcan a unos 300 metros. Uno de nuestros hombres reconoce el perímetro sin ser visto.

—Hay cámaras en las cuatro esquinas del edificio y ninjas en la puerta - informa.

— Necesitamos un plan para entrar, ¿no? —pregunta Vin con cautela.

Durante un breve segundo el silencio es incómodo.

—Muchacho, deja las cosas a los mayores —exclama Akim sonriendo desdeñosamente.

—Andreas, cuando desactiven las cámaras entraremos —informo.

—Por la puerta grande — afirma mi primo.

—Necesitamos alguna distracción para las cucarachas que custodian la puerta, ¿no? —comenta Akim.

Observo cómo Vin nos mira con los ojos abiertos como platos, literalmente como si fuéramos unos putos psicópatas.

En realidad, lo somos, cada uno de los Sokolov a su manera estamos rotos, desquiciados. Nuestras mentes no funcionan con normalidad, sino de una manera divergente entre la temeridad y la locura sádica.

Akim se ajusta su chupa de cuero y muerde entre sus dientes su puro aún apagado sin previo aviso, y empieza a caminar dirección a la puerta principal de la nave.

Mi primo y yo nos miramos y encogemos los hombros.

La escena la visionamos agazapados en una de las naves frente a nuestro objetivo. Mi hermano se aproxima, a la puerta principal y los dos guardias se ponen en guardia.

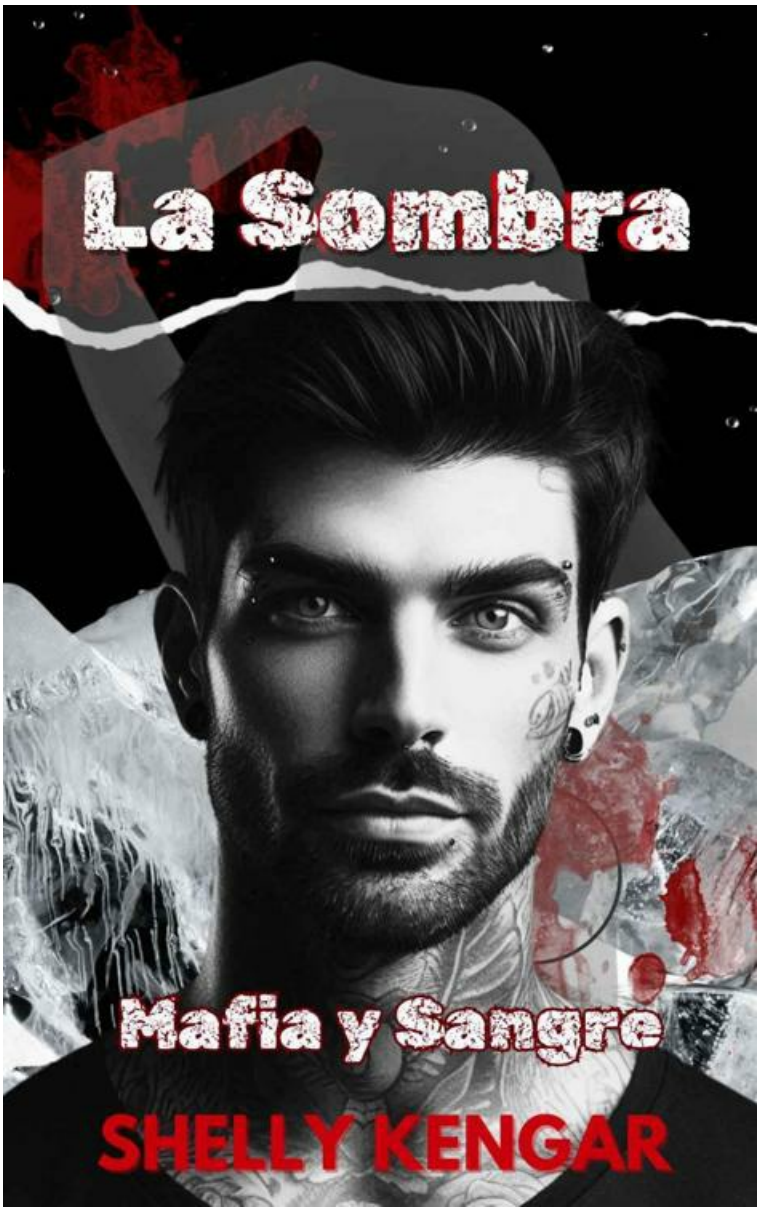
Les dice algo y ambos se miran extrañados. Ni siquiera les da tiempo a que alcen sus armas que les rompe el cuello a ambos en un segundo brutal. A continuación, Akim se gira, nos mira con una sonrisa malvada en su rostro y con una de sus manos nos indica que avancemos.

Andreas lo mira con suficiencia al pasar por su lado.

— ¡Quién quiere un plan teniendo un hermano como yo! —se jacta y le dedico un gesto hastiado.

Avanzamos al interior de la nave y Vin se coloca a mi lado con su terminal, nos indica directo dónde se encuentra Kat.

Mis venas burbujean de inquietud, quiero acabar lo más rápido posible para poder sacar a mi fierecilla de aquí, matar a cualquiera que haya osado tocarla.



Capítulo 66

Kat

El hijo de puta de Som se encarga a que dos de sus hombres me aten a la pared, enganchado una cadena a la cuerda que rodea mis manos en mi espalda. Me mantiene arrodillada. De nuevo, uno de los tipos vestidos como un ninja vuelve a manosearme registrándome, aunque ya lo hizo con anterioridad.

«¡Maldito, pervertido!» gruño en mi mente.

Som me mira con fijación y yo no agacho la cabeza; al contrario, alzo mi barbilla. Necesito hacerlo hablar para ganar tiempo y sacar la cuchilla que llevo escondida en la parte trasera de mi pantalón. La rabia sigue hirviendo bajo mi piel, subiendo intensidad al mirar a Son.

El maldito no solo es un maestro del escapismo, sino que es un hijo de puta sanguinario. La

cicatriz en su rostro es su castigo por haberse acercado a mí y a los míos. Camina y elimina la distancia que nos separa al sentirse tranquilo, ya que sus hombres me han registrado en varias ocasiones y no han encontrado ningún arma.

«Ilusos, subestimarme, siempre ha sido mi baza».

Sin dudar, lanza uno de sus lustrosos zapatos a mi cara, golpeándome con fuerza. Aguanto a pesar de que siento explotar en dolor en mi mejilla.

— Zorra, te voy a despellejar viva, por elegir al puto ruso por encima de mí. Lo vas a pagar con sangre.

Sonrío de forma desquiciada con la sangre goteando por mi boca.

— Jamás podrías compararte con ninguno de los hermanos Sokolov— profiero a sabiendas de que avivará el fuego de su ira.

Enloquecido, se abalanza contra mí con un cuchillo en sus manos, abriendo mi blusa en canal, rozando suavemente la piel de mi pecho. Un leve escozor se instala en los cortes que luzco, de los cuales gotean pequeñas muestras de mi sangre.

—Vas a tragarte tus palabras. Pero antes te atragantarás con mi polla, puta— amenaza manipulando la hebilla de su cinturón.

Som está dejándose arrastrar por la impulsividad, por alguna razón ya no es el astuto chico que conocí meses atrás. Los acontecimientos y sus planes frustrados le han arrebatado la cabeza fría y pienso aprovechar el momento en el que baja más la guardia.

De momento he conseguido sacar el puñal de mi escondite y lentamente fricciono para romper la cuerda que sujeta mis muñecas.

«Si este capullo se atreve a sacarse la polla frente a mi cara, juro que se la amputaré», me digo mentalmente.

—Pagarás, flor de loto— se repite acercándose a la altura de mi cara mientras manipula la cremallera de sus pantalones.

Espero, con calma, a pesar de que el corazón salta en mi garganta, sin embargo, mi pulso no tiembla. Aprieto los dedos alrededor de mi puñal. Necesito clavárselo justo en su estómago, con precisión, sin fallar, y sacarlo para que se desangre con un cerdo. A partir de ese momento contaré con segundos para deshacerme de los dos hombres que observan en la retaguardia.

Por suerte no llevan armas de fuego, lo que quizás me dé una oportunidad.

—Te espero, hijo de puta —mascullo con las mandíbulas apretadas, incitándolo a que se coloque en la posición exacta que necesito.

Su ceño se frunce, y sus ojos inyectados en sangre me atraviesan, y da un paso con impulso hacia delante. Ni siquiera tiene tiempo de sacarse de su miembro que abalanza sus manos hacia mi cabello.

«Es el momento preciso», resuena en mi cabeza.

Adelanto mi mano empuñando el puñal y lo hundo en us abdomen en el lugar exacto donde tiene su estómago ante su mirada desorbitada.

«Uno, dos, tres». Cuento mentalmente los segundos en los que dejo la hoja del afilado puñal en su interior, sintiendo que con el agarre de sus manos en mi cabello afloja y entonces lo saco.

Son, trastabilla, hacia atrás, perdiendo el equilibrio al unísono que lleva ambas manos a la herida sangrante que le acabo de hacer.

—Maldita— vocifera con voz estrangulada.

Sonrío y no dudo en alzarme lista para enfrentarme a sus hombres que avanzan con rapidez hacia nosotros.

Justo en el momento en el que los tengo frente a mí, ellos dudan viendo cómo su líder cae de

espaldas al suelo desangrándose.

Aprovecho el titubeo de ambos hombres para lanzar una patada a uno de ellos, pillándolo desprevenido. Su cuerpo se dobla en dos, mientras que el otro laza su Jian, un arma de hoja recta, que les encanta utilizar al pueblo chino. Me acuclillo para evitar el tajo directo a mi cuello y deslizo uno de mis pies hacia sus tobillos, intentando tumbarlo.

A lo lejos escucho el sonido de la puerta al abrirse, pero no puedo perder la concentración.

Si me despisto, estoy muerta, me digo.

Muy a mi pesar, el tipo no cae y, por el rabillo del ojo, veo al otro hombre avanzar directo a atacarme.

«¡Mierda!»

Pienso rápido para trazar un plan para deshacerme de ambos y lograr salir ilesa, aunque pinta negro, muy negro.

Justo me arrastro por el suelo, evitando el ataque de ambos con sus *Jiam* cuando frente a mis ojos una de sus cabezas es seccionada con un corte limpio, cayendo justo al lado de uno de mis codos.

—¡Joder! — profiero.

El resto sucede demasiado rápido ante mis ojos.

Akim Sokolov el salvaje de mi cuñado, abre en canal al otro de mis atacantes con su preciada hacha sin pestañear y con un puro apagado entre sus dientes.

«Joder, salvaje y sádico, ¿qué más se puede pedir de un cuñado?»

Pestañeo para asimilar la película típica de Quentin Tarantino que ha recreado Akim ante mis narices, cuando literalmente soy alzada por unos brazos que conozco bien.

—Damyan— susurro.

Pero mi marido luce en su semblante una mirada entornada que promete muchos castigos.

—Tú sí que sabes meterte en la boca del lobo, cuñadita— se mofa Akim limpiando de forma despreocupada la hoja de su hacha con la ropa de uno de los hombres caídos, en específico el que el mismo ha decapitado.

—Cállate, hermano —masculla entre dientes Damyan, que una mantiene sus brazos alrededor de mi cuerpo, y debo reconocer que su agarre es tan fuerte.

—Si no queréis estar rodeados de cucarachas chinas, quizá sería importante largarnos —la voz de Andreas, gélida, impersonal, inunda la estancia y lo miro.

Desde que mi padre murió, Andreas siempre ha estado a mi alrededor. No es que seamos íntimos, pero agradezco que se haya posicionado en mi lado. Aunque nunca no se ha pronunciado, sé que me ha apoyado.

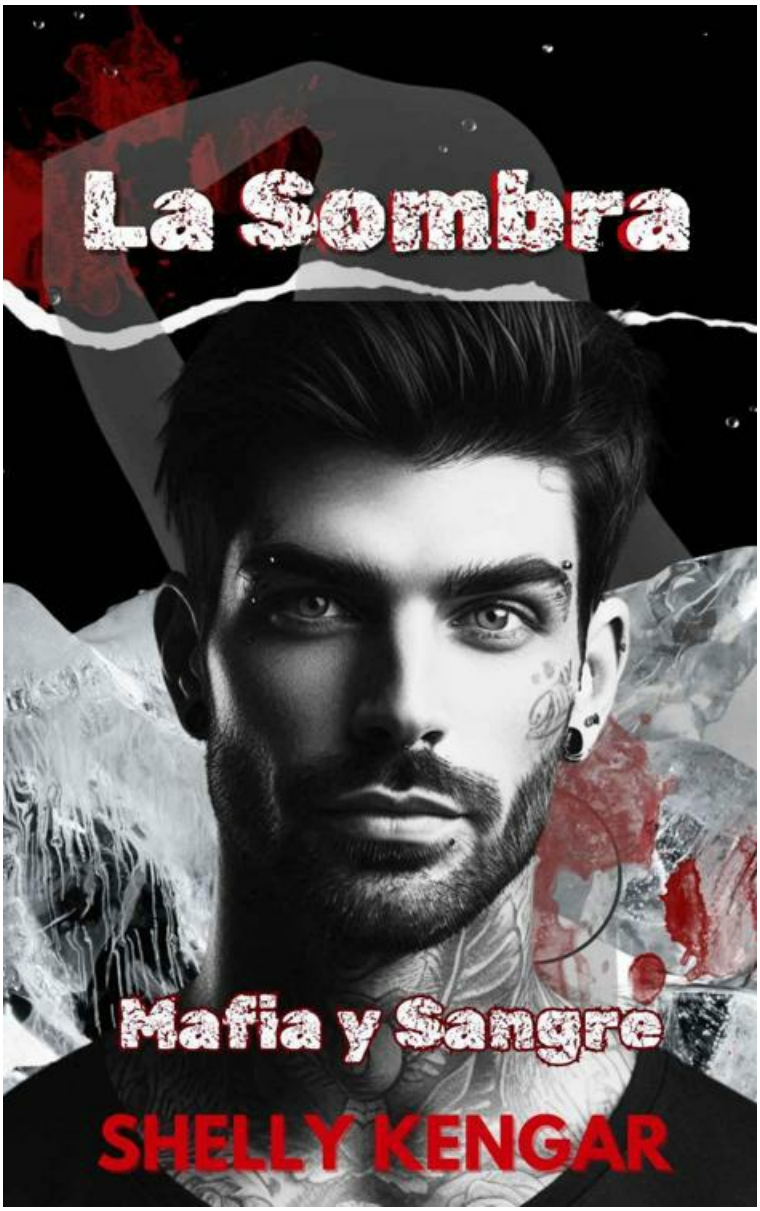
—Sí, larguemos — señala Akim.

Andreas rodea el cuerpo de Son que permanece en el suelo desangrándose, apenas se mueve, pero aún respira. En un segundo, Andreas desenfunda su *Glock* y le dispara entre ceja y ceja, acabando con su tormento.

—Pensé que te gustaría que sufriera —observo arqueando una de mis cejas.

—Sí, pero también quiero asegurarme de que esta vez está muerto, cara —expresa encogiéndose de hombros.

Salimos en fila de la sala dejando el caos sangriento a nuestra espalda.



Epílogo

Damyan

A pesar de que por fin hemos acabado con el líder de la tríada, el peligro no ha pasado. El frío intenso que siento en mi nuca me alerta de que algo mucho más oscuro se está fraguando en el submundo del mundo criminal al que pertenecemos. Me mantengo apoyado en el quicio de la puerta mientras Andreas entrega a Kat un sobre cerrado.

Mi primo, con su habitual pose intrigante, nos ha llamado a Positano, según él, para un asunto importante. Según Lera, mi prima y su mujer para disfrutar en familia de las aguas del Mediterráneo.

—Héctor me lo entregó cuando Illya murió, creo que es justo que tú también conozcas la información que guarda el interior de este sobre —informa Andreas a Kat que permanece

sentada frente a él.

Al escucharlo, reconozco que me sorprende. Mi primo nunca me habló de ese sobre.

Los dedos de Kat tiemblan al estrechar el sobre y mi sentido de protección se activa. Así que abandono mi posición y me acerco a ella, posando una de mis manos sobre su hombro.

Kat saca el papel del interior y lee atentamente, noto cómo sus músculos se tensan.

Mantengo la calma, desvío la mirada hacia Andreas, impertérrito como si fuera de acero.

—¿Cómo? —pregunta Kat.

—No tengo respuesta a esa pregunta — contesta Andreas.

—Según esto somos… hermanos —expresa Kat y casi es un grito.

Andreas asiente y yo casi me caigo de espaldas ante la revelación.

La revelación que acaba de pronunciar mi hechicera es como un jarro de agua helada.

—¿Qué cojones está pasando, Andreas? —gruño, furioso, enfrentando a mi primo.

—Tranquilo, Damyan. No está pasando nada. Héctor me entregó esa información antes de desaparecer del mapa. Solo es una prueba de ADN la que verifica que Kat y yo somos hermanos. El cómo, el porqué, ni puta idea. Tendría que preguntarle a mi madre y ya sabes que últimamente no está operativa. —Andreas mantiene la calma mientras que a mí me va a estallar la cabeza.

Kat levanta la cabeza y sonríe con demasiada tristeza, lo que me cabrea mucho.

—Bueno, ¿quién lo iba a decir? Soy hermana del gran capo— profiere con demasiado sarcasmo.

—Ya sabemos a quién te pareces en lo buena estratega —contesta Andreas en un intento de ser amable cuando mi primo nunca hace muestra de ningún tipo de concesión.

La puerta del despacho se abre y aparece Lera, mirándonos de forma crítica.

—Queréis dejar de hablar de vuestras cosas de mafiosos, la cena espera —regaña, colocando sus manos en la cintura.

Andreas, muestra un intento de sonrisa en su pétreo rostro y se acerca a Lera rodeándola con sus brazos y besándola en el cuello.

—Ahora iremos.

Ambos se van dejándonos unos minutos a solas a Kat y a mí.

Las paredes del despecho parecen demasiado pesadas mientras Kat y yo nos miramos, y mis brazos la rodean atrayendo su cuerpo contra el mío.

—Fierecilla, podemos averiguar más, si quieres. —Le propongo.

Pero en su rostro se lee la incertidumbre, la confusión.

—No, Damyan. No necesito saber más —confiesa meneando la cabeza.

—Pero… — Intento replicar, pero coloca dos de sus dedos sobre mis labios.

—Necesito disfrutar de momentos tranquilos, olvidar un poco las cruzadas, no sé cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a estar inmersos en una trifulca, con la tríada, con la bratva o a saber — expresa soltando un bufido.

Siento sus ojos puestos en mi expectante ante mi próxima reacción. Sin embargo, esta mujer me tiene robada, la razón, el alma y la voluntad. Vivo por y para ver su rostro iluminado. Así que sonrío con picardía.

—Puedo asegurarte de que, si quieres disfrutar, vas a disfrutar —comento y mi boca busca sus labios para devorarla sin contención, con pasión, con ganas, las mismas que no se acaban nunca cuando de Katia Rumicova se trata.

—No lo dudo, esposo mío —contesta separándose y al minuto de nuevo me embargan las ganas de besarla—. Pero nos esperan, dejemos ciertas cosas para luego.

Obligado, arrastrando los pies, salimos al patio trasero, donde se celebra la cena. Las luces

iluminan la zona a lo largo de la mesa en la que están sentados algunos de los criminales más sádicos del mundo.

Akim sostiene a su pequeña hija Ylenia entre sus brazos y la mira con una adoración extrema y por un momento lo envidio.

—Bueno, ya era hora, parejita —exclama Kublain.

—Tranquilo, *papaito* — me mofo delante de todos.

Algunos estallan en carcajadas.

La sonrisa que no puedo borrar de mi rostro es la señal de que Damyan Sokolov, ya no es la sombra. La oscuridad que hay en mí no ha desaparecido, pero ahora no dominan mi vida, porque tengo una luz que la remite.

FIN.

Agradecimientos

Escribir esta historia ha resultado todo un reto: el viaje a través de las páginas en blanco que poco a poco he ido rellenando con estos personajes que me han acompañado durante este tiempo.

Quiero dar las gracias a mis amigas, las incondicionales, porque siempre están a mi lado, animándome a cada tropiezo. En segundo lugar, a mi familia, por aguantarme en mis momentos de ausencia tecleando. A mis padres por ser mis mejores fans. A todas las chicas que he ido conociendo en TikTok que me ayudan a visibilizar mis libros a cada momento. Y, por último, pero no por ello menos importante, a mis lectores. Vosotros sois la razón por la que me obligo a continuar cada vez que me visita mi amigo el impostor. También sois la razón por la que no quemo mi portátil cuando siento que todo lo que he escrito es una mierda, la razón por la que encuentro el valor para plasmar las historias que tengo en la cabeza. Vuestra aceptación, vuestro amor y vuestro apoyo son la gasolina para mi motor.

Próximo Libro de la Serie
La Reina Negra
Avance.

Adelanto de La Reina Negra

Narrador Omnisciente

El rencor carcome a todo aquel que en algún momento de su vida lo padece. Imagina por un segundo qué lograría hacer con una mujer enamorada e ingenua a la que construyen una vida cargada de mentiras, mentiras podridas que poco a poco le han podrido el corazón.

Así nació la Reina Negra, apodo que se ha ganado a pulso, la nueva líder de la bratva Sokolov, última descendiente femenina de la familia que durante años ha mantenido en auge a la organización criminal más sangrienta de todas.

Mariya Sokolov, hija de Pavel Sokolov, mujer de Massimo Rossi, mujer de Kostya Morotov y hermana del difunto Kirill Sokolov.

Si algo le pesa en el negro corazón de la princesa de hielo es la muerte de su querido hermanos hace ya más de treinta y tres años, no solo porque perdió a su lazo de sangre más leal, a su confidente y protector, sino porque murió a manos del amor de su vida, del por aquel entonces idolatrado Illya Rumicov.

Aquí empieza esta historia, una que relata la guerra encarnizada de una mujer enamorada, pero carcomida y dominada por el rencor y la venganza contra un hombre que, aunque, quemaría el mundo por la mujer que lo traicionó y lo estropeó para el resto de la comunidad femenina.

Continuará…

Todos los libros de la Serie

El Rey en Sombras https://amzn.to/3C1poBK
Muerte al Capo https://amzn.to/4g3oGla
El Lobo https://amzn.to/4g9PVuq
La Sombra

Próximamente
La Reina Negra